

# UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOLOGÍA  
Departamento de Lengua Española, Teoría de la Literatura y Literatura  
Comparada



## TESIS DOCTORAL

### El deseo en la novela posmoderna

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

**Isabel Martín Ruiz**

Director

Antonio Garrido Domínguez

**Madrid, 2014**

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOLOGÍA

Departamento de Lengua Española, Teoría de la Literatura y  
Literatura Comparada



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE  
MADRID

## **El deseo en la novela posmoderna**

Memoria presentada para obtener el grado de doctor por

ISABEL MARTÍN RUIZ

Bajo la dirección del Dr.

ANTONIO GARRIDO DOMÍNGUEZ

MADRID, 2014







No decía palabras,  
Acercaba tan sólo un cuerpo interrogante,  
Porque ignoraba que el deseo es una pregunta  
Cuya respuesta no existe,  
Una hoja cuya rama no existe,  
Un mundo cuyo cielo no existe.

La angustia se abre paso entre los huesos,  
Remonta por las venas  
Hasta abrirse en la piel,  
Surtidores de sueño  
Hechos carne en interrogación vuelta a las nubes.

Un roce al paso,  
Una mirada fugaz entre las sombras,  
Bastan para que el cuerpo se abra en dos,  
Ávido de recibir en sí mismo  
Otro cuerpo que sueña;  
Mitad y mitad, sueño y sueño, carne y carne,  
Iguales en figura, iguales en amor, iguales en deseo.

Aunque sólo sea una esperanza,  
Porque el deseo es una pregunta cuya respuesta nadie sabe.

Luis Cernuda



## Índice

1. INTRODUCCIÓN.....	9
2. SOBRE EL DESEO	
2.1. El deseo como motor: carencia y pensamiento utópico.....	11
2.2. El sistema biológico de incentivos: instinto versus deseo....	21
2.2.1. <i>La infancia</i> .....	29
2.3. La meta del deseo.....	31
2.4. Emoción, sentimiento y deseo.....	35
2.5. Los orígenes del deseo: el amor y el odio.....	39
2.6. Necesidades básicas, deseos racionales e irracionales.....	47
2.7. El deseo para los filósofos.....	55
2. 8. El deseo para las religiones.....	60
3. EL DESEO EN LA POSMODERNIDAD	
3.1. El entorno como factor determinante del deseo: el hedonismo...	65
3.2. La posmodernidad: inauguración de una nueva ideología del deseo: de sospechoso habitual a deidad.....	70
3.3. La muerte de Dios: en busca de la trascendencia y deseo de re- encantar el mundo.....	74
3.4. El mundo hiperreal e inconsistente.....	79
3.5. Ciencia y progreso.....	84
3.6. Los medios de comunicación y el cine.....	88
3.7. El consumo.....	97
3.7.1. <i>La publicidad</i> .....	106
3.8. El ocio.....	108
3.9. El trabajo.....	114
3.10. Ética y desorientación.....	121
3.11. La muerte del héroe.....	127
3.12. El individualismo.....	130
3.12.1. La globalización y lo urbano.....	130
3.12.2. La identidad, el deseo de distinguirse y la escasez de vínculos.....	136

3.13. El cuerpo y la imagen.....	144
3.14. La intimidad: el deseo de mostrarse y el <i>voyeur</i> .....	148
3.15. Los nuevos roles y la familia.....	150
3.16. La pareja.....	155
3.17. El amor.....	160
3.18. El sexo.....	167
3.19. El deseo orientado a lo social.....	174
4. CARACTERÍSTICAS DE LA NARRATIVA POSMODERNA.....	191
5. EL DESEO REFLEJADO EN LA NARRATIVA POSMODERNA...211	
5.1. El culto al deseo y el deseo como obstáculo para el amor.....	211
5.2. La sexualidad.....	220
5.3. La belleza y el componente <i>voyeur</i> del deseo.....	236
5.4. Los personajes frente al deseo: entrega, resistencia y encubrimiento.....	242
5.5. Análisis de la sociedad postindustrial: turismo, <i>realities</i> y publicidad.....	256
5.6. Las enfermedades del deseo.....	264
5.7. La ética ligera, la asunción de la incoherencia y la violencia...275	
5.8. La imposibilidad de la utopía y las perspectivas poco halagüeñas para el futuro.....	288
5.9. El trabajo como vacío y lo material como insuficiente.....	296
5.10. Aislamiento y soledad.....	302
5.11. El componente irracional del deseo: la ridícula voluntad en Andrés Barba y el deseo delirante en César Aira.....	308
6. CONCLUSIONES.....	315
7. RESUMEN EN INGLÉS: DESIRE IN POSTMODERN NOVEL...325	
8. BIBLIOGRAFÍA.....	331

## 1. INTRODUCCIÓN

Siempre me ha interesado el tema del deseo. Somos seres invadidos por su fuerza, que estalla en nosotros y nos acompaña toda la vida, pero, ¿qué es el deseo?, ¿cuál es su origen?, ¿nace de forma espontánea o es provocado?

El objetivo de esta tesis es estudiar qué es el deseo, analizar la forma que toma en la actualidad y ver cómo se refleja en la narrativa posmoderna. Esta tesis pretende hacer un recorrido por los pasadizos del deseo y adentrarse en sus sinuosidades. La primera parte está dedicada a analizar el deseo y sus meandros, a intentar estudiar las imbricaciones de este con los instintos, con las emociones y con la razón. También daremos un breve paseo por la historia de la filosofía y por las religiones para ver qué se ha dicho sobre él.

El segundo capítulo está dedicado al análisis del deseo en nuestra sociedad. A pesar de que muchas veces tenemos la tendencia a pensar que el deseo surge libremente de nosotros, este estudio parte de la convicción de que muchos deseos son socialmente inducidos. El deseo siempre ha despertado recelo, pero hoy sólo pronunciar su nombre resulta embriagador. Trataremos de centrarnos en este cambio absoluto en la forma de percibirlo. Hablaremos de la sociedad posmoderna, de sus peculiaridades y de sus directrices. Soy consciente de que muchas de las afirmaciones que se sostienen en este apartado pueden ser enfrentadas con muchos ejemplos contradictorios, en todos los tiempos coexisten visiones heterogéneas, pero he tratado de encontrar las pautas culturales dominantes y las tendencias más habituales del deseo.

El capítulo tercero dedica sus páginas a analizar qué es la novela posmoderna. El cuarto a estudiar cómo todo lo visto anteriormente se refleja en una selección de textos posmodernos. En el quinto y último he tratado de extraer conclusiones. Y ya, sin más, empecemos.



## 2. SOBRE EL DESEO

### 2.1. El deseo como motor: carencia y pensamiento utópico

Decía Spinoza que “el deseo es la esencia misma del hombre”<sup>1</sup> y su motor, y esa es la definición de la que vamos a partir, pues sin deseo el mundo se paralizaría y se acabaría. No vendrían niños al mundo-la gente no haría el amor- , no nos comunicaríamos. Sin deseo no habría nada, habríamos dejado de ser humanos. El deseo es la fuerza que nos empuja a actuar, a vivir. No hay acción que se produzca sin un deseo o instinto previos, aunque a veces ni siquiera nos planteemos qué es lo que nos ha movido a ella. Nos damos cuenta de nuestros deseos cuando son intensos o cuando entran en conflicto con la realidad. El deseo es el motor que nos mueve: deseamos, intentamos lograr el objeto de nuestro deseo, volvemos a desear, y así hasta el infinito en un círculo que sólo acaba con la muerte. El deseo es el comienzo de la actividad humana, habita en nuestra mente y nos dice qué queremos, es el orientador de nuestro comportamiento junto a la razón, que nos dice que debemos aplazar ciertas recompensas, que hay sacrificios y privaciones que nos pueden conducir al placer.

Podemos decir también que el deseo ya estaba en el universo, que forma parte de la materia, de los átomos que se juntan, de los objetos que se atraen, que se repelen, que está en los bambúes que crecen para ver la luz y en los imanes que desean el metal.

Para tratar de explorar el deseo humano, vamos a partir de dos conceptos: del de pensamiento utópico individual y del de carencia.

---

<sup>1</sup>Spinoza, *Ética*, pág. 244

Antonio Muñoz Molina sostiene que muchos de nuestros recuerdos son inventados. En esto coincide con las nuevas investigaciones que afirman que no son más que versiones ficticias, adornadas o manipuladas de datos reales. El deseo puede dirigirse al pasado –arrepentimiento-, pero su dimensión primordial es hacia el futuro. El deseo que se vierte hacia el pasado es el deseo imposible, pues no hay manera de enmendarlo. Es la nostalgia que surge ante lo irrecuperable y perdido para siempre. Cuando se dirige al futuro, el ser humano nos muestra que posee la capacidad de imaginar, de proyectarse, de crear nuevos mundos, de anticiparse y soñar con mejorar. Este componente forma parte de su grandeza, pero también le lleva a chocar frontalmente con la realidad. Y es que imaginamos el futuro con el mismo componente creativo que el pasado. Vivimos proyectados hacia la incertidumbre del abismo seguro que es la muerte, pero anhelando y ansiando llenarnos, soñando con la felicidad y con la realización.

El neurólogo Semir Zeki en su artículo “Esplendores y miserias del cerebro” nos explica que nuestro cerebro crea modelos abstractos y casi perfectos que contrastan con la imperfección de la vida cotidiana. Esto supone algo así como la corroboración científica del idealismo, pues resulta que las ideas platónicas están en nuestro cerebro. Imaginamos nuestra casa, nuestra pareja, nuestra vida ideal. Estas proyecciones idealizadas y abstractas están en la base de nuestro pensamiento y chocan frontalmente con el mundo real, con esas sombras platónicas de nuestro día a día. El resultado de esta confrontación no es otro que insatisfacción. Lo real nunca soporta las comparaciones con lo ideal, ni el príncipe azul con nuestra pareja.

La esencia del deseo es entonces voraz, busca la perfección, aquello que por definición no existe en la tierra. Es ahora cuando tendríamos que hacer uso de la gran herramienta de la que hemos sido dotados: la razón. Deberíamos darnos cuenta de que no podemos exigir a la realidad algo que sólo existe en abstracto. Sólo la edad y la madurez suelen ir domesticando un poco estas ansias, van ajustando nuestras expectativas un poco más, cuando vemos que el tiempo del que disponemos es muy limitado, cuando la vida nos ha defraudado ya muchas

veces. Entonces empezamos a comprender que la plenitud nos está vedada, y podemos aceptar los pequeños obsequios que nos ofrece la vida con alegría, o con la resignación de saber que eso es lo más parecido a la felicidad. La felicidad absoluta e ideal no existe más que en nuestra mente. Y es aquí donde también vemos algo intrínseco del ser humano: su obsesivo afán de comparación. Mundo ideal con real, yo con el otro, lo que tengo con lo que deseo, cómo soy con cómo me gustaría ser. Y es aquí donde la realidad nos golpea, y nos gana con su eterna oferta de deleites y de maravillas que no podremos saborear. La vida es breve, el deseo infinito. Las posibilidades del ser humano inmensas, pero su tiempo muy limitado. La vida es una partida entre el deseo y la realidad, una partida con muchas manos, unas las ganamos y en otras fracasamos estrepitosamente.

Vargas Llosa explica la irresistible atracción del ser humano por la ficción “porque la vida real, la vida verdadera, nunca ha sido bastante para colmar los deseos humanos”<sup>2</sup>, y es que el deseo se alía con la ficción y juntos imaginan cómo estaríamos mejor, qué felicidad nos reportarían los cambios en la realidad. El deseo habita nuestra imaginación, fantasea. Cuando deseamos imaginamos cómo estaríamos mejor, y es que, al igual que la ficción, nos ayuda a percibir mundos posibles, a complementar la realidad. Nadie duda del “enraizamiento de lo ficcional en los estratos más profundos de la psique humana”<sup>3</sup>. Es por eso que muchas veces sustituimos la realidad por otra perfecta en la que actúa un yo nuestro depurado, y es que la imaginación realiza nuestros deseos. Fantaseamos sobre la realidad y sobre nosotros mismos, sustituyéndonos, modelando la realidad a nuestro antojo, sin freno. Creamos otros yoes, muchas veces ridículos, muy diferentes a nosotros, íntimos y secretos. Buscamos algo tan perfecto que sólo la fantasía puede dárnoslo, pues ella es la única capaz de hacernos vivir en lo ideal. Este fantasear es también nuestro alimento, el único espacio en el que la realidad se vuelve fácilmente maleable y gira a nuestro antojo, el lugar donde nuestro deseo pierde su carácter conflictivo. En nuestra imaginación nosotros mandamos, es el único territorio en el que la realidad no puede arañarnos. Y es

---

<sup>2</sup> Vargas Llosa, Mario, *La verdad de las mentiras*, pág. 19

<sup>3</sup> Garrido Domínguez, Antonio, *Narración y ficción*, pág. 209

que el ser humano muchas veces huye de una verdad que le incomoda. El deseo entonces va de la mano de la imaginación, cuando deseamos soñamos, es decir, imaginamos. De esta forma el deseo es también un refugio contra los golpes de la realidad, una ficción que nos hace más habitable el mundo. Deseando vemos placeres, y estas visiones nos impulsan a actuar. Disfrutamos imaginando que desaparece aquello que odiamos, pero también podemos sufrir imaginando nuestra desdicha. Lo curioso es que “el hecho de imaginar no es tan distinto a la percepción sensual y, a nivel biológico, tiene idénticos efectos”<sup>4</sup>, es decir, “visualizar mentalmente un objeto o una persona desencadena en el cuerpo los mismos impactos que percibirlo”<sup>5</sup>.

Séneca en su obra *Sobre la ira* ya nos alertaba sobre nuestras concepciones excesivamente optimistas sobre el mundo y de cómo la ira es el castigo que nos acecha. Si comprendiésemos mejor la naturaleza de la realidad sentiríamos menos frustración, es decir, nos enojamos y entristecemos porque no somos capaces de asumir las reglas básicas de la realidad. Maldecimos la vida por no habernos dado lo que esperábamos porque nos cuesta asumir la imperfección de la realidad, y la nuestra. Y es que no hemos venido al mundo para ser felices, sino para intentarlo, aunque tengamos tendencia a buscar ideales y nos desalentemos cuando la realidad no se doblega a nuestras ingenuas expectativas. Y es que en una época en la que las grandes utopías sociales han sido derrumbadas, seguimos sin poder acabar con una forma de utopía que forma parte de nuestra esencia: la vida absolutamente feliz.

La esencia del deseo es también egoísta, aparece sin avisar en nuestra mente cargado de demandas, ahora quieres esto, ahora lo otro. No espera a nadie, no pide permiso, entra en nuestra mente constantemente y nos arrastra detrás de él. Sólo la razón puede pararle un poco los pies, pero no puede ocultarle. El deseo siempre está ahí, con sus exigencias y sus caprichos. En ocasiones con peticiones poco útiles, no dejándonos disfrutar de lo que tenemos. Siempre centrado en lo

---

<sup>4</sup> Punset, Eduardo, *El viaje al amor*, pág. 193.

<sup>5</sup> *Ibid.*, pág. 194

otro, lo que no tengo y resulta apetecible, como si fuese un visitante pesado que siempre se hace oír.

El pensador Alain de Botton en su obra *The art of travel* nos muestra la mella que hace el pensamiento utópico en nosotros. Los publicistas, grandes especialistas en las grandezas y miserias humanas, juegan con nuestras debilidades: el pensamiento utópico es una de ellas. Imaginemos que compramos dos pasajes para el más paradisíaco de los lugares, de aguas turquesas y arenas cegadoras. Uno antes de ir se imagina en una especie de irrealidad. Al llegar resulta que hay mosquitos, que nos duele el estómago, que discutimos con nuestra pareja, que el autobús llega tarde. Lo pasamos bien y es un sitio fabuloso, pero es un sitio real, no ideal. Antes de emprender nuestro viaje somos tan ingenuos de imaginarlo construido con paredes de sueños, donde no hay nimiedades que nos molesten, ni pequeñas discusiones. Fallamos en nuestras previsiones pues idealizamos los sentimientos que nos provocarán los otros seres o la realidad en sí. Nuestras expectativas mentales son demasiado altas. La plenitud nos está vedada y por tanto la decepción de la realidad casi siempre acaba imponiéndose, por muy paradisíaco que sea el lugar. La edad atenúa un poco, en algunos casos, los golpes de la realidad, hace que bajemos un poco el listón de nuestras expectativas, que seamos más realistas calculando el placer que nos proporcionarán las cosas, pero se sigue errando. Y es que el ser humano tiene tendencia, como explica Zeki, a idealizar. Y lo que más se idealiza es precisamente lo que no sucede, porque al no materializarse no puede decepcionarnos. Esta es la idea del cuento de Julián del Casal titulado *La última ilusión*, donde el lúcido protagonista, sumido en un estado un tanto melancólico, decide no ir a París. París tiene la forma de la ilusión, del deseo, del sueño, de lo irreal. Sabe que si va, la realidad acabará imponiéndose, y por eso mismo no quiere ir, no quiere perder su última ilusión, esa visión utópica que tanta falta nos hace para bregar con la realidad. Y es que para esta lucha que es la vida, necesitamos soñar, creer y confiar. Cada vez comprendo más el sentido de la frase que dice Punset de que la felicidad está en la antesala. Es cierto que está más en el imaginar y el fantasear que en el realizar, la felicidad está en ese

momento de máximas expectativas -en ese gran viernes-, ese instante de la imaginación que no ha sido tocado por la realidad. Una realidad que, en ocasiones, es fabulosa, pero que siempre defrauda al compararla con el ideal.

También tendemos a idealizar el pasado, a borrar lo ingrato, a imaginarlo con los tintes de lo irreal. Es decir, lo idílico ocupa en nuestras vidas el lugar del pasado y el del futuro. No hay ideal que aguante el envite del presente más allá de unos instantes. Mucha gente dice -yo diría inventa- lo feliz que era en tal o cual época, pero resulta que en la susodicha época no era tan consciente de la felicidad, luego si no lo percibía así, no será del todo cierta la afirmación.

El deseo, cuya naturaleza es nómada y libre, sólo puede ser frenado con dos barreras: la razón o la realidad. El deseo es también impaciente y dinámico, provoca desasosiego, turbación. Es un anhelo cuya meta no es otra que la aniquilación. Deseamos algo, lo conseguimos, con el disfrute que conlleva, y después todo parece volver a la situación inicial, a nuestra esencia: a la carencia. Hay que buscar otra vez porque notamos la ausencia de lo deseable, aunque no lo hayamos tenido nunca.

Los deseos recorren nuestros cuerpos, están presentes en nosotros de la mañana a la noche, son experiencias conscientes que sólo nos abandonan cuando dormimos y no soñamos, estado que se parece a la muerte. Y ¿por qué el deseo? Tal vez porque somos seres incompletos que ansiamos la completitud, algo inalcanzable. El deseo es hambre, sed. Es la manía necia del hombre de comparar su realidad con una realidad ideal, que no existe, porque nos cuesta asumir que la vida es imperfecta y comprender que la carencia es inevitable, que la realidad es dura y que el equilibrio perfecto nos está vedado. Y es que la vida consiste en este juego de búsqueda del equilibrio, en esta cuerda floja que es el deseo. Y luchamos, y deseamos, a veces triunfando y otras fracasando, buscamos la plenitud, no la alcanzamos, pero seguimos la lucha, que es la vida. Percibimos constantemente desequilibrios y buscamos calmarlos para encontrar la paz. Es la conciencia de la falta -Sartre-, la percepción de un déficit. Jean-Didier Vincent en su tratado *Biología de las pasiones*, más de dos milenios después, viene a certificar el

pensamiento de Platón: somos seres incompletos. Ya la etimología de la palabra nos habla de falta, de carencia, pues desear es una palabra de origen latino que significa la privación de un astro. Las carencias duelen, mueven y frustran, pero a su vez son la sal de la vida y su origen. El deseo tiene que ver con el movimiento, es activo, nos mueve. Si fuésemos seres plenos y colmados, ¿qué sentido tendría el movimiento? y la vida, ¿sería algo así como una contemplación o un regocijo? El deseo es una fuerza, un impulso que nos lanza en dirección al objeto deseado, un intento de llenar la vida y nuestras carencias. También nos muestra el poder de la irrealidad para el ser humano. No nos basta la realidad, necesitamos la posibilidad. Pasamos nuestras vidas proyectando, luchando por mejorar, tratando de colmar las fisuras que nos pueblan. El instinto de supervivencia nos lanza a la vida con fuerza y nos da arrojo para batallar sirviendo a nuestro señor: el deseo.

Somos seres en casi permanente estado deseante, esto es, inquieto, con nuestra atención centrada en la carencia, en la molestia que es el deseo. El deseo bien podría representarse como dos grandes ojos siempre abiertos que buscan lo que no tenemos. El deseo es una mirada ávida que se apropia de nuestras pupilas y nos guía, una voz que, en ocasiones, se apropia del lenguaje de la necesidad y del ansia y nos hace correr tras sus promesas. Y es que nos tienta siempre con recompensas sabrosas. Algunas veces nos muestra el equilibrio como premio, otras la alegría o la diversión, pero a veces nos envenena con lo grandioso y la felicidad absoluta, esa que es utópica y que sólo reside en nuestra imaginación, esa que sólo podemos alcanzar en ciertos momentos puntuales y que no existe como estado permanente.

La conciencia humana es dinámica. Los deseos surgen dentro de nosotros porque nos programaron así, porque nuestro instinto de supervivencia nos lleva a percibir carencias y a intentar llenarlas, porque siempre somos conscientes de que hay algo que nos haría estar mejor y tenemos una idea, aunque sea equivocada, de qué es eso que nos promete mejorar. Es la fuerza que dirige al ser humano, lo que lo proyecta hacia el futuro, puesto que nuestra vida es

anticipación y movimiento, lucha por mejorar y ser feliz, no sólo por sobrevivir. El deseo es la inclinación que nos lleva a la acción y la fuerza que convierte la vida en una experiencia intensa y apasionada. El deseo es también la creencia del hombre de que puede aumentar su ser, colmar el vacío que nos habita. El deseo remite al afuera, a salir de nuestra soledad. Es también un símbolo de la totalidad ausente.

Somos seres hambrientos que descubren que el plato ansiado sólo llena el estómago durante un tiempo, pues luego el apetito volverá a aparecer. El hambre, deseo de comida, es una gran metáfora de cómo funciona el deseo en otros campos. Los más exquisitos manjares, como los deseos, a veces pueden resultar indigestos y si nos los ofrecen a diario también nos llegan a cansar. A veces, aunque no nos apetezca, tenemos que seguir una dieta de deseos equilibrada, pues si no lo es, podemos caer en el deseo bulímico u obsesión. La vida es breve y el ser humano tiene muchas limitaciones, de forma que hay muy pocas opciones de poder degustar todos los platos, aunque nos apetezcan. Además, nuestra vida, como nuestro estómago, tiene una capacidad reducida, no hay espacio para todo. Los deseos nos dicen qué plato elegir, imagina por nosotros cuál nos deleitará más. El problema es que cuando elegimos uno estamos rechazando otro. Puede que el nuestro nos guste, pero siempre nos queda la sensación de que el que ha pedido nuestro acompañante también es delicioso. Y esto sin olvidar que a veces cuando nos dan el plato nos damos cuenta de que nos hemos equivocado, igual pasa con el deseo. A veces, cuando los cumplimos, no saben tan bien como suponíamos.

Nuestros deseos, como nuestras ideas, van cambiando a lo largo del tiempo, un deseo reemplaza a otro. El deseo por definición debe buscar lo que no tenemos, es por esto que cuesta tanto desear lo que se tiene, como mucho tenemos miedo de perderlo. El deseo alcanza su mayor intensidad en la frustración, en lo que se posterga, en lo difícil o directamente inaccesible. Así es su naturaleza: nunca un vaso de agua sabe tan bien como después de una buena caminata, nunca lo imaginamos tan refrescante como cuando no hay una fuente cerca. Una de las

leyes del deseo es que nos dará más placer aquello que hayamos esperado más tiempo. Las largas esperas aumentan el deseo y el placer de la satisfacción. Es como la sed, así de sencillo.

Los deseos se juntan con la ilusión y con el optimismo y nos lanzan hacia objetivos. El deseo sin la ilusión sería un motor en mal estado, un motor que no arranca, con problemas de batería. El deseo nos vuelve activos y hace que percibamos la realidad como conflictiva. Esta es nuestra forma de relacionarnos con ella. La realidad nos provoca deseos y nosotros actuamos. Desear algo es tener ganas de tenerlo, de sentirlo. El deseo nos ilusiona y lo que nos ilusiona nos mueve. Algo es deseable cuando pretende colmar nuestras fisuras internas. El deseo es un desgarramiento, un flujo incesante, uno de los signos de la conciencia. Es la experiencia consciente de una tendencia hacia algo, pues el deseo dirige esa búsqueda de la plenitud. Pero qué rápido nos cansamos de lo conseguido, qué difícil nos resulta saborear la felicidad, cómo nos gusta complicarnos. Nos acostumbramos y dejamos de valorar, de amar lo que teníamos. Esta sería la maldición del deseo, ¿por qué siempre dirige su mirada a lo otro?, ¿por qué el placer intenso no nos dura más?, ¿por qué siempre imaginamos que sabe mejor lo que no tenemos? Cernuda sabe la respuesta, el deseo es así:

“Frescos y codiciable son los labios besados / Labios nunca besados más codiciables y frescos/ Aparecen / ¿Qué remedio, amigos? ¿Qué remedio?/ Bien lo sé: no lo hay”<sup>6</sup>

El deseo es una forma de definir al individuo. Los deseos nos caracterizan, son nuestra razón de ser. Nuestra identidad se muestra en estas formas de vinculación con el mundo que nos rodea. Deseamos algo, lo pasamos o no por la razón, y si decidimos perseguirlo sólo nos queda definir qué pasos seguir. El deseo aparece y nos dice qué cosa nos sentaría bien. Es un impulso, una tendencia. Es la sed que nunca se sacia, la conciencia alerta de los déficits, el impulso del hombre, su motivación. El hombre sin deseo sería un viajero desorientado que no sabría adónde ir, ni qué dirección tomar. El deseo nos dice a qué destino queremos

---

<sup>6</sup> Versos de su poema *Despedida*

dirigirnos, aunque no consigamos llegar y hagamos muchas escalas, y cambiemos de planes. El deseo es el guía que nos dice qué destino nos va a gustar más, aunque a veces se equivoque.

El deseo puede surgir de nosotros -imaginemos un acontecimiento químico en la sangre- o puede ser propiciado por un estímulo externo -huelo café y me apetece-. Puede ser un instrumento para conseguir otros deseos o una finalidad en sí. Los instrumentales son aquellos que nos sirven para realizar otro deseo. Nuestra vida está llena de estos deseos instrumentales. La mayoría de la gente, por ejemplo, trabaja para conseguir dinero. El trabajo sería el instrumento para alcanzar el deseo final: el dinero.

También podemos hablar de deseos enfrentados: imaginemos una persona que convive con su pareja y sus hijos y es relativamente feliz. Supongamos que conoce a otra y se llena de deseo. Imaginemos que su vida familiar es cómoda, que no se lleva mal con su mujer, que no es una relación liberal y que ama vivir con sus hijos todos los días. Imaginemos también que el deseo que siente por la otra persona que ha conocido es fuerte. ¿Qué hará? Hay muchas opciones. La opción clásica es ser infiel y lograr los dos deseos, pero también puede ser que su ética esté en contra del engaño y ponga sus deseos en la balanza y elija entre su deseo de estabilidad y el deseo de un cuerpo nuevo. Puede asesorarse o no por la razón, por lo conveniente económicamente, por lo que diga la sociedad... Nuestra vida es de esta forma la constante elección entre deseos que se pelean. Tratamos de dilucidar que nos aportará más bienestar. ¿Seré más feliz con más dinero o con más tiempo libre?, ¿me compensarán los sacrificios que realizo?

Lo que parece evidente es que el deseo es salvaje y que no respeta principios, ignora el dolor de los otros o las reglas de cortesía. Aparece cuando se le antoja y quiere imponerse cueste lo que cueste. Es un ser atractivo que siempre nos tienta, seguirle o no, esa es la cuestión. Podemos simular que lo ignoramos, pero su voz sigue ahí. Las cosas serían más fáciles si, en ocasiones, pudiésemos borrarlo, pero no funciona así. Podemos contradecirle y no servirle, usar nuestra fuerza de voluntad o la razón, pero hay que batallar contra él.

Por último, me gustaría dedicar unas líneas a la reflexión sobre el deseo y la lengua. Deseo es una palabra que, como todas, se relaciona con otras, formando campos semánticos, sinonimias, antonimias y demás juegos del lenguaje.

José Antonio Marina y Marisa López Penas<sup>7</sup> elaboraron un diccionario de los sentimientos en el que relacionan el deseo con otras palabras o expresiones: anhelo, aspiraciones, apetito, ganas, querer, ansiar, avidez, ambición... Como antónimos proponen entre otros: desgana, saciedad, inapetencia y repulsión. Los deseos injustificados principales serían: capricho y antojo. Este diccionario introduce al lector en los vericuetos del deseo y el lenguaje, tela de araña de gran complejidad que pasa sus hilos también por las pasiones, que serían deseos vehementes. Además, el lenguaje refleja también la intensidad de los deseos, que pueden ser tenues, excitados o alcanzar el paroxismo. Así, ansiar o codiciar algo implica más vehemencia que simplemente tener ganas o apetecer. El deseo también nos puede llevar a la obsesión, que sería un deseo que no se puede apartar de la mente. Cuando nos obsesionamos nuestra mente se convierte en deseo y desmesura, se centra en ese gran proyecto y deja el resto sin atención.

Espero que la idea de estos últimos párrafos haya quedado queda clara: el deseo cuenta con muchas ramificaciones dentro del lenguaje.

## **2.2 El sistema biológico de incentivos: instinto versus deseo**

En este apartado trataremos de ver cómo el deseo está orientado, entre otras cosas, por los instintos y reflejos de la especie a la que pertenecemos. El deseo tiene que ver con nuestro pasado evolutivo, con la biología, con la percepción fisiológica de carencias, con nuestros instintos. Nuestro organismo se autoevalúa constantemente y en cuanto percibe una falta nos llena de deseo. La insatisfacción nos mueve, nos hace intentar conseguir cosas, nos lleva a que

---

<sup>7</sup> Marina, José Antonio y López Penas, Marisa, *Diccionario de los sentimientos*, págs. 65-87

busquemos sentirnos bien. El deseo tiene que ver con una molestia, con un malestar, con una carencia. El deseo se presenta en la mente como una promesa, nos dice que si le hacemos caso nos sentiremos mejor. La cuestión es que muchos de estos deseos no son individuales, sino que nos vienen de serie, están relacionados con nuestro pasado evolutivo. Hay deseos e instintos que tenemos todos los hombres, desde la caverna hasta el día de hoy. Un organismo sano desea el placer y busca evitar el dolor. Somos menos originales de lo que nos gustaría, nos parecemos más de lo que estamos dispuestos a aceptar. El deseo se distinguiría del instinto en que el primero implicaría al sujeto en toda su complejidad, mientras que el instinto sería algo así como un empuje espontáneo que busca suprimir un estado de tensión.

Los dos grandes instintos son el sexual y el de supervivencia, instintos que trataremos de analizar con un poquito más de profundidad a lo largo de esta tesis.

Un bebé llora porque tiene hambre. Un instinto o pulsión le lleva a buscar el pecho de su madre y a alimentarse de él. Está programado así, de la misma forma que un cachorro recién nacido buscará cobijo de la lluvia y del frío bajo unos matorrales. Y es que el hambre, la sed, el miedo y la rabia son innatos. El miedo nos puede salvar la vida, es una de nuestras mejores armas de defensa. Forma parte de nuestra naturaleza y nos pone en alerta ante situaciones que nos pueden dañar. Es un mecanismo de defensa que sentimos de forma instintiva ante las amenazas, nos avisa de que debemos huir.

Los seres humanos, al igual que los demás animales, contamos con un sistema biológico implantado desde que nacemos llamado sistema biológico de incentivos (SBI)<sup>8</sup>. Este sistema favorece la continuidad de la especie, por lo que debe buscar métodos que logren la conservación de los organismos, su desarrollo y su reproducción. El sistema biológico de incentivos nos premia y nos castiga. Nos premia con el buen sabor de una fruta madura (el sabor amargo nos avisa de que puede ser veneno, por eso a los niños no les gusta, es un sabor que necesita educación), con un orgasmo; nos castiga si estamos un día sin beber. Y es que,

---

<sup>8</sup> Ver Irvine, William B., *Sobre el deseo*, págs. 187-220

como dice Eibl-Eibesfeldt<sup>9</sup>, somos seres preprogramados. Nacemos diseñados para resolver varios asuntos básicos de nuestras vidas, y eso que el ser humano es uno de los que nace más indefenso y necesitado de protección. Dependiendo de la mayor o menor complejidad del organismo los procesos homeostáticos- procesos reguladores que buscan el equilibrio- serán de mayor o menor complejidad. Así, en una gallina, los procesos homeostáticos serán más simples que en un chimpancé. La gallina contará con procesos de metabolismo, reflejos básicos y un sistema inmune, tendrá comportamientos de dolor y placer, instintos, motivaciones, también emociones, pero ¿tendrá sentimientos? Los avances científicos cada vez ven más plausible la presencia de sentimientos en los distintos animales, sin embargo, queda fuera de toda duda que aún en el caso de que los poseyeran no serían tan complejos como en el ser humano o en otros homínidos.

El SBI (Sistema Biológico de Incentivos) nos dice con qué comportamientos seremos recompensados y por cuáles sancionados. Este SBI está inscrito en lo más profundo de nuestro ser, algo así como si lo llevásemos de serie. Para que pueda ser considerado un buen sistema debe presentar las recompensas como deseables y las sanciones como indeseables. Pensemos en la comida. Supongamos que son las cinco de la tarde y no hemos ingerido ningún alimento. Nuestro estómago empezará a emitir punzadas de dolor, de esta forma, un instinto se convierte en un deseo.

El SBI influye fuertemente en la formulación de muchos deseos, pues tendemos a querer cosas que nos sientan bien y a evitar otras que nos sientan mal. El problema es que hay premios muy apetecibles que a la larga pueden ser nefastos para nuestro bienestar: pensemos en las drogas, el no hacer ejercicio, los atracones de comida. Son placeres momentáneos, a la larga nos sentiremos mal.

Estamos programados para buscar el placer y evitar el dolor. Estas áreas cerebrales del placer se ubican en las estructuras límbicas. Las sustancias

---

<sup>9</sup> Eibl-Eibesfeldt, Irenaus, *El hombre preprogramado*, Alianza Editorial, págs. 37-53

relacionadas con el placer son la noradrenalina, la dopamina y los opiáceos endógenos. Las relacionadas con el castigo: la acetilcolina y la serotonina.

“Los sistemas de recompensa son centros del sistema nervioso central que obedecen a estímulos específicos y naturales. Regulados por neurotransmisores, permiten que el individuo desarrolle conductas aprendidas que responden a hechos placenteros o de desagrado. El área tegmental ventral y sus proyecciones dopaminérgicas hacia el núcleo accumbens constituyen la región principal que posibilita el desarrollo de estas conductas”<sup>10</sup>

Una determinada cosa-pensemos en un plato de jamón de Jabugo- pone en funcionamiento un circuito de neuronas dedicadas a la producción y regulación de la sensación de placer. Lo curioso, nos dice Punset, es la anticipación de las hormonas a los hechos:

“Los flujos de dopamina se ponen en marcha con la simple expectativa de placer, aunque luego no se materialice. En otras palabras, tiene que ver más con el deseo que con el propio placer. Se ha comprobado que determinados fármacos como los antipsicóticos, que reducen la cantidad de dopamina, merman la búsqueda de estímulos placenteros sin debilitar la capacidad de gozar cuando estos estímulos de cruzan en el camino de la persona observada. En otras palabras, los antipsicóticos reducen la intensidad del deseo, pero no la capacidad de experimentar placer cuando se consume”<sup>11</sup>

Como podemos comprobar, la ciencia está avanzando mucho en el campo del deseo. Se acerca a descubrir sus fuentes fisiológicas y crea medicamentos que lo reaniman o calman. El prozac ayuda a reactivarlo y la paroxetina ayuda a quitar los miedos y la ansiedad. Aún así, el misterio no ha sido aún aclarado, no se han desvelado todas las conexiones, sigue habiendo poesía en el mundo, como diría Bécquer.

---

<sup>10</sup> Punset, Eduardo, *El viaje a la felicidad*, pág. 207.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pág. 209

Enrique Rojas explica que “los instintos son pautas de conductas fijas que están inscritas en la naturaleza y que no ha sido aprendidas”<sup>12</sup>, es decir, el genoma nos otorga estos dispositivos al nacer. Se relacionan con la supervivencia y la reproducción. Luego, estos instintos se mezclarán con nuestras emociones, sentimientos y con las pautas sociales para convertirse en motivaciones que nos encaminen a objetivos. Es decir, el despliegue de estos dispositivos con los que contamos variará dependiendo de la edad, de nuestra personalidad y de nuestro entorno. Lloraremos y buscaremos el placer, pero qué nos hará sollozar o qué nos embriagará irá cambiando a lo largo de nuestra vida dependiendo de nuestro aprendizaje. Todos necesitamos el placer, qué nos lo proporcionará depende en parte de nuestros instintos, pero también de las experiencias de nuestra vida. Hay sabores que en un principio nos causarán desagrado, ya hemos dicho que lo amargo es un ejemplo de ello. Sin embargo, es muy probable que a lo largo de la vida el sabor de la cerveza acabe deleitándonos. El sistema es estable en el sentido de que busca el placer, lo que nos lo proporcionará va cambiando a lo largo de nuestro camino y estará, como ya veremos, muy marcado por lo social.

“El sistema de preferencia interno está sesgado o predispuesto de forma innata para evitar el dolor, buscar el placer potencial y, probablemente, está preajustado para conseguir estos fines en situaciones sociales”<sup>13</sup>

Esta conducta refleja es muy útil para el presente y para la supervivencia, pero a diferencia de otros seres esta conducta ha evolucionado y nos ha llevado al deseo, es decir, el SBI humano funciona a un nivel más complejo. Aún así, no debemos pensar que nuestro sistema biológico de incentivos tiene el diseño perfecto, de hecho hay muchas carencias y cosas que no funcionan bien. El instinto nos lleva al placer inmediato, de ahí que haya tantos problemas con las drogas, pero también podemos lograr ir en contra de él, pongamos un régimen de adelgazamiento. Para ir en contra de los instintos necesitamos la ayuda de la fuerza de voluntad y de la razón. También nos pueden socorrer la educación, la cultura y la ética. Damasio nos explica que tenemos circuitos cerebrales que

---

<sup>12</sup> Rojas, Enrique, *Los lenguajes del deseo*, pág. 132.

<sup>13</sup> Damasio, Antonio, *El error de Descartes*, pág. 212

controlan estos impulsos e instintos, pero también nos aclara que a lo instintivo se le superponen estrategias suprainstintivas, esto es, hay entidades que nos pueden asistir.

Algunos de nuestros deseos más íntimos son consecuencia de la evolución humana, de sus instintos. Nos enamoramos porque de alguna forma estamos así programados, para continuar la especie. Somos el resultado de complejos procesos evolutivos y estamos diseñados para que unas cosas nos sienten bien y otras mal, para intentar sobrevivir y para calmar las punzadas del estómago y del sexo.

La atracción sexual surge como un instinto que nos lleva a continuar la especie. El SBI nos premia con placer en la ceremonia de reproducción, nos programa para decirnos a quién desear, con quién sería conveniente emparejarnos y procrear. Los hombres, nos cuenta David M. Buss, están programados para buscar mujeres jóvenes, las mujeres, hombres formales y con recursos que les aseguren la supervivencia de la descendencia. La cuestión es que estas reglas prehistóricas siguen vigentes en nuestro SBI, que no se acomoda a los cambios del mundo o de las ideas. Hoy la situación ha cambiado: muchas mujeres poseen recursos y no dependen ya de un hombre, hay métodos anticonceptivos absolutamente fiables, no hay absolutamente ninguna razón por la que una mujer no deba estar con un hombre joven. Sin embargo, dice David M. Buss:

“Aunque las condiciones modernas de emparejamiento difieren de las antiguas, las mismas estrategias sexuales siguen operando con fuerza irrefrenable”<sup>14</sup>

“El intento de los hombres, a medida que envejecen, de emparejarse con mujeres jóvenes, largamente atribuido por los científicos tradicionales al frágil ego masculino, a su inmadurez psicosexual o a la cultura de la juventud, refleja un deseo universal que tiene una larga historia evolutiva”<sup>15</sup>

Estas estrategias humanas de emparejamiento son muy flexibles dependiendo del contexto social y, aunque estén muy enraizadas en nuestra psicología, varían de

---

<sup>14</sup> Buss, David M., “La evolución del deseo”, pág. 37

<sup>15</sup> Ibid., pág. 325

un contexto a otro. Si una sociedad dice que el modelo es el matrimonio de por vida, quien no siga este patrón recibirá críticas. Sin embargo, los emparejamientos temporales han existido siempre. De hecho, el ser humano ha desarrollado estrategias y preferencias propias para este tipo de emparejamiento, más buscado hasta hace no mucho por los hombres que por las mujeres, pues estas luego debían cargar con el trabajo de la descendencia.

Nos gusta la belleza porque nuestra evolución así nos lo enseñó. Los organismos de formas equilibradas eran sinónimo de sanos y, por lo tanto, las opciones de reproducirse mayores. Este podría ser otro fallo del sistema, que da la espalda a los organismos menos simétricos. Pero es que el sistema piensa en sus fines, no en la desdicha humana.

El olfato también siempre ha estado muy relacionado con la conquista sexual. Esto tiene relación con las feromonas, que son mensajeros químicos que segrega el organismo y que producen cambios fisiológicos y conductuales en otras personas. Parece ser que las segregan las glándulas apocrinas de la piel, así como la boca, los pies y la vagina. Los seres humanos contamos con el sistema vomeronasal para detectar estas señales olfativas que desencadenan el cortejo en varias especies animales. Los afrodisíacos siempre han existido, pero el perfume de feromonas es el último afrodisíaco científico en exhibirse en los estantes de las tiendas eróticas actuales.

El deseo femenino también está relacionado con el ciclo menstrual. Está comprobado que las mujeres durante sus días fértiles se sienten más atraídas por hombres más varoniles, mientras que en los días de menstruación sienten debilidad por hombres más tiernos y entrañables. También parece que las personas, en general, no sienten atracción sexual por los miembros de su familia pues la endogamia supone una recesión genética. Esta es la explicación que da Buss a la prohibición del incesto: es nuestro instinto el que lo rechaza. Sin embargo, este es un punto polémico en su teoría. No todos los autores comparten su tesis, Freud y Bataille, entre otros, harán otras lecturas de esta prohibición.

Lo que sí parece evidente es que por mucho desarrollo que hayamos alcanzado, siempre habrá en nosotros una parte primitiva en nuestro sistema neuronal de mamíferos. Esta parte primitiva y estática ya hemos visto que choca en ocasiones con lo social, que es cambiante. Por eso me gustaría insistir en los puntos débiles de este sistema a día de hoy. Veamos un ejemplo: hoy para muchos millones de personas la comida no escasea, sin embargo, no es aconsejable tomar mucha grasa o azúcares. Nuestro defectuoso sistema nos premia con estos sabores pues el acceso a la energía calórica ha escaseado en muchas otras épocas y todavía, desgraciadamente, para muchos pueblos contemporáneos. Es decir, el sistema nos premia cuando debería castigarnos. La razón debe auxiliar a nuestro sistema primitivo. Entonces nos damos cuenta de la complejidad humana: además de instintos tenemos algo más: la ética y la razón. Dos herramientas que aconsejan al deseo dentro del mundo social. La razón muchas veces se enfrenta con el deseo y los instintos, veamos otro ejemplo. Supongamos que mi razón me dice que debo estudiar y no estudio, mi organismo me castigará con intranquilidad o culpa. Es muy probable que estas sensaciones negativas me inciten a actuar. De esta forma, el SBI nos mueve con sus premios y sus castigos, pues tratamos de evitar las sensaciones negativas. A su vez, puede ser que en ese momento desee salir a dar un paseo, que no me apetezca estudiar. Entonces, tendré que poner en la balanza los dos deseos y elegir entre las recompensas y los castigos de cada opción. El instinto nos lleva al placer inmediato, la razón muchas veces al sacrificio de una recompensa en aras de otra que considera mejor.

El SBI es fundamental a la hora de elaborar deseos: deseamos lo que nos sienta bien. Si bailamos y nos divertimos, trataremos de repetirlo, si, por el contrario, nos invade la vergüenza, lo evitaremos cuando nos sea posible. Es aquí donde se relaciona el SBI con nuestra personalidad. El mapa del deseo ya está escrito en nuestros genes pero se irá modificando con nuestro entorno. Es fundamental nuestra biografía, que hace que amemos una cosa o que la odiamos por haber tenido malas experiencias con ella. Querremos lo que nos proporcione placer.

Mención aparte merece el instinto de supervivencia. Los seres humanos tenemos una fuerza inmensa que hace que luchemos para sobrevivir - este instinto puede ser vencido únicamente por el suicida-. El problema es que creo que, en cierta medida, nos carga con otra losa: el egoísmo. Nuestros genes dicen “Yo primero que tú”, otra desgracia que tenemos inscrita en nuestra naturaleza.

### **2.2.1. La infancia**

El bebé llora para satisfacer sus deseos de comida, calor y sosiego. Sus instintos son prender y succionar. Estos instintos son pulsiones, aún no serían deseos. El deseo primigenio es el deseo de posesión de todo lo que alcanzan los sentidos. El bebé pronto dividirá los objetos entre los que desea que permanezcan y los que rechaza. El deseo le sirve aquí para poner orden en la realidad. Dice Castilla del Pino que las formas básicas de vinculación son aceptación y rechazo, y es que el deseo es de esencia bipolar, aunque este carácter sencillo se irá volviendo con la edad cada vez más complejo.

Los niños desean con avidez y no disimulan, no están sometidos a las verdades de la cultura. El propósito de su vida es disfrutar, es hedonista y egoísta. Poco a poco irán sustituyendo este mundo por la educación. Cuando adquieren el lenguaje entran a formar parte de nuestra cultura. Entonces abandonan parte de sus deseos individuales para poder formar parte de la comunidad y hacer uso del lenguaje:

“Los apetitos se polinizan entre sí, los incentivos se amplían por asociación o por metáfora, el lenguaje introduce un segundo sistema de señales atractivas, la fantasía inventa anticipaciones fantásticas, la palabra se convierte en conductora del anhelo”<sup>16</sup>

El bebé con sus lloros buscaría el equilibrio perdido tras una carencia, un suceso físico-químico se transforma en un impulso, pero es con la adquisición del lenguaje y de la conciencia cuando el ser humano se adentraría propiamente en el reino del deseo. El bebé con el berrinche y la pataleta nos muestran la frustración, el disgusto que se coge cuando la realidad no se ajusta a lo que

---

<sup>16</sup> Marina, José Antonio, *Las arquitecturas del deseo*, pág. 58

quieren sus instintos. Es ahí cuando descubre que hay una alteridad, que no todo es suyo, que sus apetencias no van a ser siempre satisfechas. Con el lenguaje y su entrada en la civilización descubre que hay que educar ciertos deseos y que hay otros que hay que esconder. De hecho, hay una gran diferencia entre los valores y deseos internos y los que forman parte de nuestro discurso. La anomia es un concepto que habla de cómo el sujeto es público cumplidor de normas y transgresor de las mismas en privado. Todos tenemos deseos inconfesables, o que solo nos confesamos por la noche, en un susurro, como si lo quisiéramos acallar. No todos deseamos las cosas tan bonitas que decimos, también tenemos un lado oscuro.

Los niños desean libremente pero lo social pone barreras:

“Los niños sueñan pero los adultos quieren- en realidad, necesitan- enseñarles; los niños saben qué les interesa, pero los adultos los quieren educados”<sup>17</sup>

Si bien son ciertas las reflexiones de Freud acerca de que la civilización reprime nuestros instintos y nuestra libertad, y que la apetencia libre del niño, sólo controlada por los instintos, será sometida, no es menos cierto que la entrada en el mundo del lenguaje será el que convierta el deseo en un material exquisito con miles de brillos, sutilezas y complejidades, el que lo aleje de la bipolaridad extrema que siente el recién nacido y que, según Castilla del Pino, es una tendencia del ser humano.

El sujeto emocionalmente sano irá introduciendo nuevos matices, ambivalencias y contradicciones en la deseabilidad. Los patrones rígidos del deseo –alexitimia- dejarán paso a un laberinto asombroso y muchas veces paradójico que nos irá vapuleando de un lado a otro. Nuestra vida y nuestro deseo se vuelven enrevesados con la entrada en la lengua, la ética y la razón. La complejidad está servida.

---

<sup>17</sup> Phillips, Adam, *La bestia en la guardería*, pág. 82

### 2.3. La meta del deseo

Nuestro sistema homeoestático es tan complejo que no busca simplemente la conservación y el equilibrio sino el bienestar. El problema es que el bienestar es también un concepto complejo y que depende de la definición que acordemos. Si es evidente que sin tener las necesidades básicas cubiertas no podemos hallarlo, también es absolutamente cierto que el lugar donde coloquemos el baremo de qué consideramos bienestar depende en gran medida de la persona, de la época y del entorno. Las distintas encuestas llevadas a cabo para dilucidar qué pueblos son más felices dejan claro que para que el ser humano se considere relativamente feliz debe tener cubiertas las necesidades básicas, léase comida y abrigo. El régimen político también influye en nuestro nivel de felicidad, así los estudiosos concluyeron que las personas sometidas a regímenes fuertemente autoritarios eran considerablemente menos felices. Lo más interesante de este tipo de estudios es que todos concluyen con la misma idea: la fuente principal de la felicidad está en la afectividad de las relaciones humanas, en el reconocimiento de los demás, en sentirnos competentes.

El SBI busca el equilibrio, el placer, el deleite y la calma. El individuo va más allá y desea la felicidad, la plenitud afectiva. El placer se instala en el cuerpo- en las estructuras límbicas- y es bueno siempre que no afecte de forma negativa a nuestro desarrollo como personas. La felicidad es más mental y más amplia: incluye también la relación con lo social. De esta forma la finalidad del deseo se diversifica, aunque siempre mantenga el atractivo y la mejora. Su finalidad puede ser la homeostasis, la felicidad, el deleite, el placer, la tranquilidad, el bienestar, la delicia, el gozo, la satisfacción o la alegría. Todas estas sensaciones agradables son el premio que nos otorga el deseo. Pero cuando la realidad se enfrenta con él nos muestra entonces su cara más oscura. Puede castigarnos con severos dolores y frustraciones. Muchas veces el deseo genera ansiedad, punzadas. Si no se cumple produce frustración, intranquilidad, inquietud, desazón, tristeza... Decepción es lo que sentimos cuando un deseo es frustrado, ansiedad lo que

puede producirnos el deseo futuro, obsesión, el deseo que nos exige su devoción. La realidad es obstinada y desdeñosa, todos nuestros deseos no se van a cumplir en todos los frentes de la vida. Podemos aceptar que algunos no se cumplirán o podemos, como propone Freud, sublimarlos. Los seres humanos también nos distinguimos entre nosotros por cómo aceptamos las derrotas y por cómo lidiamos con los sentimientos negativos con los que nos castigan los deseos no realizados. El deseo frustrado puede entonces provocar furia, enfado o un pequeño disgusto. Sólo seremos felices si aprendemos que a veces hay que saber perder. El deseo no cumplido engendra frustración y debemos saber lidiar con ella. Aceptar nuestro fracaso, analizar las causas, ver si nuestro deseo se ajustaba a la realidad. Este fracaso nos hiere el ego y hace que surjan sentimientos en nosotros o mecanismos de autodefensa (es un poco tonto, estoy cómoda aquí...) El problema es cuando surge la violencia, el miedo paralizante, la dura depreciación de uno mismo o el odio feroz.

El deseo necesita ser acompañado de la esperanza, que nos dice que hay alguna posibilidad de que se cumpla aquello que queremos. Sin ella, la frustración está garantizada, y sólo nos queda intentar consolarnos.

Pero volvamos al tema de la felicidad, que es el auténtico objetivo de la mayoría de los seres humanos. La felicidad, ese estado que por un momento nos hace sentir que somos seres llenos y sin fallas, que nos hace fantasear con la plenitud, ese momento en el que no tenemos miedo y nos sentimos colmados, ¿es acaso alcanzable como estado duradero?, ¿sabemos dónde está?

La felicidad depende de la configuración de nuestras neuronas, hormonas y neurotransmisores, es química. La felicidad tiene que ver con los niveles de endorfinas-los opiáceos de nuestro cerebro-, con la dopamina, la acetilcolina, la oxitocina y con los circuitos de recompensa. En el hipotálamo tenemos el circuito de la búsqueda que -nos cuenta Punset -alerta los resortes de placer y felicidad. Lo interesante es que este circuito se activa durante la búsqueda, es decir, antes de la consecución del objeto deseado. Es por esto que es en la expectativa y en la espera de un acontecimiento muy deseado donde obtenemos mayores cantidades

de felicidad. Pensemos en un enamorado que se despierta y sabe que esa noche verá a su amada, es muy probable que la felicidad le dure todo el día, que esa espera sea tan gratificante o más que el momento en sí.

“En todo caso, no parece arriesgado sugerir que las personas condicionadas por el refrán popular de “aquí te pillo, aquí te mato” pierden gran parte de la felicidad, que mora en el circuito de la búsqueda”<sup>18</sup>

Pero más allá de lo científico debemos enfrentarnos con otra realidad: muchas veces no sabemos dónde está la felicidad o cuál es el itinerario que nos conduce a ella, es un camino con obstáculos y mal señalado. Tendemos a desear cosas que una vez conseguidas no alteran nuestro nivel de felicidad como esperábamos, no sabemos hacer los cálculos correctos, invertimos esfuerzo en proyectos que no nos hacen tan felices, lo que nos lleva a pensar que estamos un poco desorientados. Esto mismo ocurre con los acontecimientos desgraciados: tendemos a suponer que nos afectarán más de lo que realmente nos afectan. Y esto es porque estamos diseñados para adaptarnos al medio, a nuestras circunstancias y a contar con un optimismo, o autoengaño, que nos empuja hacia delante. Tenemos algo así como un estado de ánimo que no se altera fácilmente más allá de unos instantes o una temporada. Pensemos en la lotería. La mayoría de la gente piensa que si la ganara su estado sería de felicidad permanente. Los estudios que se han realizado muestran que al cabo de un año su nivel de felicidad, que no de confort, es muy similar al que tenían antes del premio.

La felicidad es algo difícil de conseguir. La vida es vaivén, pasamos rápidamente de un estado a otro, de un sentimiento a otro, de un deseo al siguiente. La felicidad muchas veces está en la lucha, en ir superando obstáculos, en ver la recompensa más que en saborearla. Nuestra felicidad como personas depende de la felicidad relativa en diferentes campos: el personal, el familiar, el profesional. Es una especie de buena nota media en el proyecto que hemos elegido como personas. Supongo que seremos felices en la medida en que nuestros deseos se ajustan a la realidad, en la medida en que tenemos más o

---

<sup>18</sup> Punset, Eduardo, *El viaje a la felicidad*, págs. 43 y 44

menos bajo control la incertidumbre que implica la vida. La finalidad del deseo es también la alegría, que Espinosa define como “el paso del hombre de una menor a una mayor perfección”. Pero también puede ser la tranquilidad el objetivo del deseo, la falta de turbación, que nos produce una sensación poca intensa pero agradable.

La felicidad es un estado que se activa en el sistema límbico. Los seres humanos, como drogadictos, estamos programados para buscar este estado, por lo que es muy difícil luchar contra el deseo: estaríamos luchando contra nuestra genética. Cuando el deseo consigue su objeto la recompensa es el placer o la felicidad. Dependiendo de la hondura del deseo, el placer acabará en el instante, sentiremos el éxtasis, o tendremos una dosis más prolongada de felicidad. El problema es que no acertamos cuando predecimos la felicidad o infelicidad que nos aportará un determinado bien o acontecimiento. Es por este error que, por ejemplo, compramos de forma compulsiva, que pensamos que la felicidad pasa siempre por la tienda. Está comprobado que lo material no da tanta felicidad como creemos. Ya hemos dicho que la felicidad tiene más su base en las relaciones humanas. No son los productos que compramos los que nos hacen felices sino el estatus al que dan acceso, la sensación de pertenecer a un grupo privilegiado y que es admirado por otros, el sentirse uno de los elegidos, de aquellos que tienen el privilegio de entrar en lo inaccesible para la mayoría. Esta sensación de formar parte de un club exclusivo da más felicidad que las atracciones del club en sí. El gran logro de la riqueza es subir la autoestima, salir victoriosos en las comparaciones. El problema de la mayor parte de la otra cara de la sociedad podría ser la envidia o incluso el rencor. Pero aquí ya nos estamos introduciendo en el siguiente apartado, el mundo de los sentimientos.

## 2.4 Emoción, sentimiento y deseo:

Hemos visto que los deseos están relacionados con los instintos. Otras veces los deseos se visten de emociones y sentimientos. Las emociones y los sentimientos provocan deseos. Los deseos provocan a su vez emociones y sentimientos. Esto es lo que vamos a tratar de ver ahora, sin ningún afán de exhaustividad.

Un deseo, pongamos por caso un ascenso laboral, puede generar un sentimiento como podría ser la envidia hacia quien lo consiga, al igual que un sentimiento digamos la tristeza puede generar un deseo, imaginemos deseo de ser querido por el ser amado. La repugnancia y el asco generan aversión, el deseo de evitar la situación: emoción, sentimiento y deseo están relacionados.

Estamos llenos de ambivalencias y de mezclas de emociones. Los sucesos del mundo nos afectan y reaccionamos sintiendo y deseando. Pero, ¿qué son los sentimientos y las emociones?, ¿cómo se relacionan con el deseo?

Damasio distingue entre emoción y sentimiento. Las emociones pertenecen al cuerpo, son acciones, movimientos visibles en ensayos hormonales o en patrones de ondas electrofisiológicas. Los sentimientos en cambio a día de hoy son “invisibles” a los demás, aunque cada vez se sabe más sobre sus bases neurofisiológicas. Se han estudiado mucho las lesiones cerebrales y cómo nos afectan, cada vez se sabe más de la especificidad de cada área cerebral. Las emociones se sitúan antes que los sentimientos, pues los sentimientos son la expresión a nivel mental de las emociones, nos dice el portugués en su obra *En busca de Spinoza*. El cerebro está constantemente cartografiando nuestro cuerpo, muestreando el estado de nuestro organismo y pendiente de cualquier alteración. Estos estados corporales llegan en forma de mapa al cerebro, que convierte lo cartografiado en sentimiento. El neurólogo nos explica que es en la ínsula donde el gran ordenador cerebral recoge las informaciones y, tras evaluarlas, las transforma en sentimientos.

Enrique Rojas nos dice que “la emoción es más biológica y psicológica, mientras que el sentimiento descansa sobre variables sociales y culturales”<sup>19</sup>. Además, las emociones se sitúan antes que los sentimientos en nuestro sistema evolutivo. Las emociones (de fondo, primarias o sociales) llegan a nuestro cerebro a través de canales químicos y neuronales. Éste las cartografía para entregarlas ya en forma de sentimiento, es decir, las emociones son el fundamento de los sentimientos. Las emociones de fondo se relacionan con estados de ánimo, son más duraderas: en general estás contento, con ganas, ilusión, deseos...Podríamos decir que los estados de ánimo son los estados emocionales persistentes sobre los que irrumpen las emociones del momento. Damasio dice que las emociones de fondo son las que más experimentamos en nuestra vida. No suelen ser muy intensas, sería el estado corporal predominante. En las emociones primarias incluye: repugnancia, ira, miedo, felicidad, tristeza y sorpresa. En las sociales: simpatía, turbación, vergüenza, culpabilidad, orgullo, celos, envidia, gratitud, indignación, admiración y desdén.

Castilla del Pino dice que los sentimientos son formas básicas de vinculación a los deseos. Dice que son instrumentos de los que echa mano el sujeto para relacionarse con los demás y con sus pensamientos y deseos. También son estados del sujeto, que notamos levemente o que nos embargan por completo. El sujeto se pone en relación con objetos o consigo mismo. Esta relación le provoca un sentimiento, porque el sujeto ha inferido determinadas cualidades de ese objeto. También dice el psiquiatra que todo sentimiento genera otro. El dolor nos puede llevar a la ira, por ejemplo.

Los sentimientos surgen por la imagen que construimos de los objetos y nos sirven para que sepamos cómo va nuestra vida. Yo diría que son el marcador que nos dice cómo va la batalla que ha entablado nuestro deseo con la realidad. Los sentimientos evalúan.

El deseo es, junto al conocimiento, el que nos vincula a los objetos. Los sentimientos son entonces también formas diferenciadas de deseo básico. El

---

<sup>19</sup> Rojas, Enrique, *Los lenguajes del deseo*, pág. 107

sujeto, desequilibrado por objetos, buscará el equilibrio. Los sentimientos deben ayudarnos a relacionarnos con los demás y a tener una relación sana con nosotros mismos.

Los sentimientos son estados del yo y en ocasiones tienen mucho que ver con la supervivencia. Las emociones y sentimientos a veces son una manifestación de los impulsos e instintos, como podemos ver en el siguiente ejemplo: el instinto de supervivencia hace que surja la emoción del miedo.

Las emociones y los sentimientos forman parte de los mecanismos básicos de regulación de la vida pero los sentimientos estarían a un nivel más elevado. Sin emoción no puede haber proyecto. Los pensamientos desencadenan emociones y las emociones corporales se transforman en sentimientos.

Los expertos nos hablan de la tendencia del ser humano a la polarización: agrado/desagrado, bonito/feo, bueno/malo... No es de extrañar que los sentimientos de dolor y placer sean el cimiento de nuestra mente, dice Damasio. De ahí que sea lógico suponer que buscaremos el placer y todos sus derivados, la pregunta es: ¿cómo alcanzarlo? Si lo que anhelamos se cumple entrarán sentimientos relacionados con el placer, si no, con el displacer. El sujeto se halla casi siempre en un estado de anhomeostasis (desequilibrio), el deseo buscará cambiar este estado por el de equilibrio, adaptarse al entorno psicosocial. Los sentimientos –al igual que el deseo– se dan porque somos capaces de percibir los cambios que se producen en nuestros organismos:

“Al ser la vida un espectáculo de funambulismo, la mayoría de los sentimientos es expresión de la lucha por el equilibrio, muestra de los ajustes y correcciones exquisitos sin los que, con un error de más, todo el espectáculo se viene abajo”<sup>20</sup>

Hay muchas formas propuestas sobre la mesa para ordenar lo afectivo, pero no es tema que nos ocupe, sino ver cómo se relacionan con el deseo, la imbricación que se da entre sentimientos y deseos. Aún así, diremos que los sentimientos pueden ser agrupados en grupos temáticos. José Antonio Marina, por ejemplo,

---

<sup>20</sup> Damasio, Antonio, *En busca de Spinoza*, pág.13

los ordena dentro de cuatro dimensiones afectivas: atracción/repulsión, agrado/desagrado, aprecio/desprecio/, activación/depresión.

Cada lengua lexicaliza lo afectivo a su manera. Hay lenguas que tienen muchas palabras para variantes de una misma emoción y otras que no tienen ninguna. Y es que no hay que olvidar que son las palabras las que estructuran nuestro pensamiento y nuestro orden social. Pero pongamos un ejemplo: Existen algunos deseos específicos lexicalizados: hambre es deseo de comer. Este deseo llevado al extremo es la gula. Muchos otros no tienen su propia palabra, pero entrarían en la definición de los sentimientos.

Los deseos van de la mano de las emociones y los sentimientos, y estos a su vez pueden originar deseos. Además, los sentimientos no se dan aislados. Podemos experimentar varios a la vez. La personalidad también juega un papel importante en todo esto. Dependiendo de su configuración tendremos a experimentar más un cierto tipo de sentimiento o de forma más o menos intensa. Además, hay una especie de carácter de fondo que nos persigue. Hay personas de naturaleza más alegres, otras más tímidas... Gente que tiene un estado anímico bastante constante y otros que experimentan un carrusel sentimental a lo largo del día. Es decir, el nacimiento de los sentimientos tiene que ver con eso que llamamos nuestra forma de ser, que sería algo así como la forma afectiva habitual con la que nos enfrentamos a la realidad, nuestra forma habitual de sentir. La razón uniforma a los hombres, los sentimientos nos distinguen. No todos experimentamos todos los sentimientos, ni en todas las ocasiones. Los sentimientos, como los deseos, surgen de nuestra parcela más íntima. De repente algo nos fascina, nos atrae profundamente. Hay deseos de posesión, de unión, deseos que se dirigen a nosotros mismos o a otros seres. Experimentamos un sentimiento y de repente nace otro: las redes son complejas. Así, por ejemplo, hay una serie de sentimientos que son muy importantes para conseguir el cumplimiento del deseo: véase el ánimo, la decisión, la seguridad, la confianza, la alegría. La desidia sería, en cambio, una emoción enemiga del deseo. El alivio, el sentimiento que experimentamos cuando lo que no deseábamos no se cumple...

El objetivo de este apartado no era otro que exponer que deseo y sentimiento van unidos: esperemos que haya quedado claro.

## **2.5. Los orígenes del deseo: el amor y el odio**

Dice Jesús Ferrero que del deseo nacieron dos hijos: Eros y Misos, el amor y el odio. El amor y el odio son una mezcla entre deseos y sentimientos, aunque predomina en ellos el deseo. El amor y el odio tienen en común más cosas de las que cabría esperar. Los científicos nos dicen que las constantes hormonales del odio y del amor son idénticas, no sabemos si alguien acaba de acuchillar a otro o ha experimentado un orgasmo. Tal vez lo opuesto al amor sea entonces la indiferencia. El amor es un instinto básico y universal transformado por la cultura. Deseamos lo que nos interesa, por lo tanto, lo indiferente es lo que no llama la atención de nuestro deseo. Pasemos ahora a hablar del amor y del odio, esos deseos y ejes sobre los que gira la vida.

El amor puede orientarse en varias direcciones. Si se dirige a uno mismo, hablamos de amor propio, una estima que está relacionada con el instinto de supervivencia. Esta autoestima es el amor más constante en la vida, porque lo llevamos implantado ya de nacimiento, porque ayuda a la supervivencia. Son los demás y la educación los que nos enseñan a controlar los sentimientos narcisistas. Los que nos enseñan que nuestro deseo no siempre es lo primero, que el narcisismo hay que ocultarlo, que los demás seres también merecen consideración. Este amor a uno mismo es necesario como autoestima, pero también nos acerca al egoísmo. Si sólo puede vivir uno de los dos, que sea yo el que sobreviva, nos dice nuestro instinto. La autoestima es positiva, pero es fácil caer en la autocomplacencia y en la egolatría. Muchas veces somos muy indulgentes con nuestros actos, todo nos lo perdonamos. Poseemos habitualmente una imagen positiva de nosotros, muchas veces muy alejada de la realidad, creemos que somos buenos porque en una ocasión realizamos una

acción piadosa y nos olvidamos de todas las crueldades cometidas; creemos que somos inteligentes, atractivos, que valemos la pena, que somos muy especiales: somos autocomplacientes. Esta idea tan alta de nosotros mismos (no real) choca contra la realidad. Aquí entran la vanidad y la fatuidad, la soberbia y el orgullo (muy ligado a la autoestima). Los demás nos pueden herir el orgullo fácilmente, no teniendo una opinión tan alta de nosotros como nosotros mismos.

La vanidad encarnaría el deseo de ser admirado; el orgullo sería entonces una alta estimación de uno mismo; el narcisismo entraría de lleno en lo desmedido, en la adoración que supone la egolatría. El soberbio y el vanidoso necesitan a otras personas para sentirse superiores a ellas, quieren que los demás contemplen su propia inferioridad. Disfrutan con las comparaciones mientras sube como la espuma la opinión que tienen de ellos mismos. Ya hemos dicho que es la cultura y la educación la que debe imponer la humildad y la modestia, la que nos hace ocultar nuestros engréidos interiores.

También poseemos mecanismos de defensa- por ejemplo, cuando nos autojustificamos- para protegernos de nosotros mismos, de las críticas feroces que podríamos hacernos al pensar cosas que consideramos despreciables. De esta forma nos acercamos más a la homeostasis. También cuando nos imponemos despreciar aquello que amamos pero nos resulta inaccesible. Estos mecanismos suponen un bálsamo para la autoestima.

Pero como seres sociales que somos, el amor también se relaciona con los demás, de los que buscamos aprobación y respeto. Lo social presiona al individuo. Y es que la evaluación que los otros nos hacen nos ayuda a formar nuestra evaluación personal. El deseo de ser aceptado y de ser querido por un grupo es universal, ya que el ser humano necesita a otros seres. Si lo negamos entraríamos en la autosuficiencia y el autoengaño, sería una fantasía megalómana. Queremos ser reconocidos socialmente, que los demás nos admiren y escuchen. Nos gusta gustar, para qué negarlo. Deseamos ser apreciados física y psíquicamente. Nos gusta ser admirados, pero nosotros también admiramos a otros seres. Esto nos puede llevar a la emulación o a la idolatría.

El ser humano busca acercarse a otros seres y hacer de ellos sus compañeros o amigos. Y es que la amistad sería un vínculo recíproco con una persona a la que deseamos el bien. Las personas tenemos muchas herramientas sociales que nos permiten este acercamiento, la simpatía sería una de ellas. Tenemos también la capacidad de la empatía, que nos permite ponernos en el lugar del otro y, en ocasiones, querer ayudarlo. Aquí entraría la generosidad, ese sentimiento altruista que a veces nos invade.

Las personas muchas veces sentimos curiosidad, queremos saber, conocer. Contamos con la razón, que empujada por el deseo nos lleva a realizar descubrimientos. Este deseo de saber entraña una de las grandezas del ser humano. El hombre mira el firmamento y desea comprender. Desea encontrar sentido y significado en el mundo y en su vida.

El ser humano también ama lo material, los objetos, el problema es que muchas veces los convierte en fetiches. Jesús Ferrero define fetiche “como un objeto cargado de un poder que no tiene y que representa una ausencia”<sup>21</sup> .

“Toda sociedad (toda comunidad, todo volk) se presenta a los demás no sólo como una cultura y una superestructura, también se presenta como un territorio, como una propiedad, y las propiedades se marcan con fetiches”<sup>22</sup>

“Como todo fetiche es la representación de una ausencia, todo fetiche acaba resultando humillante si a través de él no se conquista lo que se quiere conquistar, pues tarde o temprano emerge “lo real” del fetiche: cuando estamos solos frente a nosotros mismos y el fetiche desvela su cara siniestra, esa que nos dice que tras su representación no hay nada, y que tras el fetiche hay solamente un espacio vacío: una ausencia duplicada”<sup>23</sup>

Para Ferrero nuestra sociedad estaría llena de ellos, pues detrás de la sofisticación y emoción que damos a los objetos, no hay más que tosquedad y materia inanimada. La riqueza material puede ser una forma de satisfacción sustitutoria de placeres básicos según los estudios psicoanalíticos. La ambición, la codicia y

---

<sup>21</sup>Ferrero, Jesús, *Las experiencias del deseo*, pág. 75

<sup>22</sup> *Ibid.*, pág. 76

<sup>23</sup> *Ibid.*, pág. 77

la avaricia también son deseos. La codicia sería el deseo desmedido de poseer, la avaricia, en cambio, de atesorar. Los bienes del avaro, al no ser consumidos, siguen siendo objeto de deseo.

Por último hablaremos del amor romántico, ese amor que consiste en inventar ficciones sobre el otro, a la vez que una lectura nueva y benévola sobre nosotros mismos, un refuerzo del ego cuando es correspondido y pérdida de autoestima cuando no. Es el espejismo de la plenitud, de la unión, de lo redondo, de rellenar huecos. El otro parece fundirse en nuestro ser durante un tiempo y nos lleva a la euforia, nos esconde temporalmente nuestras miserias. Creo que el amor tiene en ocasiones un fuerte componente narcisista, amamos tanto al otro como la imagen que el otro tiene de nosotros, muchas veces libre de todas las impurezas. Nos entrega una imagen nuestra semejante a una fotografía retocada con *photoshop* que nos permite una nueva rescritura de nosotros mismos. A su vez, cuando deseamos, en cierta manera nos reconocemos vencidos, hemos sido subyugados y estamos engrandeciendo la gloria de la persona deseada. El amor hace uso de la seducción, y la seducción va de la mano del engaño. Seducir es mostrar nuestro mejor yo, una nueva recalificación: nos convertimos en mejores ante nuestros ojos, idea que se repite en la poesía de Pedro Salinas.

Deseamos a otro, pero ¿por qué de repente nos quedamos fascinados por un ser y no por otro? , ¿por qué nuestra atención se fija en otro ser como si no hubiera nada más en el mundo? Los romanos dieron solución a este misterio con Cupido. Él nos lanzaba la flecha y caíamos rendidos a sus pies. Hoy no creemos en él, pero la ciencia sigue sin dar respuesta al porqué del flechazo con alguien en concreto, más allá de la simetría y de la compatibilidad entre los sistemas inmunitarios. Se habla de sustancias, de química.

Muchas veces tratamos de racionalizar lo inconsciente. Decimos: “Me gusta porque...” Pero el deseo sigue teniendo algo de inexplicable, algo que la razón no puede acabar de explicar. El deseo surge de dentro, muchas veces de improviso. De repente nos enamoramos, nos ponemos nerviosos, perdemos el apetito, así, sin más. Si pudiésemos controlar nuestro deseo en este sentido, se

acabarían muchos sufrimientos, pero no parece ser muy controlable por la parte racional de nuestra mente. El amor es una evolución del instinto que garantizaba la perpetuación de la especie. Qué mejor manera de asegurarla que a través de circuitos de recompensa y placer.

Pero volvamos a esta primera fase de cuando dos personas se enamoran. Los enamorados gozan con estos momentos previos a la conquista, con el momento del hechizo, del encantamiento, con la sensación de estar fuera del mundo, en otro lugar más interesante, más relevante. Nos gusta seducir y que nos seduzcan. El enamoramiento nos proporciona instantes encantados. Es un hechizo que puede durarnos o estallar en mil pedazos. Entonces nos damos cuenta de que lo que creíamos verdadero ha sido una ilusión. A veces ocurre de repente y entonces sufrimos un desengaño, otras es paulatino y pasamos del enamoramiento a otro tipo de amor.

Lo que sí parece evidente es que esta pasión inicial o esta enfermedad gustosa, que dirían los antiguos, se calma con el tiempo. El deseo inicial (enamoramiento) se convierte en otra cosa. Ni mejor ni peor, pero diferente. Aristóteles decía que con los años se convierte en amistad. El deseo inicial lleva mucho más al sexo, está comprobado que las parejas con el paso del tiempo tienen muchas menos relaciones sexuales. Dejamos de desear tan fuertemente como al principio el cuerpo de la pareja, pero podemos seguir deseando estar a su lado por muchos otros motivos. Lo que es evidente es que el deseo fuerte de un mismo cuerpo se apacigua con el tiempo. Se vuelve cariño, hábito, apego. Es lo mismo, una y otra vez, cuando tenemos algo, la intensidad de nuestro deseo disminuye, es como si el deseo implicara en cierto modo que no podemos desear fuertemente lo que tenemos en una especie de maldición humana. Ante esta situación podemos contentarnos con los otros componentes de nuestra relación con la persona o buscar a otra persona que nos haga sentir esas emociones intensas y finitas del principio. Si hacemos esto renunciaremos a la estabilidad, pero es que la constancia es algo que no existe en el deseo.

Ya hemos dicho que el deseo es caprichoso y que gusta mucho de la novedad y del obstáculo. Tal vez lo que más valoremos sea aquello que no tenemos asegurado o lo que nunca podremos tener. De hecho, muchas veces sentimos una cierta atracción hacia las personas a las que les resultamos indiferentes, hacia las mujeres y los hombres inaccesibles, porque el deseo rechaza la satisfacción. Es el obstáculo el que muchas veces enciende el deseo. El deseo necesita del obstáculo, por eso el amor asegurado, si es que tal cosa existe, no puede incluir el deseo. La pasión baja una vez conseguido y saboreado el objeto deseado.

Las personas sentimos que los deseos nacen de nosotros, pero lo social está también implicado en su alumbramiento. Esto es lo que nos explica René Girard, que nos dice que somos individuos hipermiméticos, es decir, orientamos nuestro deseo siguiendo el deseo de los otros. Las personas buscamos el aplauso de la multitud. Además, como muchos asistimos a los mismos espectáculos, es normal que los deseos converjan en puntos similares:

“En este universo de individuos hipermiméticos que es la corte isabelina, o nuestra sociedad de consumo, el principio de frustración es inexorable. Si el supuesto amor verdadero nunca ha sido, y nunca será, un largo y apacible río es porque en el fondo no tiene nada de verdadero: se trata de un deseo mimético que no puede ni quiere reconocer su naturaleza propia, un deseo que encuentra su intensidad y su perennidad solamente cuando es frustrado por la victoria de un modelo-rival”<sup>24</sup>

Si el amor es correspondido alcanzamos el gozo, si no es así, el amor puede ser fuente de incontables sufrimientos. Los científicos llegan a comparar este dolor con el que siente el niño ante la ausencia de su madre. El amor muchas veces nos desvela y tortura. En ocasiones aparece el fantasma de los celos, que surgen porque creemos poseer al otro, por la inseguridad en uno mismo. Deseamos mantener lo que creemos que nos pertenece. Ese miedo a perder lo obtenido nos provoca desequilibrio.

El amor es una forma de vinculación intensa y muy subjetiva sobre un objeto, una forma de deseo que ama las cualidades que hay o imagina en otro sujeto. El

---

<sup>24</sup>Girard, René, *Geometrías del deseo*, pág. 50

amor tiene componentes aleatorios, imprevisibles, cambiantes, irreprimibles, desconcertantes y también culturales. Promete llenar el inmenso vacío de la individualidad, algo así como la otra parte que hemos perdido según narra Platón en *El Banquete*. El amor es un intento de fusión, de borrar fronteras entre dos seres aislados, el espejismo de la unidad. El amor dura, el enamoramiento, salvo pocas excepciones, no:

“En promedio, el enamoramiento pervive durante el tiempo necesario para alcanzar los fines evolutivos. Es necesario que la pareja se mantenga el tiempo suficiente para engendrar y cuidar los hijos, lo que parece corresponderse con la sabiduría popular y la investigación de los psicólogos, que lo cifran en unos siete años”<sup>25</sup>

La oxitocina y la vasopresina son las hormonas del amor, este deseo tan complejo y mágico que cuenta con su propio circuito cerebral:

“Los circuitos cerebrales responsables del vínculo amoroso -los mecanismos subcorticales en la región de los ganglios basales de motivación y recompensa-son distintos de los activados por emociones como el impulso sexual. Lo que no quiere decir que la frecuencia y los modos de ejercer este impulso no influyan sobre el amor romántico”<sup>26</sup>

El sexo también entra dentro del deseo de otro, al igual que la lujuria y la concupiscencia. El sexo puede entrañar mero placer corporal o ser el espejismo de la unión. Nuestro SBI nos premia con el placer máximo en la ceremonia de reproducción de la especie. El sexo es un instinto, pero también puede cargarse de erotismo. Para Bataille todo erotismo es sagrado en el sentido de que busca dar continuidad al ser. Dice que el deseo erótico supone una cierta disolución de nuestro ser cerrado, que es un estado de comunicación. La continuidad del ser no es posible, y esto genera angustia. Vislumbramos continuidad en el ser amado, pero no la podemos alcanzar, es un deseo imposible.

También cree que muchas veces la sexualidad humana no es erótica, simplemente puede ser animal. Las prohibiciones separan al hombre del animal

---

<sup>25</sup> Punset, Eduardo, *El viaje al amor*, 223-224

<sup>26</sup> *Ibid.*, pág. 224

en un intento por huir de la violencia, dice Bataille. Es el enfrentamiento del mundo del trabajo con la animalidad. Antes lo prohibido tenía el espacio de la fiesta colectiva y era la posesión sexual de lo prohibido lo que proporcionaba el placer. Por eso el matrimonio sería poco erótico. Hoy han desaparecido muchas de las prohibiciones sexuales, pero ya hablaremos de eso más adelante. Centrémonos ahora en el reverso del amor: el odio.

Cuando oímos la palabra deseo lo primero que pensamos es en el amor, pero no debemos olvidar que el odio es tan substancial al ser humano como este. El odio es un deseo dañino, deseo de que el otro o lo otro desaparezca, de que sufra. Creo que todos llevamos la posibilidad de gozar con el sufrimiento de los otros, esto sería el sadismo. El odio está mal visto y es casi inconfesable, es un deseo negativo, pero no cabe duda de que es un deseo poderoso. Decía Sócrates que “de los deseos más profundos surge a veces el odio más destructivo”. Y es que el deseo no es sólo amar a otro o desear una cosa, también puede ser querer fulminar a otro o desearle el mal. El odio es otro motor poderoso de nuestros afectos. Cuando odiamos a alguien lo tenemos casi tan presente como cuando lo amamos.

Odio es deseo de destrucción, de aniquilación, de agresión. Sentimientos como la ira o la furia implicarían un deseo de agresividad y destrucción. Si me presento a un concurso puedo disfrutar no solo de mi victoria sino también de la derrota del contrario. Pocas cosas se pueden desear con tanta fuerza como la venganza, que sólo con imaginarla ya provoca placer. Es una forma de odio que busca la reparación, la ley de la simetría. El odio es deseo de expulsión y muestra, en ocasiones, nuestra impotencia. Muchas veces el deseo de eliminar no se lleva a la práctica, pero sí insultamos o nos regodeamos imaginando el sufrimiento del otro. Muchos pensadores, entre ellos Marcuse, hablan de que albergamos un deseo de matar en nuestro interior. Podemos desear vengarnos de alguien, que sería algo así como devolverle el daño que nos causó. El odio muchas veces va acompañado de la ira y la crueldad, que sería el deseo de hacer daño más allá de los límites. Sería un dolor refinado.

En ocasiones el odio se dirige hacia nosotros mismos y podría llevarnos al suicidio, aunque casi siempre el suicida lo que detesta es lo exterior a él. Otras veces el odio se dirige a nuestro cuerpo, nos acomplejamos, nos sentimos inferiores, pues sin aceptar nuestra corporeidad la felicidad tampoco es posible.

Cuando el odio se dirige a la humanidad caemos en la misantropía y cuando deseamos lo que posee el otro en la envidia, pasión muy relacionada con el deseo. Envidia es deseo de lo ajeno junto con tristeza de que el poseedor tenga ese bien que consideramos deseable. Es rabia hacia los bienes de otro. En las múltiples entrevistas que he leído hay una pregunta que se repite sin cesar: ¿Podría usted decirme su gran defecto?, nadie dice la envidia, es un deseo inconfesable. La envidia es odio al rival e impotencia porque posee algo que nosotros queremos, que consideramos que merecemos. Es demostrar una carencia nuestra, es frustración, impotencia. Siempre envidiamos lo estimable.

Envidiar es desear lo del otro y, sobre todo, desear que lo pierda. La envidia parte de la admiración y de la injusticia que creemos que supone que el otro posea dones que a nosotros no nos han sido entregados. Tendemos a creer que nos merecemos las cosas buenas que nos pasan y lo contrario con las malas. La educación es la que pone los límites a la envidia, la que nos vuelve estrellas del ocultamiento. La envidia no es buena compañera, sólo en ocasiones nos lleva a esforzarnos para conseguir los objetivos que codiciamos.

## **2.6. Necesidades básicas, deseos racionales e irracionales**

Si somos inteligencias deseantes, como decía Aristóteles, entonces el deseo tendrá que vérselas también con la razón y con la inteligencia. La razón se rige por la lógica, el deseo, en cambio, no. El hombre debe luchar para que las aspiraciones del deseo y las de la razón lleguen a buen puerto, para tratar de unirlos con coherencia. Otra complicación más con la que se enfrenta el deseo.

Además, la distinción entre deseos racionales e irracionales no es fácil, de hecho, muchas veces se presentan mezclados. Supongamos que una persona quiere tener un mejor salario. Parecería un deseo muy racional que estudiara inglés-requisito indispensable en la mayor parte de las empresas-, ahora bien, es muy probable que quisiera el aumento salarial para comprar un coche mejor y gastar dinero en cosas que a la larga no le producirían un índice más alto de felicidad. Este ejemplo nos sirve de demostración de que lo racional y lo irracional están fuertemente imbricados.

Dentro de los deseos irracionales tal vez el más paradigmático sea el enamoramiento, pues nadie decide de quién se enamora. Cuando estamos intensamente enamorados nuestras herramientas racionales quedan aparcadas. Actuamos como si fuésemos tontos, en lo que Freud llama “la psicosis de la gente normal”. No es de extrañar que el manual medieval de medicina de Galeno lo considerara una enfermedad en todo regla. El enamorado no puede pensar en otra cosa. Y es que el deseo es la misteriosa atracción por un objeto, algo a lo que luego solemos buscar una explicación racional para superponérsela y descansar pensando que llevamos las riendas de nuestra vida.

La mayoría de los últimos estudios científicos -LeDoux, Gazzaniga, Wilson- coinciden en que el componente irracional e inconsciente de la mente es mayor de lo que pensábamos. Un dato fundamental es que el 95% de nuestra actividad mental se realiza de forma inconsciente. Este gran palo para el hombre que ya nos contó Freud hoy es un dato objetivo. La creencia ilustrada del hombre como ser racional ha pasado a ser una leyenda. No somos el centro del universo, venimos del mono y ni siquiera podemos controlarnos a nosotros mismos con la herramienta de la razón. Gran parte de nuestros deseos más profundos son irracionales, aparecen en nuestra mente y punto. La mente tampoco es solo una, son muchos sistemas engarzados. Otra fragmentación del yo, otro peligro al que hay que enfrentarse. En la obra *Las trampas del deseo* Dan Ariely trata de enseñarnos a controlar los impulsos irracionales que nos llevan al error demostrándonos que somos “previsiblemente irracionales”, es decir, “nuestra

irracionalidad se produce de la misma forma una y otra vez”, es sistemática. El deseo es dinámico e impaciente, hay que controlarlo, educarlo y someterlo a la razón. Dice Enrique Rojas que “la administración inteligente del deseo es propia de los que tienen una visión panorámica de la realidad. Levantan la mirada y ven más allá de lo que aparece delante de sus ojos”<sup>27</sup>. Para conseguir este objetivo hay que seguir la senda de la razón y del esfuerzo, necesitamos la asistencia de nuestra fuerza de voluntad y estar motivados, es decir, ser capaces de sacrificar el presente porque vemos el objetivo final. El deseo maduro tiene en cuenta las opciones de acción, las recompensas y los castigos, y es realista. En general, los deseos a largo plazo suelen ser mucho menos realistas que los a corto plazo. Los de nuestra vida diaria son más pragmáticos (dormir la siesta, cenar pizza), lo que nos ayuda a no frustrarnos demasiado. Es de hecho el día a día en donde reside la felicidad. Sin embargo, nos frustramos mucho por asuntos sin importancia- se han hecho estudios de lo mucho que nos afecta cuando se nos rompe un electrodoméstico-. Los deseos maduros y racionales se oponen a los deseos infantiles y a los patológicos, que son inútiles, no nos sirven para el contexto de nuestras vidas, no ayudan a la lucha por la felicidad y perjudican al sujeto. Es el deseo de objetos que no pueden ser satisfechos, el deseo que no se ajusta a los principios de realidad. Los deseos inalcanzables son infantiles, son los que no cuentan con los sentimientos del otro ni con el contexto. Los deseos adultos deben ser alcanzables, a no ser que se queden en meras imaginaciones gozosas, pues con los deseos planificamos nuestro futuro.

En ocasiones debemos someter nuestro deseo a la razón, pero él es muy poderoso, es complicado hacerle frente. Yo puedo renunciar, pero eso no significa el agotamiento del deseo, que sigue ahí con su grito salvaje, sin dejarse domesticar, llamándonos desde lo más profundo del inconsciente.

Somos seres subjetivos que atribuimos cualidades a objetos, les damos valores. Decimos que es bueno porque lo deseo y lo que deseo lo convierto en valor. A pesar de esta subjetividad que nos caracteriza, nos aferramos a que somos seres

---

<sup>27</sup> Rojas, Enrique, *Los lenguajes del deseo*, pág. 17

racionales, a que llevamos las riendas de nuestra vida. Si asumiéramos el gran componente irracional de nuestra mente nos veríamos obligados a perder parte de nuestra libertad. No nos consideraríamos tan libres, puesto que asumiríamos que muchas veces no hacemos lo que nuestra razón dice sino lo que parte de nuestro cerebro inconsciente ha decidido por nosotros. Esto es lo que han descubierto que ocurre en ocasiones en la toma de decisiones. El neurólogo Joaquim Brasil-Neto realizó un experimento en el que comprobó que es posible influir en la elección del individuo -a través de estimuladores magnéticos transcraneales- sin alterar en él la sensación de que su elección era voluntaria.

La parte inconsciente decide por nosotros y, una vez tomada la decisión, nos avisa. Entonces nosotros, como niños buenos que buscan una explicación, tratamos de justificar la decisión tomada sin nuestro raciocinio y crear una fábula coherente.

“Resulta bastante inquietante pensar que nuestras “elecciones” en realidad son meros reflejos de procesos mentales más profundos que permanecen ocultos para nosotros y sobre los cuales nuestro yo consciente ejerce poco o ningún control”<sup>28</sup>

Las emociones también juegan un papel fundamental en la toma de decisiones, nos explica Antonio Damasio en su obra *El error de Descartes*, si sólo decidiésemos con la razón la insatisfacción emocional sería enorme. Además, sin emociones no podríamos tomarlas. De esta forma razón y emoción se pueden convertir en aliadas. La emoción es la fuerza que nos motiva y que nos decanta, es decir, los sentimientos nos guían, y parece ser que muchas veces en la dirección adecuada. El sistema de toma de decisiones se ha estudiado en profundidad. Poseemos uno lento y racional, y otro rápido que se basa en las emociones, cada hemisferio cerebral actúa a su manera y extrae sus propias conclusiones. Curiosamente se ha demostrado que muchas veces elegimos con el emocional y, una vez tomada la decisión, usamos el raciocinio para justificar nuestra decisión. Nuestra conciencia sería así una especie de narrador que da coherencia a lo acontecido muchas veces a nivel inconsciente.

---

<sup>28</sup> Irvine, William B., *Sobre el deseo*, pág. 127

El pensador Barry Schwartz<sup>29</sup> nos demuestra lo difícil que puede ser elegir entre muchas opciones. En su obra él parte de la compra de unos tejanos, nosotros partiremos de una mudanza y la compra de unas sillas. Supongamos que necesito cuatro sillas. En un principio mi criterio es que estéticamente no me desagraden y que cumplan su función aportando comodidad. Ahora bien, vamos a las tiendas, “Bienvenido al mundo de las sillas”, ¿qué sillas elegir? Por un lado está el criterio estético, uno debe plantearse hasta qué punto le importa, hasta qué punto está dispuesto a hacer un esfuerzo económico por ellas, ¿nos compensará? Resulta que existen sillas francesas, italianas, de cuero, de plástico, con respaldos especiales y con un sinnúmero de variables más. La compra de las sillas se convierte en un dilema. De tu criterio inicial: “cómodas y que estéticamente no me desagraden” has pasado a uno mucho más complejo, hay una escala de sillas enorme. ¿Acertaré?, ¿merecerá la pena? Este universo de las sillas es comparable a cualquier campo en el universo del consumo. El consumidor pierde tiempo y energías en algo que muy probablemente no le compense. Además, es muy probable que no se vaya satisfecho con su elección, a pesar de que se ajusta a los criterios preestablecidos por él mismo. En vez de sentir que ha conseguido lo que deseaba, mucha gente se siente incómoda porque tiene la sensación de que había otra opción mejor. Y es que cuanto mayor es la gama de elección, mayor es la ansiedad que acompaña a la elección y mayores las opciones de arrepentimiento.

Tenemos un inconsciente, es decir, formas de pensar que no controlamos. Sólo controlamos una parte de nuestra mente. Freud ya dividió al ser humano en yo, ello y superyo. El yo debe luchar por aferrarse a los principios de la realidad, pero hay otras partes en nosotros. Muchas veces la esencia del deseo es irracional, también explosiva y revolucionaria, dicen Deleuze y Guattari en su obra *El anti-Edipo*. Por eso puede comprometer los principios de una sociedad. Es ahora cuando viene lo paradójico, como diría Lipovetsky. Hay que incitar los deseos pero también controlarlos, pueden ser peligrosos para las estructuras de poder. La sociedad posmoderna parece tener este aspecto bajo control, la palabra

---

<sup>29</sup> Ver su obra *La tiranía de la abundancia*

revolución ya no significa nada, se ha perdido el sentido de lo colectivo. Aislados en el individualismo sin conciencia de clase no hay nada que aluviones de pastillas y libros de autoayuda no puedan controlar. El sistema sigue adelante, las únicas cortapisas son las bajas laborales por depresión, pero es algo muy sostenible. La insatisfacción personal sólo favorece al sistema, a más hundimiento mayor consumo.

Las necesidades básicas del hombre no son tantas, pero la historia de la humanidad es la historia de la ampliación de estas necesidades. Nos acostumbramos a las cosas con una naturalidad tan pasmosa que lo deseable lo convertimos en necesario. Dice Harry G. Frankfurt<sup>30</sup> que el lenguaje de la necesidad se usa de forma extendida en la representación de nuestra vida personal y social, necesito esto, necesito aquello, decimos constantemente, pero ¿realmente lo necesitamos? Es evidente que no, ya que la mayor parte de las veces nuestras necesidades son falsas, es decir, han sido creadas por el deseo. Y es que las “necesidades” pueden ser inducidas, cambiadas o rechazadas por el entorno. Hemos dicho que las necesidades falsas son las creadas por el deseo, esto equivale a decir que un número elevadísimo de ellas realmente lo son, pero ¿vivimos esto así?

Si seguimos el recorrido de esta ampliación veremos el desarrollo de todo lo extraordinario y artístico del ser humano. Pongamos un ejemplo: pensemos en una necesidad básica como es la comida. El hombre de las cavernas muy probablemente se sintiera satisfecho con el estómago lleno-aunque ansiara tener una cantidad ilimitada de su bocado favorito-. Los problemas culinarios venían de la escasez, hoy vienen de la abundancia y de la complejidad de una necesidad que se ha convertido en todo un universo. “La proliferación de opciones parece conducirnos, inexorablemente, a un aumento de las expectativas”<sup>31</sup>. Hoy pensar sólo en llenar el buche es zafío, hay que pensar en el atractivo, la variedad, el sabor, el origen, la presentación, las calorías... Hay que buscar el deleite y elegir

---

<sup>30</sup> Ver su recopilación de ensayos *La importancia de lo que nos preocupa*

<sup>31</sup> Schwartz, Barry, *La tiranía de la abundancia*, pág. 192

en un universo de miles de posibilidades. La comida hoy es caprichosa y está tan sujeta a modas como la ropa. Coexisten el amor por lo exótico y lo sofisticado con una pasión por lo más natural, orgánico y puro. Esto último es una reacción a los transgénicos y a los cientos de estabilizadores, conservantes, pesticidas y demás productos que ingerimos o echamos sobre nuestra piel. Comer bio refleja una especie de deseo de autenticidad en un mundo lleno de artificio, una conciencia ecológica y también preocupación por la salud. Además, en un mundo de ritmo frenético muchas veces el consumidor abusa de los precocinados y de la comida rápida. Se ensalza la *slow food*, pero también la comodidad y el ganar tiempo -fijémonos en cómo ha aumentado la venta de verdura ya cortada y lavada-. De esta forma la comida puede ser una fuente de culpa y de frustración. Muchos nos sentimos mal por no comer lo que deberíamos e ingerir más grasas o refrescos de los recomendables. Sabemos que las bandejitas blancas en que llegan a nosotros los productos no son biodegradables. Somos conscientes de que estamos devorando la naturaleza, pero no nos gusta ingerir pescado que venga de una piscifactoría. Queremos productos orgánicos, pero su adquisición es cara. Deseamos llenarnos, pero la obesidad es un gran problema con el que nos enfrentamos -gran parte de la población vive con el deseo de perder kilos-. Hay que renunciar, comer sano, ser gourmet, sofisticado. Nada de comilonas, se llevan las bellas miniaturas que experimenten y fusionen tradiciones culinarias distintas. Resumiendo, hemos hecho de una necesidad básica todo un universo. Y es que esta es la historia de la humanidad, hacer de la necesidad deleite, pero también frustración y preocupación. La comida ya poco tiene que ver con saciar el apetito y conseguir nutrientes esenciales. Se ha vuelto un juego, una pasión-los libros de recetas están entre los más vendidos-. El paseo por el supermercado una diversión en la que cada día nos sorprenden nuevos productos y rotan las mercancías, si no triunfan rápido, fuera, hay montones de opciones para remplazar ese estante. Lo fabuloso de la comida –mantenimiento del organismo- es que es un placer que puede disfrutarse a lo largo de la vida varias veces al día y que gozamos cada vez. Proporciona un placer más intenso que los objetos que solo nos llenan en su adquisición y luego ya los damos por sentados. La comida

en ese sentido es una fuente inagotable de placer. Uno de los placeres que no decepcionan, tal vez porque nos llenan literalmente.

He hablado de la comida porque muchos productos que venden son ejemplos de necesidades básicas que se han vuelto complejas. Las necesidades básicas son escasas: hambre, sed, techo, entorno tranquilo, amar y ser apreciados por otros seres, desarrollar en cierta medida nuestro potencial. Esto es ni más ni menos lo que necesitamos, pero ya hemos visto con el caso de la comida que cubrir las necesidades básicas cada vez es menos sencillo. Y es que la definición de las necesidades básicas es algo que se amplía cada día y que depende absolutamente del entorno en el que nos movamos, y es ahora donde la frase popular es mejor ser cabeza de ratón que cola de león cobra más sentido que nunca. Las personas se comparan con su entorno, con lo que conocen y conviven. De ahí que si en tu entorno todo el mundo tiene una lavadora, la ausencia de ella se vuelva una carencia insoportable. Si, en cambio, tus vecinos sólo poseen arroz y tú además posees una nevera de gas obsoleta según los criterios que otros grupos manejan, el poseedor se sentirá satisfecho y feliz. Y es que el nivel socioeconómico es subjetivo, depende de cómo tú te sientas en la jerarquía social, depende de con quién te compares, de tu situación relativa a los demás. La novedad es que ahora los medios de comunicación nos muestran sin cesar el entorno de los poderosos, de los ricos, ponen ante nuestros ojos los coches más veloces y de líneas más elegantes. Ya hasta hay programas que nos muestran el día a día, las casas y los armarios de la gente rica (*Mujeres ricas, Muéstrame tu casa*). Esto repercute en nuestro nivel de satisfacción. Este bajará cuanto peor parados salgamos en términos comparativos. De ahí la egoísta felicidad con la que viene la mayoría de la gente de viajes a países pobres. En esos breves momentos uno siente que tiene de todo, lo afortunado que es, se ha comparado y ha salido ganando. El problema es que el viaje termina y uno vuelve a su entorno. De repente necesita desesperadamente una habitación más o ese par de botas nuevas.

Recuerdo el primer día que vi un mando a distancia para el televisor y a un hombre trajeado portando un teléfono móvil de considerables dimensiones. Qué

cosa tan absurda, pensé, ya no saben qué inventar. Me parecieron símbolos vacíos de ostentación. Hoy en día, poca gente en nuestra sociedad compraría una televisión sin mando. Si bien es cierto que hay muchos más canales en la tele y que antes el zapping no existía, hoy parece un inconveniente tenerse que levantar y caminar dos metros para cambiar de cadena, y qué decir del móvil, si casi uno no imagina ya la vida sin él. De esto deducimos que nuestras necesidades se ven ampliadas por momentos y que cosas que jamás necesitamos se vuelven imprescindibles.

Además, está comprobado que lo que ya tenemos rápidamente dejamos de valorarlo, por lo que nos parece lo más normal del mundo. Considero que es esta una de las maldiciones biológicas de los seres humanos. A todo nos acostumbramos rápidamente y deja de proporcionarnos ese nivel de satisfacción inicial. Este deseo permanentemente insatisfecho, este sentimiento machadiano común a la inmensa mayoría de los mortales, nos lleva a desear, a correr tras cosas, al anhelo permanente de algo que nos colme, que complete una esencia insaciable por naturaleza, una felicidad con mayúsculas que nos es vedada. Sea cual sea el nivel que estimamos necesario para estar satisfechos, lo iremos subiendo conforme la realidad nos vaya regalando mejoras.

## **2.7. El deseo para los filósofos**

Según Michel Onfray la filosofía oficial siempre ha exaltado el idealismo - Platón, cristianismo e idealismo alemán-, y se ha denigrado todo lo que tuviera que ver con el cuerpo, la carne, el placer y el deseo. Según el francés se ha tergiversado lo material, prevaleciendo el alma y lo etéreo. El hedonismo y las corrientes filosóficas que defendían el placer racional han estado mal vistos. Esto lo demuestra Onfray analizando el doble sentido de estos términos:

“..., como ocurre a menudo con las nociones de la calle lateral de la filosófica: por ejemplo, materialista, sensualista, cínica, epicúrea, sofista, escéptica y tantos otros

términos que figuran en el diccionario con una entrada filosófica y a la vez con un sentido trivial. Aunque parezca extraño, el segundo contradice al primero hasta el extremo de que uno parece el antídoto del otro...”<sup>32</sup>

Los griegos muestran la sabiduría del filósofo con una anécdota muy relevante para el deseo: Alejandro Magno se acerca a Diógenes y le pregunta qué quiere, el filósofo contesta que sólo que se retire para sentir el sol en su piel. Este pequeño relato equipara al sabio con la persona ausente de deseos, aquel que no anhela nada, porque se siente completo, pleno. Esta historia también dista mucho de la renuncia o resignación (qué feas palabras hoy). El sabio no renuncia, simplemente no anhela. Esta idea lúcida invade la mitad de los libros de autoayuda de las estanterías de los grandes almacenes. La otra mitad nos dice que no debemos renunciar a nada, que hay que seguir ciegamente cualquier idea absurda sin evaluar si nos llevará a un mayor bienestar.

En este breve apartado trataremos de hacer un escueto recorrido por las palabras que algunos filósofos han dedicado al tema que nos ocupa: el deseo.

Empezaremos nuestro recorrido con un estoico, Séneca. Este filósofo defendía la templanza ante los infortunios, ante el choque entre el deseo y la realidad. Desde que nacemos vemos que nuestros deseos colisionan con la realidad y que su satisfacción muchas veces está fuera de nuestro control. Ante estas situaciones en que nada podemos hacer, debemos evitar la ansiedad y la ira. Además, no debemos alejar de nuestro pensamiento la posibilidad de la desgracia, pues esta también forma parte de la vida y no es una conjura del destino contra nosotros. Lo inusitado también forma parte de la realidad. Séneca cree que muchas veces no aceptamos los golpes con la realidad porque tenemos una idea equivocada y demasiado benévola sobre ella. Esto yo creo que es algo totalmente cierto. Nuestras expectativas son demasiado elevadas y, a veces, pensamos ingenuamente que las desgracias no nos tocarán, que son para los demás. El problema, nos dice Séneca, es que si no las esperamos, cuando lleguen no

---

<sup>32</sup> Onfray, Michel, *La fuerza de existir: manifiesto hedonista*, págs. 78-79

estaremos preparados para lidiar con ellas. A su vez, el filósofo no se opone a gozar de los regalos de la vida siempre que no nos esclavicen.

Marco Aurelio nos aconseja no soñar con tener lo que no tenemos, es decir, tratar de apagar el deseo. Cree que si lo sosegásemos podríamos alcanzar la tranquilidad. También nos recomienda que nos esforcemos por ser felices con lo que poseemos. Dice que es beneficioso que pensemos en cómo anhelaríamos las cosas que poseemos si las perdiésemos o no fuesen nuestras.

Epicteto, también estoico, cree que el deseo depende de nosotros y que debemos usar nuestra libertad para no desear aquello que no dependa de nosotros:

“Es dueño de todas las cosas el que tiene poder sobre lo que desea o no desea para adquirirlo y dejarlo. Por consiguiente, quien quiera ser libre, que no desee ni rehúya nada de las cosas que dependen de otros. Si no, será necesariamente esclavo”<sup>33</sup>

También cree que tener presente la muerte nos puede alejar del deseo intenso:

“Que ante tus ojos aparezcan cada día la muerte, el destierro y todas las cosas aparentemente terribles, sobre todo la muerte, y nunca pensaras en nada indigno ni estarás demasiado deseoso de algo”<sup>34</sup>

Nos dice que el deseo debe ser siempre acompañado por la razón, por el análisis reflexivo de causas y consecuencias. El filósofo ha de tender a la ataraxia, a la ausencia de inquietudes.

Epicuro defendía el gozo y el placer, pero de forma racional, no el desenfreno. Creía que no sabemos qué es lo que nos hará felices. Cree que la filosofía debe poner orden en los deseos para alcanzar la felicidad. Dividió los deseos en naturales y necesarios, naturales y no necesarios y ni naturales ni necesarios. Naturales y necesarios son la comida, el abrigo, la libertad, la amistad y la vida reflexiva. Creía en el poder catártico de la reflexión, decía que la ansiedad mejora con la conversación, con la verbalización. Los naturales y no necesarios: casa enorme, sirvientes...: lujos, en definitiva. La fama y el poder los metía en no

---

<sup>33</sup> Epicteto, *Manual*, pág. 55

<sup>34</sup> *Ibid.*, pág. 60

naturales y no necesarios. Los naturales pero no necesarios no nos darán más felicidad, dice Epicuro, pues la posesión de riquezas nos quita libertad. Debemos alcanzar el placer a través de deseos prudentes y necesarios, nos dice.

Los escépticos apuestan por que dejemos de creer que hay cosas deseables e indeseables, de esta forma acrecentaremos la felicidad. Esto creo yo que va en contra de la naturaleza humana, sería luchar contra nuestra esencia.

Pasemos ahora a hablar de Platón, quien en *La República* nos dice que “el deseo es un animal multiforme y policéfalo”. Y es que el deseo, “epithumía”, es un concepto clave en su filosofía. En *El banquete* dice que quien desea desea algo que le falta, es decir, el deseo surgiría a causa de que somos seres incompletos y carenciales, es decir, todo proyecto surge por una ausencia, esta falta es siempre la que nos empuja al encuentro. Lo mismo puede aplicarse al amor, pues el origen del eros platónico no es otro que el anhelo del alma hacia lo eterno.

Dentro del dualismo platónico será el cuerpo el culpable de la aparición de deseos y necesidades. El alma debe liberarse de ellos. Platón habla de tres fuerzas: la razón, la voluntad y el apetito. Considera que la parte racional es la verdaderamente valiosa y la que debe ocuparse de dominar las otras. Los apetitos son considerados malos y la voluntad será positiva siempre que ayude a la razón y luche contra el apetito.

Aristóteles opinaba que “el hombre es una inteligencia deseante o un deseo inteligente”. Nos habla de cuatro tipos de caracteres que tienen en consideración las acciones, decisiones y deseos del sujeto. De esta forma estarían el virtuoso, el moderado, el intemperante y el vicioso. En el virtuoso la acción que considera correcta coincide con su decisión y su deseo. El moderado hará lo correcto aunque vaya en contra de sus deseos, el intemperante sabrá qué es lo correcto pero actuará siguiendo sólo sus deseos, el vicioso no tendrá lucha moral por actuar conforme a sus deseos.

Santo Tomás definía los apetitos como inclinaciones del alma y San Agustín ya recalcó cómo la mente lucha contra las órdenes que se da a sí misma, es decir, el escaso poder que tiene sobre nuestros deseos.

Spinoza define el deseo como “el apetito con conciencia de sí mismo, es la esencia del hombre en cuanto es concebida como determinada a hacer algo...”<sup>35</sup>

Su obra prestó mucha atención a los deseos y sentimientos de una forma tan moderna que sus palabras han iluminado el trabajo de la neurofisiología. Creía que mente y cuerpo formaban parte de una misma entidad. Llama a los instintos apetitos y cree que pasan a ser deseos cuando el individuo es consciente de que los posee. Dice que nos creemos libres porque somos conscientes de nuestras voliciones y apetitos, pero que ignoramos dónde nacen estos deseos, es decir, nuestro libre albedrío se ve reducido al no conocer las causas de nuestros deseos. También nos dice que las emociones negativas deben ser combatidas con emociones positivas que partan de nuestro intelecto. Para Spinoza lo básico es la alegría, la tristeza y el deseo. Dice que el deseo está detrás de cada sentimiento que experimentamos, nos habla de voluntad cuando el deseo se refiere al alma sola, cuando se refiere al alma y al cuerpo habla de apetito:

“Además, entre “apetito” y “deseo” no hay diferencia alguna, si no es la de que el “deseo” se refiere generalmente a los hombres, en cuanto que son conscientes de su apetito, y por ello puede definirse así: el deseo es el apetito con conciencia de sí mismo. Así pues, queda claro, en virtud de todo esto, que nosotros no intentamos, queremos, apetecemos o deseamos algo porque lo juzgemos bueno, sino que, al contrario, juzgamos que algo es bueno porque lo intentamos, queremos, apetecemos y deseamos”<sup>36</sup>

David Hume decía que la razón debía ser esclava de las pasiones, una idea muy moderna. Lo que quería decir es que sólo una pasión, con una motivación de algo que queramos, que nos prometa felicidad, puede hacer que una acción valga la pena. La razón necesita la asistencia de un sistema de valores, necesita saber lo que nosotros queremos y deseamos.

---

<sup>35</sup> Spinoza, *Ética*, pág. 244

<sup>36</sup> *Ibid.*, pág 194

Schopenhauer sostiene que el deseo no se agota nunca y que la satisfacción definitiva es imposible, afirma que los deseos frustrados producen sufrimiento, con lo cual podemos inferir que la vida es sufrimiento. También sostenía que el deseo es irracional y el intelecto es una herramienta al servicio de la voluntad. Decía que todos los hombre albergamos en nuestro interior deseos bajos y vulgares.

Freud es otro de los especialistas en materia de deseo. Tenía muy claro que sin la renuncia a la satisfacción de ciertos deseos la convivencia social no sería posible. También creía que no podíamos renunciar a muchos de ellos sin más, que de alguna forma debían salir fuera de nosotros, a través de los sueños o de otras vías. El psiquiatra dice que nos gobiernan deseos inconscientes y habla de racionalización defensiva, que sería el intento de la razón por mostrar un control que no tiene. Habla de dos principios: el del placer y el de la realidad. Freud estudió mucho la infancia, pues es el momento en el que el ser humano se da cuenta del choque entre deseo y realidad. En el ello residen nuestras necesidades e impulsos instintivos, no tiene autocontrol, se rige por el principio del placer, sin límites morales. Estos deseos serán reprimidos a lo largo de nuestra vida, pero según Freud no desaparecen.

## **2.8. El deseo para las religiones**

Las religiones siempre han desconfiado del deseo y han hecho de él su enemigo público número uno. Hacen de la contención del deseo y de la resignación - palabra horrible para nosotros-su libro de cabecera. También nos previenen contra el odio y los demás estados en los que el deseo es un componente fundamental. Las religiones nos hablan de humildad, renuncia y sencillez, nada de luchar como posesos para cumplir todos nuestros anhelos.

Empecemos por el cristianismo, donde Eva lo tenía todo menos el fruto prohibido. Su ambición, su anhelo y su deseo la llevaron a la perdición –aquí vemos similitudes con Pandora-. El deseo, de esta forma, está en el origen del mal. Y es que el cristianismo demoniza el deseo, fijémonos, sin ir más lejos, en cómo los siete pecados capitales se refieren al deseo. El cristianismo nos dice que debemos luchar contra muchos deseos (“no nos dejes caer en la tentación”) que considera impuros y nos habla de resignación, de aceptar nuestro destino (“hágase tu voluntad en la Tierra como en el cielo”). Dios está al mando, pero nosotros tenemos libertad, si no, no podríamos ser castigados con las calderas del infierno. En esta vida debemos renunciar, pero todos los sacrificios serán recompensados en el más allá. El cristianismo incita a vivir con sobriedad y mira con recelo la riqueza y el sexo. El gozo de la carne debe limitarse, pues el cuerpo es sucio, impuro y culpable. Renuncia a tus deseos terrenales y te daremos a cambio el paraíso, el lugar donde la satisfacción es permanente, donde tu deseo será colmado. Y es que la recompensa celestial del cristianismo es un mundo sin frustración, una experiencia muy gratificante.

San Juan de la Cruz nos dice que sólo venciendo nuestros deseos estaremos tranquilos. El místico busca la indiferencia hacia lo que acontece, huye del deseo, reniega de lo material y corporal. Aconseja enfrentarse con los apetitos para así purificar el alma y someterse a la voluntad divina. También nos alienta a no codiciar la admiración de los demás y a no poseer ego. En definitiva, derrotar el deseo para lograr el acercamiento a Dios.

La visión del Islam en cuanto al deseo es muy similar a la del cristianismo. Los musulmanes deben luchar contra ciertos deseos, pero a cambio se les promete la estancia eterna en un jardín celestial en el que la sexualidad está permitida. Asimismo coincide con el cristianismo en que la oración ayuda a vencer al deseo.

Para el budismo el deseo es el origen del sufrimiento y sus principios nos orientan sobre cómo liberarnos de él. No sale nada bien parado en esta religión en la que el nirvana es la ausencia de deseo. Recordemos la bella narración del príncipe Siddharta, nacido en el 563 a.C, que lleva a cabo Herman Hesse. El

joven príncipe fue criado en un palacio ajeno al sufrimiento del mundo. Cuando sale de su jaula de oro conoce la muerte, la enfermedad y la vejez. Este encuentro le origina una crisis del deseo y le llevará a la búsqueda de la sabiduría y a rechazar lo mundano. Buda dirá que los mayores de los males son la envidia y el egoísmo, es decir, el anhelar para uno mismo. Cree que el mundo está plagado de mal y de tristeza precisamente por los anhelos humanos.

La Primera Noble Verdad es la del sufrimiento, que la vida trae sufrimiento e insatisfacción, que no responde a nuestras expectativas. La Segunda Noble Verdad se pregunta por el origen del sufrimiento y dice que el deseo, la ira y la ignorancia son los culpables de dicho sufrimiento, pues es el deseo el que provoca la insatisfacción. La Tercera: podemos vencer el sufrimiento venciendo el deseo y las ilusiones. La Cuarta Noble verdad: hay un camino que debemos seguir y no es otro que el camino de la moral, de la reflexión y de la sabiduría. Buda aconseja el camino intermedio entre el ascetismo y el hedonismo.

Para el budismo sólo conseguiremos la tranquilidad y la satisfacción si luchamos contra nuestros deseos y si buscamos en nuestro interior:

“Human happiness and human satisfaction must ultimately come from within oneself. It is wrong to expect some final satisfaction to come from money or from a computer”<sup>37</sup>

El budismo cree que hay que vencer los deseos no porque sean intrínsecamente malos, sino porque nos impiden ser felices y estar tranquilos. También nos da métodos que nos ayudan a luchar contra ellos. La meditación, por ejemplo, tiene entre sus objetivos comprender cómo surgen los deseos en nuestro interior, algo muy similar al pensamiento Zen, cuya forma de meditar busca introducirse en el nacimiento de nuestros deseos. Su propósito es que se nos vuelva patente la inutilidad del deseo de una manera profunda e instintiva. El pensamiento Zen insiste en vivir el instante y en simplificar la vida. Su gran deseo es derrotar al deseo y lograr no desear, que el deseo se vuelva inútil de forma instintiva.

---

<sup>37</sup> Dalai Lama, “The path to tranquillity”, pág. 36

El Rig veda hinduista dice que el deseo es el comienzo del universo, pero no por ello debemos dejarnos llevar por él. De hecho, las leyes hinduistas indican que la última etapa de la vida debe ser ascética y considera que los iluminados son los hombres que han conseguido liberarse de sus grilletes. Además, el hinduismo cataloga los deseos esenciales humanos: Kama, Artha, Dharma y Moksha, siendo este último el deseo de liberarse de las preocupaciones mundanas y de renunciar a los deseos terrenales.



### 3. EL DESEO EN LA POSMODERNIDAD

#### 3.1. El entorno como factor determinante del deseo: el hedonismo

La biología, la genética y nuestra personalidad dan forma a nuestro comportamiento del mismo modo que los factores externos. Creo que negar cualquiera de los dos grupos de factores –internos o externos –sería caer en una visión reduccionista. El comportamiento humano es socialmente inducido. También sentimos de la manera socialmente establecida mucho más de lo que estamos dispuestos a reconocer, de ahí la sociología de las emociones, y es que la cultura facilita las emociones, es la guía que nos dice cuáles son las esperables. La posmodernidad es una forma de cultura que conduce nuestro deseo, por lo que hay modelos posmodernos de deseos, y ese es el objetivo que trataremos de desentrañar en este apartado: qué forma toma el deseo en las sociedades avanzadas de finales del siglo XX y principios del XXI.

El deseo tiene un componente innato, pero también otro adquirido; es natural y ficticio a la vez. Hay deseos universales, pero toman forma siempre dentro de una cultura. Tenemos el deseo de tener buena apariencia física para ser deseados, la actividad que realicemos para lograrlo dependerá de la cultura y el entorno en que vivamos, podemos usar afeites o pasar por quirófano para operarnos los labios. De esta forma el aumento del volumen labial sería una de las formas propiamente actuales que toma un deseo presente en el ser humano de todas las épocas: gustar a los demás.

“Sólo hay deseo y lo social, y nada más”<sup>38</sup> dicen Deleuze y Guattari en su obra *El anti-Edipo*. El deseo se sumerge en la época y se orienta por ella y por el grupo. René Girard nos enseña que el deseo no nace del individuo sin más, sino que se orienta por lo que desean los otros:

---

<sup>38</sup> Deleuze, G. y Guattari, F., *El anti-Edipo*, pág. 36

“La ley del deseo mimético es la frustración universal. Y nos equivocáramos si imagináramos que esta ley encuentra una excepción cada vez que uno de los dos rivales triunfa sobre el otro. El vencedor se apropia del objeto disputado, pero el placer que obtiene de él no dura. El objeto cuya posesión está asegurada es un objeto que ningún modelo y rival poderoso nos señala y, por tanto, no tarda en perder su atracción mimética. Los únicos objetos que siguen siendo permanentemente deseables son los inaccesibles, aquellos que son señalados por modelos demasiado poderosos para ser vencidos”<sup>39</sup>

La cultura es un sistema de creencias y hábitos que nos dicen qué es deseable. Es un mundo simbólico que no para de inventar y crear y que nos dice qué situaciones deben provocar los sentimientos, qué deseos son aceptables, cuáles no. Lo curioso es que muchas veces sentimos como nuestras las imposiciones sociales, no nos planteamos el hecho de que vienen de fuera, creemos que surgen en nuestro interior. Si hubiésemos nacido en otro contexto tendríamos otras creencias y otros deseos, luego los deseos son nuestros relativamente. Muchos actos de apariencia libre están motivados, pero nuestra ignorancia no ve la motivación real. Y es que nos cuesta aceptar que somos irracionales y dóciles, que muchas veces el capitalismo coloniza nuestro inconsciente. El deseo es modificado a través de la cultura hasta el punto de que muchas veces es complicadísimo distinguir entre lo innato y lo aprendido.

Muchas veces renunciamos a nuestra libertad y a nuestros deseos haciendo lo que otros quieren y esperan de nosotros. Lo hacemos porque buscamos la admiración de los demás a través de lo que la sociedad dice que es deseable. Hay que tener mucha seguridad en uno mismo para apostar por valores que no apoya la comunidad. De esta forma, la mayoría de nuestros deseos son siervos de la dictadura de la mayoría.

Como hemos visto los deseos pueden estar orientados a diversos campos. Por ejemplo, los místicos se centran en los espirituales y dejan de lado lo material y corporal. Cada cultura hará más hincapié en unos que en otros. A su vez, cada

---

<sup>39</sup>Girard, René, *Geometrías del deseo*, pág. 50

cultura nos ofrecerá unos escenarios determinados como especialmente prototípicos de cierta emoción, a la vez que orientará nuestros deseos, los educará según sus creencias y ofrecerá deseos ejemplares.

Ya sabemos que el medio influye en nuestro SBI, casi podría decirse que crea su propio sistema. Hay acciones socialmente premiadas y otras punibles. Todo dependerá del contexto en el que nos movamos y de la educación que hayamos recibido. Es casi como si hubiera dos SBI: el interno y el externo. El interno es común a todos los seres humanos, el externo dependerá de lo social. Nuestro sistema biológico de incentivos interno nos dice, por ejemplo, que deseamos ser respetados, que tratemos de obtener dinero o de cazar un león para ello dependerá de lo que la sociedad nos diga respecto a qué es deseable para conseguir admiración y respeto de otros seres.

Hay convenciones sociales y normas éticas que modelan nuestro comportamiento instintivo para que podamos adaptarnos a diferentes ambientes. Conseguir un logro social favorece la supervivencia y su calidad. La cuestión es que la sociedad en la que vivimos nos influye de tal forma que deseos absolutamente irracionales- a poco que nos paremos a pensar-, nos parecen totalmente admisibles. Lo social nos crea muchas de nuestras ideas relativas a la deseabilidad y nos dice qué elecciones y deseos son más habituales. Aunque no nos priva de nuestra libertad, es más fácil seguir la definición que da la sociedad de vida plena que buscar una definición alternativa. Cada cultura tiene, de esta forma, su jerarquía de lo deseable.

Las emociones y el deseo reflejan patrones sociales amplios y abarcadores que trataremos de estudiar. Y es que el deseo adquiere su significado total sólo en relación con un tiempo y un lugar determinado, tiene mucho que ver con las opciones que tenemos para elegir, con las libertades de la época, con la idea que se tenga del placer...Por lo tanto, la dialéctica del deseo vive en el entramado histórico. Los sentimientos también surgen en función de la ideología de nuestra época. Si creemos que todos somos iguales esperaremos unas cosas que no

esperaríamos si no tuviésemos asentada esta creencia. Si creemos en la igualdad entre hombres y mujeres nos enojaran ciertos usos, etc.

La posmodernidad es época de grandes y rápidos cambios, esto hace que reine la duda y que afloren muchas contradicciones internas. Nos movemos entre encuadres aún tradicionales que pujan con otros nuevos, pero el deseo también está determinado y orientado por lo social en nuestro mundo posmoderno, donde todo parece haber cambiado, donde hay incredulidad hacia todos los relatos definitivos y donde todo parece provisional y sumido en la inestabilidad de un universo que será definido como caótico hasta por los científicos, los antaño grandes ordenadores de la sociedad.

Si comparamos lo que desea una persona de una tribu perdida en el Amazonas y lo que deseamos nosotros hay millones de diferencias, aunque el objetivo de todos sea el mismo al final: tener las necesidades básicas cubiertas y ser amados. Los seres humanos de todas las épocas buscamos el placer y tratamos de evitar el dolor, pero las formas de lograrlo son muy distintas. La sociedad en la que vivamos es una de las claves que nos diferencia, pues nos conformará internamente, nos dará valores, nos dirá qué cosas son las más deseables y cómo hay que conseguirlas. Somos seres políticos que necesitamos vivir con gente, necesitamos la aprobación de los otros, su estima, respeto y reconocimiento. Los otros son una fuente de placer. Es complicadísimo escapar por eso del sistema imperante, pues de hacerlo no recibiríamos esta aprobación. Mucha gente dice que le da igual lo que piensen los demás, pero no creo que sea cierto. Queremos ser alguien para los demás, y más en estos días. Dedicamos muchísimo tiempo y esfuerzo para crear una imagen nuestra, no tienen sentido pensar que los demás nos son indiferentes. Algo que también sostiene esta hipótesis es que tendemos a ocultar nuestros defectos y debilidades, mostramos lo bueno. Los demás nos importan mucho. La sociedad y las opiniones ajenas nos adoctrinan. Si la mayoría desea algo, esa cosa se convertirá en deseable. La mayoría de nosotros nos acomodamos a las demandas de la sociedad, no oponemos demasiada resistencia. El bien y el mal, lo feo y lo bello, lo verdadero y lo falso, lo justo y lo

injusto dependen en gran medida de lo histórico. Aunque valores como la belleza o la aceptación social son deseados en todas las sociedades, su definición no es exacta.

Es muy difícil vivir al margen de esta sociedad y no participar de las ideas de la época- un ejemplo serían los amish- .Vivimos en una sociedad y tratamos de ser normales, pero lo normal no es lo más razonable. Lo normal tiene que ver con el espacio y el tiempo: el momento histórico y el lugar en el mundo.

Un factor que también hay que tener en cuenta es el inmenso aumento de la esperanza de vida que ha acontecido -en los países ricos- en los últimos dos siglos. Esto agita los pilares del deseo. ¿Quién se contenta con reproducirse y calmar las punzadas de hambre del estómago? La vida se alarga, la ciencia avanza y los deseos cambian, aumentan y se vuelven más sofisticados.

Cada sociedad tiene sus propias preocupaciones y sus visiones acerca de la realidad. Además, la vida cotidiana cambia de un tiempo a otro. Las personas estamos marcadas también por la familia, la educación que recibimos, por el lugar donde vivimos y por todo el entramado social, que nos dice qué sentimientos son aceptables, cuáles reprobables, cuándo y cómo es plausible mostrarlos... La cultura nos orienta sobre qué hay que desear y cómo debemos mostrar ese deseo, a qué debemos tener miedo... Hay patrones sociales que dan salida al magma de los sentimientos, la sociedad nos dice en qué situación debemos estar dicharacheros, en cuál compungidos. Tenemos ideas sobre lo que deberíamos sentir en los diferentes contextos y muchas veces moldeamos nuestro interior para que así sea. Seguimos reglas sociales que nos permiten la adaptación. Aunque estas reglas no sean explícitas, todo el mundo tiene una idea de qué cosas deben enojarnos o hacernos sentir culpables o satisfechos. Las reglas del sentimiento en ocasiones se asemejan a las reglas de cómo vestir o cómo moverse o gesticular, dependiendo de la ocasión seguiremos unas u otras. Es más, parece que los estereotipos juegan un papel fundamental en el proceso de aprendizaje de los sentimientos.

### **3.2. Inauguración de una nueva ideología del deseo: de sospechoso habitual a deidad**

El objetivo de este capítulo es estudiar el estatus del deseo en esta nueva episteme o visión del mundo predominante de nuestros días que es la posmodernidad, una visión inestable de la realidad que tiene el deseo como mediador. Una visión, como todas, con sus claroscuros, y que trataremos de analizar sin caer en apologías ni visiones catastróficas. La posmodernidad es positiva y negativa al mismo tiempo, el capitalismo, como dice ya la célebre frase, es en el mismo sentido y de la misma forma, lo mejor y lo peor que nos ha pasado.

Este capítulo está dedicado al deseo posmoderno, a los deseos de los habitantes de países occidentales de estas últimas décadas. Soy consciente de que deja de lado el deseo de los excluidos, que seguramente sueñen con logros ya alcanzados por la mayoría de los habitantes de nuestras sociedades industriales. Si no tienes las necesidades básicas cubiertas, no hay tiempo para pensar en florituras. Nuestro objetivo es estudiar el deseo posmoderno en la sociedad de la abundancia, entramado que ha traído un gran confort para muchos, pero también nos ha dejado otras aspiraciones y miedos, otro tipo de inseguridad emocional.

Nuestra cultura se define por la avidez y la insatisfacción, es decir, por el deseo. Todos somos espectadores de la vida posmoderna, es normal que muchos deseos converjan en los mismos puntos, pues buscamos que nuestros logros sean aplaudidos. Muchas de las cosas que deseamos lo son en la medida en que los demás las desean, si no fuera así perderían gran parte de su atractivo. Si los demás no desean algo, es posible que nosotros también lo despreciemos. El precio-deseo de un artículo depende de su demanda. Cuanto mayor es la demanda, mayor es el obstáculo. Lo que yo deseo depende de lo que desean los

otros. El deseo es en cierta medida contagioso y mimético, como dice René Girard.

Las personas pensamos que las convenciones sociales tienen un sólido fundamento, no creemos que nuestras creencias estén absolutamente equivocadas, atisbamos errores, pero nos dejamos llevar por la corriente, por lo que piensa la mayoría. Buscamos estar integrados, ser respetados, admirados. Nuestro deseo, en cierta manera, es obediente, es decir, no se rebela contra lo establecido. Y aunque se rebele, el capitalismo lo asimila:

“La rebelión meramente espectacular puede, así, coexistir con la beata aceptación de lo establecido, también como si se tratase de lo mismo: así se pone de manifiesto el hecho de que la propia insatisfacción se ha convertido en mercancía desde el momento en que la abundancia económica se ha vuelto capaz de ampliar su producción hasta el tratamiento de esa materia prima”<sup>40</sup>

Para ser rebelde se necesita un entorno represivo y cada día la rebeldía se vuelve más difícil. Hace décadas una minifalda era rebelde. Hoy todos nos reímos cuando los medios de comunicación califican el vestido hecho con filetes de Lady Gaga como transgresor. Tamaña tontería no transgrede absolutamente nada. Madonna con sus irreverencias (en los 80) todavía podía escandalizar un poco, hoy en día desnudarse con un Cristo en la mano es algo manido, un cliché de rebeldía. Lo antiguamente moderno y provocador hoy está en el salón de las familias. La provocación anterior ha entrado en el canon de lo culturalmente aceptable.

“Después del holocausto, lo que sólo era una cierta aversión al conformismo propia de artistas y románticos, se convirtió en un odio hipertrofiado hacia todo lo que tuviera el menor atisbo de rutina u obviedad. La conformidad alcanzó la categoría de pecado capital y la sociedad de masas se convirtió en la imagen de la distopía moderna”<sup>41</sup>

Estudiaremos la sociedad en la que vivimos, la llamada sociedad posmoderna, para ver cómo sus mecanismos interceden en el deseo, cómo los deseos

---

<sup>40</sup> Debord, Guy, *La sociedad del espectáculo*, pág. 64

<sup>41</sup> Heath, Joseph y Potter, Andrew, *Rebelarse vende*, pág. 363

individuales van por un lado y los intereses del sistema por otro, sin dejar de lado que el deseo tiene un componente altamente subjetivo y personal. Veremos cómo se ha expandido por todo el cuerpo social la idea de realización personal y como las aspiraciones de la mayoría chocan con las vivencias cotidianas. Veremos cómo seguimos siendo unos quijotes luchando contra molinos posmodernos, unos caballeros frustrados porque la vida no es la telenovela de final feliz que pensamos que merecemos y que deberíamos protagonizar. Nuestras aspiraciones chocan todos los días contra lo real. El problema es que las aspiraciones de los ciudadanos actuales son altísimas, casi desmedidas y, en ocasiones, paradójicas, diría yo. No hay que conformarse, nosotros lo merecemos, nos dice lo social. El placer está legitimado. Lo que antes era propio de artistas antiburgueses hoy lo opina la mayoría de la sociedad, el hedonismo es el principal principio que defiende nuestra cultura.

La posmodernidad inaugura una nueva ideología: debemos cumplir nuestros deseos. Legítima que el gran objetivo de la vida es la búsqueda de la felicidad, y obsérvese que búsqueda implica viaje, movimiento. Bauman considera que esta búsqueda de la felicidad en primer plano es una de las grandes causas que ha vuelto líquida la sociedad actual.

La sociedad posmoderna cada vez cree menos en las definiciones rotundas, pero veremos que en la sociedad individualista sí hay cosas estimables y deseables en general, aunque también se acepta como estimable lo que cada individuo considere, es decir, lo deseable es también una definición individual. Aun así, el placer es el deseo de todos. Según nuestro SBI podemos ser hedonistas, ascetas o un término medio aristotélico. Nuestra sociedad favorece el hedonismo y el cambio de dirección frenética del deseo, la movilidad. Esta sería la ideología del deseo que prospera en la actualidad y que hace que los deseos no nos hagan sentir culpables, pues es el propio sistema el que se encarga de estimularlos de forma perpetua. El nihilismo se lleva muy bien con el consumo, si no importa nada, al menos disfrutemos un poco de lo trivial.

Ya hemos visto que el deseo históricamente ha tenido muy mala prensa. Hoy sólo su nombre resulta cautivador. Nuestro objetivo es ver cuáles son las formas más habituales que toma el deseo en la posmodernidad, algo así como sus patrones predominantes. El aún discutido término de posmodernidad convive con otros como “sociedad de riesgo” -Beck-, “sociedad de la información” -Castells-, “modernidad líquida” -Bauman-, “sociedad de los simulacros” -Baudrillard-, “sociedad hipermoderna” -Lipovetsky-, “lógica cultural del capitalismo avanzado” -Jameson-, “sociedad postindustrial” - Daniel Bell- o “civilización del espectáculo” -Mario Vargas Llosa. Pero más allá de discusiones que no nos ocupan, la idea es ver cómo se manifiesta el deseo en estas dos últimas décadas, cómo nuestra civilización es la del deseo, la de su glorificación. Trataremos de ver cómo los fundamentos de la posmodernidad se tornan en el cristal a través del que miramos la cotidianidad, nuestro día a día. La sociedad de la no renuncia y de la satisfacción inmediata, ideología que parece muy progresista, pero que tiene, como veremos, recovecos oscuros y siniestros. La posmodernidad es nuestra situación cultural actual. Poder seguir nuestros deseos nos puede hacer libres, pero también el deseo se puede convertir en un tirano que no nos deje ser felices, que nos ponga difícil decidir con libertad.

El objetivo es estudiar el deseo en la sociedad postindustrial, modernidad tardía o posmodernidad, en nuestro mundo de infinitas necesidades y hedonista, esta nueva sociedad que ha permitido- aunque ahora parece que haya un retroceso- el acceso del antiguo obrero al deseo y a lo superfluo.

Es verdad que muchos de estos deseos son consustanciales al ser humano, pero antes había miles de contenciones y el acceso al capricho sólo podía permitírsele la clase privilegiada. Hoy el capitalismo necesita de estos deseos, por lo que no sólo los acepta sino que los incita. ¿Cómo iba a girar la economía si llevásemos vidas ascéticas? Ya no hay que sospechar de los deseos que albergamos en nuestro interior, hay que luchar por todos ellos, pues creemos erróneamente que así alcanzaremos la felicidad. Y lo que hacemos es correr a buscarla, sin apenas

reflexionar, pues no hay mucho tiempo para pensar cuando uno vive en una carrera constante.

Al capitalismo le interesa que nos dejemos llevar por el corazón, por los deseos y que usemos la tarjeta de crédito. Las sociedades anteriores a la nuestra sintieron recelo hacia el deseo, pues veían en él un elemento destructor de lo social. La religión mostraba rechazo al placer, la sociedad ejercía de freno. Hoy esta situación ha dado un giro inmenso. La sociedad necesita que el ser humano sea un ser deseante que luche por acceder a sus deseos, que se deje caer en la tentación –tal y como propone chocolates Valor-. La gran verdad posmoderna es que hay que gozar y aprovechar la vida. Hay que celebrar las alegrías del individuo. Pero otra gran verdad es que hay que recuperar lo social, y para ello, en ocasiones, deberemos pensar también en los demás.

La posmodernidad da rienda suelta a los deseos del yo, se centra en el individualismo y deja de lado lo social. En el capítulo anterior vimos que el ser humano alberga deseos antisociales en su interior: egoísmo, el deseo de poder, odio... La sociedad debe poner los límites para favorecer la convivencia, imponer valores. Sin embargo, la sociedad postindustrial orienta nuestros deseos no hacia nuestra satisfacción sino hacia la del sistema, convirtiéndonos en sus piezas.

Pero vayamos por partes analizando los puntos fundamentales de esta nueva episteme y sus deseos.

### **3.3. La muerte de Dios: en busca de la trascendencia y deseo de re-encantar el mundo**

La muerte de Dios ha supuesto un cambio radical en los planteamientos del hombre y en su relación con el deseo. Su muerte ha supuesto el fin de un modelo y el de una civilización. Aún estamos recuperándonos de su fallecimiento.

“Todo fin de una civilización antes de la llegada de la siguiente siempre representa un gran peligro: se multiplica lo irracional, prima el pensamiento mágico, proliferan las soluciones metafísicas baratas. Por otra parte, cuando una cultura se derrumba, después de un largo desmoronamiento, siempre es en beneficio de sacudidas pulsionales, instintivas y animales.”<sup>42</sup>

Vivimos en una época de confusión de identidades, entre la visión cristiana del mundo y una nueva era en la que se nos hace difícil poner límites éticos. Hay críticos que consideran que el nihilismo es habitual en épocas de cambios tan bruscos de paradigma. Ponen de ejemplo el nihilismo que también se extendió en el Bajo Imperio Romano, en la transición entre el paganismo y el cristianismo.

Es evidente que la religión ha pasado a un segundo plano en nuestras sociedades occidentales. Su influencia sigue presente, no hace falta más que mirar las masas que acuden a eventos religiosos como las Jornadas Mundiales de la Juventud, pero el laicismo y el ateísmo se siguen abriendo paso. Para la mayoría la religión se ha convertido en un ornamento en las bodas, aunque la iglesia sigue conservando parte de su poder y de sus acólitos.

El creyente ahora exige que los dictados de la religión se acomoden a sus ideas y su estilo de vida. El individuo se coloca por encima de los dogmas. La religión ya no es una verdad suprema sino una opción a la carta que ofrece la plenitud psicológica del individuo. Ahora se hace a la medida del deseo del individuo, que selecciona qué dogmas le interesan y cuáles rechaza. Si hasta el propio cristianismo hace mayor hincapié en sus valores que resultan más actuales como la solidaridad o la paz interior.

La religión explicaba el mundo y organizaba la sociedad, incluso ordenaba el tiempo del hombre a través de un calendario semanal y anual: el domingo para descansar y rezar, la semana santa para expurgar nuestros pecados... Hoy no hay mapa orientativo, nosotros debemos organizarnos.

---

<sup>42</sup> Onfray, Michel, *La fuerza de existir: manifiesto hedonista*, pág. 92

La muerte de Dios pone el tema de la felicidad y el deseo individual en primera plana. Si no hay trascendencia lo único que cabe esperar es la felicidad en esta vida. Nuestros deseos se deben cumplir aquí, pues no hay nada más allá. La moral pasa a ser una ética de la felicidad. Este bienestar es lo único que podemos sacralizar. Debemos hacer del presente un tiempo pleno y positivo en el que se cumplan nuestros deseos. Pero esto no es tan fácil. Esta idea de que debemos convertir la existencia en un camino de rosas muchas veces nos hace débiles frente a los reveses que la vida sigue lanzándonos. Nos hace desdichados porque no lo conseguimos. Nos sentimos infelices por no conseguir la plenitud que supuestamente el individuo debe encontrar él mismo. No aceptamos la vida como es, llena de grandezas, pero también de miserias, de alegrías y de sufrimiento. Negamos el sufrimiento, hay que extirparlo como si de un cáncer se tratara. El cristianismo daba sentido al sufrimiento, hoy se ha vuelto absurdo, y la muerte aún más. No hay otra vida, me iré y seguirán los pájaros cantando, como decía Juan Ramón, no hay más.

El problema es que el sufrimiento y el dolor siguen aquí con nosotros y, muchas veces, nos sentimos excluidos del imperativo de ser felices. La sociedad nos lo ordena y no cumplir este requisito te hace, si cabe, más infeliz. El individualismo y el mercado se alían para exigirnos una vida plena que debemos montarnos solos, sin nuestro Padre celestial.

El mundo siempre ha sido un lugar injusto, pero el deseo de justicia humano lo impartía Dios. Dios, el gran misericordioso, era el que nos juzgaba y decidía nuestro destino eterno. Ahora hemos sido abandonados, lo eterno se ha esfumado y las peticiones de justicia nadie las escucha. Ahora todo es el individuo, nosotros somos nuestros propios jueces.

La religión nos decía que teníamos que ser mejores personas, ahora sólo tenemos que ser felices. Ya no rendimos cuentas a un ser superior, sólo a nosotros mismos. La religión también era un narcótico, nos relajaba y protegía contra la encarnizada lucha por alcanzar la plenitud en la tierra: hay que ser humilde, obediente, los ricos no entrarán en el reino de los cielos. No caerás en el abismo

porque yo te protegeré, la vida no es absurda, yo le doy un sentido, te doy unas pautas, te doy el plano de la vida, te digo lo que es correcto y lo que no, dónde está el bien y dónde está el mal, nos decía Dios. Hoy no nos dice nada: la lucha por alcanzar nuestros deseos se ha legitimado.

Hemos perdido esta gran fuente que daba sentido a nuestra existencia. Ahora la plenitud aquí es lo que nos importa, pues perdimos la esperanza total que daba el cristianismo. La religión nos daba una lectura espiritual del mundo y unos pasos a seguir. Hoy nos enfrentamos contra nuestro mayor bien: la libertad. La libertad trae miedo, dudas, temores. Yo debo decidir qué hacer con el limitado tiempo del que dispongo. El yo debe buscar su propio sentido de la vida, si es que hay alguno.

Con la muerte de Dios el individuo ha pasado a ser el único soberano en su vida. Él es el artífice de su éxito o de su fracaso. El paraíso posmoderno es el éxito, el fracaso se ha convertido en el infierno. Lo celestial no interviene y el individuo debe hacerse con las riendas de su existencia. Ya nada celestial nos oprime, pero ahora debemos llevar la carga de nuestra soberanía, bella, pero, en ocasiones, difícil de acarrear. Hemos perdido la gran guía, por eso muchas veces secretamente anhelamos algo que nos oriente. Este universo del desencanto nos hace ser dueños de nuestras personas, pero nos deja sin una entidad superior a la que acudir en caso de duda.

La religión también suponía una resistencia frente al consumo, pues exaltaba el sacrificio y la renuncia. Jesucristo era hijo de un carpintero y hacía bandera de la pobreza. El derrumbamiento de la religión desata nuestra avidez material. Otro dique de contención del deseo que ha caído.

El cristianismo suponía un freno al deseo sexual, imponía prohibiciones y, por lo tanto, también decía qué era una transgresión. Muchas religiones, no sólo el cristianismo, ponen límites a las prácticas sexuales e incluyen ritos, fiestas y ceremonias en los que está previsto romper las normas. La religión ponía límites a las prácticas transgresoras. Hoy la situación con respecto al sexo, como

veremos más adelante, es muy distinta, los adultos deben llevar una vida sexual plena sin más límite que el que se acuerde entre ellos. En la posmodernidad, el deseo sexual debe ser satisfecho.

El hombre sigue deseando trascendencia y espiritualidad. Es como si necesitásemos creer en algo. Una vez enterrado Dios la gente se puede agarrar a lo que sea con tal de volver a poetizar el mundo, para habitarlo con algo más que con lo racional, lo laico y lo científico. Esto puede explicar el auge de muchas filosofías orientales y sectas, de nuevas espiritualidades. Necesitamos un amarre: las sectas y los extremismos también nos lo dan.

A la visión atea del mundo le falta poesía, pero lo solucionamos introduciendo a Buda en nuestros bares y en las estanterías de nuestra casa. Buda es exótico y, además, *cool*. Lo esotérico decorativo nos ayuda a devolverle un poco de encanto al mundo, al igual que el yoga, la astrología o los libros pseudoespirituales. Lo oriental gana adeptos, y es que mucha gente cree que las cosas en otros lugares, especialmente en Oriente, son diferentes y mejores. Sus deseos les llevan a zambullirse en otras culturas exóticas, no a transformar esta sociedad. Creen ingenuamente que los habitantes de los pocos sitios no globalizados son felices, en una lectura actualizada del buen salvaje. Juzgan nuestra sociedad de forma racional y las exóticas de forma irracional.

Lo espiritual era un freno frente al consumo, pero hoy se ha convertido en mercancía. Podemos hablar con propiedad de consumo espiritual. Consumimos taichí, jabones de aromaterapia, adivinos y prozac. La muerte de Dios no está superada y todavía tratamos de reponernos. El problema que surge es que el ser humano tiene sed de trascendencia y de espiritualidad. Los sustitutos que hemos encontrado, hasta el momento, creo que no son todo lo buenos que cabría esperar. Podemos creer en el tarot, en el gurú de turno, en cualquier cosa. Lo que sí parece claro es que cada uno busca su espiritualidad de forma individual, si hasta con las religiones establecidas cada uno hace lo que le parece y no paran de aumentar los grupúsculos internos. Pensemos en el aumento de los Carismáticos

en España, que con sus cantos presentan una religión más amable y divertida. Podemos hablar de religión individualizada, no formal.

Deseamos encontrar lo divino posmoderno en los montones de guías espirituales que aparecen por doquier, en cursillos y libros de autoayuda. Esto denota una falta de confianza y una pérdida de dirección. Nuestros deseos van más allá de lo material, queremos confort espiritual. Los libros de autoayuda son también una muestra de este deseo de espiritualidad y, sobre todo, de la desorientación generalizada. Son una forma de llenar lo incompleto, de luchar contra nuestra fragilidad, de buscar pautas. Hoy uno debe gobernarse solo y esto no es tarea fácil. Seguimos recurriendo al *new age* y tratamos de hacer nuestra propia receta cogiendo espiritualidad de aquí y allá. Cualquier ingrediente que nos proporcione placer tiene cabida. Se trata de luchar contra las frustraciones de la vida y de encontrar un poco de paz, de salir, aunque sea por unos instantes del yo racional y autosuficiente. La idea de que hay algo más sigue reconfortándonos, las orientaciones también nos sosiegan.

### **3.4. El mundo hiperreal e inconsistente**

Tal vez la obra magna de la posmodernidad haya sido *La sociedad del espectáculo*, donde Debord habla del asesinato de la experiencia humana a manos en el capitalismo, donde todo se consume y se expone en los medios de comunicación, donde todo se convierte en imagen plana y se ha perdido la sensación de realidad en una especie de Matrix donde todo es espectáculo.

“La alienación del espectador a favor del objeto contemplado (que es el resultado de su propia actividad inconsciente) se expresa de este modo: cuanto más contempla, menos vive; cuanto más acepta reconocerse en las imágenes dominantes de la necesidad, menos comprende su propia existencia y su propio deseo”<sup>43</sup>

---

<sup>43</sup> Debord, Guy, *La sociedad del espectáculo*, pág.49

La sociedad del espectáculo busca entusiasmos, pero ese entusiasmo pronto se desvanece. Favorece la inmadurez y las relaciones afectivas poco equilibradas y superficiales, epidérmicas, más afectivas que racionales, más pasivas que activas, irreflexivas, impulsivas. El deseo ya ni siquiera parece hacer frente al poder.

“Conjunción del deseo y del valor, del deseo y del capital, del deseo y del poder. Conjunción del deseo y de la ley, último goce metamorfoseado de la ley (lo que explica por qué esta se encuentra tan generosamente a la orden del día): sólo goza el capital, decía antes de llegar a pensar que nosotros gozamos también en el interior del capital. Versatilidad aterrante del deseo en Deleuze, giro enigmático que quizás conduce al deseo, “revolucionario en sí mismo, casi involuntariamente, sólo por querer lo que quiere”, a desear su propia represión y a invertir sistemas paranoicos y fascistas”<sup>44</sup>

Dice Guy Debord que en la sociedad del espectáculo debemos buscar “la conciencia del deseo y el deseo de la conciencia”, o sea, no debemos identificar el placer con lo que el sistema llama placer. Baudrillard, seguidor de Debord, dice que la economía no es más que un sistema de signos, que no hay necesidades reales que expresen deseos reales, sino que son pensamientos ilusorios que nos hacen participar del sistema. De esta forma explica por qué consumir no nos hace felices.

Jean Baudrillard nos cuenta que vivimos en lo hiperreal, que es algo así como si el mapa precediera al territorio. El sociólogo francés dice que vivimos la época de los simulacros:

“No se trata ya de imitación ni de reiteración, incluso ni de parodia, sino de una suplantación de lo real por los signos de lo real, es decir, de una operación de disuasión de todo proceso real por su doble operativo, máquina de índole reproductiva, pragmática, impecable, que ofrece todos los signos de lo real y, en cortocircuito, todas sus peripecias”<sup>45</sup>

La hiperrealidad no nos deja distinguir lo verdadero de lo falso, tampoco lo real de la imaginario. Lo simulacros nos embelesan, es el poder de la imagen que

---

<sup>44</sup> Baudrillard, Jean, *Cultura y simulacro*, págs. 43-44

<sup>45</sup> Baudrillard, Jean, *Cultura y simulacro*, pág. 11

asesina la realidad y todo lo convierte en representación sin referente. En un principio las imágenes respondían y reflejaban la realidad, poco a poco la fueron enmascarando hasta convertirse en simulacro. La duplicación nos lleva al ámbito de lo artificial, pues se impone el modelo sobre el hecho real, es movimiento puro, sin un objetivo, sin un contenido. Y es que entramos en el mundo de lo virtual:

“A través de una ingente proliferación de imágenes, de tapar todos los huecos y de disipar las sombras, se ha perdido lo que Benjamin denomina aura artística. Pero las imágenes han terminado por derrocar a los objetos en función de las cuales fueron creadas, asumiendo su propia esencia y ocupando su lugar; han pasado de vehículo o instrumento para adentrarse en la realidad a convertirse en un fin en sí mismas. Las imágenes constituyen, en suma, la médula de la nueva realidad, la realidad virtual, una entidad sin secretos, transparente, vacía de sentido y de capacidad generadora de la ilusión”<sup>46</sup>

La hiperrealidad se une a la muerte del significado. Ya no podemos hablar de significado con mayúsculas, el significado está en el lenguaje, separado del mundo, nos dice Derrida, los significantes fluctúan, varían. Los textos se llenan de interpretaciones, de otros textos, no se puede fijar un significado único. Hemos perdido confianza en el lenguaje y se han muerto los hechos, sólo nos quedan las interpretaciones.

Con este panorama es muy fácil estar perdido y desorientado, sin un firme principio de realidad. Es normal que nuestro deseo se convierta en vagabundo errante que sigue unas imágenes y luego otras. El mundo es un espectáculo que contemplamos desde el sofá de nuestras casas. Vivimos en una especie de nihilismo cotidiano y alegre donde lo sólido perdió su consistencia. El objeto último de la vida es disfrutar, algo estupendo, pero parece que no nos acaba de llenar, porque hemos perdido el objeto último, el sentido más allá de lo individual y cotidiano.

---

<sup>46</sup> Garrido Domínguez, Antonio, *Narración y ficción*, pág. 179.

Hay una tendencia actual a considerar la realidad como algo difuso donde no es posible encontrar la verdad. Es la caída en picado de los principios de la Ilustración. No hay una autoridad, no hay fronteras entre opinión y conocimiento, la duda sistemática corroe la razón moderna. El saber científico, nos dice Lyotard, es solo otro discurso más, otro juego del lenguaje que se aleja del saber, de la formación del espíritu. Se convierte en otra mercancía más, en información medible, *performativa*. El lenguaje de la emancipación no es el mismo que el de la ciencia. Lo que funciona, no tiene por qué ser justo:

“La ciencia juega su propio juego, no puede legitimar a los demás juegos del lenguaje. Por ejemplo, el de la prescripción se le escapa”<sup>47</sup>

La sociedad posmoderna vive anclada en el presente, en la inmediatez. Nuestra experiencia de la temporalidad es la del instante continuo y rápido, frenético como un tráiler, veloz como el *twitter*. La forma que tenemos de vivir el tiempo está vinculada a la tecnología. El deseo pierde entonces parte de su orientación hacia el futuro, se trata de vivir bien ahora. Ya no entendemos el tiempo como un proyecto, sino como una sucesión de momentos independientes. El presente es tan fugaz que se nos escapa, es la metafísica del ahora, la pérdida de raíces y de sentido. Vivimos en la inmediatez y la urgencia: todo debe ser rápido, inmediato. Esto nos provoca una gran ansiedad y no nos deja disfrutar. Queremos la satisfacción inmediata de los deseos, que se cumplan ya, somos impacientes, voraces. Queremos las cosas con urgencia porque el deseo es urgente por naturaleza y no hemos aprendido a sosegarlo. Además, vivir en un mundo incierto hace que se valore más el presente, hay muchas más opciones de perderse en los objetivos a largo plazo. El mundo cambiante tampoco invita a la reflexión, la conclusión de hoy no servirá mañana, pues todo será distinto.

El pasado histórico ya no nos dice nada de nosotros. Nuestro conocimiento de él depende de la visita al museo, de la lectura del *bestseller* de turno de ambientación histórica o de las respuestas del trivial. La historia se ha convertido en un compartimento estanco, en información. Si no la enlazamos con el

---

<sup>47</sup> Lyotard, Jean-François, *La condición posmoderna*, págs. 76-77

presente, si no la relacionamos, no se convierte en saber. El pasado vuelve como ficción, con comodidad. Nuestra memoria es muy frágil, muy dada a la tergiversación, a la invención, vemos lo que nuestra época exige que veamos, lo ficcionamos. Ya no estamos involucrados, estamos distanciados de lo que fuimos, el pasado se mitifica y se estetiza. Nos seduce más la intrahistoria, lo marginal, pues no hay temporalidad trascendente, tampoco lógica temporal de sentido. Los fracasos de la razón nos han traído cinismo y en la posmodernidad nadie vigila ya el proceso histórico.

Pensemos en Disneylandia, en Las Vegas. En ambos sitios conviven las distintas épocas y las distintas culturas de forma almibarada. El complejo *Caesar Palace* da paso a Venecia, de allí a Nueva York hay sólo unos metros. La historia y la cultura se resumen en cuatro tópicos edulcorados. Es un pastiche sin maldad, sin amenaza. Es la historia del mundo convertida en un juguete cursi, un relato plano y sólo visual. Es el mundo convertido en escenario amable, con los dolores y tragedias extirpados. La ciudad convertida en supermercado, en bello espectáculo. Y es que las ciudades también se decoran, deben amenizarnos, para que podamos apropiarnos lúdicamente de su espacio.

Sólo podemos acercarnos al pasado a través de la nostalgia. Una nostalgia que todo lo invade: pensemos en la moda actual de tricotar, la pasión por hacer *cupcakes* como las entregadas amas de casa americanas de los 50, la compra de posters de dibujos animados de nuestra infancia. Tratamos de oponernos a la lógica mediática del presente continuo, pero las vueltas al pasado se quedan en aproximaciones estilísticas, no buscan contenido histórico.

Cuando lo real se desdibuja surge esta nostalgia por el pasado, pero al haber perdido el sentido histórico, el acceso al pasado es a través de las puertas del sitio arqueológico, de lo *vintage*, de las películas de capa y espada o del retromarketing. La mirada al pasado suele ser idílica y se humaniza y estetiza lo que antes era heroico. La moda revival mata la memoria. Hemos dejado de experimentar la historia como el lugar que da sentido al presente, la convertimos en “un depósito de idealidades”, en palabras de Barthes. La historia se ha

escindido de la actualidad, ha sido amputada. Sus imágenes encerradas es lo único que tenemos a nuestra disposición. Un muro inmenso separa la historia del presente.

“Contrastando con las pavorosas escenas de una historia taladrada a fuerza de grandes acciones y grandes discursos que, en última instancia, no han llevado, pese a sus intencionalidades utópicas, a otro sitio que a la destrucción; las escenas de la cotidianidad, los innumerables relatos de la vida familiar, del amor, de los detalles de existencias banales, comunes, humanas por insignificantes desde la dogmática visión de los grandes ideales, desplazan aquellas historias que se han vuelto inexplicables e ininteligibles para los actuales hombres y mujeres”<sup>48</sup>

Vivimos en un presente continuo en que el pasado aparece como revival y la historia como un mito que ha dejado restos arqueológicos y fósiles. La posmodernidad cuenta con pseudoexperiencias y con parodias sin referente. Nuestro presente ha dejado apartada la carga de la historia y también ha perdido el sentido de la identidad como un continuo, la infancia, la juventud y el ayer también entran en el museo. Al perderse el continuum, la actualidad revierte sobre sí misma y el tiempo se convierte en un bucle autorreferencial.

### **3.5. Ciencia y progreso**

La tecnología y la razón han perdido su carácter redentor. No creemos que seamos capaces de crear un orden realmente justo gracias a ellas. El resultado del mandato de la razón en el mundo nos mostró su cara más turbia, ciega y devastadora. El templo de la razón fue aniquilado –la pesadilla se hizo realidad– y, o la recomponemos, o sólo queda el retorno a la selva, eso sí, digital. Los deseos más primitivos e individualistas vuelven a aflorar en el territorio indómito que quedó tras la muerte de la civilización en las cámaras de gas, en los ríos de sangre de las guerras, en los hambrientos, en los desposeídos. La precisión

---

<sup>48</sup> Forster, Ricardo, *Crítica y sospecha: los claroscuros de la cultura moderna*, pág. 72

científica, la meticulosidad y el cálculo fueron sirvientes del mal. Ya no quedó confianza, la historia dejó de ser un avanzar positivo, se convirtió simplemente en avanzar hacia adelante, no hacia algo mejor, en un errar sin mapas, en la revolución tecnológica permanente. Un sistema perverso que usa un discurso lleno de grandes bondades y que consigue resultados injustos, a veces incluso los contrarios. Avanzamos mucho, pero no sabemos hacia dónde. El mundo se transforma sin preguntarnos el sentido.

Hace tiempo que dejamos de creer en el progreso y en sus beneficios universales. Los sueños de la razón nos han traído injusticias y miedos. El fotógrafo de origen africano Yinka Shonibare reinterpreta el famoso Capricho de Goya que dice “Los sueños de la razón producen monstruos”. El fotógrafo, valiéndose de la ironía, lo lleva más allá y nos dice, en esta ocasión en francés, que los sueños de la razón producen monstruos en todos los continentes. Sus espléndidas fotografías, parodias posmodernas de los dibujos de Goya, son la forma más gráfica de entender que los cantos a la razón y al progreso acabaron en violencia y en el holocausto, en colonización, corrupción y decadencia. Hoy las monstruosidades que produce la razón están la mayoría fuera de nuestro territorio, pero también hay muchos que conviven aquí. La miseria está a la vuelta de la esquina. El *homo sacer*, es decir, los parias del mundo de los que habla Agamben habitan nuestro mundo. El progreso también ha traído la deforestación y destrucción de la naturaleza, la contaminación y miles de productos perjudiciales para la salud. Vivimos bajo la amenaza de productos químicos de los que realmente desconocemos los efectos a largo plazo. El miedo es la otra cara del progreso. El consumidor debe seguir gastando, pero de forma reflexiva y responsable. El consumo comprometido se convierte en otro sector más del mercado.

El desarrollo de las tecnologías se vuelve la caja de Pandora. La ciencia avanza pero no se humaniza, no trae justicia. ¿Cómo que todos somos iguales? Solo es una teoría. Ya no creemos en las metanarraciones modernas.

Ya decía Platón que el relativismo era un mal común a la democracia. Si se escuchan todas las voces se podría, de alguna manera, inferir que todas tienen el

mismo valor. Ese es un peligro al que nos enfrentamos: no todos los grupos son válidos, no todos los criterios son aceptables. Sin embargo, definimos los valores a partir de nosotros, si algo me va bien es bueno –para mí-. El discurso posmoderno también critica las nociones de objetividad, verdad y competencia. No hay una lectura, hay tantas como individuos. No existe la verdad, existe mi verdad. Esta duda sistemática ahonda en la filosofía, pero, cuidado, hace que se pierda la orientación y que cualquier patochada se alce a las alturas. Hasta la física se convierte en un discurso con la misma objetividad que el horóscopo, según los historia anarquista del conocimiento de Feyerabend. Y es que la ciencia ha perdido la legitimidad que le daba la búsqueda de la verdad. Además, la posmodernidad no cree que haya una lectura universal del mundo. El caos entra en las ciencias, a la vez que simplificamos la realidad para tener seguridad intelectual:

“La idea de que la ciencia puede y debe regirse según unas reglas fijas y de que su racionalidad consiste en un acuerdo con tales reglas no es realista y está viciada”<sup>49</sup>

Feyerabend critica el monismo en las metodologías, habla de la falsación de la ciencia. El universo cada vez es visto más como impredecible y las teorías matemáticas del caos pasan a primera página. Hace mucho que el mundo no representa el lugar armónico que cantaba Fray Luis, que los científicos buscan utilidad y que la gente no cree en el gran metarrelato científico emancipador. La ciencia no está sólo a nuestro servicio, nosotros sí al suyo. ¿Nos interesa siempre el desarrollo?, ¿nos emancipa o nos ata?

La civilización acabó multiplicando la barbarie. Los horrores nacieron del seno de la civilización, no de su extrarradio. La ciencia abrazó el mal. Hoy abraza a las empresas y al dinero. ¿Busca el saber o la venta? Los conocimientos se convierten en dinero, unos deciden y venden, otros adquieren y pagan deudas. No se busca la legitimación del saber en valores. Lo que manda es el dinero. El capitalismo no piensa en el ciudadano sino en sus beneficios. Nos tenemos que adaptar a sus fines.

---

<sup>49</sup> Feyerabend, Paul K., *Contra el método*, pág. 123

Lyotard dejó claro que la ciencia no es más que otro discurso-otro juego del lenguaje- que se aparta del saber y busca la utilidad y el poder. El saber en la posmodernidad se vuelve muy específico y, por tanto, fragmentado. No se trata ya de la formación del espíritu, sino de poder aplicar saberes específicos que ayuden a la efectividad del sistema. El saber ya no es narrativo, no hay armonía entre los distintos juegos del lenguaje. La ciencia ensalza lo denotativo, nos cuenta el francés.

La técnica nos proporcionó optimismo hacia el futuro, pero luego nos dimos cuenta de que tal vez lo mejor no esté por llegar. Vivimos en la revolución tecnológica permanente. La tecnología y la biotecnología nos sobrepasan, transgreden todos los límites. Es como si el hombre se hubiera quedado atrás y un tanto perplejo ante una tecnología que se conduce sola y que convierte la ciencia ficción en realidad.

Cada vez somos seres más técnicos y desorientados. Creemos que sólo la tecnología nos puede sorprender, que el resto no son más que reelaboraciones de cosas hechas antes. La ciencia y la tecnología parecían ocupar el altar vacío de la divinidad, pero la ciencia de previsibilidad, del orden, de causas y efectos, ha sido sustituida por el estudio del caos, que ahora parece que es el esquema del universo. El mundo es un sistema caótico, no podemos predecir su comportamiento futuro, es aleatorio. De alguna forma el universo ha vuelto a su principio: el caos.

La tecnología representa, en una nueva paradoja, lo mejor y lo peor de nuestra sociedad. Pueden salvarnos con células madre, pero también podrían clonarnos, podemos evitar enfermedades genéticas eliminando ciertos genes, pero también podemos llegar a elegir niños a la carta de forma caprichosa. Podemos acabar con el hambre en el mundo o fabricar alimentos que provoquen enfermedades. La ciencia llega a provocar vértigo y, en ocasiones, olvida las necesidades de la sociedad. El problema es que contemplamos cómo la ciencia no busca tanto la verdad como el poder. No se trata de que el saber sea emancipador, sino de que contribuya al desarrollo del capitalismo, que sea útil.

### **3.6. Los medios de comunicación y el cine**

Los medios de comunicación mediatizan nuestra percepción de la realidad y nos meten de lleno en el hiperespacio y en lo virtual. Vivimos cada vez más en una aldea global, los medios de comunicación y la tecnología son los que nos vuelven presentes unos a otros. Sabemos lo que sucede a cada instante en lugares muy alejados de nosotros y las decisiones de unos influyen en las de otros con una interdependencia inmensa. Es evidente que la tecnología y los medios de comunicación condicionan nuestra relación con el mundo. No digo que sea mejor o peor que antes, pero diferente sí. Las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación han cambiado lo social, nuestras experiencias diarias. La máquina ya no es un artefacto gigantesco, es un artilugio minúsculo muy presente en nuestra vida. Vivimos pegados al móvil, a la televisión y al ordenador. Hay pantallas por la calle, en el metro, en las tiendas, en los bares, en los hospitales, en los conciertos. También todos filmamos: nuestra cotidianidad, los conciertos, las vacaciones... Vemos películas y queremos hacer la película de nuestra vida. Surge, de esta forma, un arte novedoso y democrático. Podemos grabar, mostrarnos y opinar. De hecho, filmamos todo, hasta lo más anodino. La cámara deja constancia de lo que hemos hecho o visto en una época en la que se pierde el sentido de la experiencia.

El deseo muchas veces entra por los ojos, por eso los medios de comunicación son los grandes mediadores del deseo. Antes el hombre y su deseo vivían anclados en un espacio y en un tiempo. Su deseo estaba más relacionado con su experiencia real, con lo que conocía o le contaban las personas de su entorno. La primera revolución mágica fue la escritura, alguien que no estaba podía comunicarse con nosotros. Luego llegaron la fotografía y la radio, la magia de captar un instante y poder conservarlo, poder oír una voz lejana. Más tarde el cine, la televisión e internet. Estos inventos han cambiado drásticamente nuestra

concepción del ocio y del deseo. Hoy cualquier persona occidental pasa horas y horas viendo imágenes en pantallas. Ya no somos pueblo, somos público. Un público que ve miles de posibilidades a la vez que descubre que su vida es más breve y limitada de lo que pensaba. Estamos muy expuestos a los medios de comunicación, es por ello que nos forman, que orientan nuestros deseos. Las estadísticas dicen que pasamos más de tres horas diarias frente a la televisión, es lógico que sus contenidos nos influyan y nos mediaticen.

Todo se convierte en audiovisual. La calle es un caleidoscopio de pantallas, Internet, el lugar que difunde todas las imágenes, la mediateca infinita y global. La pantalla comprime el tiempo, apuesta por la velocidad, nos hace creer que conocemos otras realidades, pero no es así: sólo vemos imágenes. Empezamos a estar acostumbrados a tener una pantalla como mediadora de la realidad. Es como si lo que no estuviera en la pantalla no existiera, lo que hace que muchas veces la gente vaya para dejarse ver y no para escuchar.

El *zapping* podría ser un símbolo sobre cómo actúa nuestro deseo. Vemos algo, no nos convence, cambiamos, no nos gusta, volvemos a lo anterior, sabemos que hay algo mejor, es cuestión de buscarlo... Nos mostramos ávidos por encontrar algo que nos sacie. Esta búsqueda frenética a veces es sedante y otras estresante. La búsqueda es la vida. Las miles de cadenas de televisión las posibilidades posmodernas. Nos olvidamos de que podemos apagar la tele y buscar nuestras propias actividades. Este aluvión de imágenes es la sociedad posmoderna. Estamos sobre expuestos a imágenes y muchas veces nos cuesta abstraernos de ellas, pensar, relajarnos. La reflexión siempre se ha asociado a la naturaleza, al aislamiento, a exactamente lo opuesto al mundo en que vivimos. La televisión es una especie de sedación artificial llena de referencias a todas horas, es la pérdida del sentido, la no selección, la saturación que provoca desidia, la realidad como otra ficción más. Es una narración desarticulada, episodios al azar que son consumidos y contemplados, no relatados. Se ha sustituido el saber por la información sin explicaciones. Todo cambia tan rápido que no nos da tiempo a

asimilarlo. Importa lo que aparece, eso le da consistencia. Es similar a las cámaras de vigilancia: existe lo que proyectan, no hay avance, ni vuelta a atrás.

Hay un exceso de información, pero son noticias espectáculo, rápidas, fugaces, que buscan la audiencia y no tanto la relevancia del asunto en sí. Son muchas veces noticias sin reflexión, ríos de datos efímeros que no parecen pertenecer a la categoría de lo real. Existen mientras aparecen en la pantalla. Luego desaparecen, como si no fueran verdaderas tragedias, como si fuera un videojuego patrocinado por el anuncio que sale inmediatamente después. Un huracán, terroristas, el fútbol. Cada noticia anula la anterior, cada impacto es olvidado por el siguiente, el presente se precipita y se disuelve. También asistimos al aumento de noticias leves, sin trascendencia, y a las noticias cíclicas, que se repiten iguales todos los años. Las imágenes nos inundan, es consumir imágenes de forma superficial, como turística.

Los noticiarios son discontinuos, sin sentido histórico y hace que no se entienda nada. Favorecen lo incomprensible y el que uno piense en protegerse. Las noticias pelean unas con otras, nos llevan al hastío con imágenes, pero se indaga muy poco en las causas. Nos enfrentamos con imágenes duras, pero son sólo eso, imágenes. Ni siquiera son demoníacas, es una maldad banal, una vivencia diaria difícil de distinguir con su juego de máscaras que nos ayuda más a olvidar que a recordar.

Sentimos que hay demasiadas causas, no podemos involucrarnos en todas. El hombre posmoderno siente que no puede hacer mucho ante conflictos globales donde, además, no sabe bien quiénes son los buenos y quiénes los malos. Caemos fácilmente en el relativismo.

Ya no es posible contener la aparición de una noticia, en cuanto aparece en *YouTube* corre como la pólvora, pensemos en el interesante primer capítulo de la serie *Black Mirror*. Gran parte de la población lleva una cámara de video y de foto siempre encima, por lo que los sucesos son siempre grabados y mostrados. Los medios de comunicación hacen hincapié en las noticias que interesan en las

redes sociales. Están pendientes de ellos y se retroalimentan y citan mutuamente. Pensemos en la nefasta restauración del cuadro *Ecce Homo*, imágenes de internet salían en los telediarios. Los medios de comunicación serios también están pendientes de lo que desea ver, leer o escuchar su público. No quieren cansarle ni aburrirle. Muchos noticiarios son sensacionalistas y buscan la audiencia. Cada vez más auténticas chorradas aparecen en ellos. Irving hace un retrato magnífico de esto en *La cuarta mano*, donde los medios no quieren más fotos de niños hambrientos, eso no vende y molesta a los espectadores que están comiendo. Las noticias se han convertido en espectáculo, la guerra del Golfo con luces verdes parecía menos real que un videojuego, en todo caso una pantalla de un spectrum. Además, la exhibición de desgracias no provoca apenas efectos. Reina la exposición permanente vacía de sentido. Se muestran las imágenes y ya está. No se invita a la reflexión y menos aún a la acción. Las tragedias duran mientras son mostradas, luego otra cosa reclama nuestra atención, pues las imágenes desgraciadas se han convertido en costumbre. Tan pronto nos conmocionamos, como nos olvidamos del objeto de la conmoción y se convierte en anécdota o tema de conversación. Es el mundo global. El hombre antaño se preocupaba por lo que le atañía, hoy nos atañe todo y nada a la vez. Un espectáculo mediático sucede a otro y el espanto se banaliza. El espectador no conoce los dramas en profundidad y siente que le sobredimensionan, pero nos deja en un clima de catástrofe perpetua, de miedo, y buscamos protegernos en nuestra burbuja de confort. Las tragedias son cifras externas, nosotros seguimos a salvo. Al igual que las palabras se vacían de significado, por su uso abusivo, las imágenes también. Si las imágenes no nos llevan a la acción se convierten en información vana, en simple contemplación, y nosotros en pasmados inactivos. Estamos más cerca que nunca de los que sufren, pero sólo de sus espectros televisivos.

Los sucesos se convierten en distracciones que buscan audiencia. No está el deseo de informar sino el de dramatizar. No importa distorsionar la realidad si de esa forma me acerco a mis fines. Los asesores de imagen y los gabinetes de comunicación saben manipular la opinión pública, hacer que algo funcione. Lo

comercial se impone a lo cultural, a lo verdadero... Se congela el sentido pues el medio se convierte en el mensaje, como dijo Mac Luhan.

Se ha erosionado el principio de realidad, las cosas no son realmente de una forma, todo es cuestión del punto de vista. Es algo así como lo que explica Gianni Vattimo que le ha pasado a la historia, la vía europea no es la única. El hombre posmoderno se ha quedado sin convicciones sólidas, pero sigue buscando seguridad. Esto explica el auge de los expertos televisivos, convertidos en los nuevos gurús posmodernos y con similar porcentaje de acierto a los chamanes de las tribus.

Pierre Bourdieu nos muestra los auténticos peligros de la televisión, objeto al que la mayoría de las personas dedican la mitad de su tiempo libre. La televisión nos persuade y nos dice que necesitamos más cosas, pero su poder va más allá. Pierre Bourdieu opina que “pone en muy serio peligro las diferentes esferas de la producción cultural: arte, literatura, ciencia, filosofía, derecho; creo incluso, al contrario de lo que piensan y lo que dicen, sin duda con la mayor buena fe, los periodistas más conscientes de sus responsabilidades, que pone en peligro no menor la vida política y la democracia”<sup>50</sup>.

La televisión es el gran mediador de la realidad, el intérprete que usamos para saber cómo está el mundo. Este mediador es poco fiable, pues no busca la verdad, sino la audiencia y el entretenimiento, convirtiéndolo todo en espectáculo y difuminando las fronteras entre géneros. La política se convierte también en otro espectáculo más, pero no olvidemos que las víctimas que deja no son hiperreales sino de carne y hueso. Lo político se convierte así en una teleserie en la que cada partido dice una cosa y nosotros debemos decidir con qué versión nos quedamos.

Podemos hablar de televisión liviana, transparente, muy extendida en superficie pero sin profundidad. No importa tanto la objetividad como el ocio. Además, por la falta de tiempo cae, casi siempre, en versiones reduccionistas y espectaculares.

---

<sup>50</sup> Bourdieu, Pierre, *Sobre la televisión*, pág. 7

No hay tiempo para los auténticos debates de discurso articulado. Lo posmoderno es el resumen de los resúmenes, véase si no el gran éxito de los diarios gratuitos. Estamos en la era de la abundancia informativa y de la desinformación, de los flashes intermitentes que hacen que nuestro pensamiento se estructure a su imagen y semejanza. Nuestro pensamiento se mimetiza con la rapidez, con las pantallas ¿Se puede realmente reflexionar en un tiempo tan limitado? Además, las cadenas privadas se sustentan de la publicidad, ¿podrían realmente apostar por un discurso divergente con los poderes establecidos? Cada cadena tiene su ideología, pero el discurso publicitario está en todas, menos en las estatales, que a su vez tienen publicidad encubierta. No es de extrañar que “la televisión sea un colosal instrumento de mantenimiento del orden simbólico”<sup>51</sup>

Además, como es para todo el mundo, debe tener un lenguaje sin ostentaciones. Soledad Puértolas fue criticada por usar el término frisar, podría hacer cambiar de canal a los espectadores. La televisión es antiintelectual y pone en el mismo nivel a gente sin conocimientos valiosos que a los grandes eruditos. De hecho, muchas veces excluye a aquellos que sí tienen algo que decir. Hay médicos para la televisión, filósofos parlanchines, seudoleguleyos que pululan por el universo televisivo y que no son muy reconocidos dentro de los expertos de su campo. El gran temor es el aburrimiento, por ello lo expuesto debe ser sencillo. Se reduce la realidad y se está más pendiente de los efectos que del contenido. La televisión supera a la prensa tradicional como medio informativo: tiene más fuerza en la opinión pública que los periódicos y posee la capacidad de movilizar a las masas. Es evidente que la información internacional del periódico no cabe en lo que dura un telediario, así que la televisión sustituye el análisis por las imágenes y el ritmo vertiginoso. Cuando posamos los ojos en un tema, ya hay que mirar a otro lado.

Nuestra vida sigue el ritmo que imponen los media, debemos llevar la velocidad correcta y saber interpretar las imágenes construidas que alteran con su temporalidad y su montaje su naturaleza original. Lo apocalíptico es presentado

---

<sup>51</sup> Ibid., pág.20

a diario, se torna cotidiano. El atentado de las Torres Gemelas parece un *thriller* y las retransmisiones deportivas se convierten en la nueva épica espectacular donde podemos ver los mejores momentos desde todos los ángulos una y otra vez. Se trata de buscar el gran impacto del cine.

El problema es que muchos programas televisivos exaltan personajes que no tienen apenas mensaje. Y solo se fijan en la exclusiva, en lo nuevo, como si la novedad en sí fuera lo único que despertara nuestro interés. Muchas veces se asombran ante cosas nada extraordinarias y dejan de lado auténticas catástrofes. Buscan el “para todos los gustos”, que no sea información demasiado problemática y que sea aliñada por una moral un tanto cínica.

“Determinados análisis de la televisión deben su éxito entre los periodistas, sobre todo entre los más sensibles al efecto de los índices de audiencia, al hecho de conferir una *legitimidad democrática* a la lógica cultural comercial limitándose a plantear en términos de *política*, por lo tanto de plebiscito, un problema de producción y difusión *culturales*”<sup>52</sup>

Muchos programas se deleitan con la sangre y con lo morboso y mueven tanto la opinión pública que hasta pueden hacer surgir leyes específicas. Otras veces las noticias pierden la reflexión y se convierten en anécdota. De hecho, cada vez hay más noticias que no merecen este nombre, pues no son más que tonterías divertidas o pildoritas de entretenimiento, como si fueran una chuchería o un premio por haber visto imágenes duras. Además, las explicaciones nos calman, hoy las noticias no buscan el porqué, lo que genera desasosiego. La explicación del mal produce alivio, la no explicación al principio malestar, luego pasividad e indolencia. Tampoco la televisión dedica mucho espacio al tema cultural. Son sólo unos fogonazos.

La televisión es una especie de guía espiritual con sus presentadores en el ejercicio del sacerdocio, gente que habla de todos los temas sin ser especialista y que busca convertirse en la voz del pueblo, se trata de cifras: número de

---

<sup>52</sup> Ibid. pág. 111

espectadores. Da igual la calidad, lo importante es que se venda bien. Y cuando algo se vende bien unas cadenas imitan a otras y en vez de haber más oferta, al haber más cadenas, nos encontramos con distintas versiones de lo mismo.

Si solo nos informamos a través de la televisión tendremos una visión muy achatada del mundo. Muchos personajes muy interesantes no tienen cabida en este medio y, por lo tanto, perderemos sus aportaciones. La televisión da información, pero no construcción de sentido. Además, el discurso debe ser sencillo, se huye de la elocuencia, se piensa que la palabra no es necesaria cuando hay imágenes.

La televisión no se usa para educar, la educación es aburrida y nosotros necesitamos divertirnos. La televisión halaga nuestro mal gusto, de forma basta, pero con gran dominio del lenguaje televisivo y emocional. Los nuevos programas son los *talk-shows*, sus derivados lacrimógenos y los *realities*. Es la falta de intimidad, el exhibicionismo y el gusto por mirar, la pasión por los sucesos (hechos despolitizados) y por los deportes, por lo poco exigente. Se borra la distinción entre temas mayores y menores, lo banal también es entronizado.

La televisión es el ocio por excelencia, nos mece, nos saca de nuestras rutinas, nos lleva el mundo a nuestros salones. Le dedicamos casi cuatro horas de media en España cada día. Y es que cada vez el individuo pasa menos horas en la calle y más en casa. Hay hasta jóvenes japoneses que llevan años sin salir. Además, la televisión sólo nos exige estar sentados y prestarle la atención que nos apetezca.

La televisión está inundada de *realities*. Estos programas están llenos de conflictos, gritos, lloros por tonterías y desahogos constantes. Los hay dedicados a cómo ser modelo, a sobrevivir por encima de los demás, a cambiar de aspecto... Son una buena muestra de los valores de una sociedad. Además, los *realities* ayudan a mucha gente a cumplir un deseo muy habitual: ser conocido. Se convierten de esta forma en un interesante territorio para explorar el deseo.

Hemos hablado de la televisión, pero hoy internet lo está cambiando todo, presentando un esquema del mundo inédito: el *Aleph* se ha materializado y con él

toda la oferta que uno pueda imaginar. Hoy hay millones de formas de informarse y de compartir conocimientos, montones de foros y de blogs. Internet propone una comunicación más horizontal y menos centralizada en la que el ciudadano de a pie tiene el poder de expresarse. Esto a su vez genera una sobreabundancia de material, muchas veces de pobre calidad, pues no hay apenas filtros. Aún así, internet lo cobija todo: entre sus paredes virtuales también está lo más excepcional.

El cine también ha cambiado nuestro imaginario colectivo y mediatiza nuestra realidad. Nos ayuda a colocar nuestras expectativas en el decorado- el mundo- en el que se desarrolla la película de nuestra vida. Estamos acostumbrados a ver imágenes insólitas, atroces o mágicas hiperreales con un sonido vertiginoso, es normal que a veces nuestra realidad nos parezca un poco pobre. La espectacularidad hiperreal es el pan nuestro de cada día, de forma que muchas veces ansiamos modelos de ficción que nada tienen que ver con nosotros. Es como si los que realmente experimentaran fueran los protagonistas de las películas y nuestra vida no fuera más que un mal remedo a color, donde se echan en falta los efectos especiales y la música en los besos. A pesar de que hemos sido educados por los medios y no somos ya esos espectadores ingenuos, sino otros mucho más lúdicos y desengañados, a veces tomamos las películas como ejemplo de vida y aspiramos a una existencia sin tiempos muertos, toda llena de grandes momentos narrativos. Más del 80% de las películas que se ven en el cine a nivel mundial son hechas en Hollywood, luego no es de extrañar que la cultura norteamericana sea la segunda cultura de casi todo el planeta. Hollywood es espectáculo, acción, desenfreno, exceso. Sus films suelen seguir formas narrativas clásicas con mucho ritmo, sin parones. Es lógico que queramos que nuestra vida siga este patrón.

La entrada en el mundo hiperreal nos ha traído también nostalgia por lo real. Esto explica el auge del documental, género que está de moda.

“En primer lugar, el auge del documental aparece como una respuesta a la desaparición de los grandes referentes colectivos del bien y del mal, lo justo y lo injusto, la derecha y

la izquierda, así como al eclipse de las grandes visiones del futuro histórico. Liberadas de las cuadrículas macroideológicas que señalaban el sentido de la historia, todas las “pequeñas” historias, todas las micro y macrorrealidades del mundo sociohumano adquieren una dignidad nueva. Sin embargo, huérfanas de ideologías heroicas, nuestras democracias pasan a ser al mismo tiempo democracias de desorientación, inseguridad y decepción. En este contexto de desestabilización de referentes y de vacío ideológico, los hechos que presenta el documental sustituyen los ya debilitados sistemas de interpretación global por “realidades” inmediatas pero fuertes, con una innegable dimensión de evidencia. Aportan islotes de tierra firme y sólida que faltan cruelmente a nuestros contemporáneos”<sup>53</sup>

### **3.7. El consumo**

El capitalismo es lo más parecido a una religión que tenemos, es la institución más poderosa de nuestra época y ha alcanzado prácticamente todos los rincones del planeta. Ha superado a los estados-naciones, corre libre e invisible, sin limitaciones. Lo curioso es que sentimos que es natural, no lo vemos como algo que ha sido creado y que responde a una cultura, lo vivimos como parte de la naturaleza. El capitalismo es también un sistema con el que mantenemos una relación ambivalente y contradictoria, de hecho, el propio sistema necesita la contradicción:

“La verdad es que la sociedad del hiperconsumo sólo puede existir porque su tendencia de fondo se ve obstaculizada por principios antagónicos. Si consiguiera eliminar el espíritu crítico, la exigencia ética, el deseo de creación y los esfuerzos de la persona por trascender ella sola dejaría de funcionar. La sociedad del hiperconsumo necesita contradicciones, resistencias, límites a su propio universo: lo que se opone a las normas del hiperconsumo debe entenderse como condición necesaria para su desarrollo”<sup>54</sup>

---

<sup>53</sup> Lipovetsky, Gilles y Serroy, Jean, *La pantalla global: cultura mediática y cine en la era hipermoderna*, págs. 147-148

<sup>54</sup> Lipovetsky, Gilles, *La felicidad paradójica*, pág. 351

La compra se convierte en el deseo perpetuo, en bucle, deseamos, compramos, volvemos a desear. Y es que la creación de deseos es fundamental para que gire la rueda del consumo que es nuestra vida.

El próspero mundo de mercancías posmoderno no para de crear experiencias y artefactos que encandilan y retuercen nuestras fantasías y deseos. Hay millones de artículos que desatan nuestros deseos y que se amontonan en nuestros hogares y en las calles rebosantes de comercios, de supermercados y de gigantescos centros comerciales. Los productos de la sociedad de la opulencia están expuestos en bellos expositores, son mercancías encantadoras que nos ofrecen posibilidades infinitas de consumo y de ocio, pues comprar es una diversión en la que el individuo se embriaga con los bienes, con la belleza de los colores y la música que acompañan al desfile de mercancías. Hay un exceso de todo. Los centros comerciales tienen infinidad de tiendas, hay millones de elecciones, casi infinitas si le sumamos las tiendas por internet. La dimensión es lo gigantesco, es el edén al alcance de la visa, la Jauja posmoderna inagotable. ¿Cómo vamos a llevarnos algo y sentir que hemos hecho la mejor elección?, ¿cómo vamos a sentir que no deseamos nada? No paran de inventarse nuevos deleites y lujos que parece que están al alcance de nuestra mano. Además, el lujo no está mal visto como en otras épocas. No hay nada que nos lo impida, ningún muro de contención contra el consumo hiperbólico.

Por mucho que todos los estudios nos digan que la relación entre riqueza y felicidad no es fiable, los portavoces del sistema parecen insistir en que esta ecuación es verdadera, pues el conformismo material no mueve el sistema capitalista, que necesita de la codicia material y el uso de la tarjeta, que sería algo así como el simulacro del dinero. La posmodernidad es amiga de lo excesivo, de la acumulación de objetos, de ropas, de canales de televisión. Hace suya la extrema ampliación de las necesidades materiales básicas: sed, hambre, abrigo, techo. Consumimos sin cesar a la vez que denostamos el consumismo, en una especie de tremendo eje paradójico, en un malestar placentero. Y es que el consumismo es también una vía de escape que nos ayuda a soportar la idea de no

tener tiempo libre, es la forma en que la sociedad nos compensa otras derrotas. Muchas veces redimimos nuestras culpas con mercancías caras, como si fueran a suplir las carencias emocionales. El consumo es el refugio que tenemos a falta de sentido comunitario, reconocimiento o vínculos sólidos.

“En todos los productos, necesarios o no, que ofrece la cultura del consumo incesante persiste la idea de fetiche desechable, que nos consuela temporalmente de nuestras carencias como a los niños los juguetes y que luego podemos tirar a la basura”<sup>55</sup>

Todos los días contemplamos al dios de la riqueza en los escaparates de la tiendas, tierra prometida del capitalismo, pero la cuestión es que todos los ídolos tienen fecha de caducidad. Todo se deprecia en un santiamén, pues si no fuera así el sistema dejaría de funcionar tal y como lo conocemos. La mercancía pierde valor y se convierte en poca cosa. Lo que único que permanece es la basura, los plásticos y el dispendio.

El ciudadano posmoderno es constantemente tentado para que consuma un elevado número de productos nuevos. Lo curioso es que somos conscientes de que no los necesitaríamos si nadie las usara, pero si renunciamos a ellos nos quedaríamos descolgados del frenesí de novedades generalizado, pues sabemos que los productos se impondrán. De esta forma, cada vez necesitamos más cosas. Además, no nos gusta compartir: antes había una televisión y un ordenador por casa, hoy los adolescentes reclaman su equipamiento privado. La necesidad de objetos no para de aumentar:

“Conforme se generaliza la riqueza de una sociedad, el consumismo se va pareciendo cada vez más a una carrera armamentística”<sup>56</sup>

“Esta competencia no sólo afecta a los ambiciosos y arribistas. Las personas que no tiene demasiado interés en superar a sus vecinos, pero quieren mantener un nivel de

---

<sup>55</sup> Ferrero, Jesús, *Las experiencias del deseo*, pág. 78

<sup>56</sup> Heath, Joseph y Potter, Andrew, *Rebelarse vende*, pág.133

vida “respetable”, acaban teniendo que gastar más y más cada año. Lo suyo podría llamarse “Consumo defensivo”, ya que sólo pretenden evitar la humillación”<sup>57</sup>

Es decir, el ostracismo parece ser el destino del que osa plantarle cara realmente al sistema, quedar relegado. Si nuestro intelecto fuera fuerte podríamos someter muchos de nuestros deseos, que han sido formados por nuestras emociones. Pero la sociedad de consumo incita a lo contrario. Antes no, antes luchaba la sociedad en la misma dirección, así que hoy somos un barquito luchando a contracorriente. Necesitamos remos: lucidez, voluntad fuerte y templanza. La sostenibilidad del sistema capitalista actual necesita que deseemos, que caigamos en la glotonería y que todo se pueda convertir en una transacción. El sistema necesita que seamos caprichosos y que codiciemos lo material. Se desprecia el conformismo, lo que nos lleva a ambicionar, a tratar de distinguirnos, cuando es este intento de individualización lo que más nos unifica. Se nos incita a no renunciar a nada, a ser inconformistas, pero para luchar por algo deberíamos estar preparados para saltar obstáculos, para sacrificarnos, y hoy no queremos trabas.

Los logos nos dicen que estamos en el buen camino, nos dan aprobación, son objetos seductores que pronto dejarán de ofrecer su influencia y serán sustituidos por otros que también acabarán abandonados en un cajón. La racionalidad se deja de lado y nos alienamos con los *gadgets*, pues la economía no tiene ya nada que ver con las necesidades, sino con lo excesivo, mágico y espectacular. Ya no pretendemos liberarnos del consumo, nos dejamos caer felices en él, cuando la situación nos lo permite. Se trata de consumir lo que sea: medicina, salud o romanticismo. Si hasta el ecologismo se ha convertido en consumo. Yo me preocupo por el planeta y compro algodón orgánico, comida bio y voy a litorales no arrasados. Es un consumo crítico y reflexivo, pero consumo al fin.

Nuestro mundo es móvil: nuestras casas, relaciones, trabajos y valores lo son, de forma que nuestra forma de consumir también lo es. Los deseos posmodernos son fugaces, inconstantes, superficiales, son deseos convenientes para el actual capitalismo salvaje que nos invita a la inmadurez, a llevar una vida sin

---

<sup>57</sup> Ibid., pág. 133

intensidades trágicas, con la tranquilidad insulsa de la repetición de todo en la cárcel del presente. Los humanos, ambiciosos por naturaleza, somos incitados en esta sociedad a ambicionar el todo material y físico. No se valora tanto si ambicionas la tranquilidad o el saber. Es por esto que la ambición no es mala, siempre que esté bien dirigida.

Cada vez estamos menos protegidos por el estado y más a merced de lo económico. El capitalismo lucha contra la ataraxia, debemos sucumbir a las tentaciones. El sistema explora nuestros deseos y su iconografía de la abundancia conecta nuestros deseos con el mercado. Consumimos para soñar, para escapar de nuestras insignificantes existencias. Hace ya mucho tiempo que perdimos el horizonte de la utilidad. El capitalismo es un sistema que se presenta como amigo, como altamente deseable. No nos asusta con su cetro, sus símbolos son la diversión, las luces, la simpatía y el erotismo.

El consumismo expulsa a las familias de los hogares, las lleva a tiendas donde elegir produce ansiedad, donde deben definirse a través de sus adquisiciones. Y es que todos deseamos un montón de cosas materiales. El sistema legitima nuestros deseos, si incluso los bancos hasta hace poco te decían, pídetelo más, para algún capricho, si también el gobierno fomenta el consumo para que la economía marche -pensemos en planes como el renove, si compras un coche nuevo obtienes beneficios-.

Proyectamos y nos identificamos con los objetos de forma que los bienes que poseemos son propiedades distintivas que marcan nuestro estatus dentro del sistema competitivo que es la sociedad en sí. Con nuestros gustos y bienes nos distinguimos de los demás, mostramos nuestra personalidad y nos separamos de los “inferiores”, que tiene otro gusto, pues el buen gusto es otro bien en nuestra sociedad. Las clases cultivadas se distinguen por sus propiedades y miran con sorna el gusto del pueblo, del que sólo disfrutaban a través del distanciamiento irónico que supone el kitsch. El consumo nos define y nos individualiza, por lo que nada se desprestigia más que lo que gusta a todo el mundo. Poner un poster de Matisse en tu salón es ya una horterada, hasta los más humildes lo tienen. Este

poster no nos sirve porque se ha vuelto vulgar y nosotros buscamos comprar autenticidad y ser únicos. Lo que pasa es que en nuestro mundo global lo que antes estaba al alcance de muy pocos, hoy está al alcance de la masa, de forma que si quieres distinguirte debes estar muy pendiente de las tendencias del grupo al que supuestamente perteneces. Y es que a través del consumo anhelamos formar parte de alguna microcomunidad -consideramos comunidad al grupo con el que mantenemos una relación informal-. No queremos consumir cosas estandarizadas, aunque lo hagamos, por ello los productos constantemente buscan diversificarse dependiendo de la edad y del lugar sociocultural que ocupemos.

No se trata solo de consumir, sino de que consumir sea entretenido. Los centros comerciales también son parques de ocio. Todo debe ser un *show*, un espectáculo con música, la vida y la ciudad también. El consumo entra de lleno en la esfera del hedonismo y la compra de valores. La compra se disfraza de experiencia y de afectividad en un mundo que todo lo convierte en una marca, incluso los museos, los clubs de fútbol, las universidades y los barrios. Hasta las tiendas parecen buscar el encantamiento, recreando la naturaleza o mundos mágicos. La compra debe ser un acto placentero, por lo que no hay que escatimar en sillones, música, olores o decoración. Pensemos en la cadena Rituals, parece más un templo budista que una tienda, y es que no olvidemos que ir de compras es hoy en día uno de los pasatiempos mayoritarios. Los grandes almacenes son los nuevos palacios de ensueño para todos, los templos de seducción en lo que pasamos el tiempo de asueto.

El confort que buscamos no es utilitario, es más sentimental, psicológico, estético. Se trata de volver hedónica la existencia, no de acumular objetos. El *beatus ille* se ha convertido en un spa, en una casa rural o en unas vacaciones con pulserita de todo incluido. A falta de auténtica espiritualidad, podemos hablar de espiritualismo material o consumo espiritual. Y es que los publicistas le dan alma a los objetos, les ponen adjetivos, los hechizan, los encantan. Envuelven el consumo de magia, excitan nuestro deseo. Pero en nuestra

sociedad todo el consumo va más allá de la ingenuidad del primer capitalismo. Hoy se compran experiencias y valores, no sólo artefactos. Surge un nuevo *homo consumericus* desatado en un mundo de infinitas opciones a la carta, de alternativas con las que llenar nuestro tiempo de ocio. Somos hedonistas que buscamos valores fáciles y ligeros sin más cortapisas que nuestra cuenta corriente.

No hay lugar que escape a un consumo que entra ya en aeropuertos, gasolineras, hospitales, en el metro, en el avión, en el correo electrónico, en la tele, en el gimnasio, en los parques, en el buzón... Incluso podemos hablar de consumo dentro del consumo. Me gasto más en palomitas que en la entrada a la película, compro chicles al echar gasolina o una postal dentro de la tienda del museo. En cualquier lugar puedes tomar un refresco y comprar algo, ya casi da igual qué día de la semana o a qué hora, los establecimientos no dejan de ampliar sus horarios. Lo que antes era la distinción de las grandes urbes estadounidenses llega a Europa, ya te puedes cortar el pelo a las tres de la mañana o hacer pilates a las doce de la noche. Se trata de que no haya tiempos vacíos, de que cada uno consuma cuando le apetezca o pueda, y con internet no hay ninguna restricción horaria: ha pulverizado el espacio-tiempo del consumo.

Hemos subordinado muchas cosas a la utilidad, en cambio comprando nos dejamos llevar por la emoción. Antes dejarse llevar por la emoción era visto como algo propio de seres caprichosos de carácter débil, pero hoy no es así. La sociedad lo fomenta y las técnicas de seducción -hasta con olores- son muy sofisticadas. Además, ya no sirven las promesas de futuro, hay que disfrutar ahora, por eso hemos dejado el ahorro, es más, vivimos endeudados. Se nos incita a gastar, y si perdemos la capacidad de ahorro es muy difícil mejorar.

En nuestra sociedad de la imagen y del hedonismo legitimado la gente gasta muchísimo dinero en ropa y belleza. Vivimos pendientes de nuestra imagen para sentirnos objeto de miradas de deseo. Hoy en día las modas se suceden a ritmo de vértigo y las personas en mayor o en menor medida las seguimos, comprando en Chanel, en Inditex o en el chino según nuestras posibilidades económicas. Tras

este gasto subyace el deseo de parecer *cool* y bello, divertido, juvenil, con personalidad. Constantemente aparecen nuevos términos y rápidamente la gente se familiariza con ellos (*vintage, trench, clutch*). En una sociedad en la que prima tanto la estética la gente cuenta con un amplio vocabulario y una red bien estructurada de ideas sobre qué llevar en cada ocasión, qué es apropiado, cómo hay que decorar una casa... Las compras expresan nuestra personalidad, por lo que hay que esmerarse en ellas. En un mundo individualista la casa nos debe reflejar, debe ser acogedora, con duchas o bañeras de hidromasaje, con luces no agresivas, debe proporcionarnos bienestar estético y paz. Debe ser tu espacio y tu personalidad debe reflejarse en él. Lo mismo pasa con la ropa. Debemos buscar prendas que nos definan, que expresen nuestra personalidad. Esto supone mucho tiempo y desgaste, y de alguna forma nos esclaviza a la tarjeta de crédito si no queremos quedar desfasados.

Lo que nos unifica es que buscamos distinguirnos y huir de lo masivo. Para los pobres, en cambio, las marcas no son una forma de distinguirse del sistema, sino de igualarse. No es de extrañar que hagan grandes esfuerzos por ser semejantes al resto.

“El infierno no es espiral interminable del consumo, es el subconsumo de las poblaciones frágiles que viven en el seno de una sociedad de hiperconsumo”<sup>58</sup>

Suponemos que la ropa expresa nuestra identidad, así que hemos cambiado las ideologías por el estilo. Esto se traduce en el desenfreno temerario en moda. Los grandes modistas de París y Nueva York proponen una tendencia, Zara, otras cadenas globales y los chinos lo copian al instante. Hay que estar muy pendiente para ser innovador, para distinguirse. Hay que dedicarle mucho tiempo si pretendes tener un estilo propio, estar a la moda y distinguirte del resto. Todo vale con tal de ser *cool*, aunque vaya en contra de la lógica o de la comodidad. El problema de lo *cool* es que es un concepto que cambia a la velocidad de la luz, lo hoy *in*, mañana es *out*. Hoy nada está más de moda que lo *vintage*, es decir, lo antiguo, lo único. Es la forma de distinguirse en países donde muchísima gente

---

<sup>58</sup> Lipovetsky, Gilles, *La felicidad paradójica*, pág. 182

lleva la ropa de ocho tiendas. El revival no se queda sólo en la ropa, también entra en el mundo de los muebles, música... Esto está relacionado con la visión de la historia como museo y no como fuerza movilizadora. No buscamos un análisis reflexivo con las experiencias históricas, las convertimos en decorados, perdemos su sentido trágico. Lo que nos interesa es la réplica entretenida y los vestidos años cincuenta. Aunque hemos perdido el sentido histórico devoramos los museos y adoramos los monumentos, pero es solo consumo estético, y es que la estética es vista como una de las puertas a la vida plena.

La grandeza se ha degradado, nos gusta lo que parece desacreditado y un tanto envilecido. Es por eso que nos interesa la apariencia informal, o incluso *trash*, buscada. Lo opuesto al formalismo, que ahora nos parece sospechoso y aburrido con sus aires de respetabilidad. Nos gusta jugar con lo Kitsch, con lo feo y lo vulgar. La supresión de barreras entre alta y baja cultura hace que la compra se vuelva ecléctica: hasta los poderosos presumen de comprar en el mercadillo y en la tienda de lujo.

“Pero no se trata aquí de ese orgullo secreto del proscrito; sino más bien de esa curiosa figura contemporánea del paria profesional que pulula en los países ricos y se da en todas las clases sociales, incluidas las más elevadas. Se trata de una élite selecta que añade a sus títulos de nobleza tradicional el mayor de todos: el aura del réprobo. Debido a una sorprendente inversión, los afortunados y los poderosos también quieren pertenecer a la aristocracia de la marginalidad. Obtienen un lustre particular de que les contemplan como a desterrados, no cultivan el discurso del dominante sino el del oprimido: el verdadero notable hoy en día es aquel que se las da de disidente; y el verdadero amo aquel que, para reinar, incita a pisotear a los amos, se presenta como un esclavo”<sup>59</sup>

Aunque el nuevo consumidor trata de ser crítico y reflexivo, de llevar a cabo un consumo responsable, lo que predomina es el desenfreno temerario. En muchos países africanos encontramos multitud de puestos de ropa con los sobrantes europeos, que son toneladas. Si bien siempre ha existido la moda, antes la gente

---

<sup>59</sup> Bruckner, Pascal, “La tentación de la inocencia”, pág. 142

no podía permitírsela. Todavía nuestros ancianos nos cuentan cómo era habitual tener cuatro cositas en el armario, haciendo hincapié en la ropa de los domingos. Con la difusión del crédito entre la clase media se permitió el acceso al consumo de muchos y el deseo se democratizó. Hoy hasta los niños nadan en la abundancia. Son grandes consumidores y, como tales, también se excitan sus deseos. Desde pequeños se hace caso de sus preferencias y de sus demandas consumistas. Hay que educarlos satisfaciéndolos, sin autoridad, cumpliendo sus deseos, lo que convierte a muchos en auténticos tiranos poco expuestos a la frustración.

La moda llega a las empresas, a los coches, a todo. El mundo entero debe ser estético. La cuestión es que los productos realmente se diferencian poco entre sí, la mayor diferencia es la imagen de marca. Las marcas entran en el territorio de lo simbólico y nos venden valores, estilos de vida, una personalidad, una ideología que nos falta. Nos ofrecen sus productos para que formemos con ellos nuestra personalidad. Los anuncios van mucho más allá del producto, de hecho hay muchos que apenas lo muestran. Buscan que se pierda la idea de transacción comercial, que olvidemos que es un objeto, y que sintamos que estamos adquirimos valores, que nos ayudan a formarnos como individuos. Al comprar buscamos satisfacciones emocionales, estéticas, sanitarias, lúdicas. No soy ya mi religión o mi clase social, soy lo que compro. La vida debe ser estética y la compra, sentimental. Y es que ya no se trata sólo de bienestar material sino de confort psicológico, pero no hay problema, el consumo nos lo proporciona todo.

### 3.7.1. *La publicidad*

Nos enfrentamos a un grave problema: nuestro sistema económico y nuestra forma de vida se sostiene con una cantidad ingente de deseo. Si los eliminásemos el sistema perdería su esencia. Es por eso que el sistema y sus tentáculos invisibles lo fomentan sin cesar. ¿A cuántas incitaciones al deseo está expuesta una persona a lo largo de un día?, ¿qué es la publicidad sino una incitación del deseo?, ¿no es acaso una maquinaria que busca nuestra debilidad para colmarnos de satisfacción efímera? El capitalismo se basa en el deseo pasajero, fugaz y

transitorio. Se basa en lo inmediato, y olvidamos lo que dice Punset: la felicidad se encuentra en la antesala, en la espera. La alegría está en esa perspectiva, en haber superado los obstáculos, en haber realizado el trabajo y esperar la recompensa. La felicidad también está en la relación con los demás, en lo afectivo, no tanto en lo material.

Los publicistas son los grandes expertos en seducción en un mundo en el que la cara engañosa de esta parece haberse legitimado. Son instruidos para engatusarnos y tentarnos, para fomentar los caprichos, que son, por definición, deseos innecesarios. La publicidad nos introduce en pulsiones adolescentes, pero no cumple sus promesas de felicidad. La cuestión es que sigue entusiasmándonos y seduciéndonos con su maquinaria poderosísima. Estados Unidos gasta más de 200.000 millones de dólares al año en publicidad, si no estimulara nuestros deseos es evidente que no hablaríamos de estas cifras astronómicas. La publicidad es la imagen de la euforia, de la exuberancia, de la seducción. Su objetivo básicamente es crear deseos, hacen que emerjan de nosotros. La publicidad usa el lenguaje del mito, de lo religioso, de la manipulación. Aunque a veces nos venda simulacros casi de risa y pretenda convertir Día en una la granja ecológica, los congelados de la Cocinera en productos caseros o la pizza Casa Tarradellas en el manjar que nos ofrece el entrañable abuelito, la posmodernidad es experta en seducciones sutiles y simbólicas. La publicidad guía nuestros gustos y moldea nuestras necesidades, poniendo énfasis en lo espiritual, de esta forma, muchas veces los productos se convierten en materia disfrazada de metáfora. Castilla-León vende espiritualidad, Dior, elegancia, Ausonia, ética frente al cáncer de mama, *Body shop*, amor a los animales. Se dirigen a nuestros instintos y emociones y nos ayudan a buscarnos una identidad. Ofrecen valores que pueden ser adquiridos: puedo beber Chivas o whisky Dyc, todo dependerá de mi dinero y de la imagen que quiera comprar – el señorío se enfrenta a la gente sin complejos-. Puedo comprar sofisticación en un perfume o naturalidad y frescura, como si al rociárnoslo hiciésemos que las cualidades del perfume pasaran a formar parte de nuestra personalidad.

### 3.8. El ocio

Nuestra sociedad se caracteriza por el deseo de ociosidad. El ocio es olvidarse de las necesidades y obligaciones, dejar que nuestro deseo se meza, ver qué se nos antoja, qué queremos pero no necesitamos. Vivimos con el permanente deseo de tener tiempo libre para divertirnos y gozar, nada se ha desprestigiado tanto como el aburrimiento y la monotonía.

El sistema ya no nos tiene, al menos en Europa, siete días ocupados. Cuando se instauró la jornada dominical “El Imparcial” preguntaba a la gente a qué iba a dedicar la jornada de holganza. – Pues aburrirme, eso es lo que haré. La mayoría de la gente antes tenía muy poco tiempo de ocio, la vida era el trabajo. Hoy la concepción es diametralmente opuesta. La vida es el ocio, no el trabajo. La mayoría contamos con fines de semana libres y un mes de vacaciones. Esto supone una gran novedad, pues si bien todas las sociedades tenían un tiempo dedicado a las fiestas, su extensión era mucho más breve. La antaño fiesta colectiva y de asunto público ha cambiado a día no lectivo. Mucha gente ni siquiera sabe qué se celebra, es solo un día libre para el placer del individuo. La mayoría de los ciudadanos tenemos a día de hoy más tiempo libre que nunca, antes sólo las clases privilegiadas disponían de grandes períodos de tiempo sin más objetivo que disfrutar, sin grandes ocupaciones. Hoy el ser humano tiene tiempo para él y debe decidir qué uso darle. El mundo posmoderno ofrece muchas posibilidades de ocio y nosotros debemos disfrutar cada instante:

“Lo que se dibuja bajo la bandera de la carrera contrarreloj no es neascetismo productivista sino un narcisismo emocional que busca “chutarse” por los medios más variados, intensificar la relación con el tiempo, experimentar las sensaciones del instante”.<sup>60</sup>

---

<sup>60</sup> Lipovetsky, Gilles, *La felicidad paradójica*, pág. 261

Vivimos esperando las vacaciones, los puentes, las fiestas. El ocio es lo que consideramos lo más importante, la vida de verdad. El *homo ludens*, concepto de Huizinga, desea el ocio, aunque se asienta en el trabajo, que es el que nos da el dinero, pues sin él hay muchas formas de ocio en las que no podríamos participar, pues la mayoría de las actividades humanas a día de hoy implican una transacción comercial. De esta forma nuestra temporalidad del ocio y del hedonismo se enfrenta con la del trabajo.

“El ocio, la diversión, la abundancia material constituyen a su nivel una tentativa patética de reencantamiento del mundo, una de las respuestas que la modernidad aporta al sufrimiento de ser libre, al inmenso cansancio de ser uno mismo”<sup>61</sup>

La diversión tiene que ver con la evasión, con distraer la atención de nuestro mundo cotidiano pesado. Se trata de gozar del tiempo. El entretenimiento es salirse de uno mismo, de las cavilaciones sobre uno mismo. Al aburrimiento es no sentirse provocado por el entorno. El entretenimiento puede ser a veces la huida de uno mismo. El ocio es escapar de nuestra realidad, estar un sitio diferente al que estamos en realidad. El aburrimiento vuelve el mundo real, le da consistencia, pero hoy hay deseo de huir de la realidad. Hoy el entretenimiento no es interés por lo otro, muchas veces es frivolidad. El aburrimiento es un valor negativo frente a la tranquilidad, que puede volver gozosa la contemplación de un paisaje, por ejemplo. Hay una tendencia al aburrimiento, que es considerado un sentimiento de sociedades ricas. Si no tienes comida debes buscarla, no hay tiempo para aburrirse. Aunque tal vez los cavernícolas ya conocieran el tedio de los días. Hoy hay mucho aburrimiento, y no será porque carezcamos de estímulos. Tal vez sea una tendencia a la apatía, una falta de interés por estar saciados de muchas cosas.

Nuestra sociedad premia lo estimulante. No se valora el sosiego, que sería un estado de calma sin perturbaciones. Nuestra sociedad lo asocia con la carencia de relaciones estimulantes. Hay que distraerse, lo insignificante es lo más serio. Debe reinar el buen humor, los ejecutivos juegan al *paint ball*, el espíritu lúdico

---

<sup>61</sup> Bruckner, Pascal, *La tentación de la inocencia*, pág.45

llega a todas partes, pues el juego es el paradigma de la experiencia en la posmodernidad. El juego nos permite vivir emociones fuertes desde la barrera. Además, el estar siempre entretenidos hace que no haya espacio para la reflexión, que lo no trepidante resulte tedioso. Vivimos con el deseo de que todo suceda rápidamente, olvidándonos de saborear el tiempo lentamente. Hay que moverse, ser dinámico, buscar infatigablemente no se sabe muy bien qué, pero nunca quedarse parado. La vida actual se asemeja en muchos sentidos a la de los mercados económicos, si nos paramos hay crisis. Tenemos que ser multiusos, como los lugares: un estadio es una sala de conciertos.

Queremos cosas que nos motiven, que sean nuevas. La repetición nos asusta pero con la novedad perdemos la previsibilidad y, por tanto, entramos en el terreno de la incertidumbre. Lo nuevo nos pone en alerta, pues perdemos la seguridad y entramos en la extrañeza.

Hoy todo debe ser lúdico. Se hacen galas, subastas y fiestas para conseguir fondos, vamos a un concierto solidario o corremos contra el cáncer, es decir, ayudamos a los demás a través de nuestra diversión. Esto supone una nueva forma de implicación, una militancia ociosa. Ayudo y, de paso, me divierto. Los ideales se consumen y no suponen renunciaciones. El problema de estas galas y fiestas de sonrisas es que disfrazan la cruda realidad de lo blandengue, la historia de lo sentimental y la injusticia de espectáculo, además de sustituir la auténtica transformación política en hedonismo y compromiso ligero del yo. Y es que en nuestro mundo triunfa la trivialidad, lo ligero. No es de extrañar que quisieran cambiar el título de Kundera: *La insostenible levedad del ser*. Sonaba demasiado elevado y elitista como para resultar atractivo. Se lleva desdramatizar, evitar la solemnidad ¿Cómo va a triunfar un título así en un mundo donde se presenta a los adultos como a niños? La gravedad ni es juvenil, ni es hedonista. Triunfa el confort, que es diferente del placer. El confort es tranquilo, el placer debe ser intenso. Huimos de la gravedad y queremos solucionar los problemas con joviales conversaciones. La amenidad entra en la estética, en la cultura. Lo

intelectual es demasiado complicado, da pereza, se exalta lo superficial, lo que no implica esfuerzo y nos permite seguir con el hedonismo.

Reina un deseo de ligereza, de poca seriedad. Se trata de desdramatizar, de ser simpático. No se lleva la etiqueta, triunfa lo que parece espontáneo, ligero. El humor despoja la gravedad de la realidad, se ríe de lo estricto en un mundo que no cree ya en la importancia de las cosas. El humor es un gran instrumento de socialización, un requisito si se quiere ser *cool*. No hay nada más vetusto que lo serio y venerable.

Se busca la diversión, todo se vuelve aburrido y la política encabeza la lista de lo tedioso. Todo debe ser distraído, la enseñanza también. Si bien aprender puede ser divertido, también es cierto que necesita un esfuerzo muy poco de moda en nuestra época. La educación también se ha embadurnado del tinto lúdico, debe ser fácil, ligera, huir del sopor, del esfuerzo y del sudor, y a su vez ser reflexiva y crítica. Podemos decir que la animación ha sustituido a la excelencia.

Lo académico e intelectual se torna pesado, y es que da la sensación de que todo debe impregnarse del consuelo alentador de la risa o del detalle cómico para que triunfe. Hay que aderezar las tragedias, revisarlo todo irónicamente, resucitarlo en parodia. No hay que ser dogmático pues no se sabe qué es verdad y qué es mentira. Sólo nos quedan el humor y la ironía, no tienen sentido las grandes frases lapidarias. Nos gusta lo cool desenfadado, lo aparentemente sencillo, depurado. Algo muy diferente a lo burgués, rígido y frío. Buscamos materiales que nos acaricien, que nos mezan, que nos tranquilicen. Nos hemos despedido de los formalismos. Todo, hasta los planos de las películas, debe tener la apariencia de espontáneo, nuestro *look* también. Vivimos en un mundo de naturaleza trágica con ropajes desenfadados, en una charla distendida entre amigos cercanos que se tutean. Pensemos en el desprestigio de la forma usted, ya no soportamos las distancias y los rigores.

No se nos incita a vivir con tranquilidad sino a tener experiencias intensas en una época en la que como dice Agamben la experiencia nos está vedada. El hombre

posmoderno, según este pensador, llega a casa agotado tras haber sufrido montones de acontecimientos, pero ninguno se ha convertido en experiencia. Aún así, buscamos emociones fuertes, lo opuesto a lo que proponía el estoicismo. Hay que disfrutar a tope. Ahora deseamos una vida emocionante. La sociedad nos presenta la pasión como forma de vida plena. Al ser intensa se considera muy positiva. Es un valor más propio de la juventud y se opone a la templanza. Ha caído en desprestigio lo racional, lo intuitivo es lo que se lleva, seguir las corazonadas. La gente presume de ser impulsiva y visceral, tiempo atrás esto era una deshonra.

Vivimos en un mundo que sigue un ritmo vertiginoso, en el que, como hemos visto, las visiones no cristalizan en auténtica experiencia. Hemos perdido la experiencia, pero tenemos el entretenimiento y el ocio, cuyas industrias no paran de crecer. Queremos vivir la vida a fondo y pensamos que el ocio y la diversión nos ayudarán. Todo debe resultar placentero y todos debemos parecer felices, como los camareros estadounidenses, obligados a sonreír y a convertir el engullir una hamburguesa en una experiencia de ocio. Como nuestra vida es ordinaria, debemos buscar momentos que la rediman, que oculten el dolor y esa soledad posmoderna que tan bien reflejan los cuadros de Hopper.

De entre todas las industrias dedicadas al ocio me gustaría destacar una de las más importantes: la de los viajes. El deseo de viajar es una constante entre los habitantes posmodernos, pero ¿podemos utilizar la palabra viaje con propiedad?

El hombre actual dice que desea viajar y conocer otras culturas, entonces reserva un hotel que es una cadena global y compra un recuerdo mejicano fabricado en China. El turismo es una forma de divertirse, no de conocer. Una promesa de experiencia que no llega a cuajar más allá del entretenimiento. Buscamos lo local y nos alojamos en el Hilton, queremos conocer, pero no hay tiempo para comprender. Tampoco es este el objetivo del turista, sino cambiar de escenario de forma cómoda, sentir que escapa de su vida laboral, ver otros lugares, otras imágenes. Ser el protagonista de una pseudo aventura, siempre con chaleco salvavidas. Esta falsa aventura es una forma de diversión que pueden permitirse

quienes llevan una vida confortable y no tienen que estar pendientes de la aventura real que supone no tener las necesidades básicas cubiertas.

Los viajes son parte de nuestro capital cultural. Son una afirmación de nuestro gusto por lo histórico y lo exótico. Otra forma de distinguirnos. El turismo es una experiencia banal más, entretenida y divertida. Muchas veces deja de lado la dureza que puede ser convivir con otra realidad y se convierte en mero ocio. Bastante tenemos con lo laboral, el ocio debe ser sencillo. Buscamos movilidad y confort, desconectar de nuestras rutinas. Muchos lugares nos prometen algo así como una falsa vuelta al paraíso, a la autenticidad, a la inocencia con visa de por medio. Se trata de subvertir las reglas habituales, de experiencias potentes que nos expulsen de nuestras rutinas.

La industria turística hace referencias constantes a la naturaleza, como si quisiésemos volver al mundo anterior a la modernidad, al terreno indómito, pero con hoteles confortables. No deja de ser curioso que un producto de consumo nos vende la idea de ir a un sitio donde no ha llegado el consumo. Las imágenes que vende el turismo son simulacros que obvian los intereses económicos, la destrucción de parajes naturales, la pobreza y las malas condiciones de vida de sus habitantes. Muchas veces los hoteles son emplazamientos irreales que permiten que suspendamos la conciencia de lo que ocurre alrededor. Viajamos a factorías de placer vacacional que muchas veces pierden su conexión con su ubicación geográfica. Buscamos que la realidad se acomode a las imágenes que hemos visto, aunque los indígenas se tengan que disfrazar para parecerse al folleto publicitario, aunque queramos transformar los países en parques temáticos.

### 3.9. El trabajo

La posmodernidad genera mucha frustración laboral. La mayoría considera que las labores que desempeña no son interesantes y que están mal pagadas, que son ingratas y estresantes, es decir, casi todo el mundo elegiría no tener que trabajar y poseer ese artilugio que creemos que nos da acceso a la felicidad: la tarjeta de crédito. El trabajo es visto como un castigo, la vida real es la que está fuera de él. Las vacaciones son vistas como el oxígeno, como el tiempo en el que poder ser uno mismo. Con esta concepción, es normal que suframos el síndrome postvacacional. La realización está en el ocio-consumo que el dinero del trabajo nos otorga, se ha perdido la idea de que el trabajo dignifica o realiza, en parte por la forma que adoptan los trabajos posmodernos. El trabajo es cada vez menos estable, más técnico, temporal, desarraigado y despersonalizado. Aunque deseamos seguridad y consistencia, el trabajo hoy ha dejado de ser, junto a la familia, una fuente de estabilidad. Hoy en cualquiera de las dos áreas podemos ser despedidos en cualquier momento. En Estados Unidos la tasa de divorcio supera el cincuenta por ciento y, qué decir del desempleo, si nos acecha hoy más que nunca a la vuelta de la esquina.

Richard Sennett nos demuestra que este capitalismo flexible repercute en nosotros en profundidad, nos deja hondas grietas en nuestra vida interior y emocional. Hoy es difícil construir un yo laboral coherente, lo que hace que busquemos el confort en otra parte. La empresa no nos necesita, pero yo tampoco estoy muy implicado, aunque necesito el salario. El mundo laboral posmoderno no favorece la construcción de la identidad. Aunque el trabajo sigue dándonos parte de la identidad social y de la autoestima, su importancia en la construcción de la identidad es mucho menor.

“Las especiales características del tiempo en el neocapitalismo han creado un conflicto entre carácter y experiencia, la experiencia de un tiempo desarticulado que amenaza la capacidad de la gente de consolidar su carácter en narraciones duraderas”<sup>62</sup>

Montones de personas formadas se dedican a una tarea profesional para la que no han sido cualificadas, es decir, mucha gente se desvía del camino recto de la carrera. Asimismo, muchas veces se pierde la sensación de utilidad, pues los trabajos están muy especializados. Somos partes de una cadena de la que sólo controlamos una mínima parte, somos intermediarios entre máquinas, lo que hace que muchas veces sólo comprendamos nuestro trabajo de forma superficial o que sea tan sencillo que no suponga ningún reto. Esto fomenta la debilidad de la identidad laboral y rompe la unidad de la carrera a favor de lo fragmentario. Además, el capitalismo flexible en que vivimos se opone a lo rígido, a lo burocrático. Hay que ser ágil, huir de lo formal, ser adaptable a otros puestos. A lo largo de la historia la gente siempre ha tenido que improvisar, las guerras y las catástrofes lo hacían necesario para sobrevivir. Lo sorprendente de nuestra incertidumbre es que se produzca sin ninguna amenaza en el horizonte, es decir, está integrada dentro de la normalidad. Esto genera ansiedad y nos transforma el carácter, no facilita la creación de la identidad, pues no sabemos qué es lo duradero, lo que permanecerá, el objetivo a largo plazo. Hacemos lo que nos dicen, no podemos ser dogmáticos, lo hoy aceptable mañana no será lo adecuado. Si no somos flexibles y creativos fracasaremos. Tenemos la presión de estar siempre a la altura de las nuevas tecnologías, hay que estar constantemente actualizándose, consiguiendo objetivos excelentes. Los valores que priman son la urgencia, la calidad y la eficacia.

Muchos trabajos son desarraigados. Las estructuras de las empresas son intrincadas y mucha gente trabaja en empresas globales cuyas decisiones son tomadas muy lejos de su ubicación geográfica. Es difícil tener la sensación de que creamos algo que repercute en nuestra comunidad. Poca gente siente que haga algo realmente útil más allá de generar dinero. Otro factor a tener en cuenta

---

<sup>62</sup> Sennett, Richard, *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, pág. 30

es el crecimiento del sector servicios. La gente que trabaja en el sector servicios no produce nada material. Montones de mails y de reuniones, pero ningún objeto producido. Esto genera insatisfacción, sensación de inutilidad, de vacuidad.

También es muy difícil sentir fidelidad y compromiso o que estés en una auténtica comunidad cuando las empresas no paran de fusionarse y reorganizarse, cuando tu puesto de trabajo cambia cada poco tiempo. No es posible extraer de tantos fragmentos laborales un único relato, claro y con sentido. Es difícil imaginar ya que la vida laboral de un joven se desarrolle en un único lugar, de hecho, las estadísticas apuntan a más de diez trabajos a lo largo de una carrera. De los trabajadores de por vida hemos pasado a los trabajadores temporales, lo que trae como consecuencia la tibieza de los lazos emocionales y la discontinuidad del presente con el pasado. Muchas veces el trabajo nos cambia de residencia y nos rompe los lazos con la comunidad que habíamos creado. Vivimos en una sociedad temeraria, extremadamente osada, con los mercados cada vez más desregularizados y con menor presencia de los Estados. Lo que prima es el consumidor endeudado, los salarios bajos para la mayoría y las grandes empresas aumentando beneficios. La economía es la reina del sistema, no las personas. Las economías transnacionales, el FMI y el Banco Mundial están bajo sospecha. Sus dirigentes son grandes banqueros y directivos que buscan, por encima de todo, su beneficio. Las compañías huyen del apego, hay que hacer lo que pida el mercado. Para sentirse bien en este sistema hay que estar dispuesto a olvidar el pasado y a aceptar el cambio constante. Asumir el riesgo y pensar en el ahora y, si es necesario, olvidar lo aprendido por otras proclamas más actuales. Mucha experiencia haciendo lo mismo te puede volver rígido, de forma que la destreza pasada no es ya una guía para el presente, pues el presente es nuevo y necesita ser enfocado eternamente con frescura. La llamada flexibilización laboral nos ha roto otro amarre. Los compromisos laborales cada vez son menos a largo plazo, ¿qué haces ahora? El individuo debe ser maleable, moverse para evitar el estancamiento y quedar fuera del juego. Los cambios en el mundo del trabajo hacen que nuestra identidad ya no pueda ser nuestra identidad laboral, uno debe buscar en sí mismo la identidad que no encuentra ya fuera.

Nuestra identidad está en nuestro tiempo libre, pero este también está mercantilizado.

En un mundo en el que los sindicatos cada vez tienen menos fuerza frente al todopoderoso mercado, ¿para qué dejarte la piel en una empresa que te despedirá a las primeras de cambio? Seremos víctimas del sistema cuando no nos necesite. Esto genera una sensación de estar siempre a prueba, de vivir al límite. El riesgo entra en nuestro día a día, y con él la vulnerabilidad.

La meritocracia cree que el lugar que cada uno ocupa en el escalafón social responde a cualidades reales, pues todos hemos tenido las mismas oportunidades. No hace falta ser muy suspicaz para saber que esto no es así, que no todos partimos de lo mismo y que la sociedad, desgraciadamente, no siempre premia la valía. Hay mucha gente muy talentosa desempleada, con mala suerte... No podemos convertir la pobreza en una deshonra pues no manejamos nosotros siempre nuestro destino. Sin embargo, si uno es despedido es muy probable que tenga la sensación de haber fracasado, de estar fallando a su familia, de no haber sido capaz. Los despidos generan inseguridades en las personas y mucho dolor, aunque no sean por falta de profesionalidad. A pesar de que se ha desvanecido en parte el relato de que con el esfuerzo y el sacrificio llegaremos lejos y de que sabemos que existen muchas variables que se escapan de nuestro control, la posmodernidad nos hace responsables de nuestro éxito, pero también de nuestro fracaso, aunque no dependa de nosotros. Los estoicos ya eran conscientes de que había muchas cosas que no podíamos controlar, nosotros también lo sabemos, pero el sistema en que vivimos en cierta manera te hace creer que tú eliges la vida que tienes, en otras palabras, te hace responsable de tus logros o de tus derrotas. Esto nos produce muchas aflicciones y frustración. Mientras los grandes capitales no paran de aumentar y la pobreza se extiende, la economía siembra preocupaciones. La pobreza es el gran mal en la posmodernidad, lo que no evita que grandes masas vivan en la precariedad. Si hay igualdad supuesta de oportunidades y derechos, insisto en que la responsabilidad recae sobre nuestros hombros. Y es que la igualdad teórica vuelve más venenosa la desigualdad real.

Es difícil imponerse objetivos personales y familiares a largo plazo con un mundo laboral con miras en el corto y centrada en lo inmediato. Hoy vivimos en la incertidumbre, la inestabilidad es lo normal. El sistema nos dice que la rutina es mala, mientras que nosotros vemos que por un lado degrada y es cansina, pero por otro resulta protectora, ya que la costumbre favorece las prácticas sociales, nos ayuda a comprendernos y a comprometernos. Vivimos dentro de un sistema laboral inestable, bastante impredecible, acelerado y vertiginosos, pero deseamos confort psíquico, reconocimiento y seguridad. Buscamos una cotidianidad cómoda, fácil y sin desasosiegos porque no la tenemos. Además, los trabajos son los culpables de que nos falte tiempo para la familia. En la mayoría de los hogares un único salario es insuficiente y la conciliación no es prioridad empresarial. Debemos apañárnoslas como podamos, pero está claro que es más fácil tener éxito laboral sin cargas familiares.

En esta sociedad tan individualista y de lazos laborales débiles se produce la paradójica exaltación del trabajo en equipo, aunque cooperamos de forma superficial y desapegada, dice Sennett. Y es que el equipo muchas veces sólo falsea la realidad: el jefe parece un colega, pero el poder está ahí.

“El cambio múltiple e irreversible, la actividad fragmentada, pueden ser cómodos para los nuevos amos de régimen, como la corte de Davos, pero pueden desorientar a los sirvientes del régimen. Y el nuevo ethos cooperativo del trabajo en equipo pone en el lugar de amos a los “facilitadores” y a los “gestores de procesos” que soslayan el sincero compromiso con sus subordinados”<sup>63</sup>

Deseamos el retorno de los afectos, por eso las empresas han hecho suyas las demostraciones falsas de amistad. Toman prestado el lenguaje del amigo y te felicitan en tu cumpleaños: venden que se preocupan por ti. Proponen falsos rituales para crear espíritu de equipo -viajes de aventura y partidas de *paintball*-, organizan seminarios donde nos dicen que todos somos iguales, creando el vodevil de que todos formamos un equipo sin jerarquías. Es el intento de ocultar

---

<sup>63</sup> Sennett, Richard, *La corrosión del carácter: las consecuencias del trabajo en el nuevo capitalismo*, pág. 123

las luchas internas de poder y la crueldad. Y es que el trabajo también tiene que parecer “enrollado”, que no se noten las miserias, que reine la falsedad apacible, que se disimule que todos creemos que merecemos estar en la cúspide. Se trata de convertir el lugar de trabajo en un lugar que satisfaga todas las necesidades de los individuos productivos, al estilo de las multinacionales norteamericanas, que se proponen hacer que el espacio de trabajo sea parecido a una comunidad tradicional. Crean ciudades corporativas que buscan aumentar sus ganancias favoreciendo la vida cómoda familiar para los trabajadores bien cualificados. Los no cualificados seguirán viendo la cara más oscura del sistema capitalista, no recibirán compensaciones materiales, consideraciones o premios. No lograrán las calideces que, a veces, brinda el sistema.

Hoy en día es difícil definirse por la identidad laboral. Si cada día haces una cosa, si estás parado cada dos por tres, no puedes asentar en lo laboral tu identidad. Aún así, el yo laboral es uno de los más presentados en público. Todavía, en parte, somos lo que hacemos, aunque nuestro tiempo libre, discordante con lo laboral, es cada vez el que más nos define. La finalidad de la mayoría de los trabajos es vender y generar dinero, con una ética laboral escasa, lo que importa son los beneficios. Con esta falta de auténtica ética es difícil que veamos lo laboral como forma de realización. No se trata ya de superarse como valor en sí, sino de superarse para tener acceso a los deseos que podemos cumplir con la llave mágica del dinero.

En resumen: nuestra sociedad es hedonista - entendiendo por hedonismo no su significado filosófico sino la validez de cualquier goce- y ve el trabajo como un sacrificio. Nos hallamos ante trabajos líquidos en terminología de Bauman que no nos llenan en absoluto y que no ayudan a la construcción de una identidad sólida. Los nuevos trabajos se caracterizan por la flexibilidad y por la incertidumbre, nos generan mucha inseguridad. La idea cuasi sagrada de la profesión, de que debemos hacer honradamente nuestro trabajo de forma minuciosa, propia del pensamiento capitalista puritano, hoy ha desaparecido. El postcapitalismo ha creado nuevas fisuras y con ellas nuevas formas de vida más

rápidas y flexibles. El relato de que el trabajo dignifica se está evaporando, para la mayoría de la gente es única y exclusivamente una forma de conseguir dinero, no trabajar es un sueño. De esta forma nos hallamos entre dos éticas distintas: la del trabajo y la personal. Vivir con dos éticas nos ha fragmentado aún más.

Deseamos estatus, es decir, alcanzar una posición alta en la sociedad. El estatus nos da acceso a bienes y nos trae algo que todos deseamos: la consideración de los demás. De esta forma, hay símbolos de estatus que dan valor al yo que todos queremos poseer. El estatus del siglo XXI viene dado por el dinero, del que hemos hecho valor y virtud, pero también por la educación y el buen gusto. Se llevan los triunfadores *cool*, que no son ni clásicos ni convencionales. Nuestro mundo se doblega ante estos vencedores materiales con barniz rebelde y escucha sus valiosas opiniones. De esta forma, las personas de alto estatus ven reforzada su autoestima.

Los medios de comunicación ensalzan a las personas de posición económica elevada, nos muestran cómo visten, adónde van, cómo son sus hogares. El resto experimenta la sensación de privación. Y es que la riqueza está íntimamente relacionada con el deseo. Me sentiré rico si tengo lo que deseo. La sociedad nos incita a desear, a sentir que lo que tenemos no basta. La cuestión es que si nuestros deseos son muy elevados-a nivel económico- es fácil que el nivel de frustración sea mayor. La sociedad propicia la ambición desmedida, de forma que la mayoría quiere triunfar, aunque no haya firmamento para tanta estrella. Esto hace que cueste aceptar una posición social humilde y que surja la envidia:

“Sólo envidiamos a quienes consideramos similares a nosotros; solo envidiamos a los miembros de nuestro grupo de referencia. Hay pocos éxitos más inaguantables que los de nuestros supuestos iguales”<sup>64</sup>

“De ello se deduce que cuantas más personas haya que consideremos iguales y con las que nos comparemos, más gente habrá que envidiar”<sup>65</sup>

---

<sup>64</sup> Botton, Alain de, *Ansiedad por el estatus*, pág.55

Es decir, en el siglo XXI, donde todos somos supuestamente iguales, podemos envidiar a todos. Además, los medios de comunicación te muestran sin cesar la riqueza. Estoy convencida de que este ver lo codiciable todos los días y a todas horas es el factor principal de que aumente la envidia.

Las comunidades muchas veces lo son porque profesan los mismos amores y los mismos odios. El odio se convierte así en un lazo que une miembros. Hay valores que se consideran masivamente positivos y otros negativos. Los negativos los ocultamos, como la envidia, pues no queremos mostrar nuestra posición inferior respecto al objeto envidiado, porque creemos que otro tiene lo que nosotros deberíamos tener. La envidia es el deseo insano de arrebatarse al otro lo que posee, tiene que ver con la codicia, con instintos de disfrutar con las desgracias o infelicidad ajena.

### **3.10. Ética y desorientación**

La moral tradicional que reinó durante siglos ha quedado soterrada bajo la posmodernidad. Aún quedan muchísimos vestigios de ella, así como firmes seguidores, pero los occidentales vemos, en general, la tradición como algo liviano, poco venerable. La moral no está de moda, y se puede convertir en otra ficción más. Tenemos una ética que no duele, que no obliga, que no sanciona. Somos hijos de la *fun morality*: moral laxa, blanda, de ideologías relajadas. La moral se ha convertido en un complemento de nuestra personalidad, una subjetividad que no lleva a la acción. El hombre posmoderno valora muchísimo su comodidad y confort, las convicciones firmes y el compromiso ético pueden ser un estorbo para esta comodidad física y psicológica.

La falta de moralidad extrema es el nihilismo o el relativismo. Algo habitual según muchos críticos cuando cae una civilización, en nuestro caso el

---

<sup>65</sup> Ibid., pág. 56

cristianismo. Estamos todavía ubicándonos en un nuevo contexto que arrincona la inhibición y cede el paso a una cultura del goce en la que podemos intentar la realización de todos nuestros deseos. Además, el individualismo es visto como algo aceptable, y el pensar en uno mismo deja bastante de lado lo ético. Cuando el individuo sólo busca alcanzar su máximo interés, la comunidad se resiente. Hoy la mayoría se dedica a cultivar su exclusiva y deliciosa subjetividad e ignora al resto del mundo. Hasta el desinterés lo convertimos en una forma de hedonismo: la solidaridad nos llena espiritualmente, y la practicamos siempre que no nos estorbe demasiado en nuestro día a día. Queremos ayudar, pero de forma cómoda.

La sociedad posmoderna pone en primer plano las preocupaciones individuales y no hay encima nada que merezca su sacrificio, ni siquiera los intereses de todo el cuerpo social. No hay más tarea que realizar en el planeta que la nuestra propia. Anteponer al individuo a todo lo demás dice mucho de nuestra moralidad y de nuestra ética, que sólo abarca nuestro pequeño círculo.

Vivimos en una época de prosperidad material que cada vez se aleja más de la redistribución social. Nos hallamos en el capitalismo de ficción, si seguimos el término empleado por Vicente Verdú. Este autor sitúa el inicio de este nuevo capitalismo en los años 90 y dice que se centra más que en los objetos, en las sensaciones y el bienestar psíquico. El malestar interior posmoderno se queda en la alcoba, no levanta masas. Se acabó el entusiasmo y la ilusión para luchar por el sueño colectivo. La filosofía y los libros ya no iluminan el camino del hombre, no nos hacen pensar en estallar la historia de la sociedad burguesa. La historia siempre ha estallado a través del dolor y nosotros somos autocomplacientes. Ya no hay nada por lo que valga la pena morir, lo que importa es la realización personal del individuo. No queremos asumir riesgos que nos saquen de nuestros placeres diarios. Todo se resume en costes y beneficios. Con el estado en pleno retroceso el ciudadano pasa a ser un consumidor que busca funcionalidad, utilidad. Importa si algo es útil, no si es bueno o es justo.

Vivimos en una constante reubicación de valores, lo antaño condenable hoy es lo idóneo, el vicio se convierte en virtud. Hoy hay muy pocas prohibiciones, los límites los pone la cartera y los valores de cada cual. Pero no olvidemos que el miedo es un compañero habitual de la libertad. Sin creencias firmes y con una tradición que se desmorona hay que buscar refugio en sustitutos. Ganamos la libertad y perdimos la seguridad, tenemos que orientarnos solos. Hemos perdido la guía ética oficial. Con nuestras acciones podemos perjudicar a gente que no conocemos. Te compras algo y resulta que estás favoreciendo la explotación infantil o el maltrato animal. Es decir, actuando moralmente, el resultado es nefasto. Si no compro los comerciantes sufrirán, habrá menos trabajo, si compro favorezco al sistema, la explotación de la naturaleza... Bauman lo expresa claramente: tenemos “un pecado sin pecadores, un delito sin delincuentes, una culpa sin culpables”<sup>66</sup>.

Hoy en día el deseo es aceptado públicamente, se han derrumbado los muros que nos protegían contra sus agresiones, la religión cayó hace ya tiempo y ella era su principal cortapisa. Hay que lograr el placer, sin restricciones éticas. Ya no hay un recto modo de vivir y los buenos ejemplos a seguir escasean. Este momento histórico se caracteriza por el hedonismo, por el materialismo, por la permisividad. Es tal el anhelo de felicidad y plenitud que la frustración es inevitable. La renuncia a nuestros deseos ya no es ejemplarizante, de hecho, muchas veces las renunciaciones no son más que carencias disfrazadas y pose. Digo que lo material me da igual porque no tengo dinero. En nuestra sociedad el consumo es el eje que nos convierte en ciudadanos. Nos gusta gastar, pero sin ostentar, pues no nos gusta la auténtica sencillez, sino su apariencia. Nos sentimos sencillos no porque no gastemos, sino por nuestra forma de gastar, como si los gastos *cool* no entraran en el sistema, como si el dinero que pagara un curso de bikram yoga fuera distinto del que paga un bolso de Gucci. Todos somos consumidores y nos definimos por nuestras adquisiciones.

---

<sup>66</sup> Bauman, Zygmunt, *Ética posmoderna*, pág. 3

Tenemos deseos desordenados propios de seres fragmentados, esto nos hace huir en direcciones opuestas, malgastar energías. El deseo sólo puede ser enfrentado por la educación, pero los niños no pueden estar mucho tiempo con sus padres, pasan muchas horas viendo la tele... Es complicado. La desmesura es el nuevo principio de lo social, y no hay nada tan contagioso como lo social. Carecemos de ideales con mayúsculas y no tenemos una formación ética sólida, hay mucho nihilismo y hedonismo hueco que a la larga no es satisfactorio.

La posmodernidad otorga mucha importancia al componente estético, idea de la que hablan Jean Baudrillard y Bauman. Este último afirma que se ha sustituido la ética por la estética, que los límites éticos pertenecen al museo de la modernidad. Ya no tenemos mandamientos que obedecer, no hay que sacrificarse, sólo hay que tolerar, lo que muchas veces equivale a ignorar al otro. No lo puedo odiar, eso está mal visto, pero si hacer como si no existiera. La humildad era una cortapisa al deseo. Hoy en día ya no es un valor positivo. No vemos la vida sencilla como un ideal, nos incitan a desear lo complejo. Mayo del 68 denostó el conformismo. Y es que es un arma de doble filo: por un lado es negativo, nos puede llevar a la inmovilidad, por otro lado es algo muy inteligente que nos hace valorar lo que tenemos. La sociedad postindustrial premia la ambición, no la humildad y la honestidad. Hay poca modestia, mucho engreimiento y fatuidad. Damos demasiado valor a nuestros logros y la mayoría tenemos aspiraciones que sobrepasan con mucho los méritos de nuestra conducta. Además, se ha extendido bastante la idea de que el triunfo ya no pasa por la escuela, se trata de estar en el sitio adecuado en el momento preciso. No parecen requisitos imprescindibles el esfuerzo y el sacrificio, podemos triunfar en *YouTube*, tener suerte, apostar por algo y que resulte que el futuro está ahí, al estilo del creador de *Facebook*. Esto hace que muchas veces no nos esforcemos lo suficiente.

Asimismo, creemos que la satisfacción nos vendrá del exterior, que nos llenarán como se colma de agua una botella. Buscamos ser recompensados y valorados constantemente. Dice Pascal Bruckner que nuestra sociedad se caracteriza por el

infantilismo, que sería “la transferencia al seno de la edad adulta de los atributos y privilegios del niño”. El niño se caracteriza por la avidez y por la falta de obligaciones. Busca divertirse, lo quiere todo y lo quiere ya. Hoy casi no da vergüenza mostrar estos sentimientos. La posmodernidad ha legitimado el sollozo y el berrinche, el capricho, lo irracional, el hombre infantil, inseguro y centrado en sí mismo. También nos gobierna la falta de coherencia entre palabras y hechos, la inmadurez. Es como si aceptásemos la parte irracional, infantil y ruin del alma humana y no intentásemos ni siquiera cambiarla. Es que somos así, decimos, y nos quedamos tan a gusto. Abrazamos al individuo y aceptamos, incluso glorificamos, todos sus componentes.

La coherencia, el compromiso de por vida y la confianza encajarían a la perfección en el interesante concepto propuesto por Ulrich Beck de “términos zombi”, que son conceptos vivos en palabras pero no en carne y hueso. Bauman propone su propia definición:

“Yo los llamaría “palabras eco”, que reverberan mucho tiempo después de que el cataclismo que las causó de haya apagado”<sup>67</sup>

La falta de coherencia es una constante. Los habitantes posmodernos vivimos en la paradoja permanente: desdeñamos muchas cosas de la sociedad de masas, pero las usamos, las disfrutamos, nos contradecemos. Estamos desorientados. Decimos que añoramos otro modelo social, pero nos extasiamos y embelesamos con los colores del consumo. Mantenemos relaciones ambivalentes y variables con el sistema, atracción y rechazo.

La permisividad, la ligereza, la no responsabilidad, la falta de compromiso ético y la no integridad son valores a la orden del día. Hemos perdido conceptos como la dignidad, la laboriosidad, la abnegación y la frugalidad. Sólo estamos comprometidos verdaderamente con el yo. Tenemos una moralidad laxa, indolora, con explosiones de solidaridad dirigida individualmente. Yo elijo con quién y cuándo me comprometo, no es una obligación.

---

<sup>67</sup> Bauman, Zygmunt, *El arte de la vida*, pág. 79

Hay algo que siempre me sorprende, muchas veces los periodistas preguntan a la gente que de qué se arrepiente: muchísimas personas dicen que de nada. ¿Cómo es esto posible? Creo que solo puede ser explicado porque la falta de culpa es un valor posmoderno, un concepto clave en la sociedad más individualista de la historia. La culpa supone incomodidad, pero para ser culpable hay que ser responsable, y la responsabilidad no nos gusta. Es más sencillo y cómodo delegar. Hoy no nos sentimos culpables, nos sentimos ansiosos. Vivimos en la sociedad del quiero, deseo, no en la del debo; en la de la responsabilidad liviana, subjetiva, no categórica. Nuestros instintos son por naturaleza avasalladores. Es la sociedad la que debe premiar el pensamiento racional y ético. Hoy en día esta cláusula se ha invertido. Los relatos modernos de la humildad, la honestidad y la ética están cogiendo polvo en las estanterías. Las fuentes de autoridad en mayúsculas han desaparecido, cada cual puede elegir su camino, construir su modelo de vida y de ética. La dificultad aumenta pues la técnica y la globalización avanzan a ritmo vertiginoso y debemos tomar decisiones morales. Hay preguntas que debemos hacernos y darles respuesta.

No estamos sometidos a una autoridad superior, algo que limite nuestros deseos. Sólo nos acompañan nuestro raciocinio y los restos religiosos o éticos que cada uno posea. El problema es no somos criaturas racionales y serenas sino espíritus agitados que creen que el mundo debe hacernos felices y que olvidamos que el mundo nada tiene que ver con el jardín celestial. No nos conformamos con la ausencia de dolor (que decía Aristóteles), queremos el placer. El sistema nos vende que la plenitud es posible. Si el placer no es intenso, no es placer, nos dicen.

Si ambicionamos cosas difíciles sólo hay dos caminos: luchar fuertemente o llenarnos de insatisfacción, puesto que la felicidad sólo puede llegar cuando la realidad se aproxima a nuestras expectativas. La sociedad nos invita a ambicionar lo material, pero no tanto a esforzarnos y a controlar nuestros deseos. Debemos ser felices, y la ambición desmedida no suele ser el camino que conduce a la plenitud.

Además, la fuerza de voluntad, es decir, la fuerza capaz de controlar al deseo, está desprestigiada. Se nos incita a lo inmediato, olvidando que muchas veces controlando la voluntad se obtienen bienes de mayor profundidad y que nos proporcionan más felicidad. Cada vez hay menos planes a largo plazo pues el cambio y la incertidumbre son las pautas sociales generales.

Vivimos en la incertidumbre de un sistema que nos hace querer y desear hasta el infinito. Un sistema que nos muestra miles de posibilidades y de gozos a los que muchas veces no podemos acceder. En un mundo de tantas opciones de vida e incitaciones a dejarse llevar por el deseo es difícil tener una voluntad firme y un plan de vida trazado de antemano. El habitante posmoderno no está centrado sino desorientado, disperso entre tantas imágenes y opciones.

Es cierto que el hombre posmoderno tiene muchas opciones para elegir, y esto, que es algo positivo, muchas veces se convierte en una fuente de insatisfacción: al ser conscientes de las elevadísimas posibilidades nos cuesta creer que hayamos elegido lo mejor. Deseamos más que nunca, pero de forma dispersa, lo que nos hace perder energías.

### **3.11. La muerte del héroe**

Las sociedades se definen por sus héroes. El héroe es aquel cuyas gestas son deseables para la mayoría, los ejemplos que nuestro deseo quiere emular. El héroe es definido por Forster como aquel que hace corresponder palabras, valores, ideas y acciones. Estos grandes relatos ocupan hoy el lugar de lo inalcanzable. Los héroes no tienen cabida en un mundo sin ideales y sin voluntades transformadoras. El héroe se ha quedado en la parte de la historia que tenía una temporalidad trascendente, en la que el tiempo avanzaba con sentido.

La posmodernidad es un territorio sin Dios, sin patrias, sin revoluciones. La vida es nuestra, pero es intrascendente. No quedan casi militantes, héroes, entrega

absoluta. El héroe prometeico moderno fue colocado en el estante de los mitos inoperantes. El héroe que luchaba por la comunidad es sustituido por el héroe que lucha por y para él. Estos nuevos pseudo héroes son figuras representativas de los sueños de nuestra época espectacular y ya no pueden orientar nuestro camino. Estos ídolos-ya no héroes- son, sobre todo, los personajes del *star system*, los deportistas, los empresarios y millonarios *cool*. Estos modelos son muchas veces muy pobres en contenidos y son una muestra de nuestra orfandad de ideales. El dinero y la apariencia es lo que les ha convertido en ídolos, su éxito personal, no su ideología o entrega a los demás. Su éxito es solo suyo, entra dentro del ámbito de lo privado. Sus gestas son minúsculas, no se enfrentan al mal, no innovan en la historia. Su lucha, comparada con la de los héroes modernos, es una sandez: han conseguido éxito, pero muchos no han aportado nada que beneficie a la sociedad. El héroe moderno prometía el triunfo del conjunto, hoy el pseudo héroe restriega su triunfo individual, aunque participe en actos solidarios.

Los héroes de otras épocas comparten un punto con nuestras figuras estelares: todos poseen lo que su sociedad entendía como la gloria. El Cid y los grandes caballeros han sido admirados durante siglos por sus éxitos en las batallas. Hoy no hacen falta grandes gestas, pero de alguna forma son vistos de forma mayoritaria como los grandes caballeros. Son los más deseados, los vencedores. Si conseguimos estar entre ellos habremos ganado la batalla social, tendremos lo que ambiciona la mayoría. Girard habla del deseo mimético, es decir, nuestro deseo es dirigido y orientado por lo que quieren los otros. Los medios de comunicación son los grandes orientadores de este deseo, los creadores de estrellas que no iluminan nuestro camino.

Los hombres posmodernos desean éxito y dinero, pues las dos cualidades les harán ser respetados. Valemos lo que podemos ofrecer al mercado, ese es nuestro valor y nuestro poder. En el *Menón* se deja claro que riqueza material no es igual a virtud, pero nosotros hemos hecho del dinero valor. Las estrellas son mitificadas, nos seducen con su apariencia, impulsan tendencias, nos enseñan a

ligar, nos seducen como mercancías estelares que son. Los vemos felices, guapos, rodeados de lujo y belleza, pero no conocemos sus miserias, su día a día, sus frustraciones. Deseamos sus vidas, mejor dicho, las proyecciones imaginarias de lo que creemos que es su vida, pero que realmente no lo es.

Vivimos en una sociedad supuestamente igualitaria, y digo supuestamente porque no todos partimos, ni mucho menos, de lo mismo, por lo tanto el fracaso y el éxito marcan más que en otras sociedades. Debemos buscar el lugar que nos pertenece en el mundo, el problema es que la mayoría cree que su lugar está en la gloria, y no hay tanta gloria para repartir.

Ya hemos dicho que contactamos con las estrellas posmodernas a través de los medios de comunicación, revistas del corazón y demás sucedáneos –es un deseo que surge, como muchos en la posmodernidad a través del voyeurismo-. Los medios nos ofrecen visiones sesgadas y edulcoradas de estos personajes que, a falta de vidas ejemplares y grandes relatos, son lo más parecido que tenemos a modelos a seguir.

Cristiano Ronaldo lo tiene claro: “me envidian porque soy buen jugador, guapo y millonario”. Esa es la gloria posmoderna a falta de otra, el lugar que la mayoría de las personas desearía ocupar.

A su vez, últimamente triunfan en internet y en la prensa escrita revistas que muestran el lado más real de las *celebrities*. Estas publicaciones ayudan a bajar al suelo a las estrellas y a consolarnos con nuestras existencias.

Por último, me gustaría decir que aunque vivamos en una sociedad sin héroes, muchos tenemos aspiraciones de auténticos superhéroes. Deseamos la perfección, pero nos falta lo más importante de todo: la fuerza de voluntad, la disposición a mantener esfuerzos, a resistir. Claudicamos muy pronto, carecemos de tesón, constancia y firmeza. Además, no nos planteamos ideales realistas. Ser la madre más atenta del mundo, la más bella, comunicativa, solidaria y la mejor profesional del mundo no parece muy posible. Siempre hay que renunciar, y nuestra época no entiende de renunciadas.

## 3.12. El individualismo

### 3.12.1. *La globalización y lo urbano*

Vivimos en una gran red mundial en la que es fácil estar perdido.

“(…)-el hiperespacio posmoderno-ha conseguido trascender definitivamente la capacidad del cuerpo humano individual para autoubicarse, para organizar perceptivamente el espacio de sus inmediaciones, y para cartografiar cognitivamente su posición en un mundo exterior representable. Ya he indicado que este amenazador punto de ruptura entre el cuerpo y el espacio urbano exterior -que es a la desorientación primitiva provocada por el modernismo antiguo como las velocidades de las naves espaciales a las de los automóviles- puede considerarse un símbolo y analogía del problema mucho más agudo que reside en nuestra incapacidad mental, al menos hasta ahora, de confeccionar el mapa de la gran red comunicacional descentrada, multinacional y global, en la que, como sujetos individuales, nos hallamos presos”<sup>68</sup>

El mundo del siglo XXI es un mundo globalizado que se mueve por la idea de aumentar beneficios y poder más allá de las fronteras nacionales, un planeta en el que cada vez hay más códigos y prácticas comunes -occidentales-. La globalización no hace sólo que tengamos los mismos productos, sino también ideas más similares. Pondré un ejemplo: Estados Unidos es el país que más ha exportado su forma de vida y su visión del mundo. La mayoría de los habitantes del planeta vemos sus películas. Pues bien, un caso curioso me parece que en países orientales quieran prohibir comer gato y perro, ¿acaso se distinguen en algo del cerdo y la ternera? El cine ha expandido el concepto de *pet*, de mascota, y cada vez más pueblos lo están asimilando.

George Ritzer<sup>69</sup> sostiene que la globalización y la nada van de la mano. Pero, ¿qué es la nada? Este autor define la nada como el no-lugar, la no-cosa, la no-

---

<sup>68</sup> Jameson, Fredric, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, pág. 97

<sup>69</sup> Ver su obra *La globalización de la nada*

persona y el no-servicio. La nada es genérica, sin lazos locales, intemporal, deshumanizada, desencantada. Es una especie de simulación, en terminología de Baudrillard, que define la simulación como la copia de la copia de algo de lo que no existe el original. Nuestro mundo está lleno de simulacros: videojuegos, restaurantes que simulan la “chinidad” o la “mejicanidad”, centros comerciales que parecen un decorado, una imitación de una imitación, sin referente real - pongamos de ejemplo Las Rozas Village-, simulacros de trato humano - pensemos en todas las compañías que nos responden, en ocasiones máquinas que simulan ser personas, con un guión establecido -, los bancos que nos felicitan la navidad en un simulacro de amistad...

El concepto de lo global es centralmente concebido y controlado. No debe poseer demasiado contenido, pues si lo poseyera no se adaptaría a todos los lugares, a cada idiosincrasia. Esto parece tener como consecuencia un mundo menos diverso. Y en cierta manera es así. Hay muchas opciones, pero siempre habrá un grupo que tenga una casa similar a la nuestra, que vea las mismas películas, que vista de forma similar- ¿cuántos millones de personas tenemos la casa Ikea, vestimos de Inditex y vemos las películas de George Clooney?-. Tratamos de conseguir el toque personal, para diferenciarnos, para ser únicos en ciudades inmensas. Este deseo de distinguirnos es lo que más nos unifica. Es un deseo que lucha una batalla perdida de antemano, somos demasiadas personas en el mundo para tener un estilo original.

Frecuentemente asistimos a lugares que no tienen un vínculo con lo local. Estos espacios son lugares no significativos, impersonales, desencantados, no históricos. Lugares de paso, como si ir a ellos no fuera ir a algún lugar. Estos lugares son simplemente medios y ayudan a la desrealización de las experiencias. Pensemos en ejecutivos que pasan muchos días en hoteles internacionales, en moteles, en aeropuertos. Son lugares sin puntos de anclaje, sin resonancias afectivas. Muchas veces viajamos y la alteridad no sale a nuestro encuentro. Esto puede molestarnos o aliviarnos. La amnesia de lo local rompe con la incomodidad de lo nuevo y nos mete en la senda del reconocimiento fácil.

Cuando uno va a Mac Donald's sabe exactamente a qué sabrá su hamburguesa, no hay sorpresas. Su no definición resulta reconfortante en la época de la movilidad, del nómada urbanita. Pero estos lugares, a diferencia de los establecimientos locales, no dan sensación de hogar o pertenencia, no tienen raíces. Son los no-lugares sobre los que reflexiona también Marc Augé<sup>70</sup>, quien sostiene que estos espacios despersonalizados provocan soledad y no favorecen la creación de sentido. También afirmará que cada vez pasamos más tiempo en estos no-lugares donde todo es rápido y efímero, donde nos dejamos llevar por el automatismo y no salimos del anonimato. Los no-lugares tienden a ser olvidados, no duran en nuestra memoria, es decir, son experiencias no significativas. Imaginemos que nos vamos de vacaciones, al regresar recordaremos el bar familiar al lado del puerto, no el día que comimos en Dominos Pizza. Aún así, vamos a muchos lugares desconectados del entorno cultural y natural: nos resulta fácil la no implicación y con tanto movimiento como se produce hoy los no lugares – impersonales- son símbolos de nuestra incapacidad de crear lugares permanentes, de desarraigo.

La nada o los no-lugares ganan terreno y muchas veces son las regiones menos desarrolladas del planeta las que la producen en muy malas condiciones. Lo paradójico es que sus habitantes no pueden acceder a estos productos, aunque creo que a muchos les gustaría.

Lo local está desapareciendo. Hoy podemos hablar de glocalización, que es el nacimiento de algo nuevo al fusionarse lo global con lo local. Una especie de forma de resistencia que en cierta manera individualiza un poco más. Esta glocalización también es llamada creolización y es, por así decirlo, la cara buena de la globalización. La que vuelve la sociedad más mestiza y que mezcla culturas, la que hace que aparezcan nuevas formas culturales sorprendentes e imprevisibles, heterogéneas y transnacionales.

Cada vez vivimos en un mundo más impersonal en el que solo somos uno más, es normal que el deseo de diferenciarnos esté tan presente en nuestras vidas, que

---

<sup>70</sup> Ver Augé, Marc, *Los no-lugares. Espacios del anonimato*

tratemos de ser únicos, creando nuestro propio collage y receta. La individualización, aquí, surge como forma de defensa y resistencia, como necesidad del individuo de seguir siendo único y de pertenecer a una microcomunidad con sabor específico. Vivimos en un mundo globalizado, cada vez los distintos países se parecen más, y tratamos de evitarlo a través de una reivindicación de lo local o de los nacionalismos. Celebramos montones de fiestas para tratar de creer que sí, que vivimos en un lugar único y diferente de la aldea global, pero las tradiciones ya son una especie de fiestas turísticas y de consumo que celebran el presente de forma lúdica y no nos unen con el pasado. Pensemos si no en la navidad, ¿qué es más allá de una diversión consumista y frívola?, ¿alguien tiene la sensación de que le una a algún pasado? Es una fiesta entregada al presente, recreativa y con tintes emocionales. Participamos en ellas buscando arraigarnos, comunicarnos, integrarnos en una comunidad que ya no es más que la suma de muchas individualidades.

Las ciudades son lugares donde el mestizaje y la globalización cohabitan, donde los extraños están próximos. No compartimos relatos que favorezcan la cohesión social, somos átomos perdidos en complejas redes de comunicación, atravesados por infinitos mensajes, sin saber a qué atenernos. Vivimos en sociedades mestizas y fragmentadas. Esto, en ocasiones, hace que surja miedo al otro y que hagamos una cápsula de nuestra casa y de nuestro barrio una fortaleza vallada y segura.

La sociedad postindustrial es mayoritariamente urbana. La ciudad nos estimula intensamente, nos invade con sus mercancías y publicidades, con sus luces y sonidos, con sus ruidos constantes y sus miles de carteles y pantallas. El ciudadano anónimo y estresado se mueve en estos espacios urbanos sin lazos sólidos comunitarios, con las relaciones precarias de un tiempo acelerado como el nuestro. Este frágil yo posmoderno vive en un mundo en constante cambio. Ya no hace falta ser octogenario para decir que un lugar está irreconocible, se construyen barrios enteros, lo que antes era un teatro, hoy es una tienda, mañana no sabemos que será. No hay mapas que duren. La cualidad que nos hace

actuales es la flexibilidad, el olvidar el pasado y empezar de nuevo, si no somos flexibles es probable que caigamos en el ostracismo. “Renovarse o morir”, ese es nuestro lema, pero es fácil estar desorientado con tantas señales e indicaciones.

Las ciudades posmodernas son estéticas: los cascos antiguos se han convertido en parques temáticos sin el peso de lo histórico. Todo se reconvierte en museo, hotel o en distracción. Vivimos en ciudades recreativas, rehabilitadas, estéticas. Una buena vida debe darse en un decorado bello y confortable. Nuestra tarea es que esto nos dé el bienestar emocional.

Vivimos en ciudades que son comunidades sin afinidad, lugares desencantados fracturados en distintas etnias, nacionalidades y grupúsculos. La globalización echa un pulso al estado nación – Berlín es la segunda ciudad con más turcos del mundo, podemos movernos por Nueva York hablando sólo español- . Cada uno tiene su forma de ver las cosas, hay muy poco sentido de comunidad. Las grandes ciudades toman la gigantesca Babel como modelo. Son sociedades heterogéneas y masivas en las que la diferencia está universalizada. Asistimos al nacimiento de muchísimas ciudades dormitorio, ¿qué sensación de permanencia puede uno llegar a tener en una impersonal ciudad del extrarradio creada de la nada?, ¿y en una Babel posmoderna? Es normal que este deseo humano de pertenecer a una comunidad se manifieste en el auge de los nacionalismos y que haya una revalorización de lo rural, o de su simulacro. El anuncio de Aquarius da en el clavo: “Búscate tu pueblo”, nos dicen, “La gente necesita un pueblo y los pueblos necesitan gente”. Esto es el reflejo del deseo posmoderno de permanecer a una comunidad y buscar una genealogía. La forma que toma una carencia. Vemos lo social como la suma de individualidades. Y es esta individualización la que hace que el individuo se sienta aislado y que desee pertenecer a grupos, que sienta nostalgia por los encuadramientos colectivos y que busque su identidad étnica. Además, las sociedades urbanas posmodernas están compuestas por personas de las más variadas procedencias, no pueden desear lo mismo, tiene memorias muy diversas, no hay símbolos comunes. Las sociedades posmodernas son cosmopolitas, hay mucho desmenuzamiento y

desarraigo. Hay asociacionismo, pero muchas veces lo que se busca con estas agrupaciones es la mejora del individuo, no de toda la ciudadanía. Nuestro interés individual suele pisotear el bien social, lo importante es el individuo y sus meandros psicológicos.

En las sociedades posmodernas es frecuente el deseo de vuelta a la naturaleza, a lo primitivo, que es lo que consideramos lo auténtico. Deseamos fugarnos a un tiempo tranquilo, no tecnológico, con la tradición como horizonte de sentido. No podemos cambiar el mundo, ¿por qué no comprar la experiencia? Vivimos en un entorno contaminado, pero en vacaciones podemos irnos a la selva. Queremos un mundo sin contaminación, pero no estamos dispuestos a renunciar a nuestra forma de vida.

La vuelta a lo auténtico la intentamos a través del simulacro: en el camping, con el móvil baja la esterilla de la tienda de campaña de Decathlon y comiendo legumbres en las casas rurales. Este deseo está relacionado con lo que Eloy Fernández-Porta<sup>71</sup> designa *ur*, prefijo alemán que nos lleva a lo esencial de las cosas. Hoy en día somos conscientes de que esa vuelta no es real y se realiza con una cierta distancia irónica, es una vuelta fingida e inauténtica, pero placentera. Pensemos en la moda del huerto urbano, en el auge de las clases donde te enseñan a hacer pan en casa, ¿qué hay detrás sino el deseo de volver a lo esencial y auténtico?

El confort para la mayoría creó un mundo contaminado y atascado. La gente busca la naturaleza, pero muchas veces es una naturaleza simulada. Es otro intento fallido de vuelta a lo esencial, al estilo de poner hierbas aromáticas en un alféizar gris de una calle céntrica de Madrid. Y es que con la funcionalidad, con lo masivo y con la técnica el mundo pierde parte de su atractivo. La vuelta a lo natural es otro intento por re-encantarlo. También un intento fallido de creer que nuestra vida es natural y real, que no vivimos en un mundo masificado e hiperreal.

---

<sup>71</sup> Ver su obra *Homo sampler. Tiempo y consumo en la era afterpop*

### 3. 12. 2. La identidad, el deseo de distinguirse y la escasez de vínculos

El hombre posmoderno debe construirse a sí mismo y buscar su sentido de la existencia particular fuera del sentido histórico. Ya no nacemos con una identidad, sino que hemos de ir construyéndola con destrezas y prácticas más o menos breves:

“Las habilidades necesarias para enfrentarse al reto del reprocesamiento líquido moderno y al reciclado de la manipulación de la identidad son parecidas a las del malabarista o, más exactamente, a la destreza y astucia del prestidigitador. La práctica de tales habilidades se ha puesto al alcance del consumidor normal y corriente mediante el expediente del simulacro: un fenómeno (según la descripción memorable de Jean Baudrillard) similar al de las enfermedades psicosomáticas, que tiende a borrar la distinción entre “las cosas como son” y “las cosas como pretenden ser”, entre la “realidad” y la “ilusión”, o entre “el verdadero estado” de la cuestión y su “simulación””<sup>72</sup>

Lo que antes era función de lo social, hoy lo es del individuo particular, que debe elegir entre mil posibilidades en cada campo de su vida dejándose llevar por su deseo. Debemos desplegar nuestra forma de ser íntima, nuestras particularidades. Hay que presumir de la subjetividad, de mi yo. Hoy el individuo debe hacer alarde de su personalidad de forma ilimitada, su cansino subjetivismo debe ser visible a todas horas. Presumimos de lo que carecemos, hacemos de la falta ostentación, pues la verdad es que nuestra identidad social está erosionada y nuestra personalidad desestabilizada. Y eso que nuestra sociedad se define por el individualismo:

“...la cultura posmoderna es un vector de ampliación del individualismo; al diversificar las posibilidades de elección, al anular los puntos de referencia, al destruir los sentidos únicos y los valores superiores de la modernidad, pone en marcha una cultura

---

<sup>72</sup> Bauman, Zygmunt, *El arte de la vida*, pág. 24

personalizada o hecha a medida, que permite al átomo social emanciparse del balizaje disciplino-revolucionario”<sup>73</sup>

El individuo debe buscar su camino personal de realización emocional él solo, pues lo social se ha diseminado. El yo ya no es definitivo. No sigue normas autoritarias sino consejos o informaciones. Todo es intercambiable es lo mismo que decir que nada es para siempre: podemos cambiar de trabajo, de pareja, de país, de cuerpo, de sexo, de ideas. Lo mágico de la posmodernidad es que también nos ofrece descartar lo antiguo y de esta forma renacer y empezar de nuevo. Tenemos libertad, cambio, pero perdemos identidad, aquello que supuestamente permanece. Al cambiar constantemente, nuestra vida no puede ser un relato lineal. Somos un libro de microcuentos en los que unos poco tienen que ver con los otros. Nos creamos una y otra vez, haciendo de nuestra vida la suma de peripecias inconexas. Las personas, como los escritores, nos enfrentamos a la página en blanco. Nuestra vida es una novela en la que tenemos libertad: podemos recomenzar, cambiar de personajes, de escenario. La vida hoy no sigue un plan fijado de antemano, y sin planes, el sentido se difumina.

La sociedad posmoderna vocifera: “Hay que ser uno mismo”, “busca tu verdad personal”. Nos presiona para mostrar en cada acto nuestra personalidad y no caer en el temido anonimato. Adoramos ser distintos y presumir de nuestras peculiaridades. Hay que ostentar hasta el hartazgo nuestros rasgos personales, que queden bien patentes. Antes lo impersonal se veía un síntoma de educación, de respeto a la intimidad de la otra persona. Hoy esto es muy diferente, como ya veremos al estudiar la transformación que ha sufrido el espacio íntimo.

La posmodernidad ansía personalizarlo todo porque, en el fondo, el yo se ha diluido en la masa impersonal y fría. Pone tanto ímpetu en definirse porque le falta solidez. Vivimos en masa, y el individuo trata de hacer frente a lo masivo distinguiéndose. El individualismo imperante es una defensa por destacar, por no diluirse en el rebaño, por grabar nuestro nombre en las aceras multitudinarias que transitamos a diario. Nos cuesta aceptar que somos seres corrientes, normales,

---

<sup>73</sup> Lipovetsky, Gilles, *La era del vacío*, pág. 11

ramplones y vulgares. La inmensa mayoría no tenemos nada de excepcional, por mucho que se empeñe Heineken. Al final resulta que deseamos cosas parecidas, que seguimos los imperativos sociales y que todos deseamos distinguirnos del resto, del rebaño, como si nosotros no formásemos parte de él. ¿Cómo vamos a ser tan únicos en un mundo de más de seis mil millones de personas? Hasta el asesino en serie buscan su reconocimiento dejando su huella personal en el crimen, algo así como una firma:

“Nieto de Ford y de Taylor, se adapta sin cesar a las reglas del mercado mediante la estandarización de sus mercancías y la producción en serie. Pues el mercado es cruel, despiadado. ¿Quién se interesaría por un crimen banal y sin particularidades?”<sup>74</sup>

Ya hemos resaltado que los publicistas saben mucho de nuestras carencias y deseos. Saben que hemos hecho del consumo nuestra principal baza para distinguirnos. Soy diferente porque mi modelo de Nike es diferente al tuyo. Las grandes compañías no paran de crear seminichos de mercado que hacen que nos sintamos pertenecientes a un grupo distintivo. Ya no es joven frente a adulto. Hoy unas zapatillas pueden ir dirigidas al joven urbanita ecologista que le gusta el tecno y lo *vintage*. Comprándolas me distingo y me defino, y es que muchas veces nos construimos adquiriendo objetos distintivos, a pesar de que el consumo es el nexo que nos integra a todos en el sistema, también el buscar diferenciarnos más por la estética que por la esencia. No queremos formar parte de la masa a la que pertenecemos. Las empresas parecen darnos la razón: “Tú banco”, como si lo hubieran hecho para nosotros en particular, como las latas de Coca-cola que llevan nuestros nombres. Ay, cómo nos conocen los publicistas, cómo saben lo que deseamos. Nuestra identidad, entonces, se refleja en nuestras compras, que intentamos que se distingan de las de los demás. Nos incitan a no ser conformistas, a destacar. Pero toda vanguardia es absorbida por el sistema, hasta los elementos políticos son convertidos en complementos de moda. Magdalena de Suecia lleva un pañuelo palestino, el libro subversivo está en las estanterías de Fnac. Las grandes oposiciones al sistema se convierten en grandes negocios.

---

<sup>74</sup> Bégout, Bruce, *Lugar común: el motel americano*, pág. 124

Este consumidor rebelde que supuestamente lucha contra el capitalismo es precisamente el idóneo para el sistema capitalista. Crea modas que se contagian al ritmo vertiginoso de la gripe: ciertos jóvenes innovadores llevan el pantalón doblado, grupos que buscan lo *cool* los seguirán, en unos pocos meses Zara lo venderá y lo normalizará. Y es que ya hemos dicho que la formalidad ostentosa no se lleva, ahora se lleva lo *cool*. El problema del consumidor rebelde es que busca salir de la cultura comprando objetos que le caractericen sólo a él. Estos objetos se ponen de moda y son los mejores aliados del sistema empresarial, que hará mucho dinero con esta avanzadilla que siente predilección por lo alternativo, que parece ser que es menos popular y, por tanto, más auténtico.

En la sociedad de masas buscamos distinguirnos a través de lo *cool*, el problema es que es un concepto en cambio constante y a su vez una de las ruedas que mueve el sistema capitalista en sí. Para ser *cool* hay que estar en la avanzadilla y hay que cultivar el discurso de lo subversivo y de la diferencia. Es la forma posmoderna de triunfar en nuestra individualidad, el intento de sobresalir. Ser *cool* es ser envidiado, ser supuestamente inconformista, alternativo. La cuestión es que lo *cool* muchas veces se queda en la estética, no resulta transformador, sólo económicamente beneficioso para ciertas empresas.

La identidad es en gran medida construida desde afuera. Yo soy lo que los demás reflejan. Antes la relación con la familia y con la comunidad eran de por vida. Esto nos ayudaba a tener una identidad bien forjada, pues siempre nos mirábamos en los mismos espejos. Hoy la vida es cambio, para ello necesitamos un yo flexible que responda a un mundo en continuo movimiento. Es nuestra adaptación posmoderna para sobrevivir con éxito, pero que no ayuda a la definición personal y al sentido de la identidad. Yo no soy, pero puedo ser muchas cosas, puedo elegir mi vida, mi aspecto... Los seres que se mueven bien en la posmodernidad son los camaleónicos. Esta falta de identidad fija es una herramienta necesaria para enfrentarse con éxito a lo social, pues con rigideces mentales te quedas estancado.

Bauman compara nuestra identidad con un lienzo en blanco que nosotros, pintores improvisados, debemos ir pintando. Muchos miramos a ver qué pintan los demás y cuando nos atascamos en el dibujo, a falta de maestro oficial, recurrimos a los libros de autoayuda o a los millones de consejos contradictorios que nos bombardean sin cesar. Cambia de vida, nos dicen, pero ama lo que tienes, cuida tu imagen, pero lo importante es aceptarse a uno mismo... Con este sinsentido orientativo es normal que acabemos recurriendo a los psicólogos para calmar nuestra ansiedad. Uno siempre siente que no está haciendo lo que debería, que debe definirse y cambiar.

Antes, en un mundo mayoritariamente rural, lo habitual era formar parte de una misma comunidad toda la vida. El sentido de la vida era ser una pieza en el engranaje de ese motor que era tu comunidad. En un mundo flexible hoy estás en un sitio, mañana en otro, un año eres una pieza, el siguiente estás en otro mecanismo. Como todo se ha flexibilizado, ya no somos necesarios e irremplazables, y esto nos provoca mucho dolor.

Estamos ante una crisis de identidad porque nuestra vida ha perdido la coherencia de la unidad. El nuevo sujeto, dice Jameson, se caracteriza por “el descentramiento de la psyché”, no puede organizar su pasado y su futuro en una experiencia coherente. Le quedan colecciones de fragmentos. De esta forma dividimos la vida en apartados, perdiendo la unidad, que es donde se alcanza el sentido. Cada capítulo es vivido como independiente y los compromisos de una pantalla no pasan a la siguiente pantalla del videojuego. El problema es que si no nos comprometemos, tampoco obtenemos el placer de ser irremplazables.

El hombre posmoderno es un hombre vulnerable, no tiene fuerza exterior, por lo que sus problemas personales son exagerados. Este *homo psicologicus*, a falta de grandes gestas, se centra en su bienestar, en su expansión subjetiva. Su objetivo en la vida es lograr la realización personal y moverse en un mundo de confort psicológico. Cada uno debe ver qué es importante para él y crearse una identidad que le ayude en la tarea. Es normal que queramos ser felices, el problema es que no aceptamos la espera y, a veces, queremos resultados sin luchar, sin tener un

plan coherente. La felicidad es un logro y, como tal, supone un camino, un esfuerzo, no se puede comprar sin más el equilibrio y el bienestar psíquico.

El sujeto, como ya dijo Lacan, es la suma de diferentes yoes. Para cada actuación se construye un yo. Somos una mezcla de yoes contradictorios, a veces generosos, otras egoístas, el yo público, el íntimo. El sujeto es polifónico, una amalgama de voces contradictorias. Cada yo desea de forma diferente, no quiere lo mismo el yo profesional que el yo pareja, tampoco el yo de ayer y el yo de hoy. Esta falta de coherencia hace difícil construir una identidad sólida. La identidad es lo que permanece de continuo en el tiempo, lo que tienen en común esos yoes que se suceden. La identidad es lo que permanece, el pasado que se revierte sobre el futuro. Ya hemos dicho que los deseos nos definen, nuestro proyecto vital dice de nuestra identidad. Nuestra identidad hoy está inacabada, en perenne reforma y, por tanto, sin coherencia. Ya ni siquiera la edad nos dice cómo debemos actuar. Prima el yo en construcción frente al unívoco. El yo se mete en el mundo del reciclaje y del bricolaje. La profesión, como ya hemos visto en el apartado dedicado al trabajo, tampoco ayuda en la construcción de la identidad. Ayer era panadero aquí, hoy soy telefonista allí. Hoy vamos adquiriendo identidades diferentes y dejando por el camino las más antiguas.

El hombre individualista es un hombre que se pone él por delante de todo, eso hace que necesite poder y dominación para imponerse al otro. “Porque yo lo valgo”, eslogan exitoso que se dirige a nuestro ego, nadie duda de que “yo” merezco lo mejor. La sociedad antes fomentaba la modestia. Ya no. Ahora se fomentan la vanidad y la soberbia. Deberíamos decir, ¿yo lo valgo? Nos volcamos en la egolatría, la adoración a nosotros mismos. Como tenemos un concepto tan alto de nosotros mismos, si la sociedad no nos premia con lo que consideramos que merecemos – y todo es poco para nosotros- hay que buscar culpables externos. Vivimos el histerismo egotista. Nuestra sociedad glorifica la subjetividad por el mero hecho de ser de un individuo. Vivimos en el yo, me, mí, conmigo en el que nuestro deseo es el soberano. Hay que valorarse porque sí, porque el valor supremo soy yo mismo, que no soy un ser normal sino

especialísimo. La sociedad posmoderna se vanagloria de la subjetividad, no de los valores. Creo que sería adecuado traer a colación un concepto que usa Castilla del Pino: la hiperaceptación del yo. Castilla del Pino habla de inaceptación de alguna parte de nosotros o hiperaceptación, es decir, nos queremos tanto que lloramos porque la sociedad no nos deja ser quien creemos ser realmente. Cuando no estamos donde creemos merecer la sensación de derribo es inmensa, de opresión, de haber sido expulsados. Nos sentimos no reconocidos, no respetados, lo vivimos como una ofensa personal, no como la consecuencia del mal funcionamiento de lo social. Esto hace que caiga nuestra autoestima, que si no conseguimos un cierto nivel nos sintamos y seamos vistos como fracasados.

Zygmunt Bauman habla del hombre sin vínculos, haciendo un paralelismo con el hombre sin atributos de Musil. El individuo posmoderno debe crear sus propios vínculos, los necesitamos para ser felices, pero, eso sí, sin que nos aprisionen. Hoy formar parte de un grupo es un recurso del yo para marcar esa individualidad, no nos da el sentido de pertenencia que antaño daban las comunidades. Al entrar en un grupo hay integración con sus miembros, pero también exclusión de los otros, de los que no pertenecen. Además, las comunidades a las que el individuo pertenece también son volubles, hoy puedo pertenecer a una y mañana a otra opuesta, al igual que puedo pertenecer a muchas, dispares entre ellas, casi irreconciliables. Esto es una especie de lealtad sin compromiso de permanencia, pues si perdemos la flexibilidad es muy probable que nos quedemos en el camino.

Hay menos lazos comunitarios, se sustituye la comunidad por los amigos, el grupo con el que tenemos más sensación de pertenencia. La amistad, como los demás vínculos humanos, se ata y se desata. Cualquier lazo humano- menos la maternidad- parece hoy revocable y precario. Aun así, nuestra sociedad cree profundamente en la amistad. Es lo más parecido que nos queda a una comunidad. Con los amigos sentimos el confort. La cordialidad y los lazos de las antiguas comunidades se sustituyen por la confesión con los íntimos, por la

gigantesca cantidad de contactos que podemos hacer en la red. Siempre habrá alguien con el que hablar, aunque no lo conozcamos de nada, nos puede apaciguar un poco la soledad. En las sociedades posmodernas mucha gente está sola, el ordenador sabe más de sus gustos que sus vecinos. En un mundo tan mercantilizado necesitamos el retorno de los afectos, aunque sea comprándolos.

Vivimos en una sociedad fría y desencantada, pero el ser humano desea cercanía y calidez en la piel. Nos comunicamos por celulares, por internet, hay menos contacto directo, menos cara a cara. Más comunicación que nunca, pero en la distancia. Es cercanía virtual, no molesta, que no se entromete. Y es que queremos independencia, pero sufrimos soledad. El ser humano necesita el contacto cercano, estas formas de comunicación antes inéditas son fabulosas, pero no sustituyen a la piel.

La sociedad ya no tiene una religión común, unas costumbres para todos o un gran mito nacional. Esto produce la sensación de no hogar. En la selva social buscamos la calidez de mi grupito, el ambiente distendido y comunicativo. Pertenecer a algún grupo da paz. El éxito del fútbol se basa también en parte en la satisfacción que proporciona pertenecer a un grupo, y que es, curiosamente, una forma de identidad que puede permanecer con el paso del tiempo.

### 3. 13 El cuerpo y la imagen

La posmodernidad intenta acceder a la realidad a través de la imagen. Nuestra imagen física ahora constituye nuestra identidad y, por lo tanto, debemos invertir en ella, pues una buena política inversora corporal nos puede acarrear copiosos beneficios. Debemos ser perspicaces inversores, superarnos. En nuestro mundo vertiginoso y sin experiencias densas, la identidad es un simulacro volátil, una imagen creada que tratamos de mantener. Vivimos en la hipertrofia de la imagen y la imagen es sólo eso, imagen, no sabemos que hay detrás de ella, aunque estemos convencidos de que si nuestra imagen mejora, nuestra vida también lo hará –pensemos en el programa *Cambio Radical*-.

Lo que siempre me sorprende es que toda la aceptación que solemos mostrar hacia nuestras debilidades de carácter- véase defectos-, desaparece cuando hablamos de lo corporal. La mayoría de la gente acepta sin problemas sus deficiencias éticas, su gran ego y demás compañeros de mal pelaje. Mi subjetividad es estupenda y yo soy inteligente, pensamos casi todos. Pero en el tema del cuerpo esto no es así. La mayoría nos aceptamos, pero tenemos claros nuestros puntos débiles y nos gustaría cambiarlos. Somos menos benevolentes con lo físico que con lo psíquico. Y es que en lo físico hay patrones muy rígidos. Las distintas subjetividades están legitimadas, los distintos cuerpos no tanto. El deseo de ser bello puede ser un juego, pero también puede convertirse en una inmensa fuente de insatisfacción. Y es que la estética es cada día más importante. Deseamos movernos en entornos bellos y llevar cosas bellas, es el *homo aestheticus* y sensitivo que encuentra bienestar psicológico en la belleza.

El cuerpo es ya un material que puede transformarse, casi un lienzo en blanco sobre el que podemos trabajar-pensemos en Michael Jackson, en Orlan-. Así que sí hay bastante que podamos hacer para que nuestros deseos de tener buena apariencia física se conviertan en una realidad. La industria de la cosmética hoy mueve millones e incluso en sociedades donde el poder adquisitivo de sus

habitantes es bajo la gente compra productos para mejorar su estética en la medida de sus posibilidades.

Lo que está claro es que por mucho que nos resistamos cada vez necesitamos más cosméticos, de tres productos hemos pasado a tres estantes. Antes un jabón servía para todo. Hoy nos ofrecen sólo para el cabello: champú (especializado según nuestro tipo de pelo), acondicionador, mascarilla, serum, spray solar y no sé cuantas cosas más.

Pero no nos engañemos, las mujeres siempre se han preocupado por su físico, esto no supone ninguna novedad. Ya en la Edad Media bebían vinagre o ingerían venenos como el solimán para mostrar un cutis de porcelana. No es un fenómeno nuevo, aunque ahora se haya magnificado. El feminismo luchó contra estas imposiciones que constreñían a la mujer, pero no salió victorioso. Los imperativos siguen vigentes, aunque, y esto sí es una novedad, ahora no discriminan tanto: los hombres ha aterrizado en el mundo cosmético y también deben ser bellos. De las mujeres con vello de los sesenta hemos pasado a otro lema: todos sin pelo. Aunque, seamos sinceros, a las mujeres se las sigue juzgando más por su aspecto.

Las imágenes físicas se construyen a gran escala y los gustos también se globalizan: en África es muy fácil acceder a productos blanqueantes para la piel, las orientales se operan los ojos para no parecer tan asiáticas. Parece que se ha impuesto en muchas dimensiones la belleza occidental. Esto es fruto de la globalización y de los medios de comunicación, aunque haya variaciones culturales que sigan resistiendo: en Japón siguen gustando las mujeres de piel pálida, los rayos uva californianos no han conseguido imponerse allí.

Los criterios para considerar a alguien atractivo son en parte culturales y en parte comunes a todos. Las caras simétricas gustan más en todas las culturas. Esto podría deberse a que la simetría, si nos remontamos al pasado, indicaba salud y ausencia de parásitos. David Buss también demuestra que una cierta proporción entre cadera y cintura también forma parte del gusto universal de los hombres.

La publicidad muestra mujeres y hombres irreales, pero tampoco podemos culparla de que sea la inventora de modelos. La publicidad muestra lo que vende, lo que es aceptado, lo que desearíamos ser. La mayor parte de las fotografías han sido tomadas tras sesiones de peluquería y maquillaje, con luces favorecedoras y pasadas por *photoshop*. Se toman cientos de instantáneas para seleccionar sólo unas pocas. No es lógico que en nuestro día a día pretendamos parecernos a esas imágenes que hacen que nos veamos hechos una pena.

Una de las normas estéticas que parece más variable es la delgadez frente a la gordura. Vivimos en tiempos en que las modelos son extremadamente delgadas, aunque en encuestas realizadas a hombres la mayoría prefiere mujeres con un índice de masa corporal medio, sensiblemente diferente del estereotipo de las modelos. El ideal imperante en nuestra época es una mujer alta, delgada, con morros inflados y con pechos protuberantes. Las revistas presentan mujeres muy delgadas, obligando al resto a la dieta permanente. Estar gordo es un lastre, una dejadez, una muestra de descontrol. Como es la sociedad la que impone muchos valores, también nos dirá qué situaciones deben provocarnos vergüenza y cuáles culpa: ser gordo debe. Estar gordo es un estigma, y eso que las cifras de obesos no paran de crecer.

La belleza es un valor en sí, pero también ayuda en la lucha por el estatus. La posición social de una persona depende de la de su pareja. Si un hombre posee una mujer deseable, su posición social aumenta. Lo mismo ocurre con una mujer. Existe la esposa trofeo y su versión femenina el “toyboy”. Los dos son indicadores de posición elevada. Pensemos en viejos empresarios acompañados por jovencísimas y bellas modelos, en estrellas del cine entradas en años acompañados por chavales musculados que no llegan a la treintena.

El cuerpo se convierte en el yo y debemos invertir en él. Aumentan constantemente los gastos en salud y bienestar: fármacos, tratamientos, alimentos saludables, homeopatía, remedios naturales. Cada vez hay más avances en la medicina y el mundo se llena de hipocondríacos. Hay mucho miedo a la enfermedad, a no estar sano, al sufrimiento físico. La muerte y la enfermedad sin

religión cobran un carácter aún más trágico. Hay que estar sano y mostrarlo. Como nuestra vida es sedentaria hay que apuntarse al gimnasio y entusiasmarse con la actividad efímera de turno. Del aerobio y el step, hemos pasado al pilates y a la zumba.

Nuestra sociedad idealiza la infancia y la juventud. La infancia porque es ocio, ausencia de responsabilidades, caprichos, fantasía. La juventud simboliza la pasión, la emoción, la locura, lo vertiginoso, es decir, los valores que priman en esta sociedad. Los modelos son cada vez más jóvenes. Son bellezas casi púberes que juegan a Lolitas maquilladas y provocativas. Su piel es tersa y su carne prieta. La publicidad presenta el cuerpo sin que hayan hecho mella en él los estragos del tiempo. Mientras, el adulto marchito trata de ocultar la finitud, y disfraza la arruga con botox y cirugía. El *leit motiv* es mejorarse y entrar en la siguiente fase cuanto más tarde mejor. Hoy la edad parece una cuestión casi de subjetividad, pues las fases de la vida han sido desreguladas. Las fronteras entre edades han dejado de ser rígidas, hoy puedes empezar de nuevo a los sesenta años-cada vez se separa más gente a edades más tardías-. Ahora se es viejo más tarde. Gustos, modas y aficiones que antaño pertenecían a los jóvenes hoy son aptos para todas las edades. Cada vez se retrasa más el envejecimiento, es por eso que cuando miramos fotografías antiguas todo el mundo aparentaba más edad. Antes se ostentaban los signos de madurez, hoy, en muchas cosas, el modelo de vida a seguir es el adolescente. Una época que se caracteriza por la falta de cargas y ataduras, la libertad y la incoherencia.

La vejez, en cambio, es denigrada, pero es cuando tenemos más libertad para ser nosotros mismos, cuando desaparecen muchas de las presiones sociales y cuando uno más sabe de la vida.

### **3.14. La intimidad: el deseo de mostrarse y el *voyeur***

La intimidad es el espacio privado del individuo, un lugar al que antes entraban muy pocas personas y no a todos los rincones. Hoy la intimidad cada vez tiene menos valor. Vivimos en una sociedad exhibicionista. Internet es el escaparate en el que la gente cuelga y observa su intimidad propia y la de los demás. Vidas colgadas en la red día a día, necesidad de ser visible. Se trata de desvelar todo, de que no quede nada misterioso, silencioso y oculto. Es la hipertrofia del yo, el enaltecimiento de lo pequeño y cotidiano de la gente corriente, el intento de preservar el tiempo que se escapa, de construir una identidad a través de la imagen. Es la cybercultura, los webblogs, videoblogs, fotologs, youtube, videos caseros. La intimidad se convierte en espectáculo y el yo en figura mediática.

La gente se convierte en creadora y protagonista, se muestra y opina en la democrática red global, borrándose la antaño rígida frontera entre el ámbito público y el privado. Videos sin ningún valor tienen millones de visitas, se pierde el relato ejemplar a favor del vulgar. Subyace el deseo de dejar constancia de todo, de fotografiar cualquier cosa y guardarla. Todos contamos con millones de fotos, son tantas que ya no las abarcamos. Antes construías tu vida en base a unos pocos álbumes. Hoy la mayoría de los jóvenes hace fotos casi a diario, es una especie de construcción biográfica acelerada, donde lo de hoy arrastra lo de ayer con otro aluvión de datos. Hay que actualizar, crear nuestra identidad en la red. Es la irrelevancia en la pantalla, la habitación global.

Se trata de mostrar una visión estilizada de uno mismo en este otrora diario íntimo que ahora es para todos los públicos y que no se asienta en las profundidades psicológicas. Se muestra una especie de máscara, de autoficción del ámbito privado en un mundo que pone en segundo lugar el yo público, un yo denostado. Es como si sólo lo íntimo se considerase lo verdadero, nuestras preocupaciones y emociones lo único real. La casa es el lugar en el que cumplir nuestros deseos pues es el lugar donde desaparecen las molestas imposiciones de

la vida pública. Es el culto a los estados subjetivos del yo, a lo doméstico, a la habitación de uno, como dijo Virginia Woolf.

Hoy en día se lleva derrochar confidencias, escribir autobiografías, confesarse compulsivamente, mandar y mandar mensajes de forma frenética: si no te comunicas no existes, sólo lo nuevo cuenta. Estas nuevas formas de comunicación no tienen la estructura de un relato coherente, son fragmentos, parcialidades. La comunicación a distancia invita a decir cosas sin ruborizarnos, a ser breve, atropellado, a no planificar el texto, a leerlo de un vistazo. El lenguaje de estos sitios es coloquial, breve, saturado de emoticonos. Muchas veces se trata de mensajes minúsculos, tipo *Twitter*. No se trata de indagar en las profundidades del yo, hemos perdido hondura e introspección, trabajamos lo epidérmico.

Nuestra vida es más una película que una novela, la epopeya del hombre común que ha conquistado el derecho a tener una audiencia. La vida cotidiana se convierte en una serie con todo lujo de detalles al estilo del memorioso Funes borgiano. Una recopilación de todo, sin cribar lo importante o eliminar lo accesorio, esto es, sin resaltar nada significativo.

Estas ganas de mostrarse parecen mostrar el deseo de escapar de la intimidad, de exteriorizar nuestra subjetividad, de escapar del silencio que supone entenderse a uno mismo. Se trata de convertirse en estrella siguiendo las pautas mediáticas: Fulanita cogiendo un avión, comiendo con sus amigas... El yo dispone de medios para mostrarse, estilizarse, promocionarse y venderse.

Estas imágenes conceden realidad a una experiencia que se nos escapa, es la escritura en imágenes de uno mismo, el yo siendo a la vez el narrador y el personaje que sale en la pantalla, convertida así en el nuevo soporte de la vida virtual.

Consumimos mucha intimidad, hay ansia por consumir vidas ajenas en su totalidad, sin límites ni censuras. Se trata de explicitar todo de forma que se entienda de un vistazo, convertir el mundo en transparente, con visibilidad total,

como las modernas construcciones hechas de cristal, desde donde se puede ver y ser visto: deseo de transparencia, de coger fuerza a través de las miradas de los otros, de sentirse menos solo.

Vemos programas de telerrealidad, oímos programas de radio de testimonios, documentales que nos hablan de rupturas y de la familia del realizador...Lo real se convierte en un fetiche en el mundo hiperreal. Se trata de mostrarlo todo, de exhibir lo íntimo sin pudor, de mostrar la autenticidad del yo.

### **3.15. Los nuevos roles y la familia**

La sociedad posmoderna ha cargado sobre nuestras espaldas mucha responsabilidad, ya no hay una almohada sobre la que reposar nuestras cabezas cansadas, un padre que nos diga qué hay que hacer, unas normas claras que nos den seguridad. Hoy cada uno debe definir qué es lo correcto y buscar su definición individual. Puedes reverenciar las costumbres del pasado o simplemente reírte de ellas, pero al no haber definiciones claras se produce desorientación en los papeles y oscilaciones en los objetivos y los deseos.

Los roles no escapan a esta indefinición. En nuestro mundo conviven muy distintas ideas sobre qué es ser hombre o qué es ser mujer. Las visiones tradicionales conviven con la teoría *queer*. Cada uno tiene sus propias ideas, desde gente que cree en las grandes diferencias biológicas entre los géneros, hasta los que opinan que las construcciones de género han sido inventadas a lo largo de la dominación histórica, que son construcciones creadas artificialmente, que el género es solo una etiqueta cultural, nada de una esencia.

Esto hace que haya muchas reglas de juego y que muchas veces no sepamos qué reglas seguir. Los arquetipos daban seguridad. Hoy nos alejamos de papeles fijados, pero sin abandonarlos del todo, lo que provoca un cierto desconcierto. Estos cambios altamente positivos para la mujer provocan en ocasiones en ambos

sexos una cierta desorientación, pues las reglas aún no están claras del todo. Un chico no sabe si debe abrir la puerta - ¿será visto como caballerosidad pasada de moda o como un detalle de educación?-.

Lo que sí parece evidente es que, en general, los roles masculino y femenino han cambiado muchísimo en las últimas décadas. Esto está íntimamente relacionado con la incorporación de la mujer al mundo laboral y con la disminución del machismo. La mujer ya no es en las sociedades postindustriales el ama de casa, cuidadora de los hijos –aunque siga responsabilizándose más de estos menesteres-. Esto ha trastocado y cambiado el sistema imperante durante siglos y ha hecho que cambien muchas cosas en relación al deseo femenino. La mujer puede separarse, tiene recursos, es independiente. Se ha desintegrado el sistema patriarcal. Las mujeres tienen el mismo derecho al deseo que los hombres, incluso a la obscenidad y a la vulgaridad: el código tradicionalmente masculino se ha hecho también accesible para las mujeres. A su vez, el código de la virilidad también ha cambiado. Hoy los hombres deben mostrar más su sensibilidad, ser más empáticos y delicados.

Analicemos por un instante las revistas femeninas. Nos hablan de cómo recuperar a tu pareja, cómo luchar contra la piel de naranja, cómo hacer de tu casa un hogar, qué ponernos en cada ocasión, qué deportes practicar, cómo conseguir un ascenso. Nos dicen que debemos ser deseadas, gustar a los demás y pensar en nosotras. Debemos ser competentes y autónomas en todas y cada una de las facetas de la vida, explotar al máximo nuestras posibilidades en todos los campos, y eso es inviable. Envían mensajes contradictorios, te dicen que debes ser una mujer segura y dedican seis páginas a tratamientos de belleza. Exhortan a modelos irreales. ¿Cómo seré una gran profesional y una madre ejemplar con este horario laboral?, ¿cómo conseguiré hacerlo todo con la apariencia de una jovencita dinámica siempre deseada y natural? Es imposible cumplir tantas exigencias. Sólo nos queda refugiarnos en el humor y decidir qué deseos son primordiales y cuáles pueden pasar a segundo plano.

En un mundo necesitado de afecto, la familia es lo más valorado por los habitantes posmodernos según las encuestas. Es normal que en una sociedad tan mercantilizada como la nuestra se trate de glorificar la vida familiar, lo que no impide que la familia sea otra comunidad cada vez más reducida: los primos, tíos y demás parientes casi se han evaporado del día a día. La familia se ha vuelto nuclear, se diluye la idea de la familia extendida. La familia necesita dedicación, y el tiempo del que se dispone muchas veces no es suficiente, o preferimos dedicarlo a otra cosa. Este tipo de familia es muestra de la individualización y del crecimiento de las grandes ciudades.

Nos enfrentamos con lo que Emile Durkheim llamó anomia: en las relaciones cada vez hay menos normas y patrones. Los roles familiares ya no son claros, hay códigos múltiples, el tradicional, el igualitario, el “cree usted su propio código familiar”. Madres solteras que han recurrido a donantes de esperma, familias fusionadas, parejas de gays y lesbianas: todos son modelos familiares habituales en nuestra sociedad. Es el fin del patriarcado, cada persona hace lo que le apetece. La familia posmoderna es un puzzle en recomposición. Este cambio de la familia tradicional a la transitoria se ha producido muy rápidamente en nuestro país, que hasta el 81 no legaliza el divorcio.

Se produce en nuestra sociedad una disminución de matrimonios, los que se producen son a edad más tardía, se reduce el número de hijos y aumenta la cifra de divorcios. La pareja es un contrato inestable y rescindible. Vivimos en época de contradicciones, de vaivenes sentimentales, de pocas renuncias al deseo individual.

Lo predominante es la familia nuclear de pocos hijos que, además, muchas veces cuenta solo con uno de sus progenitores al frente. Es más, hay familias que son concebidas así: ya no es necesaria la figura del padre para engendrar un hijo y la madre puede sustituirse por un vientre de alquiler. Previo pago, claro está.

En un mundo sin vínculos sólidos como el nuestro sólo hay uno que parece sobrevivir: el amor al hijo. Se busca en el hijo una vinculación de por vida, que

sea irrompible, ya que la pareja sí lo es. En un mundo de inseguridades en los afectos, el amor maternal es el único que parece permanecer como vínculo eterno, en el que entregarse está bien visto. Es un amor inevitable, indestructible. El único marco afectivo que no nos va a dar la espalda.

No tener hijos es una opción legitimada, sin embargo, todo lo relativo al embarazo y a la maternidad se sigue presentando de forma idealizada, se vende como el gran momento en la vida de la mujer. La idea de la madre sacrificada que renuncia y vive luego la gratificación a través de sus hijos no resulta actual. La realización debe ser del individuo, no proyectarse en los otros.

Cada vez es más habitual la familia monoparental y, aunque aumenta la custodia compartida, la mayoría de los niños sigue viviendo de forma regular con la madre. Para muchos, la casa es la casa de la madre y la familia la de la mujer, los hombres entran y salen. La figura paterna está cada vez más desdibujada en muchas familias. Marina dice que el 40 % de los niños de padres separados pierde el contacto regular con uno de ellos, en la mayoría de las ocasiones el padre. Por otro lado, del hombre duro que imponía autoridad se ha pasado a un hombre más blandito que está muy implicado: “Estamos embarazados”. Nos encontramos, por tanto, con varias opciones: la paternidad desdibujada o la implicada, lo que desaparece es la autoridad tradicional. Y es que la nueva familia no es jerárquica, sigue modelos más democráticos. Los padres presumen de ser amigos de sus hijos y el hogar es el lugar seguro frente al mundo hostil, un lugar donde expresarnos emocionalmente.

En nuestra sociedad los dos miembros de la pareja deben trabajar fuera de casa, sólo las clases más altas no lo hacen así. Esto hace que no haya tiempo para los cuidados familiares a la forma tradicional. Cuidar se ha convertido en gastar y algo que siempre ha significado amor, cuidamos a los que queremos, ahora lo hace gente contratada.

Hay enfrentamiento entre trabajo y familia, como muestra la perenne presencia del término conciliación en nuestros días. Las personas deben adecuarse al ritmo

laboral, desatendiendo el familiar: atender bebés, cuidar enfermos. Lo imprescindible es mantener el empleo, eso es lo más importante.

El hogar es considerado cuasi sagrado pero nos falta tiempo. Hay que organizarse para ser una madre eficiente y suplir con dinero el tiempo del que no disponemos. La familia es un trabajo y por lo tanto también le aplicamos el concepto de eficiencia. Con los horarios laborales de la mayoría es bastante escaso el tiempo que los padres pasan con sus hijos, lo que genera culpabilidad.

Las personas mayores, que cada vez son más, estorban, pues implican muchos sacrificios para el yo. Es difícil dedicarse a una familia cuando uno tiene que trabajar y estar pendiente de los mandatos posmodernos, de manera que en la familia postmoderna muchas tareas que antes realizaban sus miembros las realizan ahora especialistas externos. El cuidado se ha convertido en otro servicio que adquirimos y que se vuelve más impersonal y menos afectivo: las primeras palabras del niño son oídas por la cuidadora de la guardería, nuestra última voluntad será escuchada por un auxiliar en una residencia. Esto es lo que Arlie Russell Hochschild<sup>75</sup> llama “mercantilización de la vida íntima”, y dice que esta mercantilización es “la cultura que gobierna las relaciones personales en el capitalismo avanzado”.

No olvidemos que las clases más privilegiadas siempre han delegado estos cuidados, pensemos en las niñeras, institutrices, conductores, planchadoras o amas de cría, pero ahora se ha convertido en algo habitual. Lo paradójico es que gran parte de las cuidadoras- inmigrantes- deben a su vez dejar a sus propios hijos en manos de otras personas. Los países ricos muchas veces importan este cuidado de gente que viene de países pobres, de forma que hay montones de niños a cargo de gente que no son sus padres.

---

<sup>75</sup> Ver su obra *La mercantilización de la vida íntima*, pág. 26.

### 3.16. La pareja

En estas líneas tratamos de analizar los repertorios amorosos posmodernos, la multiplicidad de los deseos del hombre de hoy y veremos cómo la autorrealización individualista se impone por encima de todo, pues el amor es ahora más recibir que dar, lo primero es el yo, y el yo no quiere sacrificios ni obstáculos, por lo tanto, la crisis actual de las parejas no viene de la represión sino de la individualización, un proceso que nos ha traído carencias afectivas, pues no olvidemos que ser amado es una de las fuentes más importantes de la autoestima.

El patrón cultural predominante es que la relación es una inversión en la que esperamos beneficios, es decir, los valores empresariales también imperan en el amor donde hay que buscar el máximo interés. Aunque una pareja se comprometa, ese compromiso se puede romper, luego no es un auténtico compromiso. Esto genera inseguridades, pues nos pueden dejar en cualquier momento. Las relaciones a su vez son como los trabajos: debemos ser flexibles y favorecer la independencia. Los componentes de dominación y servidumbre ya no son aceptados. Amor no significa abandonar el interés por uno mismo, llegar a anteponer la felicidad del ser amado a la nuestra. Esto entrañaría una seria contradicción con el individualismo que reina en nuestros días: yo antes que todos. La lógica afectiva desinteresada no es muy frecuente, ¿por qué estar con alguien que no te da nada? Si el individuo es lo primero es difícil que triunfe el amor.

Los habitantes posmodernos necesitamos amor, cariño y afecto, pero creemos que el vínculo instaura debilidad. La pareja no es una, son dos individuos unidos temporalmente porque les apetece en un contrato en el que ambos deben salir beneficiados. El amor nos debe aportar algo bueno, ayudarnos a la realización personal. Si esto no es así, es decir, si el balance no es positivo, cualquiera de las partes puede rescindir el contrato. Vemos el amor como un contrato, pero

muchas veces olvidamos que amar es un arte que, como dice Fromm, hay que ir aprendiendo, que para amar hay que dejar el narcisismo, algo difícil a día de hoy.

Además, el compromiso de por vida cerraría nuestro destino, y eso no nos gusta. Vemos el amor como crecimiento personal, como comunicación, no como compromiso. Podemos decir, que suena más suave, que nos implicamos. A veces hacemos de los otros un simple instrumento que nos permita alcanzar nuestra autorrealización. Olvidamos que los conflictos, la competencia entre los sexos y la manipulación forman parte de la esencia del emparejamiento humano. Sólo si queremos que una relación llegue a buen término debemos entender y luchar contra estos factores. El amor implica esfuerzo y dedicación.

La pareja es el lugar de lo íntimo y lo cercano. Lo que se opone a muchas relaciones sin profundidad que mantenemos. El problema es que hay un sentir de hipotecar tu libertad y un odio cerval a la rutina, a lo que permanece inmóvil. Es otra vez lo de siempre. Nos cansamos y no estamos seguros. Muchas posibilidades, uno no sabe si elige bien o si está haciendo el canelo, dónde está ese punto en el que es conveniente conformarse con lo que uno tiene o seguir buscando. ¿Es aceptable la relación que tengo o podría tener una muchísimo mejor?, ¿estaré siendo muy conformista o si lo dejo tiraré algo valioso por la borda?, ¿es más importante su forma de ser o el deseo sexual que siento hacia la otra persona?, ¿voy a renunciar a volver a sentir la pasión del principio? Estas son preguntas que nos asaltan porque hay opciones de cambio.

“Pero la abundancia de opciones característica de los tiempos modernos ha trastocado estas tecnologías. Nuestros antepasados barajaban un número misérrimo de opciones que exigían cambios exiguos en sus tecnologías del compromiso. La prosperidad económica provoca, en cambio, un flujo de novedades y de nuevas recompensas a cual más atractiva”<sup>76</sup>

Poca gente quiere renunciar a su libertad, a su independencia. Las relaciones de pareja ya no son contratos indefinidos y de renuncia, sino de duración determinada con opción a renovarse o no cuando acaba el romanticismo.

---

<sup>76</sup> Punset, Eduardo, *El viaje al amor*, pág.231

Queremos lo bueno de las relaciones sin compromiso, pero no asumimos la parte negativa que conllevan. El compromiso supone cerrar la puerta a otras posibilidades que podrían ser mejores. El problema es que seguimos soñando con el refugio eterno y el amor incondicional. Estos roles utópicos siguen en el imaginario colectivo, tal y como podemos ver en muchos anuncios publicitarios. Te querré hasta que deje de quererte y entonces, si tengo independencia económica, te dejaré por algo mejor. La ruptura puede ser en cualquier momento. Hay muchas relaciones sin pretensiones, pero aunque las haya, tampoco quiere decir que se vaya a cumplir lo deseado. Esta falta de estabilidad emocional hace que busquemos la estabilidad en el trabajo, donde, como hemos visto, tampoco la logramos. Nuestro mundo no entiende de seguridades, confianzas y certezas. La naturaleza del deseo tiende a lo nuevo, es difícil desear lo que uno ya tiene. Podemos valorarlo, pero ¿desearlo? La sociedad nos dice que busquemos deseo fuerte, que no hay cortapisas para cambiar de pareja. Hay montones de opciones y libertad para elegir. El apartado amoroso de nuestras vidas se divide en muchos episodios, en lo que cada uno es un cuento separado, por lo que hay fragmentación y relatos inconexos. Y es que la vida se ha alargado mucho, un único amor parece poca cosa. Además, hay que gozar y experimentar. A la posmodernidad le gusta el cambio.

Cada vez seguimos estrategias emocionales más frías, más de mercado, de pensar en los beneficios del individuo, en sus propias necesidades. Las relaciones en muchas ocasiones siguen las pautas del consumo, si no nos gusta la elección que hemos hecho, podemos cambiarla por otra, una vez que veamos las pérdidas que debemos asumir (véase dinero, hijos). Además, expresamos nuestro amor a través de regalos. Hemos reducido la pareja a lo que hemos reducido todo, a que nos haga sentirnos llanamente bien y que nos dé algo.

La posmodernidad nos dice que debemos ser independientes, es decir, huir de los lazos muy fuertes -son casi vistos como forma de opresión-, pues nos vuelven dependientes. Debemos profesar el desapego para no lastimarnos, como si el ideal fuera el ser autosuficiente. Amar ya no significa entrega y dependencia.

Aún así, seguimos enamorándonos, diciendo frases grandilocuentes (te amaré hasta que la muerte nos separe) pero los datos dicen otra cosa. El amor tiene fecha de caducidad, o al menos el amor romántico que sigue guiándonos a tantos fracasos. El éxtasis emocional del principio caduca, no lo digo yo, lo dicen los científicos. Esta pasión tiene fecha de caducidad igual que un alimento del supermercado. Si eso es lo que esperamos al unirnos a alguien, lo imposible, el fracaso está garantizado.

La vida es móvil, cambiante, nuestro camino no está fijado de antemano. Esto nos da incertidumbre pero también trae consigo la esperanza: si las cosas no funcionan con mi pareja puedo encontrar otra, no hay trabas sociales. Cada vez vivimos más años y hay más opciones de emparejamiento. El aumento de la esperanza de vida ha venido acompañado de la dilatación de nuestro historial amoroso.

El hombre siempre ha amado el deseo ardoroso del principio y el placer que un cuerpo nuevo proporciona. El antaño matrimonio burgués daba entrada a este deseo en la figura del amante. Hoy sigue existiendo esta figura, pero ha pasado a un segundo plano. Podemos romper la relación e irnos con quien deseemos. Además, antes el matrimonio no era tanto por amor, hoy, supuestamente nos casamos movidos por este sentimiento, y digo supuestamente porque aunque nadie lo reconozca hay mucha gente que lo hace porque es lo esperable, porque quiere tener hijos o por no estar sola. Pero más allá de excepciones, hoy no tiene sentido estar con quien no deseas. Más que matrimonio de tres, lo que se estila es la monogamia sucesiva. Si algo no nos convence no hace falta recurrir a la aventura extramatrimonial, muchos no estamos casados y podemos poner punto y final a la relación que no nos convence en un santiamén.

Muchos somos hijos de relaciones fracasadas y llevamos, a su vez, sobre nuestras espaldas también bastantes fracasos sentimentales. Lo sorprendente es que, a pesar de que la realidad nos ha demostrado otra cosa, tenemos unas expectativas gigantescas: el príncipe azul renovado cada día. El problema es que no existe y la

verdad es que el enamoramiento se va atenuando y el gran deseo un buen día desaparece de ti: las relaciones perfectas sólo existen en las películas.

Finalmente me gustaría dedicar unos párrafos a internet, el espacio donde cada vez se crean más parejas y relaciones. La red nos ofrece millones de posibilidades, nos lo brinda todo. En mundo con tanta soledad y tan pocos vínculos sociales sentimos con internet que el mundo está delante de nuestros ojos, que podemos escapar de la soledad y dar con lo que queremos. La posibilidad de encontrar lo que deseamos se esconde en nuestro ordenador.

Las páginas de encuentros y de buscar pareja no paran de crecer y ya son utilizadas por gente de todas las edades. Tenemos *Meetic*, “para solteros exigentes”, *Match.com*, *Vadoo*, *E-darling*, *Adopta un tío...* Cada vez son páginas más especializadas en función de nuestra edad y de nuestros objetivos. Hay páginas para relaciones formales y otras para relaciones esporádicas, donde el usuario deja claro lo que desea - quiero sexo los jueves con mujer madura, por ejemplo- y no da palos de ciego.

Internet es una forma cómoda de conocer gente, si algo no nos convence simplemente no contestamos, no hay compromiso de estar, si nos apetece nos conectamos, si no, no nos molestan. Esto es perfecto para el hombre sin ataduras, es la comunicación sin piel, ligera y portátil. Son las nuevas relaciones virtuales, desrealizadas y sin cuerpo.

En internet es muy fácil jugar a ser otro. Es el lugar perfecto para crearnos nuevas identidades que nos satisfagan y lograr que embelesen a alguien, para coger confianza en nosotros mismos. Es un espacio de travestismo y de juego que nos facilita establecer contactos. Podemos jugar con nuestra identidad, algo que es a la vez público y privado. Hacemos un perfil y recibimos montones de mensajes, sentimos que no estamos aislados, que resultamos interesantes y somos deseados. Nos permite ser libres, inventarnos de nuevo, ser anónimos si así lo deseamos, descargarnos de pesos sociales.

### 3.17. El amor

El amor, al igual que todo, tampoco se escapa de la definición cultural. Cada época posee sus propios paradigmas sobre cómo expresarlo y vivirlo. La cultura es el marco que nos dice qué emociones son apropiadas, cuáles son los límites normales, cómo interpretarlas. La cultura también nos da los símbolos del amor y los escenarios apropiados. Nos enamoramos porque sabemos qué es enamorarse, porque definimos qué es el amor. Muchas veces manejamos nuestras emociones para cumplir con las reglas culturales de nuestra tribu posmoderna.

La literatura ha mostrado siempre modelos de cómo amar, pensemos en el amor cortés. Hoy estos modelos nos los dan las películas. Los modelos son los mediadores entre el deseo que surge en nosotros y la forma que intentamos darle. Estos patrones sociales nos dicen cómo deben manifestarse nuestros deseos en la realidad, qué lenguaje es el apropiado para expresarlo. No es de extrañar que el lenguaje del amor sea un refrito de las palabras de los grandes amantes y de los grandes literatos. Lo curioso es que algo tan dicho y manido lo vivimos de forma espontánea. En una sociedad tan individualista como la nuestra tenemos la ingenua ambición de amar de forma única.

Nuestra idea del amor es como un camino que culmina en el enamoramiento, y digo culmina aunque debería ser empieza. Pero es que el principio es lo más deseable para muchos. Las otras fases ya no son presentadas como tan atractivas. La mayoría de las parejas añoran los días en que estaban nerviosas y sentían mariposas en el estómago, en que la relación aún era precaria e incierta. La mayoría de la gente cree – y es muy probable que casi siempre haya creído- que estos sentimientos son los más deseables, y es que son los más intensos y embriagadores. La cuestión es que antes la sociedad imponía que después del romanticismo venía el compromiso y la familia. Hoy en día esto no es así, y es normal que las relaciones no duren en el tiempo. Cuando se ha recorrido el primer tramo, llega la rutina y comienza el marchitarse de este sentimiento que se

nos presenta como amor verdadero. Queremos amores ardorosos que no amenacen con el aburrimiento. Pedimos a los demás lo que nosotros tampoco ofrecemos. Buscamos excitaciones, que iluminen nuestro mundo, que lo vuelvan interesante y estimulante.

En nuestra sociedad lo nuevo, por el mero hecho de ser nuevo, es presentado de forma positiva. Una relación de años es vista como aburrida, antigua. Parece como si hubiera que estrenar relación cada cierto tiempo. Ya hemos dicho que vivimos en la paradoja de sentirnos solos, angustiados, buscando relaciones y a la vez poniendo trabas para que prosperen. Nos gusta lo ligero pero añoramos la seguridad, queremos la unión pero tememos el encierro.

Queremos romanticismo a la carta y que pueda cortarse cuando se nos antoje. Creemos que el romanticismo, que siempre ha sido el principio, es el amor realizado, que a partir de ahí su dirección es la muerte. Nos interesa la seducción, los desafíos. Nos gusta el acto de adquirir nueva pareja, de la compra, no de preservarlo.

“El deseo es el impulso a despojar la alteridad de su otredad, y por lo tanto, de su poder. A partir de ser explorada, familiarizada y domesticada, la alteridad debe emerger despojada del aguijón de la tentación, sin ningún acicate”<sup>77</sup>

Consumimos muchas relaciones livianas, hemos accedido al supermercado sentimental. Nos gusta el acto de consumo, el impulso de poseer al otro sin esperas ni preparativos. No esperamos a que crezca o madure, no queremos demoras, puesto que si esperamos se nos pueden ir las ganas. No estamos dispuestos a superar obstáculos, las soluciones deben ser inmediatas, el deseo no puede esperar. Y eso que el deseo aumenta con el tiempo.

Hemos dicho que la posmodernidad premia lo excitante, lo eufórico, por lo que no es de extrañar que idealice la primera fase del amor, la fase romántica, mucho más intensa que las fases posteriores, más estables y sólidas. Además, la primera fase del amor es la novedad, y ya sabemos que el hombre posmoderno ama lo

---

<sup>77</sup> Bauman, Zygmunt, *Amor líquido*, pág. 24

nuevo, el inconveniente es que no hay amor que siempre sea novedoso. El amor posmoderno es revelado bajo la forma de la excitación y de la seducción, del deseo. La gran desdicha es no ser deseado, algo lógico en un sistema que, como propone Baudrillard, sustituye la opresión por la seducción.

Nos interesa la seducción y la conquista, los juegos, la antesala que dice Punset. Cuando más disfrutamos es con el principio, con el momento más irreal de la relación, ese en el que no hay cimientos. La conquista es una promesa de felicidad, un juego en el que muchas veces proyectamos irrealidades. Pero, ¿qué es la conquista sino un juego de máscaras en el que sólo se muestra la cara más amable?

Nuestro mundo, nuestras pantallas, presentan el amor siempre en su primera fase, el amor es la cena con velas, las primeras citas y sus rituales. En un mundo sin utopías el amor es confundido con el enamoramiento y es representado de forma ideal. Este amor romántico, el que nos gusta, es representado con variadas referencias a la naturaleza o al lujo sofisticado. Los medios nos presentan una utopía en imágenes, algo así como el amor espectáculo. No es de extrañar que se codifique el amor como el amor romántico, pues el enamorado comparte los valores imperantes de la posmodernidad: vivir el presente, sensualidad, sentimientos intensos, diversión, placer, novedad, excitación. El amor romántico presenta los mismos valores que reinan en otros campos de lo social.

Las personas nos esforzamos porque nuestras relaciones se asemejen a dichos panfletos de armonía total en una época de relativismo moral y emocional. El amor es otro campo abierto para la experimentación, un lugar al que nos aferramos. Al haber perdido el sentimiento de pertenencia a una comunidad, la alternativa que nos queda es la comunidad del tú y el yo. Pero la estadística de divorcios y la brevedad de las relaciones nos dice que estas comunidades son frágiles y propensas a la ruptura.

La codificación romántica del amor es plasmada por la publicidad y por el cine. Las películas, *reality shows* y revistas son nuestra educación sentimental en la

cultura de masas. Muchas elevan nuestras expectativas sobre el amor y pueden dar respuesta a nuestras preguntas. Los medios de masas nos dan los relatos colectivos a falta de otros. Ambos imponen convenciones que podemos seguir o de las que podemos tratar de distanciarnos irónicamente. Las representaciones cinematográficas se alzan como modelo de cómo debe ser el amor romántico, el bello, el que vale la pena, pues matrimonio será casi siempre sinónimo de tedio. El amor debe ser pasional, intenso y placentero, fogoso. Estas imágenes o simulacros del cine estructuran nuestras ideas, aunque muchas veces seamos conscientes de eso, de que sólo son simulacros. Pero muchas veces ejercen un poder tan fuerte que deseáramos que esas imágenes fueran nuestra propia experiencia, la cual sale perdiendo al ser comparada con lo irreal. Confundimos las representaciones del amor con el amor. Emma Bovary no distinguía las novelas románticas de la realidad, los hombres posmodernos no distinguimos entre las películas y la realidad. Las películas de Hollywood de final feliz son algo así como la idea del amor platónico. Los hombres posmodernos – los prisioneros de la cueva- las tomaríamos como referente, pero nuestras historias amorosas reales sólo serían como malas copias de esos originales que nos son vedados. Nuestras experiencias amorosas se convierten así en malas imitaciones, y es que es fundamental comprender que el amor, al igual que cualquier sentimiento, sigue pautas culturales aunque creamos que lo vivimos con absoluta libertad. Este hecho también nos serviría para ejemplificar la repetida afirmación sobre la posmodernidad que dice que se desdibujan las fronteras entre la ficción y la realidad, pues los modelos parecen tener más fuerza y consistencia que la realidad misma. Nuestra vida es la imitación de los códigos ficcionales y nuestro vocabulario amoroso puro formalismo.

Buscamos el amor utópico y nos enfrentamos con el desencanto y con el consumo de bienes y experiencias. El amor romántico está muy asociado con la cultura del ocio, pues para que una pareja funcione debe haber diversión y placer, y para que haya diversión casi siempre debe haber dinero y tiempo libre. El amor no escapa de la mercantilización y es que el capitalismo ha colonizado todas y cada una de las esferas de nuestra vida. La boda ha pasado de ser una tradición a

la experiencia lujosa de un día feliz, la sociedad nos dice que el amor se demuestra con regalos, que hay climas y escenarios propicios para el romance, y no es casual que muchos sean muy costosos. La publicidad nos muestra estos escenarios amorosos de paredes de sueños, casi etéreos. Estos espacios son evocadores de amor, de libertad y de placer. La publicidad se convierte así en una intermediaria entre los deseos del individuo y los mercados. Romantizan los objetos, les dan espíritu, los vuelven eróticos. El amor romántico es un importante nicho de mercado: escapadas románticas, regalos para el día de los enamorados, novelas románticas... Podemos hablar de romantización de objetos. Romántico es un restaurante elegante, un diamante, lo alejado de la vida familiar, de lo cotidiano, lo opuesto al trabajo y al ahorro. El romance se asocia con el consumo, con lo apartado de la vida rutinaria. El romance también tiene sus elixires: los vinos y el champagne caros, que se han convertido en auténticos símbolos. Lo más caro se asocia con lo más romántico. El romanticismo es toda una puesta en escena orquestada por el consumo, repleto de símbolos y con componentes rituales. Los obsequios además de ser una forma de expresar nuestro gusto y posición, dejan constancia de nuestros sentimientos. George Bataille compara este dispendio del romance con los sacrificios de las sociedades primitivas, actos que iban en contra de lo útil. Un espacio será más propicio para el romance cuanto más se separe de nuestra vida cotidiana, cuanto más subvierta las condiciones sociales habituales. Es en los sitios exóticos donde creemos que podemos dar rienda suelta a nuestro auténtico yo, el turismo – que no deja de ser un acto de consumo-es la vuelta posmoderna al paraíso perdido. Romance debe ser consumo de experiencias, es decir, es un sistema muy fructífero para el capitalismo, pues ya no queda ningún rincón de nuestra intimidad que no haya sido tocado por sus tentáculos. Eso sí, cada grupo social tendrá sus propias codificaciones del romance. La alta cultura se reirá de los corazones encarnados del día de los enamorados, pero no de una copa de buen vino con ópera de fondo, es decir, rompen sólo ciertos fetiches que se consideran kitsch y hacia los que interponen una distancia irónica, pero las clases altas no escapan a esta mercantilización, simplemente proponen nuevos fetiches para los que también es

necesario el dinero, y probablemente en cantidades más elevadas. No compran el 14 de febrero, pero compran romanticismo también. Simplemente se distancian irónicamente de los sentimientos más convencionales.

Como hemos visto vivimos en una sociedad que premia lo pasional, lo instintivo, lo excepcional, lo memorable, lo ideal, lo estético, lo excitante. Se busca que el amor sea la fuente de experiencias, que se aparte de nuestra vida cotidiana, como si la mayor parte de nuestra vida no fuera más que eso, cotidianidad. Los folletos de viajes muestran parejas fuera de su rutina, felices en lugares exóticos, y es que las vacaciones son el ocio en mayúsculas, el espacio para la libertad, para ser uno mismo y para el romanticismo.

Hemos sacralizado lo romántico:

“...los anhelos utópicos que constituyen el núcleo del amor romántico presentan una afinidad profunda con la experiencia de lo sagrado. Como plantea Durkheim, este tipo de experiencia no ha desaparecido en las sociedades seculares, sino que ha migrado de la religión propiamente dicha a otros dominios de la cultura (Alexander, 1989). El amor romántico es uno de los puntos de ese desplazamiento”<sup>78</sup>

De la sacralización del matrimonio ante dios hemos pasado a otro tipo de sacralización. El amor romántico se ha sacralizado porque tiene un aire transgresor, está por encima de grupos sociales, porque pensamos que ayuda a realizarse al individuo, porque plantea la idea de la fusión, de la transformación de dos personas en un nosotros, se liberan energías reprimidas, son estados de agitación... Es un estado con similitudes con los momentos de comunión o celebración religiosa.

Se nos presentan dos tipos de amor: por un lado el positivo, espontáneo, intenso, químico y placentero; por otro lado estaría el trabajoso, realista, sensato, aburrido, cotidiano, cómodo. El problema es que es muy fácil pasar de lo excitante a lo cotidiano. La mayor parte de las relaciones de cierto tiempo están condenadas a volverse cotidianas, adjetivo que suena fatal, pero que no es más

---

<sup>78</sup> Illouz, Eva, *El consumo de la utopía romántica: el amor y las contradicciones culturales del capitalismo*, pág. 26

que nuestro día a día, nuestra vida, en definitiva. ¿Cómo fusionarnos con la idea de amor como una magia gratuita y que a la vez la relación prospere? Esta contradicción siempre ha sido explicada por los expertos diciendo que los fines del romanticismo y del matrimonio-hoy pareja estable- son divergentes entre sí. El amor romántico es intenso, idealizado, el matrimonio basa su éxito en la aceptación de los defectos del otro, en lo cotidiano.

Estamos atrapados entre presiones contradictorias. Entre la necesidad de estabilidad y afecto y la opción hedonista-liberal. Según muchos críticos estamos ante formas de relación adolescentes e inmaduras, de sucedáneos del amor, de ideas endeables. Como hemos visto vivimos inmersos en una contradicción: deseamos lo excitante eterno, cómodo, pasional y confortable. Sabemos que el amor prospera en lo cotidiano, y no nos gusta lo cotidiano, porque no es nuevo. Mezclamos dos estructuras opuestas del relato amoroso, la coherencia de la modernidad estalla. Queremos amor con romance, pero definimos amor como serio, prolongado, realista, y romance como novedad y flechazo. Queremos un amor eterno que sea tan excitante como una aventura, algo que no existe porque aventura indica brevedad.

Queremos la tranquilidad y la estabilidad de una pareja con la pasión, el sexo y el enamoramiento del principio. Y eso es prácticamente imposible. Hay que elegir. La novedad es maravillosa, claro que sí, pero la estabilidad también. Una u otra. Nuevo y estable tienen semas antónimos. Aquello de vivieron apasionados para siempre no va a poder ser porque no podemos desear ardientemente lo que tenemos, podemos quererlo pero desearlo tanto como la primera vez no está en nuestra naturaleza. La pasión desemboca en tranquilidad, cariño y calma dominical, y esto no nos gusta. Es imposible mantener la pasión del primer día, la propia expresión lo dice. Pero la sociedad nos dice que debe ser así. Seguimos necesitando la estabilidad de la vida en pareja, el ser imprescindible y no intercambiable para el otro, pues el ser necesario nos da autoestima.

Con la pareja pretendemos aunar el amor erótico con un amor más duradero, más parecido a la amistad- siempre recíproca- que por definición pervive en el tiempo

más que la atracción sexual. Sería una suma de elementos: sexo, comunicación, confianza, compromiso... Suenan mejor enamorarse.

La mayor parte de la gente se casa o empareja con personas que ama y que pertenecen a su estrato socioeconómico, buscando un equilibrio entre el amor romántico y el pragmático, entre lo instintivo y lo útil, lo racional y lo irracional. Los resultados no son muy buenos. Tratamos de armonizar dos cosas distintas: el deseo y el amor a largo plazo. Si queremos estabilidad debemos renunciar al deseo intenso. Además, los hombres y las mujeres según encuestas realizadas en múltiples países tienden a casarse con personas similares a ellas. Si una persona muy deseable se casa con alguien que no lo es tanto, es muy probable que la relación se rompa porque la persona más deseable encuentre otro emparejamiento mejor.

Me gustaría poner fin a este apartado con las palabras de Illouz, que me parecen un magnífico resumen de mucho de lo expuesto anteriormente:

“... el código romántico se transforma en una emoción posmoderna sólo cuando articula otros prototipos culturales de la posmodernidad, como la fragmentación de la narrativa romántica totalizadora en una serie de experiencias intensas y a menudo breves que desmitifican el primer encuentro, el reemplazo de la estructura trágica por una distancia irónica con respecto a los propios ideales románticos, el culto a la sexualidad y la autorrealización en lugar de la devoción religiosa hacia el ser amado y, por último, la convicción de que los textos y los medios le dan forma a la propia identidad romántica”<sup>79</sup>

### **3. 18. El sexo**

Dice David M. Buss que “la puesta en práctica de determinadas estrategias sexuales del repertorio humano no sólo depende de las circunstancias

---

<sup>79</sup> Ibid., pág. 242

individuales, sino también, y de forma decisiva, de las culturales”<sup>80</sup>, es decir, nuestros instintos son adaptables a nuestro entorno, son una herramienta útil para la supervivencia.

La sexualidad posee un componente biológico y otro social y cultural, Foucault lo sabe bien. Es instinto y es cultura, sus concepciones varían de una época a otra. Como hemos visto, la concepción del amor y de las relaciones personales ha cambiado mucho, la del sexo también, especialmente desde la revolución sexual de los sesenta. Lo que hoy puede resultar deseable hace un tiempo no lo era. Las cortapisas al goce sexual han desaparecido, se han liberado los instintos, hay mayor movilidad y liviandad. El *homo sexualis* puede elegir lo que quiere como en un supermercado, siempre que sea libre y siga el imperativo posmoderno de gozar al máximo, de probarlo todo. Esto muchas veces acompleja a los individuos que sienten que no están a la altura o que no gozan lo suficiente. De el sexo debe ser con fines reproductivos hemos pasado a el sexo debe ser abundante y de calidad. Hay que expresarse y realizarse sexualmente. Hoy en día se pone en primer plano el deseo sexual, que se separa del amor auténtico. Hay que tener mucho sexo, excitante, variado y sin tabúes. Hay que alcanzar la excelencia, un imperativo exigente. Hoy el sexo es una promesa de felicidad, por eso el que no la encuentre en él, se sentirá decepcionado. Los estándares están altos, aunque más en los imaginarios colectivos que en la vida real, creo yo. La vida sexual de muchos no es tan estimulante, no nos engañemos. La ideología dominante posmoderna del orgasmo múltiple critica la austeridad

La sexualidad se ha vuelto divertida y creativa, y nuestra sociedad en escaparate de erotismo. Lo erótico es uno de los grandes reclamos publicitarios: Chocolates Valor, placer adulto. La venta de juguetes eróticos se dispara por internet y cualquier cosa puede ser vendida a través de lo sugerente del erotismo. El sexo nos interesa: sexo es la palabra más buscada en internet, por algo será, y la gente habla de él sin tapujos, se pueden dar detalles.

---

<sup>80</sup> Buss, David M., *La evolución del deseo*, pág. 39

Aumenta el número de personas que acude a centros de intercambio de pareja o que busca experimentar. El sexo debe ser variado y cuantioso. Poco es malo, nada de mezquindades con el placer. El problema es que es un hecho probado que la cantidad de relaciones sexuales de una pareja se va reduciendo a lo largo del tiempo. Si nuestra sociedad valora por encima de todo el deseo sexual intenso y la cantidad, no es de extrañar que mucha gente que lleva tiempo en pareja piense que las cosas no funcionan todo lo bien que sería deseable.

El sexo posmoderno es revocable, sin consecuencias. El amor libre de las comunidades *hyppies* ha dado paso a los sitios *swinger*. Me gustaría citar el otrora pueblecito naturista ubicado en Francia, Cap d'Adge, porque me parece muy representativo de la evolución de la concepción del sexo en las últimas décadas. Pasó de ser un lugar nudista, ecologista, comprometido políticamente, a un lugar para el sexo espectáculo. La desnudez y naturalidad dieron paso a la sofisticación, al fetiche, a la no reivindicación. Es el sexo libre con el discurso del placer, de la estética y de la diversión. El sexo ya ni reivindica, ni busca cambiar el mundo, ni lucha por la paz. El sexo es también un juego que hay que experimentar y glorificar. Hoy el sexo no es rebelde, no puede luchar contra lo establecido porque no existe tal cosa. Tratamos de volver a la inocencia de los orígenes. El problema es que el sexo instintivo y sólo como pulsión perdería el erotismo, según Onfray:

“El erotismo actúa como antídoto de la sexualidad definida por su naturaleza bestial: cuando el sexo habla por sí solo expresa las pulsiones más brutales del cerebro reptiliano ; cuando se manifiesta en el artificio, recoge lo mejor de la civilización que lo produce”<sup>81</sup>

Los cambios sexuales que se han producido en pocas décadas, al menos en España, son inmensos. De la imposibilidad para la mujer de abrir una cuenta bancaria sin el permiso de su marido al sexo sin trascendencia hay un gran trecho. De cuidado con el sexo hemos pasado a la idea de que el sexo es siempre bueno. Con esto lo que pretendo ilustrar es que muchas personas han vivido a lo

---

<sup>81</sup> Onfray, Michel, *La fuerza de existir: manifiesto hedonista*, pág. 119.

largo de su vida con códigos sexuales opuestos. En la España de los años ochenta ser hijo de padres divorciados era casi un estigma, las misas se llenaban y reinaban los tabúes. Hoy mantener relaciones sexuales con varias personas a lo largo de la vida sin haberse casado es absolutamente habitual. Las madres que escribían sobre la pureza de la virgen en sus cuadernillos escolares hoy aceptan con naturalidad las reuniones de *tuppersex* con las amigas. Digo esto para ver como la sexualidad es un campo también regulado por la religión y la política y como ejemplo de lo rápido que han cambiado las concepciones sexuales en nuestro país. El sexo casi siempre ha sido ideologizado y controlado por el poder. Hoy muchas de las normas que lo constreñían han desaparecido y se ha puesto en primer plano su componente lúdico, inocente, alegre, intrascendente. La honestidad y el pudor han pasado a mejor vida, pero el franquismo con su representación del infierno no queda tan lejos en el tiempo. Hoy las personas mayores de edad pueden hacer lo que les plazca. El sexo ya no es algo sucio, el onanismo es una bendición y cuando una mujer tiene la regla ya no “está mala”. Aunque aún quedan algunos restos de los antiguos códigos, la visión de la sexualidad en la posmodernidad es muy distinta. Nuestra sociedad es abierta, tolerante y sensual. La homosexualidad no representa ya un tabú y parece mayor el apoyo al colectivo transexual, aunque aún queda mucho por hacer. Lo *queer*, es decir, lo que se opone a lo “normal” está de moda.

El sexo puede ser con o sin afecto. En las sociedades posmodernas muchas veces pierde su componente espiritual. Se convierte en un placer sin más, otro bien de consumo, un dejarse llevar por el instinto, un acto trivial. Este tipo de sexo trata del placer, no de la comunicación espiritual. El sexo no afectivo lo que pierde es el gozo añadido del estar enamorado, la unión de dos almas. Se convierte en una experiencia banal y estúpida para la mayoría, citemos a Woody Allen: “El sexo sin amor es una experiencia vacía. Pero como experiencia vacía es de las mejores”.

Hoy el sexo llega rápido, no hay que esperar. Esto en ocasiones disminuye el deseo, pues su esencia en crecer con los obstáculos, alargarse con las esperas. Lo

que se hace esperar se disfruta más, es la naturaleza del deseo. El premio con poca ensoñación anterior es menos premio, somos así.

El placer corporal llega a través del sexo, pero la felicidad muchas veces llega a través de la vinculación con otros seres. Ya hemos dicho que el ser humano no puede ser feliz sin afectos. Si al sexo le añadimos afecto conseguimos un apego, cariño, si no, sólo placer. Amor y sexo son cosas distintas que pueden o no ir juntas. Nuestra sociedad separa lo sexual de lo afectivo, aunque el modelo de pareja sigue uniéndolo. La pareja sobrentiende deseo sexual, pero iría más allá, implicaría también amor. El sexo sin afecto da placer pero no nos da la protección psíquica que da el amor, ni el romanticismo.

El sexo no es trascendental y tampoco transgresor. No se produce ese momento de la transgresión –del que habla Bataille- de mezcla de temor y deseo de infringir una norma porque no hay apenas nada prohibido, y sin prohibición no hay erotismo, nos dice el francés. La prohibición surgió de la necesidad de limitar la violencia-el erotismo- del mundo del trabajo. Hoy pocas experiencias serían eróticas, sólo las prohibidas o las que impliquen un sentimiento de continuidad, según el autor. El erotismo, dice Bataille, es una promesa de vida.

Muchos componentes de la sexualidad era tabúes, ahora la sexualidad, en general, se ha trivializado. Las limitaciones sexuales son prejuicios. Se busca eliminar la palabra perversión de nuestro vocabulario, hablamos de parafilias. Perversión implica referencias a dios, al mal y a la transgresión. Hoy dentro de perversión estaría la pederastia, el acoso, la violación y la necrofilia. Con respecto a la zoofilia no hay legalidad clara, no parece muy perseguida. En cuanto al incesto, el gran tabú freudiano, parece que sigue ahí. ¿Acabará aceptándose? El incesto ha sido explicado de diversos modos. Hay quienes dan explicaciones biológicas de rechazo por la salud de las crías, otros dicen que se prohíbe el incesto en los pueblos primitivos porque se necesitaba aumentar las relaciones del clan, según la Biblia somos hijos del incesto. Varias explicaciones para una misma prohibición.

La legislación también prohíbe mantener relaciones sexuales en lugares públicos, pero esto es una práctica habitual y no implica ninguna perversión. Más bien todo lo contrario, es muy erótica porque transgrede una norma de poca monta. Es un juego.

“La sexualidad ha venido a remplazar al amor. Pero también puede hacer las veces de instrumento de justificación de sí. Los medios son diferentes, pero el fin sigue siendo el mismo. Los primeros románticos se jactaban de la eternidad de su apego a una mujer irremplazable; sus sucesores exultan en el vigor siempre renovado de su deseo por un número indeterminado de objetos sexuales. La importancia muy relativa del partenaire sexual no plantea en adelante más dudas. La naturaleza intercambiable de los objetos eleva la unidad y la superioridad del sujeto que desea”<sup>82</sup>

Estas palabras de Girard van de la mano de la egolatría posmoderna. El yo deseante es lo primero, un único objeto de deseo nos arrodillaría, veríamos nuestra inferioridad. Hoy es el deseo en sí el que es entronizado. El apego amoroso es transitorio, mi deseo es el que permanece, aunque sea hacia distintos objetos. No queremos ser siervos, las relaciones son entre iguales, el único altar es ocupado por el deseo del individuo.

La posmodernidad rinde culto a la sexualidad y al deseo individual, pero no ha acabado con los problemas sexuales. Si el gozo fuera perpetuo, no habría tantos sexólogos. El imperativo de gozar, con el orgasmo como metáfora, no siempre es alcanzado.

Sexo es la palabra más buscada en internet y las películas de contenido pornográfico no paran de aumentar. La pornografía es una presencia muy habitual en nuestra sociedad. Presenta la sexualidad sin misterio, no encara sus aspectos más oscuros. Muestra la trivialidad de los actos sexuales, transforma los cuerpos en carne y agujeros, los fantasmas en imágenes fragmentadas - primeros planos-. El deseo se convierte en goce orgánico, las personas en instrumentos de placer. No hay sentido del abismo o del misterio que supone la alteridad. La pornografía se convierte en el discurso normativo sobre el sexo. El acto sexual

---

<sup>82</sup> Girard, René, *Las geometrías del deseo*, pág. 116

es la finalidad del encuentro, luego no hay nada que hacer o decir tras él porque no ha habido “encuentro” de identidades. Aunque la pornografía se viste de rebelión, hoy no hay transgresión porque no hay prohibición. Esta sexualidad libre ya no es emancipadora, es otra forma de consumo más.

La pornografía está en consonancia con el gusto posmoderno de mostrarlo todo, de sacar a la realidad de su opacidad, crear la ilusión de que no hay secretos. Es un discurso que reduce el significante a superficie y que es performativo: no es más que lo que hay que ver. Es otro espectáculo más, un poco menos pudoroso. Un espectáculo relacionado con el auge del autoerotismo: sexo solitario y sexo sin riesgo, y sin piel.

El porno es un espectáculo que degrada a la mujer y un acto de violencia según muchas feministas. Explican que la mujer consume porno porque no son conscientes de la dominación a la que han sido expuestas. Yo no creo que esto sea así siempre. Hoy dentro del porno hay montones de opciones: hay cintas que degradan a la mujer, pero también hay muchas que degradan al hombre. No creo que sólo la mujer sea convertida en objeto y que siempre haya que hablar de degradación. La visión que sí que creo que predomina es que muestra a los otros como objetos de consumo: lo veo, lo quiero, lo tomo.

Hoy la mujer tiene el mismo derecho a disfrutar del sexo que el hombre, en vivo o en diferido. Y, aunque está comprobado que el componente visual le resulta más excitante a los hombres, las mujeres ya no ocultan su interés por el porno. De la misma forma la mujer ha entrado en el mundo de la prostitución como cliente. En Kenia y en Senegal, por ejemplo, se ven montones de señoras ajadas por el paso de los años con chavales esculturales. La película *Paraíso*, dirigida por Ulrich Seidl, es una buena muestra de ello.

Pero volvamos al porno, tema de moda y merecedor de muchos ensayos críticos como, por ejemplo, el de Andrés Barba y Javier Montes, hablemos de la democratización que ha experimentado. Hoy hay porno para todos los gustos. No paran de salir nuevas páginas al mercado, se ruedan todas las posibles formas

de juntarse varios cuerpos, las parejas se graban a sí mismas haciendo el amor, muchos jóvenes tienen sus propios *book* eróticos. No hay un único discurso pornográfico, hay muchos. Nos encontramos desde el porno más industrial con sus estrellas superdotadas y sus cuerpos esculpidos hasta el más amateur en el que tiene cabida la gente corriente, de todas las edades y condiciones. Cualquiera puede hacer una película y colgarla en la red, una cámara la tiene cualquiera.

A pesar de esta democratización, creo que la pornografía sigue imponiendo, aunque ya menos, una visión de la práctica del sexo atlética, con unos estándares físicos aún por encima de lo normal. Estas imágenes presionan nuestro imaginario sexual, de forma que el sexo real imita al porno, volviéndose más teatral y acrobático. Llegamos a nuestra edad adulta con un cierto caudal de imágenes sexuales que nos ayudan a construir nuestras relaciones y que presionan nuestro imaginario.

El encuentro sexual se ha vuelto fácil, por lo tanto se puede convertir en aburrido. Hay que innovar. Se impone la obligación de gozar y de tener un gran repertorio de prácticas sexuales. La pornografía nos muestra muchas maneras de gozar: sólo debemos elegir la que nos gusta.

### **3. 19. El deseo orientado a lo social**

Baudrillard dice sobre el poder:

“Completamente expurgado de la dimensión política, depende, como cualquier otra mercancía, de la producción y el consumo masivo (mass-media, elecciones, encuestas). Todo destello político ha desaparecido, solamente queda la ficción de un universo político”<sup>83</sup>

Después de la segunda guerra mundial, del holocausto, de los horrores del comunismo, de las corrupciones en las sociedades democráticas y de las guerras

---

<sup>83</sup> Baudrillard, Jean, *Cultura y simulacro*, pág. 55

por petróleo, la gente no cree en la política y menos aún en los políticos. Los políticos se han convertido en seres temidos por los ciudadanos, en un problema para ellos. La política se preocupa más por los dictámenes del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional que de garantizar los derechos humanos. Los Estados se dedican a legitimar los intereses del capital. No parece que le pongan mucho freno, aunque generen injusticia. Además, la política pasa a un segundo plano frente a las grandes multinacionales, que cada vez tienen más poder. Políticos y jefes de empresas son la misma familia, como dice Pérez Reverte: se han convertido en la nueva aristocracia.

Las ideologías con mayúsculas han muerto. Surgen los gestores adornados de antiguas creencias pero vaciados de sustancia. No tenemos mitos movilizadores, pero la resistencia sigue teniendo sentido, no debemos olvidarlo. No podemos reducir todo a su valor de cambio y entrar en la relatividad absoluta, en la destrucción de cualquier significado.

Uno de los grandes cambios de la modernidad a la posmodernidad es la caída del sueño del Estado protector y la entrada en la política espectacular que sigue el modelo del cine. No hay apenas discursos sólidos, ni certezas, sí escepticismo. Reina la antinomia:

“La antinomia surge porque es posible construir argumentos válidos para ambas partes de la pregunta: podemos demostrar de forma concluyente que el universo es finito y que es infinito”<sup>84</sup>

Cada día los partidos políticos nos dicen que tienen razón. Una misma realidad, varias lecturas válidas. Un grupo, muchas opciones: ¿son terroristas o libertadores de los oprimidos?, ¿fanáticos o militantes por un mundo mejor? Es difícil saber...

Nos enfrentamos todos los días a puntos de vista opuestos. Partidos esencialmente muy parecidos se empeñan en pintar la realidad de forma muy

---

<sup>84</sup> Žižek, Slavoj, *Sobre la violencia: seis reflexiones marginales*, pág. 129

diferente, lo que para unos es un avance para otros es un retroceso, unos culpan a otros de corrupción, los otros gritan a los cuatro vientos su inocencia.

Baudrillard nos dice que ya no hay un pueblo, tampoco clases sociales:

“El único referente que funciona todavía es el de la mayoría silenciosa. Todos los sistemas actuales funcionan sobre esa entidad nebulosa, sobre esa sustancia flotante cuya existencia ya no es social, sino estadística, y cuyo modo de aparición es el sondeo”

85

Dice que las masas no son ya un referente sino un modelo que no puede ser sujeto de la historia. Las masas no son representadas: son simuladas.

Las clases sociales no nos definen y la violencia no hace avanzar la historia.

“La violencia de clase ha cedido paso a una violencia de jóvenes desclasados, que destruyen sus propios barrios”<sup>86</sup>

Además, no nos define nuestra clase social sino nuestro estilo de vida.

“En Estados Unidos, la clase tiende a interpretarse como una cuestión de carácter personal. Por eso, cuando el 80% de un grupo de panaderos dice que es de clase media, en realidad no están contestando a la pregunta de cuánto dinero tienen, o cuánto poder, sino de cómo se valoran a sí mismos. La respuesta es: “Soy bastante bueno”<sup>87</sup>

La lucha de clases está pasada de moda en una sociedad donde los principios se han convertido en tendencias y la violencia en imágenes. Queremos reformas, no revoluciones. El discurso marxista está demodé, aunque la alienación de la que hablaba Marx siga vigente –los críticos dicen que esta alienación era propia del individuo moderno y no del fragmentado posmoderno-. Claro que hay proletarios posmodernos, pero una gran parte se ha identificado con los valores que antaño pertenecían a la burguesía:

---

<sup>85</sup> Baudrillard, Jean, *Cultura y simulacro*, pág. 127

<sup>86</sup> Lipovetsky, Gilles, *La era del vacío*, pág. 219

<sup>87</sup> Sennett, Richard, *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, pág. 67

“Sencillamente, detrás del triunfo de la democracia liberal, tal cual la ha sabido construir el capitalismo de fin de milenio, lo que se intuye es una monstruosa perpetuación ad infinitum del orden burgués transmutado en realidad natural, en última referencia de lo civilatorio y en culminación de la historia”<sup>88</sup>

Vivimos el fin del compromiso, y sin compromiso no hay espacio para las promesas. Al haber perdido la noción de utopía social y no creer en ella, nos hemos quedado sin un camino que nos indique qué pasos seguir. La utopía tiene una fuerte función orientativa. La muerte de la utopía creo que es negativa pues el proyecto utópico hacía que el ser humano se representase en el pensamiento otra atmósfera social. Si tenemos claro lo que deseamos, es más fácil conseguirlo, o al menos saber por qué luchar.

Nuestra política es tibia, hay miedo a los grandes cambios, mucho conservadurismo, hasta en la supuesta izquierda. No hay auténtica voluntad de luchar contra lo establecido. No nos atrevemos casi ya ni a soñar, y sin sueños: ¿cómo vamos a hacerlos realidad? Uno de los pocos sueños sería el Comité de Acción para un Parlamento Mundial, pero no parece muy realista que le den algo más que un breve turno de palabra a los pobres, que no pintan nada en los organismos internacionales. Sólo dan una nota folclórica, con sus turbantes y sus trajes coloridos, no pueden decidir. No todos tenemos el mismo poder, no todas las vidas valen lo mismo, esa es la amarga realidad.

No parece que haya demasiadas alternativas realistas. Hay quejas y estallidos, pero no proyectos utópicos bien diseñados. Un proyecto utópico debería ser global. La política de ámbito nacional no puede dar solución a muchos problemas de hoy que son globales. Esto crea sensación de indefensión, de que muchos problemas son impenetrables y están interconectados, lo que ocurre en un lugar repercute en otro. Los gobiernos nacionales son ineficaces frente a problemas globales, pero seguimos anclados a la nación soberana y no parece que haya mucho interés por tomar soluciones globales y establecer normas legales válidas en todos los lugares.

---

<sup>88</sup> Forster, Ricardo, *Crítica y sospecha: los claroscuros de la cultura moderna*, pág. 277

La nación y el pueblo tampoco son ya figuras míticas que hacen girar la historia, creo que podríamos hablar de nihilismo científico-técnico, cuyo avance sentimos como una fuerza inexorable, incomprensible y contra el que poco podemos hacer. Hemos abandonado los discursos míticos después de los fascismos y comunismos. Los mitos aglutinaban a las sociedades, hoy el lenguaje del mito lo usan a diario los medios de comunicación, vulgarizan las palabras.

No hay muchas esperanzas. La esperanza sería algo así como creer que es posible que se cumpla una previsión deseable. Hoy hay miedo hacia el futuro, más pesimismo que optimismo. Tal vez sólo realismo que anticipa adversidades. Sin confianza es fácil caer en la pasividad y que el deseo se dirija hacia el presente.

El escepticismo y la ironía nos ayudan a tomar distancia, pero “la ironía tampoco estimula a la gente a desafiar el poder”, como nos cuenta Sennett<sup>89</sup>.

Además, ya hemos dicho que no parece que haya alternativas sólidas de cambio, ¿cómo destronar a los mercados y salir bien parados? No sabemos salir de esta huida hacia delante. Es difícil luchar si ya hemos condenado al mundo de antemano, si le damos el diagnóstico de terminal. Si lo primero para todos somos nosotros mismos, ¿cómo vamos a confiar en los demás? Vivimos una crisis inmensa de confianza, solo podemos contar con nosotros mismos en una guerra de todos contra todos.

Creo que merece una atención especial el 15 M, que para mí sería algo así como lo más parecido a una revolución en una sociedad posmoderna. La manifestación sustituye a la revolución. Las manifestaciones desahogan, son las sustitutas de la lucha en la sociedad posmoderna. Estas reuniones no intentan ya hacerse con el poder, es dolor si esperanza y sin futuro. Ya no hay espacio para la revolución. Revolución es una palabra que se ha vaciado de sentido y que vemos en contextos de nuevas fórmulas de detergentes. La auténtica revolución ha sido sustituida por la queja y el mini acto - en una sociedad en profunda crisis económica como la nuestra el gran acto revolucionario ha sido el robo de unos

---

<sup>89</sup> Ibid., pág.122

carritos de supermercado-. No nos sublevamos, pero pasamos el día quejándonos de todo porque vemos lo que se puede lograr y no tenemos, porque se nos incita a no sentirnos satisfechos. La queja nos calma, nos exculpa de nuestros posibles errores. Con la queja escondemos nuestra renuncia. La idea que subyace es que no hay alternativas, que abolir la propiedad privada sería absurdo, que las utopías igualitarias no conducirían a ningún escenario mejor. Sólo queremos plenitud íntima y que no haya conflictos, lo demás nos es indiferente.

La solución de los problemas del sistema no puede pasar por la cultura, pues está integrada en él. La cultura ha sido invadida, ya no representa un ente autónomo. Se critica el sistema desde dentro del sistema. La subversión forma parte de él, es siempre absorbida. Pensemos en la película *Noviembre*, de Acheró Mañas. Los intentos de utopía acaban siendo reabsorbidos por el sistema. La utopía es vista como una ingenuidad. Nuestros deseos sociales no tienen ya lo perfecto como punto de mira, los individuales, en cambio, sí.

La contracultura creía que con una serie de actos subversivos podríamos salir del sistema, hacer que la gente despertara a través del teatro alternativo o del uso de ciertas drogas. Este hedonismo contracultural no tenía demasiado de revolucionario, además de culpar en cierta manera al pueblo y llamarlo tonto. El pueblo convencional pasa a ser enemigo para la contracultura y es ese mirar por encima del hombro sin hacer demasiado lo que no me parece muy aceptable. El sistema se apropia de los símbolos que buscan ser su resistencia, al igual que la resistencia usa los embalajes del sistema. Pongamos un ejemplo: la antipublicidad con formato publicitario que vemos en tantas exposiciones.

De la revolución hemos pasado a la rebeldía aparente, que no real. La rebeldía social es una pose, somos *bobos*, es decir burgueses bohemios con una vida desahogada, que proponemos nuevas formas de consumo. Este hombre individualista, inquieto y liberal le interesa más al sistema. Por tanto, ya no hay tantos hábitos comunes a una clase. El deseo consumista sí nos une a todos, a los que se lo pueden permitir y a los que no, pero la forma de consumir que tenemos es cada vez más imprevisible y depende de muchos criterios como la edad, el

sexo, la orientación sexual, la clase de música que escuchamos. Antes el consumo reafirmaba nuestra clase social, hoy nos reafirma a nosotros mismos, yo me distingo de la gente que gana mi mismo sueldo porque damos un uso muy distinto al dinero que ganamos.

Los discursos políticos se convierten en discursos vacíos movidos por intereses ocultos que poco a poco van saliendo a la luz. Es difícil creer en lo social cuando vemos que los de arriba hacen y deshacen a su antojo. Reina el sálvese quien pueda y el mito de lo inexorable, de creer que no se puede hacer nada, no sabemos ni por dónde empezar. Hay mucha indiferencia, poco compromiso, no hay vida de escape. Pensemos en el retintín con el que vocalizan la palabra “antisistema” en el telediario y cómo lo convierten en un saco en el que todo tiene cabida: desde estudiantes protestando por la subida de tasas hasta el movimiento antiglobalización.

No sólo lo político se convierte en espectáculo, las demás disciplinas también: el deporte –las olimpiadas-, la cultura-los Goya-... Nuestra época es frívola y nuestra política también. Se ha convertido en un espectáculo vacío, en mentira, en una suerte de telenovela mala que muestra sus garras cuando nos quedamos sin trabajo o cuando estalla una bomba en tu ciudad. Hasta el Tercer Mundo pierde su gravedad, el sentido trágico. Sólo importa la lógica económica, lo social y lo moral están subordinados a ella. No creemos en los relatos emancipadores, en la democracia tampoco, que ya hemos visto que no se inclina ante las necesidades del pueblo y que cada persona la utiliza en su propio beneficio. Se ha convertido en otra palabra insustancial, en un ideal de boquilla.

Muchas instituciones han caído en descrédito y se les presupone corrupción, por lo que la gente tampoco confía en otros profesionales: jueces, abogados, periodistas... Esto hace que se prefiera escuchar en ocasiones a gente de la calle antes que al profesional de turno. Se llevan los pseudo expertos y el que todo el mundo opine, no prima la visión del saber académico o filosófico.

¿Cómo vamos a creer en la justicia si observamos a diario la impunidad de la que gozan los privilegiados y la alienación que sufren los desposeídos? Lo peculiar de nuestra época es que esta alienación se convierte en dolor individual, no en fuerza revolucionaria. Los dolores individuales, como mucho, se unen en plataformas o movimientos.

La sociedad posmoderna olvida, pasa página, pero el fracaso sigue ahí:

“Nunca como antes de la Solución Final toda la tradición metafísica de Occidente había alcanzado tal grado de compromiso, tal contaminación con el ejercicio de la destrucción total implementado por el nazismo, incluso cuando se mantuvo apartada y en supuesta oposición. Simplemente es impensable que la racionalidad occidental haya podido salir indemne de la tragedia judía.

Auschwitz enfrentó el pensamiento con su propia indignidad, desnudó la barbarie que se agazapaba en el despliegue civilizatorio de Occidente.”<sup>90</sup>

Ni siquiera estamos seguros de que lo innombrable no se vuelva a producir. Hemos asistido al exterminio de musulmanes en Srebrenica, a hambrunas en el cuerno de África, a la guerra de Ruanda, a la muerte de inmigrantes en Lampedusa y en el Estrecho. La barbarie nos acompaña cada día.

El enfrentamiento en el mundo occidental toma la forma del enfrentamiento deportivo, fuera de nuestras fronteras el de la guerra. La guerra resulta absurda en la posmodernidad, pues no consideramos que haya ningún ideal que merezca el derramamiento de la sangre del individuo. La guerra es un pasatiempo de mal gusto que no cambia la historia, es sufrimiento porque sí. Nuestra época rechaza la violencia como fuerza que hace girar lo histórico. Solo los grandes hombres pacíficos-véase Gandhi o Mandela- son admirados. El Che sería una figura aún de la modernidad. Con estas ideas tan ligeras, la guerra es lo más terrible. No hay ideales que merezcan morir, somos contestatarios de salón. Queremos subversión burguesa en un concierto, no en las barricadas. Además, las guerras actuales se mueven por intereses económicos disfrazados de valores. La guerra no tiene

---

<sup>90</sup> Forster, Ricardo, *Crítica y sospecha: los claroscuros de la cultura moderna*, pág. 248

sentido en una sociedad que pone por encima de todo al individuo y su interés privado. Ya no hay venganzas de la sangre porque tampoco hay solidaridades de grupo. La vida es el valor supremo que debe proteger el Estado y la violencia la gran prohibición.

Esta visión de las guerras, sin embargo, no ha acabado con ellas, que son muchas fuera de nuestros ricos territorios posmodernos. Aquí los individuos tienen cara, están personalizados, son los otros, los enemigos, los odiados, los que no tienen rostro, ni estatus de víctimas. Pensemos en los montones de guerras que devastan África.

Vivimos en una sociedad paradójica. Somos hijos de la no violencia, pero este sistema sigue generando muchísima. Eso sí, la mayor parte dentro de las clases desfavorecidas o directamente fuera de nuestras fronteras. Hay muertos de distintas categorías. No vale lo mismo un afgano que un europeo en nuestra sociedad, no nos engañemos. Hay vidas que no cuentan, se convierten en cifras. Tal vez las nuestras pasen a engrosar estas listas, aunque estamos mucho a más a salvo que otros.

Nos llenamos la boca de palabras altisonantes, pero la realidad es que hay dos categorías de seres humanos, los que tiene dinero y visados, y los que no. El *homo sacer* de Agamben es el excluido, el que no tiene ningún derecho, el sin techo, el refugiado. Son los parias de un mundo en el que las mercancías circulan libremente y los seres humanos no.

El mal no emerge del demonio y huele a azufre, sino que es trivial, no provoca espavientos y huele a cotidiano. Convive con nosotros, pero muchas veces no sabemos dónde está: la sociedad postindustrial es muy compleja y muchas veces ya no se sabe quiénes son los buenos y quiénes los villanos. La barrera de difumina y se salta: los oprimidos se convierten en dictadores, los colonizados en colonizadores. Y es que los discursos del bien y del mal se han igualado, no hay forma de distinguir, ni en nosotros mismos: somos a la vez obreros y capitalistas, ecologistas y destructores de la naturaleza, comprometidos y despiadados.

Muchas empresas colaboran con causas sociales, tienen sus propias fundaciones, nos hacen dudar sobre su bondad o maldad, se solidarizan con África o con fundaciones contra el cáncer, pero parece que lo hacen para que consumamos más tranquilamente, para que tengamos una imagen amable de ellos y así sigamos comprando sus productos, pues comprar de esta forma, nos hace supuestamente mejores personas.

Este concepto de banalización del mal se lo debemos a Hanna Arendt, que nos habla de la aterradora normalidad de los asesinos de miles de judíos. Estos hombres no eran sádicos ni psicópatas, era gente normal, agentes de una ley inversa que había hecho del crimen y el exterminio la norma. Lo terrorífico es que estas personas no saben con seguridad la crueldad de sus actos, son genocidas que no experimentan culpabilidad y que creen buscar el bien al eliminar a una raza que consideran perversa. Los crímenes más monstruosos de la historia fueron cometidos por gente normal y corriente que simplemente obedecía normas. De esta forma no es el hombre el perverso sino un sistema que ha invertido la razón, como apunta Primo Levi.

El mal hace de su forma el maquillaje, el simulacro, el engaño. Las tabacaleras apoyan el deporte mientras ofrecen cigarrillos a niños africanos, las guerras para la liberación vierten ríos de sangre. Los chivos expiatorios son más difíciles de localizar. Sentimos confusión, vemos que es muy difícil poner orden en las cosas. El sistema es todo y está en todas partes, ¿contra qué luchar?, ¿qué puedo hacer yo? Y es que tal vez la pregunta esté mal formulada, tal vez debería ser qué debemos hacer nosotros. Si deseamos que la sociedad cambie sólo la unión nos dará la fuerza.

Vemos constantes violaciones del derecho internacional, cómo gobiernos democráticos apoyan a regímenes condenados por asociaciones de derechos humanos, decimos que la exterminación masiva no puede volver a ocurrir mientras mueren de forma silenciosa millones de africanos y nos dedicamos a ampliar la barbarie fuera de nuestras fronteras. No confiamos ya en los discursos,

hay una crisis del compromiso entre palabra y mundo, silencios ante lo atroz. El lenguaje se vuelve cómplice de la maldad, resulta una herramienta insustancial.

Se usa un lenguaje tan exaltado que se vacía de sentido. Estamos expuestos a que se disparen las temperaturas, todo es histórico, máximo... Los términos están desgastados. Hasta los términos históricos del mal por excelencia: es nazismo que no dejen entrar en un sitio a una persona que vista diferente, se han banalizado las palabras y su significado se ha llenado de subjetividad. No se sabe quiénes son realmente los verdugos y quiénes las víctimas, lo que hace que sea más fácil lavarse las manos en las carnicerías contemporáneas. El mal era Hitler, pero ahora cada quién lo encuentra encarnado en cualquier otro sitio. Todos mienten. Se mata gente para defender los derechos humanos, se invaden países por supuestas amenazas que luego se evaporan, cada partido político cuenta las cosas de manera distinta... Ante esta situación nadie quiere dar su vida por la historia o por las ideas, fijémonos en que la mayoría de los soldados son inmigrantes que buscan papeles y un sueldo, no grandes pensadores comprometidos.

Muchas veces deseamos ser víctimas. A veces lo somos, otras no. Siendo víctimas nos exculpamos de nuestros actos, dirigimos el odio hacia fuera, que es mucho más cómodo. Ser víctima es, en cierta forma, gratificante. El lenguaje de la víctima se oye por todos lados. Igualar las imposiciones de las revistas con el burka hace que las auténticas víctimas no sean socorridas. La indignación está por todos lados y usa el mismo lenguaje para las nimiedades que para las tragedias con todas las de la ley. La culpa siempre es del otro, nosotros nos victimizamos.

Vivimos en la sociedad del riesgo mundial:

“La semántica del riesgo se relaciona con riesgos futuros que se tematizan en el presente y resultan a menudo de los éxitos de la civilización”<sup>91</sup>

---

<sup>91</sup>Beck, Ulrich, *La sociedad del riesgo mundial: en busca de la seguridad perdida*, pág. 20

La paz parecía garantizada en los países desarrollados por la disuasión nuclear, pero han surgido nuevas formas de amenaza que nos superan: terrorismo, catástrofes ecológicas, epidemias...

“Los peligros a los que estamos expuestos corresponden a un siglo y las promesas de seguridad que pretenden dominarlos, a otro”<sup>92</sup>

El terrorismo es visto como un gran riesgo. Sentimos que la amenaza terrorista está a la vuelta de la esquina desde que dos aviones impactaran con la fuerza de la mayor superproducción de Hollywood contra las Torres Gemelas. El terrorista es presentado como el ser que pervierte el orden, pero, ¿qué orden? Ya no hay una sola historia. Hay muchos puntos de vista, quién sabe cuál es el correcto, ni siquiera hay acuerdo en definir quiénes son los terroristas.

Vivimos con un miedo que modela nuestro comportamiento y hace que aceptemos perder libertad en aras de la búsqueda de la seguridad. La vivencia subjetiva del riesgo y la simplificación de los medios nos puede llevar a no respetar otras formas de vida: hoy, por ejemplo, hay mucha islamofobia. Los medios dramatizan los riesgos, mientras nosotros, poco resistentes y muy dóciles, deseamos con más fuerza la seguridad que la libertad. Gran parte de la población cada vez acepta más ser grabada, filmada, que los gobiernos espíen... El miedo también nos lleva al consumo, a gastar dinero para protegernos. Compro comida bio por miedo a lo transgénico e instalo una alarma en mi casa.

Con la riqueza material no han acabado los problemas humanos, pero se han vuelto intolerables. La vida es dureza y no queremos enfrentarnos con problemas y contrariedades. Nos sentimos en peligro, pero estamos menos expuestos que nunca, aunque vivamos bajo la amenaza permanente de catástrofes.

Lo que sí es cierto es que cada conquista científica trae sus nuevos riesgos y que el miedo aumenta debido a la profusión de imágenes de los medios. No es que no haya riesgo, es que:

---

<sup>92</sup> Ibid., pág. 52

“...en lo referente a los riesgos nadie puede apelar a una realidad externa. Los riesgos que creemos identificar y que nos atemorizan son reflejo de nosotros mismos, de nuestras percepciones culturales”<sup>93</sup>

Buscamos protegernos y olvidamos que la vida es incertidumbre, buscamos garantías en la vida como si esta fuera una tostadora. Parecemos niños a quienes cualquier problema les parece un ultraje inmenso. Nos instalamos en el no hay derecho, exigiendo perfecciones a la sociedad y siendo indulgentes con nosotros mismos. Temblamos ante el infortunio al tener una idea falsa y domesticada de lo que es la vida. Hay una disneylización teórica de la vida, una visión puerilizada. Vamos al supermercado y todo viene empaquetado, bonito, la carne en bandejas, para que no veamos que viene de un cuerpo animal, las manzanas todas iguales. La ficción ha ganado la batalla a la realidad, pero los peligros globales nos afectan a todos, no sólo a los otros, a los marginados, a los de siempre. El terrorismo de hoy es descentralizado y siembra el miedo entre nosotros. El terrorismo afecta a las masas con sus objetivos arbitrarios. No es revolucionario y no parece que vaya a conseguir ningún objetivo. Es visto como una violencia ciega que no separa medios de fines y que se cobra la vida de seres anónimos.

La posmodernidad rechaza lo político y lo social porque no acepta una autoridad distinta al yo. La auténtica república posmoderna es mi casa, ya lo sabe Ikea. No hay grandes causas que superen al individuo, que piense en la emancipación individual, no en la emancipación colectiva. Cada cual es portavoz de su individualidad y la solución que damos a los problemas sociales es una rebeldía estilística individual. El pasotismo, la comodidad o el creer que nada va a cambiar hacen que sólo seamos capaces de dar cuatro gritos y poco más. Si mueren por ahí fuera, culpamos a los demás y listo. Cada uno defiende sus propios intereses y nos importa más el sentido de nuestra existencia que el sentido del mundo. La conciencia de clase ha sido sustituida por la historia personal. Ya ni siquiera hay esta conciencia en los barrios humildes y deprimidos, donde los chavales buscan participar en el consumo de igual manera

---

<sup>93</sup> Ibid., pág. 32

que el resto para no sentirse marginados. Se materializa la frase de Marx de que las ideas que predominan en nuestra época son las de la clase dominante.

Vivimos tiempos de queja sin filiación política, hartazgo. La liberación del deseo individual ha tomado el relevo a la revolución política. Queremos vida cómoda y la revolución nunca se ha desarrollado entre algodones y sin dolor, la revolución necesita espacios reales y nuestras ciudades cada vez son más un espacio de entretenimiento con monumentos convertidos en decorados teatrales en que cada vez hay menos espacios públicos compartidos. Queremos seguridad, expurgar los imprevistos, dejar fuera la historia.

Vivimos en la cultura de la seducción, del hedonismo psicológico. La educación –debe ser un juego-, la política-con sus asesores de imagen-, todo debe seducirnos. Se acabó el autoritarismo, las canonizaciones, las profundidades. Queremos placer, diversión y belleza, gozar de nuestra subjetividad y de las causas individuales. Las causas universales dejan paso a las mini causas, donde el individuo ejerce su solidaridad y pone en contacto su subjetividad con los otros. Vivimos en una sociedad que todo lo celebra, así que yo, por ejemplo, decido implicarme en el día del perro sin raza.

Seguimos teniendo moral social, pero tratamos de conseguir objetivos a través de ONGS o voluntariados, no a través de la política. La compasión cristiana se ha convertido en solidaridad, pero la solidaridad implica ayudar al otro manteniendo las estructuras de poder. No es revolucionaria, no supone un cambio de base. Si no somos cínicos, diremos que lo primero es nuestro bienestar y que esto nos genera poca vergüenza y culpa.

Gran parte del mundo occidental vive en democracias muy poco participativas, toda nuestra misión es ir a votar de vez en cuando, y cada vez hay más abstinencia. Reina la indiferencia, el desentenderse y despreocuparse por el otro. Se trata de convivir en falsa armonía, una convivencia simulada. La indiferencia indica también que no nos dejamos influir por el otro, que no nos interesa su interpretación del mundo. La tolerancia posmoderna tiene que ver con la muerte

de las ideas, con un mundo de pensamiento inseguro, es una forma de lavar las conciencias. Aunque cuando de las ideas se pasa a la práctica no somos tan tolerantes como pensábamos.

Hemos dejado de lado la historia para volcarnos en la esfera de la intimidad, damos de lado a lo político para dedicarnos al consumo. Nos importa la banalidad de nuestras pequeñas vidas, de nuestros deseos individuales. Se trata de exaltar nuestra insignificancia, de buscar estar bien confortables en nuestro nidito escondido entre la masa.

La muerte de las ideologías supone que el mundo se vuelva ininteligible y sin unidad, lo que lo convierte en un territorio fértil para las espiritualidades e ideas a medida. Decimos que estamos oprimidos y buscamos liberar nuestra mente, no nuestra sociedad de ciertas lacras. Yo soy único y mi objetivo es mi desarrollo personal, no lucho por los de mi clase, lucho por mí, por mi bienestar individual. El compromiso social ahora es la solidaridad en nombre del yo. ONGS que expurgan la mala conciencia colectiva. Es una forma de expiación.

La ideología se ha convertido, permítase la exageración, en una cuestión estética. La gente no cree en los partidos políticos, ni en las religiones. No sirven ya los antiguos grupos que nos describían, hoy debemos definirnos de forma individual. Y nuestros deseos, por tanto, también deben ser individuales. Existe la creencia generalizada de que lo social está podrido, que es un chanchullo, que la sociedad nos constriñe. El problema creo yo es que nos quedamos en la crítica y hacemos poco por intentar mejorarla. Al ser tan narcisistas creemos merecer todo tipo de compensaciones y olvidamos que no hay apenas relación entre lo que generamos por nuestro trabajo y el bienestar del que gozamos.

Tras las malas experiencias revolucionarias hemos comenzado una huida hacia delante en la que el lenguaje de la revolución nos es ajeno -Mao se convierte en un logotipo de camisetas, en una marca-. Nadie cree en las sociedades perfectas, ni en los seres humanos perfectos, pero exigimos que todo funcione a las mil maravillas. Elevamos a la categoría de escándalo cualquier incidente cotidiano,

como si el mundo se hubiera conjurado contra nosotros. A falta de revolución social, nos queda la revolución personal. No queremos cambiar el mundo, con cambiarnos a nosotros mismos nos basta.

Nos sabemos incoherentes. Hay una gran brecha entre lo que decimos y lo que hacemos. Tenemos cosas que conservar que nos vuelven egoístas, cosas muy buenas que no queremos perder, aunque sepamos que nuestro gozo implique la sumisión de otros pueblos. Aceptamos que va a haber excluidos, pues que no seamos nosotros, que sean los otros. El mundo hace trampas, ¿por qué vamos a jugar limpio nosotros?, ¿llegaremos más lejos con la bondad y la honestidad? Si nuestro deseo es crecer, la moral debemos dejarla de lado, y eso es lo que se hace. El gran problema es que la falta de moralidad no es execrable, casi está justificada. Es demasiado fácil pensar que no hay alternativa, pero parece que este es el pensamiento mayoritario en nuestra sociedad. Si siguen reinando la desesperanza y la pasividad sólo tendremos una máxima de actuación: “Sálvese quien pueda”.



#### 4. CARACTERÍSTICAS DE LA NOVELA POSMODERNA

La literatura lleva muchos siglos guardando las creaciones del ser humano. Custodia las voces de seres alejados en el espacio y el tiempo, sus páginas rezuman sentimientos y deseos. Si hemos podido establecer una serie de fases literarias es porque los escritores responden a las visiones de épocas concretas, reflejan entramados sociales y preocupaciones de su tiempo. Es por esto que se convierte en un excelente espejo para estudiar lo social y, en este caso, los destellos del deseo. La escritura es un substrato general antropológico, un territorio excepcional para el análisis de las pulsiones humanas. He tratado de elegir autores que recojan el sentir posmoderno, de analizar obras que sigan esta “lógica cultural dominante”, en palabras de Jameson. Espero que la selección sea un fiel reflejo de las formas dominantes del deseo de nuestros días. Y es que la literatura está determinada por el período histórico en que se inserta, es una herramienta espléndida para llevar a cabo la exégesis del pensamiento y seguirle la pista a los anhelos actuales.

Si comparamos una obra medieval con otra posmoderna, veremos que hay deseos comunes, ya hemos visto que hay muchos consubstanciales al ser humano, pero su forma de expresión es distinta. El deseo de perdurar le lleva a Manrique a hablarnos de la fama, a Houellebecq a hablar de las nuevas tecnologías en *La posibilidad de una isla*. Un mismo deseo, formas culturales muy distintas de expresarlo.

Llamo novela posmoderna a la novela que recoge el sentir descrito en el capítulo anterior. Por lo tanto, no todas las novelas que se escriben a día de hoy lo son. Soy consciente de que muchísimos de los rasgos estilísticos de la novela posmoderna no son innovadores: muchos de ellos fueron utilizados por autores muy lejanos en el tiempo. La novedad viene de la mezcla de muchos de estos elementos, de su reelaboración. La auténtica novedad es que el mundo exterior ha cambiado y que la novela posmoderna recoge la visión que tenemos de él. Lo

novedosos no son los recursos que utiliza, que ya fueron usados por la novela experimental, sino lo que subyace detrás. Para hablar de las relaciones entre novela experimental y posmoderna citaré las palabras de María del Pilar Lozano Mijares:

“La novela de la posmodernidad asume y normaliza todo aquello que la novela experimental consideraba en términos de reivindicación, polémica, destrucción y extrañeza. La gran novedad de la novela posmoderna es que los mismos contenidos que encontramos en la experimentación van a ser vertidos en novelas que aparentemente retoman las convenciones narrativas y tradicionales. Por eso podemos afirmar que la narrativa experimental no pertenece a la episteme posmoderna: en su talante de reivindicación, polémica, destrucción y extrañeza delata su pertenencia –discutida y negativa, por supuesto- a la modernidad”<sup>94</sup>

La novela posmoderna, por tanto, normaliza la experimentación y la mezcla con otros recursos narrativos más tradicionales. Supera la oposición tradicionalidad-experimentación, se funde.

Por todos es sabido que las distintas formas de representar la realidad tienen mucho de arbitrario e histórico, pues depende de la percepción del mundo que tenga cada época. La mimesis se entendió durante mucho tiempo como un espejo que reflejaba la realidad. Hoy esta idea ha perdido sentido, pues para empezar, ya no hay una única realidad. En la época del simulacro no hay cabida para el realismo, que es visto como otra ilusión más. La falta de consistencia de lo real se muestra en nuestro mundo en la insistencia del término para todo: mujeres reales, película basada en hechos reales... ¿Por qué si no esta insistencia en el término? A la posmodernidad le cuesta experimentar lo real como tal, pues se percibe el mundo como simulacro, de forma que la realidad se vuelve perturbadora y enigmática. El mundo actual provoca sensación de irrealidad, ya lo hemos dicho, debe provocarla para que consumamos, de forma que “la profundidad ha sido reemplazada por la superficie o por múltiples superficies”<sup>95</sup>.

---

<sup>94</sup> Lozano Mijares, María del Pilar, *La novela posmoderna española*, pág. 146

<sup>95</sup> Jameson, Fredric, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, pág. 34

Muchas novelas posmoderna se fijan en el regocijo de la mercantilización, en la desrealización del mundo. Funden la barrera real/irreal y nos muestran cómo, en ocasiones, la realidad se vuelve fantasmagórica. En un mundo así, el realismo se convierte en una apariencia que, en ocasiones, se siente como una necesidad imperiosa.

La escritura se esfuerza por mimetizar lo inestable, consiguiendo como resultado una novela a imagen y semejanza de un mundo desestabilizado: la mezcla de real e irreal se ha vuelto lo más realista, pues así percibimos el mundo. La literatura posmoderna es la literatura del simulacro, de la imposibilidad de distinguir entre realidad y ficción. Y es que el mundo se ha vuelto una red global con tintes ficticios.

La narrativa posmoderna lleva a cabo una mimesis subjetiva, la única posible cuando muere la posibilidad de objetividad. Las construcciones del yo son las únicas plausibles en un mundo sin consistencia ontológica, la búsqueda del yo es la única que nos pueden sacar del nihilismo. Han caído los grandes relatos que nos sostenían, solo puede haber soluciones individuales y literatura del yo. El viajero perdido en la errancia posmoderna debe construir sus monumentos orientativos en el hiperespacio. A falta de otros, los crea a través de su percepción particular, de signos sólo remarcables para él.

Después de tantas experiencias del desastre las novelas se llenan de elementos irracionales, caóticos e imprevisibles. Los relatos lineales y lógicos caen en desuso. La novela posmoderna refleja la nueva forma de percibir la realidad: de forma fragmentaria, arbitraria y abierta. Lo unitario es una búsqueda infructuosa, la novela inserta relatos sin linealidad posible, la unidad es sólo nostalgia.

La razón ya no sirve como herramienta para explicar el mundo hiperreal, es por eso que muchas veces subyace la idea de que la poesía explica mejor el mundo que la prosa, porque puede esquivar el discurso racional y acceder a la esencia que subyace, múltiple y dispersa.

Ya hemos visto que los habitantes posmodernos intentan contar sus vidas de forma lineal, tratando de aplicar los restos del relato tradicional, pero con la sospecha de que es otra ficción más, de que no hay una única verdad que dé sentido. Algo similar ocurre con las obras de arte, que ya no revelan ninguna verdad última. La novela pedagógica está bajo sospecha en un mundo sin certezas, se rechaza lo didáctico y la moralina hiede. El arte se vuelve intrascendente, no tiene ninguna función mesiánica, ni pretensiones absolutas. Es escéptico, lúcido, pero no nos salva y tampoco nos lleva a la revolución. No es narrativa de resistencia o novela social, aunque en ocasiones sí hay retrato del lado oscuro del capital con intención crítica. Predomina la aceptación del caos posmoderno, con ironía y sin rebelión.

Las novelas están compuestas por fragmentos, no son unidades con principio y fin convencionales. Las obras no tienen un único sentido, pues los hechos han cedido el paso a las interpretaciones. Tampoco una verdad, pues no sólo hay una, y menos aún un final, en el sentido de solución de los conflictos que se plantean, es decir, no hay un cierre lógico, como en la vida misma. Asimismo, es muy habitual que las novelas propongan conflictos que no solucionan o lo hagan de forma ambigua, entonces el lector deberá suponer. El mundo es caótico, dicen los científicos, y esta misma idea la recogen las novelas. Pongamos un ejemplo: *Alrededor de Lorena* rompe la linealidad argumental, deja frases a la mitad, hay capítulos de solo una palabra...

La polifonía es una presencia habitual, lo que supone la entrada de la relatividad ante la verdad imposible. Acompañados del escepticismo, entramos sin retorno en el mundo de la subjetividad, la objetividad parece perdida para siempre. Sólo podemos acceder a la realidad a través de las palabras de un mediador. En muchas novelas cada capítulo es contado por un personaje. Una misma realidad, varias interpretaciones. ¿Qué ha ocurrido realmente? La realidad se vuelve densa y la novela ofrece distintos modos de percibir lo mismo. Esto genera incertidumbres en el lector. Insisto, la polifonía en la novela es un reflejo del relativismo del mundo. Este multiperspectivismo da cobijo a todas las voces

democráticas, incluso a las antaño incompetentes (niños, locos, drogadictos), de forma que el universo literario se compone de muchas voces, de versiones. En *Socorro, perdón*, por ejemplo, sabemos lo que piensa el protagonista, pero también tenemos las versiones de las prostitutas que lo acompañan.

No hay ya narrativas vitales coherentes, todo es devenir en la experiencia del tiempo posmoderno. La muerte de la historia hace que el posmodernismo abandone la temática de la temporalidad, habitamos la sincronía, dice Jameson. Al vivir encarcelados en el presente y sentir la historia como nostalgia es normal que aumente el consumo de la novela histórica: tanto de la convencional como de la posmoderna. La novela histórica posmoderna refleja la inestabilidad del tiempo, ya no es una experiencia lógica y lineal, puesto que no hay un tiempo que dé sentido y que haga avanzar la historia.

El tiempo en las novelas se presenta como algo interior, subjetivo. No parece ya una cualidad medible o real. Es la suma de instantes desconectados, sin coherencia, sin hilo argumental: es la forma en que lo vive el hombre de hoy.

Tras la pérdida de los grandes relatos, podemos hablar de exégesis de la cotidianidad. La intimidad es el enigma que llena las páginas posmodernas, su intrascendencia, los lugares del día a día. Lo curioso es que muchas veces lo familiar provoca extrañeza, es un territorio sin sosiego que nos revela su naturaleza oculta. La novela posmoderna nos habla de perplejidad ante el mundo y une, muchas veces, lo cotidiano con lo extraordinario. Los textos de Millás servirían para ejemplificar estas sensaciones.

La realidad se ha vuelto problemática y la novela posmoderna no intenta dar soluciones globales, responder a las grandes preguntas del mundo. ¿Cómo vamos a dar soluciones si no nos está permitido conocer más allá del caos, cuando el propio concepto de realidad es en sí un problema de no fácil solución? Todo depende del punto de vista, y el individuo ha perdido la coherencia, la unidad. Se halla ante un reto imposible. Sólo le queda la ironía ante las imágenes y ante el lenguaje.

Frente a un mundo que se ha vuelto incomprensible, nos aferramos al asidero de lo íntimo. La desaparición de lo social lleva a la novela a lo sentimental cotidiano, como veremos al analizar las obras. Literatura que, como no podía ser de otra forma, sigue tratando muchos grandes temas de siempre, pero mete lo trascendente en el ropaje de lo intrascendente, en la pequeña gesta, en la insustancialidad de una vida diaria que ha perdido los tintes de lo trágico. Una vida diaria confortable en lo material, sin reclamos morales. Una existencia privada con pocos vínculos con el afuera. Las novelas se llenan de la extenuante enumeración de las pequeñas cosas de la vida, escenas de cotidianidad, de amores contrariados, de insignificancia. Los grandes ideales se vuelven incomprensibles para los personajes y para los lectores posmodernos.

La novela se vuelca sobre el mundo doméstico, repudia lo político y universal. Se queda en el consumo del simulacro, pero a nivel íntimo y local. Los personajes están encapsulados en su intimidad, con una escritura que no es venerable, que no articula el discurso del hombre con el del mundo. Estos personajes-como nosotros-llegan a casa extenuados por la realidad, por el mejunje de pseudoacontecimientos que han sufrido y tratan de huir. Se refugian en el yo y en sus deseos particulares.

Los personajes posmodernos se mueven en grandes urbes, hoteles y moteles, en centros comerciales, en discotecas, en ciudades dormitorio asépticas. La mayoría son novelas urbanas que transmiten la percepción de un sujeto desubicado espacial y temporalmente. Es una escritura que analiza los espacios posmodernos por excelencia y los deseos del hombre de hoy. Y es que el gran tema de la novela posmoderna es el hedonismo y su frustración. Se acabaron las revoluciones y los valores universales, reina la indiferencia, la aceptación del mundo y tratar de sobrevivir de la mejor forma posible. Refleja el individualismo y todos sus valores, lo que importa es lo que le pasa al yo. Lo sentimental se presenta como nueva forma de superación del yo, como forma de enfrentarse a la ausencia de valores, al desarraigo, a la inseguridad, al desencanto. Lo sentimental y el sexo son presentados como formas para escapar del nihilismo, como

posibilidades para indagar en las profundidades del individuo. Los personajes están asfixiados por su yo y sus minúsculas peripecias, por la primera persona.

La literatura posmoderna es la literatura del deseo privado, del intento de autoconocimiento, de la desconfianza hacia la razón y de la lucidez irónica. Unas veces nos muestra nostalgia hacia seguridades extraviadas, otras, celebración de la realidad múltiple, de la fiesta sensorial.

Valora lo sentimental porque está fuera del pensamiento racional. Se antepone el sentir al pensar, el hedonismo individualista a todo lo demás. La guía más fiable del hombre posmoderno es el placer corporal, lo sensual, lo intuitivo. Esto es lo que recogen las novelas. El sexo y el deseo son dos de los protagonistas. El deseo es un ingrediente fundamental en estas novelas. Muchos personajes son seres deseantes e incommunicados lanzados a la deriva para cumplir sus deseos. El sexo parece el último paraíso, el deseo la única verdad ante la ausencia de elementos superiores o eternos. Se entronizan el deseo del individuo, el amor y el sexo. El sexo es una presencia habitual en la literatura de hoy, incluso en los *bestsellers*<sup>96</sup> de dudosa calidad.

“La publicación de los libros con fuerte contenido sexual aumentó en un 324% entre 1990 y 1996, mientras la cifra de los títulos, en general, crecía sólo en un 83% (books in Print, 1997)”<sup>97</sup>.

Los supuestos rasgos ofensivos, nos dice Jameson, –sexualidad, obscenidad psicológica, provocación social-han pasado a formar parte de la cultura institucional. De hecho, muchas obras giran en torno a la mercantilización de todos los espacios, pero no hay auténtica crítica social, simplemente se muestra la frivolidad, a veces con “regocijo desconcertante”, en palabras del crítico.

La seriedad está demodé, las grandes preocupaciones se camuflan tras la ironía. La trascendencia desaparece, hay que buscarla en la cotidianidad para no resultar pedante, para ser verosímil. La crítica social debe ser *fun*, sin seriedades

---

<sup>96</sup> Pensemos, sin ir más lejos, en la trilogía *Cincuenta sombras de Grey*

<sup>97</sup> Verdú, Vicente, *El estilo del mundo: la vida en el capitalismo de ficción*, pág. 170

humanistas. La novela prefiere la apariencia de ligereza, de poca profundidad, de narrar antiacadémico. El autor suele presentar contenidos profundos en paquetes ligeros y envoltorios llamativos, en novelas de tono desenfadado, lúdico, no altisonante.

Del estilo personal que busca alejarse de la norma y trabaja para ser distintivo y único, se pasa a un lenguaje de apariencia más sencilla, nada ampuloso, poco académico. Aún así, este nuevo lenguaje resulta turbador, tal vez por su heterogeneidad, por la entrada de tantos idelectos. Es la muerte de la lengua nacional como unidad. La novela posmoderna recoge la forma de expresión de cada sector, refleja el conglomerado en el que vivimos.

La muerte del estilo personal es consecuencia de la fragmentación del individuo autónomo. De los grandes estilos individuales modernistas se pasa a la fragmentación lingüística que da cabida a todas las jergas, discursos, voces, idelectos y códigos, del presente o del pasado-convertido en texto, en retro-. Es la necesidad de volver los ojos al pasado o a otros lugares y mezclar todas las voces en una coctelera, es el ecléctico lenguaje del pastiche:

“Si en otro tiempo las ideas de una clase dominante (o hegemónica) configuraron la ideología de la sociedad burguesa, actualmente los países capitalistas desarrollados son un campo de heterogeneidad discursiva y estilística carente de norma. Unos años sin rostro siguen produciendo las estrategias económicas que constriñen nuestras vidas, pero ya no necesitan (o son incapaces de) imponer su lenguaje; y la posliteratura del tardocapitalismo no refleja únicamente la ausencia de un gran proyecto colectivo, sino también la cabal inexistencia de la vieja lengua nacional.

En esta situación, todo intento de parodia queda abortado; la parodia tuvo su época, pero ahora esta nueva realidad del pastiche va lentamente relevándola. El pastiche es, como la parodia, la imitación de una mueca determinada, un discurso que habla una lengua muerta: pero se trata de la repetición neutral de esa mímica, carente de los motivos de fondo de la parodia, desligada del impulso satírico, desprovista de hilaridad y ajena a la

convicción de que, junto a la lengua anormal que se toma prestada provisionalmente, subsiste aún una saludable normalidad lingüística”<sup>98</sup>

Los fragmentos del individuo posmoderno sólo se pueden integrar en la escritura esquizofrénica, que es la ruptura de la cadena que antes daba sentido. Esto lleva a la angustia y pérdida de realidad o a la intensidad intoxicadora o alucinatoria de la euforia, dice Jameson.

El hibridismo es también una característica muy presente no sólo en la literatura, sino en el arte posmoderno en general. ¿Qué es arte? Es ya difícil de decir en ocasiones. Cualquier material podrá ser transformado en arte: ideas, vísceras, sangre, desperdicios... A veces hay que buscar el significado tras el objeto, que puede ser cualquier artefacto cotidiano, e incluso la inmundicia. El observador se mueve en la incertidumbre: ¿Están reformando la sala o es así la obra? El arte posmoderno puede incluir cualquier soporte, incluso incorpóreo. Es un arte efímero que sigue los rastros de nuestra vida, es combinación de preparados culturales, es reciclaje. Es una hipermercancía que experimenta con las nuevas tecnologías, es el pastiche collage posmoderno. Veamos un ejemplo de este hibridismo. Ya hemos hablado en el capítulo anterior de la nostalgia que siente el hombre posmoderno hacia lo tradicional, artesanal y único. Muchísimas obras de arte actuales son maestras del hibridismo, juegan con lo artesanal y con lo espectacular. Vemos alfombras tradicionales persas con la cara de Mickey Mouse, trajes espaciales hechos de ganchillo... Muchas veces el arte denota nostalgia por las tecnologías primitivas, por los artefactos caseros y únicos, hechos por el individuo particular. La cuestión es que estas obras nos llevan a un desengaño, a la idea de que hasta las materias primas ya no son auténticas. Son revisiones posmodernas de lo tradicional, no tradición en sí. Lo tradicional nos parece cómodo, es una especie de hogar al que nos es vedada la entrada, un territorio en la época de la desterritorialización. Lo *low-tech* es lo verdadero, no es efímero. La posmodernidad juega con los dos conceptos: lo tradicional y lo actual.

---

<sup>98</sup> Jameson, Fredric, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, págs. 43-44

La crítica modernista dirá del arte posmodernista que es ecléctico:

“Pero lo que parece ecléctico desde un punto de vista puede verse como rigurosamente lógico desde otro, pues, dentro de la situación del posmodernismo, la práctica no se define en relación con un medio dado-escultura-sino más bien en relación con las operaciones lógicas en una serie de términos culturales, para los cuales cualquier medio-fotografías, libros, líneas en las paredes o la misma escultura-pueden utilizarse”<sup>99</sup>

El nombre que toma la forma literaria de expresar lo expuesto anteriormente es pastiche. El pastiche incluye la reapropiación y subversión de otros textos, rechaza la originalidad moderna. El artista puede partir de materiales existentes, apropiárselos y retorcerlos. Es la única forma en que el artista entiende que es posible hacer algo nuevo. Nos queda la intertextualidad, muchos juegos entre textos, referencias a otros.

Estas obras posmodernas no son, por tanto, unitarias. Abundan los libros con fuerte divisiones internas, al igual que muchas películas. La literatura se convierte en un cajón de retales que da cabida a materiales diversos. Pongamos un ejemplo con uno de nuestros autores: Beigbeder. Las novelas de este autor dan cabida a fotografías, dibujos y anuncios publicitarios. Sus obras mezclan mundos discursivos distintos. La palabra se mezcla con la imagen, y es que en nuestro mundo es muy difícil sustraerse a la influencia de esta última.

Esta mezcla de discursos conforma el pastiche y nos hace ser conscientes de la materialidad del libro, de la irrealidad. Rompe la entrada clásica en la que el lector firma un pacto de credibilidad hasta el final. El uso de estos mecanismos podría servir para resaltar la ficción, para delatar el pacto de credibilidad con el lector, que debe ser consciente de que el libro es otra ficción más, nada definitivo.

Los géneros tampoco escapan de la mezcla. Se subvierten y parodian hasta la saciedad. Beigbeder parodia la novelita sentimental, Houellebecq mezcla poesía

---

<sup>99</sup> Krauss, Rosalind, “La escultura en el campo expandido”, aparece dentro de la obra *La posmodernidad*, edición de Hal Foster, pág. 72

y prosa en *La posibilidad de una isla*, por poner dos ejemplos. Las novelas posmodernas llevan entre sus páginas poesías, ensayos, noticias periodísticas, cartas, e-mails, diarios, confesiones, declaraciones policiales... Todos los discursos pueden ser usados.

La novela posmoderna siente fascinación por el “populismo estético” del que habla Jameson. Ya hemos dicho que se difumina la frontera entre alta cultura y cultura de masas, que las obras de arte forman parte de la industria cultural, que la sociedad de masas es seductora.

“En efecto, lo que fascina a los posmodernismos es precisamente todo ese paisaje “degradado”, feísta, kitsch, de series televisivas y cultura de Reader’s Digest, de la publicidad y los moteles, del último pase y de las películas de Hollywood de serie B, de la llamada paraliteratura, con sus categorías de lo gótico y lo románico en clave de folleto turístico de aeropuerto, de la biografía popular, la novela negra, fantástica o de ficción científica: materiales que no se limitan a citar simplemente, como habrían hecho Joyce o Mahler, sino que incorporan a su propia esencia”<sup>100</sup>

Podemos hablar de defensa a ultranza de la cultura popular, de lo marginal y de lo anecdótico. La cultura es otro objeto más de consumo, otra hipermercancía que ha experimentado la democratización. La posmodernidad nos ha traído la mezcla de la alta cultura con la popular: Elvis y Platón pueden compartir página. La novela posmoderna introduce las nuevas formas artísticas relacionadas con el consumo de masas. No hay temas que no tengan cabida por ser bajos o populares. De hecho, se valora la mezcla de lo cutre y populachero con lo elevado, sin restricciones, sin compartimentos estancos. La basura se ha vuelto el tesoro del *underground*. Se llevan la serie B, los telepredicadores y la teletienda. No nos distinguimos por la alta cultura sino por la visión irónica que hacemos de los productos del sistema, por el examen que hacemos de los media. Hay un interés posmoderno hacia lo decadente, lo popular y lo malo. Lo que nos eleva es la mayor o menor ironía con la que nos acerquemos a estos fenómenos que son redimidos de su vulgaridad, pues ahora de lo abyecto surge lo selecto. El artista

---

<sup>100</sup> Jameson, Fredric, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, pág. 13

debe entender de basura y saber elevarla. Así, por ejemplo, las novelas de Houellebecq y Beigbeder siguen la estética del realismo sucio, de la decadencia y del vacío existencial.

La literatura se ha visto muy influenciada por la imagen, por nuestra forma de ver el mundo. Se ha acercado a lo instantáneo, a lo liviano y a lo breve. Fijémonos en el éxito de los microrrelatos y de los *haikus*. Nos gusta lo raudo como un mensaje en la pantalla, lo que no exija mucha concentración. La novela se asimila al blog, donde se pueden mezclar géneros.

Se tiene la sensación de que ya está todo inventado, de que sólo quedan la parodia y el pastiche para innovar. La tecnología, en cambio, es un campo de novedades. La posmodernidad, fascinada y sometida por la tecnología y por las nuevas formas de comunicación, también se apropiará de estos discursos. Los lenguajes del cine, la televisión y del ordenador entran en el universo literario. Se apropia de las imágenes de la cultura de masas a la que pertenecen y las subvierten.

Hay muchísima influencia de las técnicas cinematográficas en el discurso narrativo contemporáneo, y es que la vida se percibe como una película. Las citas cinematográficas son constantes. Pondré un ejemplo de uno de nuestros autores:

“Esta vez, tenéis la impresión de que estáis en una película de David Lynch: detrás de una apariencia refinada y risueña se esconde una dimensión oculta, una violencia secreta, una locura destructora que os obliga a sonreír todavía más”<sup>101</sup>

La literatura posmoderna se compone de restos, de fragmentos de recuerdos y de conversaciones sepultadas. Los diálogos y pensamientos se mezclan con películas, con canciones, con cifras de la sociedad de consumo:

“Se casan, se divorcian, se vuelven a casar, tienen hijos, no se ocupan de ellos pero educan a los de los demás mientras otros educan a los suyos. Cada día, las 200 fortunas más importantes del mundo obtienen un beneficio de 500 dólares por segundo. El alba es un atardecer en autorreverse. El crepúsculo una aurora rebobinada. En ambos casos,

---

<sup>101</sup> Beigbeder, Frédéric, *13,99 euros*, pág. 218

todo es rojo y excesivamente largo. Se estima que el 25% de todas las especies animales podrían desaparecer de la faz de la tierra antes de 2025.”<sup>102</sup>

La narrativa posmoderna está llena de ironía y juego, de la deconstrucción de los discursos.

“En su furor de innovación, el arte ha disuelto todas sus referencias clásicas, renunciando a la gracia y la belleza, no cesa de destruir la representación, se boicotea en tanto que esfera sublime y entra de este modo en la era humorística, ese último estadio de secularización de las obras, en el que el arte pierde su estatuto trascendente y aparece como una actividad dedicada a la escalada del “cualquier cosa”, al borde de la impostura”<sup>103</sup>

Las novelas se distancian de la realidad por medio de la ironía. Sonreímos al pensar en las amargas verdades y suplimos la falta de fe con la risa. Los libros posmodernos son muy irónicos y divertidos. Usan el humor porque ayuda a superar el narcisismo, porque nos muestra sin tanto dolor el disparate que parece ser el mundo. La ironía ayuda a romper la individualidad, pues consiste en imponer una distancia, es verse a uno mismo y al mundo desde otro plano, otra mirada, una escisión. César Aira, por ejemplo, acepta el caos de la vida y se divierte. Su literatura recoge el desorden de la realidad y esta asunción acaba provocando la risa. Al tratar de racionalizarlo caemos en el absurdo. El cuento de un niño que va a comprar un helado<sup>104</sup> se vuelve cáustico y corrosivo, es la otra cara de Disney. Es una historia anormal al margen de la sociedad que se desarrolla en una atmósfera cotidiana súbitamente enrarecida. El relato es contado por un niño tarado de poca credibilidad que asume diferentes roles dentro de sus delirios. El niño César Aira percibe la realidad de forma esquizofrénica, ha perdido el sentido del mundo. Lo interesante es que el loco sigue patrones de percepción posmodernos, solo que llevados al extremo.

---

<sup>102</sup> Ibid., pág. 263

<sup>103</sup> Lipovetsky, Gilles, *La era del vacío*, pág. 164

<sup>104</sup> Aira, César, *Cómo me hice monja*

El posmodernismo, movimiento de naturaleza antiutópica, tal y como afirma Lyotard, no se centra ya en lo bello, sino en lo sublime. Esta idea la plasma en una de sus obras Nietzsche cuando dice que sólo el arte puede redimirnos:

“Únicamente él es capaz de retorcer esos pensamientos de náusea sobre lo espantoso o absurdo de la existencia convirtiéndolos en representaciones con las que se puede vivir: esas representaciones son lo sublime, sometimiento artístico de lo espantoso y lo cómico, descarga artística de la náusea de lo absurdo.”<sup>105</sup>

La novela posmoderna inserta de forma habitual la metaliteratura, que puede entenderse de dos formas, ambas muy presentes. La primera sería la literatura dentro de la literatura. Nos encontramos con relatos que hablan sobre otros relatos. Pongamos como ejemplo la novela *La noche del Oráculo* de Paul Auster o muchos cuentos de Italo Calvino. Metaliteratura aquí significa juego de cajas chinas, de niveles de ficción. Son relatos en los que irrumpen otros metarrelatos. En *Plataforma* nos encontramos con posibles guiones para películas de serie B; en *13,99 euros* la publicidad separa los capítulos con sus simulacros: “no se vayan, después de la publicidad la novela continúa”.

Por otro lado, metaliteratura significa reflexión, de esta forma, también sería la escritura que reflexiona sobre sí misma, el discurso literario que habla sobre qué es la literatura. Estas reflexiones inundan las páginas posmodernas, y es que la escritura es vista como una herramienta disponible para poner orden en el caos del mundo y en el del yo.

El autor posmoderno no es el gran creador, se mueve en la incertidumbre y en la duda. El hibridismo también le alcanza:

“Gilles Deleuze y Felix Guattari consideran que un sujeto no es el autor de un libro (...). El autor no existe como sujeto pues su obra se construye en el cruce de partículas materiales, temas, exterioridades, relaciones entre lo micro y lo macro e interacciones entre lo consciente y lo no pensado”<sup>106</sup>

---

<sup>105</sup> Nietzsche, Friedrich, *La gaya ciencia*, pág. 81

<sup>106</sup> Díaz, Esther, *Entre la tecnociencia y el deseo: la construcción de una epistemología ampliada*, pág. 90

Ante esta hibridación generalizada, el autor es un manipulador de todos los materiales. El artista monta, mezcla, no crea partiendo de la nada. Hurga entre lo existente y se lo apropia. La posmodernidad hace suya la afirmación de la muerte del autor, figura hacia la que no siente un gran interés:

“La muerte del autor, hecho claramente documentable en la narrativa del siglo XX y lo que llevamos del XXI, llegó precedida de una larga agonía que se origina en la filosofía cartesiana, se recupera aparentemente durante el Romanticismo y encalla definitivamente en la obra de Nietzsche y Schopenhauer, de donde sale convertido en una realidad de ficción”<sup>107</sup>

Antonio Garrido Domínguez sostiene que el salto de las tesis de Nietzsche a “las posturas de Foucault, Derrida o Barthes es realmente pequeño: habría que hablar más bien de la continuidad de una línea de pensamiento que desemboca en el desmoronamiento de una categoría central en la episteme de la modernidad como es la de la identidad”.<sup>108</sup>

La literatura posmoderna muchas veces rompe la ilusión ficcional con apelaciones al lector y juega con los conceptos de autor, de personaje. Incluye figuras reales en el universo ficticio, a veces incluso al propio autor. Michel Houellebecq se convierte en personaje en *El mapa y el territorio*. Jed, el protagonista, le encarga que realice el catálogo de su exposición, Michel Houellebecq será asesinado en la novela: es decapitado y su cuerpo esparcido en jirones. El escritor nos narra su propio entierro, al que no asiste ningún familiar. Beigbeder también se convierte en personaje en esta novela, aparecerá charlando animadamente en un *cocktail*.

“(…) como señala oportunamente Mc Hale, la entrada del autor en el mundo ficcional y la confrontación con sus personajes en su papel de autor es uno de los *topoi* posmodernos centrales: al hacer explícito el concepto de autor como dios, se dramatiza la libertad del autor y su superioridad ontológica, puesto que su entrada en el universo ontológico de la novela provoca su propia ficcionalización.

---

<sup>107</sup> Garrido Domínguez, Antonio, “La pretendida resurrección del autor en la narrativa contemporánea”, pág. 51

<sup>108</sup> Ibid., pág. 66

El modernismo intenta hacer desaparecer al autor por todos los medios: diálogo directo, discurso indirecto libre, monólogo interior, narrador subjetivo en primera persona. Pero este empeño sólo provoca el aumento de la presencia autorial: el autor como estratega, como dios que mueve los hilos a su antojo. El posmodernismo, en cambio, ha vuelto a colocar al autor en la superficie, a hacerlo explícito en el texto mediante excursiones metaficcionales, y al hacerlo explícito, lo ficcionaliza y lo mata como ente real (...)" <sup>109</sup>

Antonio Garrido Domínguez considera que “la deriva posmoderna hacia posturas poco proclives hacia la reafirmación del poder establecido (en cualquiera de sus formas), el relativismo y la profunda crisis del sujeto no parecen el terreno más adecuado para una supuesta resurrección del autor”<sup>110</sup>

Después de que Duchamp mostrara su *ready-made Fuente* la teoría clásica de la belleza en el arte estalló por los aires. Ahora el arte se forma en la mirada del observador. Las obras de arte conectan con un espectador que debe decidir qué papel adoptar ante ellas. Se nos pide ser activos ante la arquitectura efímera de la instalación y ante el arte en general. Otra decisión con la que debemos cargar. El arte no nos ofrece placidez amniótica, implica posicionamiento. Buscamos relajación, disfrute tranquilo y sosiego. Nos encontramos con que debemos ayudar a construir la obra, se exige nuestra participación.

El lector posmoderno está sometido a la incertidumbre, con la polifonía muchas veces no sabe qué versión es cierta. Se mueve muchas veces entre historias contradictorias, poco fiables: las cosas pueden haber sido así, o de cualquier otro modo. Esto lo vemos en *Alrededor de Lorena*, donde cada personaje nos cuenta su verdad, distintas versiones de un mismo hecho, ¿qué ocurrió en realidad?, o acaso esta pregunta ya no es posible en un mundo sin verdad. *Alrededor de Lorena* es una novela de corte experimental - o thriller sentimental cuasi fantástico- que tiene el deseo como eje. La novela está estructurada en torno a distintos momentos en la vida de una mujer: Lorena. También tienen voz quienes forman parte de su vida. Cuenta –en forma de rompecabezas-la historia de una

---

<sup>109</sup> Lozano Mijares, María del Pilar, *La novela española posmoderna*, págs.168-169

<sup>110</sup> Garrido Domínguez, Antonio, “La pretendida resurrección del autor en la narrativa contemporánea”, pág. 69

mujer burguesa y sus tres amores: el Señor Perverso -del que nunca sabremos el nombre-, Ricardo y Gerard. Es, por tanto, una novela polifónica en la que las diversas voces nos muestran distintos momentos de su deseo, esos instantes íntimos que hacen girar el destino para siempre. A través de frases envolventes y cargadas de poesía van desvelándose los secretos de los personajes, sus anhelos más inconfesables, su diario íntimo. La suma de voces nos introduce en el espacio de la interpretación y las versiones, el único posible tras la desaparición de los hechos y de la objetividad. En *Alrededor de Lorena* vemos personajes asfixiados en su cotidianidad y en sus insignificancias. El mundo exterior se ha desestabilizado y el único análisis posible del mundo es el que parte de la subjetividad del yo. El lector se enfrenta con el ocultamiento de datos, pongamos otro ejemplo de esta obra:

“Del Señor Perverso y de la Señora Directora no sabemos nada. Nada, ni siquiera sus nombres, ni siquiera si es cierto aquel pensamiento del Señor Perverso de que en alguna parte ha dejado, si es que alguna vez la ha tenido, una familia”<sup>111</sup>

La posmodernidad nos dice que no hay un significado único y fijado de antemano, los textos son polisémicos, son juegos y significado del lenguaje, son relatos inestables que deben ser interpretados por el lector. La interpretación no estará ya basada y garantizada por el saber de los miembros distinguidos de la comunidad, la interpretación va más allá de la denostada razón. Desaparece la monosemia y el lector recibe un papel activo: debe interpretar.

La novela posmoderna ofrece como elementos liberadores el sexo, el amor y la escritura. Parece ser que sólo a través de ellos podremos intentar el camino de la emancipación, aunque sea de forma paródica. Esto se verá en las dos modalidades de sujetos posmodernos más actuales que cita María del Pilar Lozano siguiendo a Ana María Guasch: el sujeto “abyecto” y el “antiedípico”.

“..., dos nuevos sujetos posmodernos que representan un impulso desublimador que subyace tras el arte occidental de 1995 a 2000, impulso que responde a una recuperación del subconsciente, pero no siguiendo los procesos freudianos, sino el

---

<sup>111</sup>Paszkowski, Diego, *Alrededor de Lorena*, pág. 275

concepto de *rizoma* de Deleuze y Guattari: sujetos que se presentan como máquinas de deseo, que rechazan las oposiciones binarias, que se niegan a continuar en la línea de los *bodies without organs* impuestos por la tecnología, que luchan por regresar a un sentido primordial de la subjetividad emocional, intelectual y física”.<sup>112</sup>

Del sujeto abyecto dice:

“Es un sujeto que se siente a gusto sin velos, sin simulaciones, sin representaciones, que busca provocar repugnancia y asco para alterar la subjetividad del espectador (...)”<sup>113</sup>

Este podría responder a la mayoría de los sujetos de Houellebecq, que ya no son hombres alienados y sufrientes, sino seres débiles y descentrados, perdidos en su propia intimidad. Son seres que muestran sus miserias sin pestañear.

Del sujeto antiedípico expone las siguientes características:

“El sujeto antiedípico se rebela contra la autoridad paterna: borrando la frontera entre el interior del cuerpo y el exterior del mundo, entre el yo y el otro, entre lo personal y lo social, el artista recupera la auténtica realidad superando la frialdad de nuestra sociedad altamente tecnificada, desmitificando el carácter aurático del arte en su intento de desublimar, de atacar la jerarquía, el patriarcado, el canon, y originando una línea de insumisión(...)”<sup>114</sup>

Muchos de los protagonistas de estas novelas son *BoBos*. Los *BoBos* son los burgueses y bohemios en estado puro. El *BoBo* es el ser paradigmático de las contradicciones posmodernas. Forma parte de una élite –a la que no piensa renunciar-pero es espiritual y solidario con los pueblos oprimidos del Amazonas. Trata de reconciliar mundos opuestos y, sobre todo, de lavar su conciencia. Trabaja en una multinacional y es anticapitalista, se gasta un dineral en objetos superfluos pero son de comercio justo, critica al banquero mientras come curry en el último garito de moda, quiere seguir con su ritmo de vida pero defiende la igualdad. Las novelas de Houellebecq y de Beigbeder muestran las patrañas que hay dentro de este mundo de apariencia liberal y progresista, y los conflictos

---

<sup>112</sup> Lozano Mijares, María del Pilar, *La novela española posmoderna*, pág. 166

<sup>113</sup> *Ibid.*, pág. 166

<sup>114</sup> *Ibid.*, pág. 167

internos de conjugar dos realidades irreconciliables. Se atreven a decir las cosas políticamente incorrectas pero que están ahí. Lo primero soy yo y mi deseo, los demás que no me molesten.

Ponen al descubierto que el barniz contracultural es otra farsa más que no lleva a ningún sitio. Los personajes de estos dos franceses critican a los *BoBos* y, en cierta manera, los superan. Pero esta superación es también cruel, porque obvia el dolor del otro sin ni siquiera hacer un amago de cambiar nada. Hay una denuncia similar a la que representa el personaje de Dante en la película *Martín Hache*. En la escena Dante arremete contra los *BoBos* que lloran en la sala de un teatro, las lagrimitas burguesas en el teatro alternativo no arreglan nada y no hacen, ni mucho menos, seres superiores, viene a decir el personaje interpretado por Eusebio Poncela. Parece que no hay mucha escapatoria del sistema a no ser que nos vayamos a vivir a la mitad del desierto.

Muchos de los personajes de las novelas posmodernas podrían tener a su alcance una vida de satisfacción y tranquilidad, pero su vida está llena de ansiedad, angustia y descontento. Tienen un estatus social bastante alto, el dinero no suele ser un problema en un mundo en el que la novela social está pasada de moda. Los personajes están muy solos y buscan la evasión a través del sexo y el amor.

Les cuesta mucho establecer vínculos fuertes, sentimientos de pertenencia. La familia es presentada como algo penoso y una fuente de conflictos, no tienen nada parecido a un hogar. Experimentan una sentimentalidad individualista y poco social. A veces da la sensación de que no experimentan su vida, de que la ven pasar, como el que mira una película. Están encerrados en su intimidad y poco comprometidos con lo exterior. Viven el día a día, sin sentido más allá de esto, de este presente eterno. Sufren una soledad espantosa y están muy faltos de amor y de caricias. Y es que lo cotidiano es el último reducto desde el que interpreta el hombre actual. Los personajes nos muestran la vida sin trascendencia, la asfixiante cotidianidad. Una cierta amargura, una tristeza duradera sin causa clara, como si se hubiera cometido contra ellos una injusticia. Dan sensación de abandono, de desamparo, de tristeza taciturna. Sienten un

malestar difuso, mucho vacío emotivo y desapego emocional. Se glorifica el sexo y se muestra el desapego, que protege contra el desequilibrio interior y contra el drama pasional. Les resulta incómodo mostrar sus emociones y sentimientos a los demás. Son personajes poco empáticos e implicados, ven el mundo como un lugar en el que no hay sitio para la esperanza. Sólo les queda seguir el camino de su deseo particular.

## 5. EL DESEO EN LA NARRATIVA POSMODERNA

Este apartado está dedicado al análisis del deseo en textos concretos, en novelas y algunos cuentos de autores de variada procedencia geográfica. Este corpus de autores no ha sido elegido al azar, sino que ha intentado reunir a autores posmodernos representativos, muy actuales, y que fijen su atención en el deseo. Sus obras reflejan las características vistas en el apartado anterior, sus personajes el individualismo. La idea de este apartado es ver cómo todo lo estudiado anteriormente se refleja en el universo literario.

### 5.1. El culto al deseo y el deseo como obstáculo para el amor

Como ya hemos visto en apartados anteriores nuestra sociedad ha subido el deseo a los altares y entiende el amor como pasión, enamoramiento y novedad. La posmodernidad no siente fascinación por el amor como culto a un ser único sino que entroniza al propio deseo, que irá posando su mirada y sus tentáculos en diferentes seres. Lo que interesa en la posmodernidad es la experimentación y vivencia del deseo, de la pasión intensa.

“El deseo y el placer, que son fenómenos culturales, antropológicos, secundarios, no explican a fin de cuentas la sexualidad; lejos de ser factores determinantes, están sociológicamente determinados. En un sistema monógamo, romántico y amoroso, sólo pueden alcanzarse a través del ser amado, que en principio es único. En la sociedad liberal en la que vivían Bruno y Christiane, el modelo sexual propuesto por la cultura oficial (publicidad, revistas, organismos sociales y de salud pública) era el de la *aventura*. Dentro de un sistema así, el deseo y el placer aparecen como desenlace de un proceso de *seducción*, haciendo hincapié en la novedad, la pasión y la creatividad

individual (cualidades por otra parte requeridas a los empleados en el marco de la vida profesional)”<sup>115</sup>

La maldición del amor en la posmodernidad podría formularse así: sin deseo el amor no es posible, pero el deseo no dura, de forma que el amor tampoco puede permanecer. Muchas de las novelas que analizaremos insisten en este escollo, en este obstáculo fascinante que es el deseo para el amor y que suele acabar dejando un poso amargo. El único instante en el que el amor parece posible es al principio, en el enamoramiento, cuando la pasión y el deseo corren a raudales. Este deseo inicial, lleno de magnetismo y embrujo, hace vislumbrar el amor, pero no es más que un espejismo, pues el tiempo mata el deseo, y sin deseo no puede existir el amor. De esta forma es imposible alcanzar un amor estable, por lo que los personajes están condenados a la soledad o a la insatisfacción: muchos de ellos en pareja se asfixian y solos se deprimen, quieren estabilidad y enamoramiento perfecto y permanente, algo que no existe, puesto que las relaciones duraderas acompañadas de deseo intenso son escasísimas, de forma que, o renuncian a la estabilidad, o renuncian al ávido deseo inicial.

El matrimonio estable aparece retratado en las novelas como una renuncia al deseo, como una abdicación del individuo al auténtico placer libidinoso que necesita como ingredientes la novedad y la incertidumbre.

“Me parece que todo el problema del amor radica en lo siguiente: para ser felices necesitamos seguridad cuando resulta que para estar enamorados necesitamos inseguridad. La felicidad se basa en la confianza mientras que el amor exige dudas e inquietud. Resumiendo el matrimonio ha sido concebido para hacernos felices pero no para que permanezcamos enamorados”<sup>116</sup>

El matrimonio feliz parece una utopía más en este mundo que glorifica la pasión. Octave, el protagonista de *13,99 euros* y de *Socorro, perdón* se casa enamorado, cree que él será la excepción, que su amor durará y que el deseo no le abandonará, pero el resultado es bien distinto:

---

<sup>115</sup> Houellebecq, Michel, *Las partículas elementales*, págs. 247-248

<sup>116</sup> Beigbeder, Frédéric, *El amor dura tres años*, pág. 65

“(…) el matrimonio es una gigantesca maquinación, una estafa infernal, una mentira organizada en la que naufragamos como dos niños. ¿Por qué? ¿Cómo? Muy sencillo. Un joven pide la mano de la mujer a la que ama. Está muerto de miedo, resulta entrañable, se ruboriza, suda, tartamudea y a ella le brillan los ojos, ríe nerviosamente y le hace repetir lo que acaba de proponerle. Justo después de que ella haya respondido que sí, una interminable lista de obligaciones caerá sobre sus espaldas, cenas y comidas familiares, distribución de mesas, ensayos de vestuario, broncas, prohibido tirarse pedos o eructar delante de los suegros, ponte derecho, sonreíd, sonreíd, es una pesadilla sin fin y sólo es el principio: después, ya lo veréis, todo está organizado para que acaben odiándose”<sup>117</sup>

La sociedad posmoderna valora lo nuevo y excitante, no es de extrañar que los personajes sean fieles seguidores de estos valores:

“Nuestra generación es demasiado superficial para el matrimonio. Casarnos es como ir al Mc Donald’s. Luego, hacemos zapping. ¿Cómo íbamos a permanecer toda la vida con la misma persona en la sociedad del zapping generalizado? ¿En una época en que las estrellas, los políticos, las artes, los sexos, las religiones son intercambiables como nunca lo habían sido? ¿Por qué el sentimiento amoroso iba a ser la excepción a esta generalizada esquizofrenia?”<sup>118</sup>

David Kepesh, protagonista de *El profesor del deseo* y de *El animal moribundo* tiene una visión muy similar del matrimonio, lo ve como renuncia al deseo y como fingimiento:

“En el mejor de los casos se dicen estoicamente: “Sí, comprendo que más tarde o más temprano prescindiré del sexo en este matrimonio, pero lo haré a fin de obtener algo distinto y más valioso”. Pero, ¿comprenden qué es lo que desechan? Ser casto, vivir sin sexo...bien, ¿cómo encajarás entonces las derrotas, los compromisos, las frustraciones? ¿Ganando más dinero, ganado todo el dinero que puedas? ¿Teniendo todos los hijos que puedas? Eso ayuda, pero no es en absoluto como lo otro, porque lo otro se basa en tu ser físico, en la carne que nace y la carne que muere, porque solo cuando jodes te vengas de una manera completa, aunque momentánea, de todo cuanto te desagrada de la vida y

---

<sup>117</sup> Ibid., pág. 32

<sup>118</sup> Ibid., pág. 44

todo cuanto te derrota en la vida. Solo entonces estás más limpiamente vivo y eres tú mismo del modo más limpio. La corrupción no es el sexo sino lo demás. El sexo es también la venganza contra la muerte. No te olvides de la muerte. No la olvides jamás. Sí, también el poder del sexo es limitado. Sé muy bien lo limitado que es. Pero, dime, ¿Qué poder es mayor que el suyo?”<sup>119</sup>

“Desde luego, ninguno de los casados se sincera jamás conmigo. Con ellos no hay ninguna clase de afinidad. Tal vez reserven sus confidencias para intercambiarlas entre ellos, aunque me extrañaría... No me consta que la solidaridad masculina llegue muy lejos en estos tiempos. Su heroísmo no consiste solo en soportar estoicamente la cotidianidad de sus renunciaciones, sino en presentar con diligencia una imagen falsa de sus vidas”<sup>120</sup>

La mayoría de los personajes de las novelas ni pueden ni quieren renunciar a la fuerza del deseo. De esta forma logran placer, pero no felicidad. Su vida es inestabilidad afectiva. Muchos se entregan al sexo, a cambiar una pareja por la siguiente, a reflexionan sobre la imposibilidad del amor en una sociedad que exalta lo romántico. Son románticos posmodernos que no entienden otra concepción del amor. Si, como nos dice Beigbeder, idolatramos al deseo - y este es efímero- sólo queda ir cambiando de pareja o entregarse al sexo sin afecto, que sería el placer que otorga la suma de dos soledades ególatras. Si no renunciamos al deseo siempre renovado debemos aceptar la condena: la soledad y la inestabilidad. Octave, por ejemplo, es un inmaduro que vive en la contradicción perpetua. Tiene cuarenta años y lleva vida de adolescente, se enamora desesperadamente unos instantes y luego huye del compromiso. Está enamorado de la idea del amor, pero le da miedo amar, porque entonces tienes algo que perder, porque no sabe cómo hacerlo.

Muchos de los personajes de estas novelas se entregan al sexo desenfrenado, pero son conscientes de que tampoco es una panacea, pues sienten que su culto al deseo les priva del amor. La conclusión que se puede extraer es que no estamos

---

<sup>119</sup> Roth, Philip, *El animal moribundo*, págs. 59-60

<sup>120</sup> *Ibid.*, pág. 92

en un escenario nada propicio para el amor y que el culto al deseo, prometiendo el paraíso, extiende el sufrimiento.

“Houellebecq retrata, en la mañana posterior a la revolución sexual, la esterilidad de un universo dominado por el imperativo de goce del superyó. Todo este trabajo se centra en la antinomia entre amor y sexualidad: el sexo es una necesidad absoluta y renunciar a ella es marchitarse, así que el amor no puede florecer sin el sexo; de forma simultánea, sin embargo, el amor es imposible precisamente a causa del sexo: el sexo, que “prolifera como el epítome de la dominación en el capitalismo tardío, ha teñido permanentemente las relaciones humanas como reproducciones inevitables de la naturaleza deshumanizadora de la sociedad liberal; esencialmente, ha arruinado el amor”<sup>121</sup>

Nuestra sociedad venera el enamoramiento y lo confunde con el amor. Esta pasión inicial no dura mucho: de tres a siete años, según los científicos. Después de este período podemos disfrutar de ternura y confianza, pero no de pasión. Muchos personajes están enamorados de la pasión y del sexo, no entienden otra concepción del amor. El amor sin deseo y sin pasión no tiene sentido para muchos, que ven en el amor calmado y sin sexo una impostura:

“No puedo evitar pensar que todos los hombres que están más de tres años con la misma mujer son unos cobardes o unos mentirosos. Quería mandar al cuerno el esquema burgués de la familia: un padre no debe abandonar a la madre de sus hijos, aunque ame a otra mujer. Si lo hace es un cabrón, un gilipollas sin sentido de la responsabilidad. El “sentido de la responsabilidad” consiste en engañar a tu mujer sin que lo sepa. No estoy de acuerdo. La verdadera responsabilidad es que tus hijos vean la verdad, no un simulacro artificial, trucado.

La llamada sociedad liberada y cool de hoy en día impone como modelo un amor de cartón piedra. Los sixties fueron un “paréntesis mágico”. Yo quería decirles a mis dos hijos que nunca hay que quedarse cuando ya no se está enamorado, que sólo hay que serle fiel al amor y mandar a freír espárragos a la sociedad cuantas veces mejor”<sup>122</sup>

El amor y el deseo son las arterias de la obra de Beigbeder, de Houellebecq y de Roth, sus novelas son magníficos ejemplos de las dificultades y paradojas con las

---

<sup>121</sup>Žižek, Slavoj, “Sobre la violencia: seis reflexiones marginales”, pág. 50

<sup>122</sup> Beigbeder, F., *Windows on the world*, págs. 205-206

que se enfrenta el amor en la posmodernidad. Nos hablan del embeleso del deseo y de cómo esta fascinación inicial, o llama, se dirige irremediabilmente a la extinción. Y es que el amor a perpetuidad es irrealizable, tiene un tiempo de duración, no es más que una quimera en la desolada realidad:

“El amor como inocencia y como capacidad de ilusión, como aptitud para resumir el conjunto del otro sexo en un solo ser amado, rara vez resiste un año de vagabundeo sexual, y nunca dos”<sup>123</sup>

El deseo se extingue, el tiempo y la convivencia lo matan. Muchos personajes lo saben, pero poco pueden hacer más allá de disfrutar de su elixir perecedero:

“Desde luego sabía los ingredientes de la fórmula; sabía que el deseo se debilita con más rapidez en el seno de una pareja estable. Pero se debilita de todas formas, es una ley de vida, y puede que la pareja permita establecer una unión de otro tipo; sea como sea, eso es lo que ha pensado mucha gente”<sup>124</sup>

El tiempo de duración del amor será el eje central de la novela *El amor dura tres años*, narración ambientada en el París más cosmopolita y discotequero que subvierte el género de la novela rosa. La tesis que sostiene es que el amor tiene fecha de caducidad, que el amor eterno es una mentira que nos vende la sociedad, que someter nuestras vidas a esta falacia nos vuelve infelices. El amor ha entrado en la lógica del consumo y como cualquier otro bien debe ser reemplazado al cabo de los tres años, que es cuando se extingue el deseo y, por tanto, ya no resulta de calidad según los patrones libidinosos posmodernos:

“Un mosquito vive un día, una rosa tres días. Un gato, trece años, el amor, tres. Así son las cosas. Primero hay un año de pasión, luego un año de ternura y, finalmente, un año de aburrimiento.”<sup>125</sup>

En esta novela Beigbeder rompe la convención decimonónica sobre el amor eterno. La novela se convierte así en una ejemplificación de una teoría científica:

---

<sup>123</sup> Houellebecq, Michel, *Ampliación del campo de batalla*, pág. 127

<sup>124</sup> Houellebecq, Michel, *Plataforma*, pág. 162

<sup>125</sup> Beigbeder, F., *El amor dura tres años*, pág. 23

“Lo leí en una revista femenina: el amor es un subidón efímero de dopamina, noradrenalina, prolactina, luliberina y occitocina. Una pequeña molécula, la feniletilamina (PEA), provoca sensaciones de alegría, exaltación y euforia. El flechazo es la suma de neuronas del sistema límbico saturadas de PEA. La ternura, un montón de endorfinas (el opio de la pareja). La sociedad miente: te vende el gran amor cuando está científicamente probado que, al cabo de tres años, estas hormonas dejan de estar activas”<sup>126</sup>

Los medios de comunicación nos venden la felicidad y la pasión duradera, las películas también, pero los científicos nos dicen otra cosa: el amor tiene una duración determinada. El ser humano debe luchar contra los dictámenes de las ciencias naturales que dicen que el amor no es eterno. El amor puede serlo, pero ya hemos dicho que nuestra sociedad ha convertido el amor en el enamoramiento. El amor sólo vale la pena si va acompañado de revoltijo emocional y se desborda de deseo, nos dicen. Este estado no va a durar, después de un tiempo nos encontraremos con algo diferente. Entonces, ¿qué haremos?, ¿continuar sin enamoramiento, es decir, sin lo que se considera el auténtico amor?, ¿dejarlo?

La sociedad apuesta por el deseo siempre renovado y por lo romántico, ya lo hemos visto. Este modelo trae problemas al protagonista de *13,99 euros*:

“Yo nunca tengo suficiente: cuando una chica me gusta, quiero enamorarme de ella; cuando me enamoro, quiero besarla; una vez que la he besado, quiero acostarme con ella; cuando me he acostado con ella, quiero vivir con ella en un apartamento; cuando vivo con ella en un apartamento, quiero casarme con ella; cuando me he casado con ella, conozco a otra chica que me gusta. El hombre es un animal insatisfecho que se debate entre varias frustraciones”<sup>127</sup>

La sociedad posmoderna eleva lo pasional y lo excitante:

“A menudo nos dicen que, al cabo de cierto tiempo, la pasión se convierte en “otra cosa”, más sólida y más hermosa. Pero esa “otra cosa” es el Amor con A mayúscula, un

---

<sup>126</sup> Ibid., pág. 24

<sup>127</sup> Ibid., pág. 45

sentimiento menos excitante, es cierto, pero también menos inmaduro. Me gustaría ser absolutamente claro: esa “otra cosa” me toca los cojones, y si el Amor es eso, entonces dejo el Amor en mano de los gandules, de los descorazonados, de la gente “madura” que vive varada en su comodidad sentimental. Mi amor, el mío, lleva una “a” minúscula pero tiene amplitud de miras; no dura demasiado pero, por lo menos, cuando está allí lo notas. Su “otra cosa” es la que les gustaría convertir el amor parece una teoría inventada para poder conformarse un poco, y sentirse más seguros proclamando que no hay nada mejor. Me recuerdan a los envidiosos que rayan las puertas de los coches de lujo porque no tienen medios para comprarse uno igual.”<sup>128</sup>

El protagonista se siente fascinado por la pasión eléctrica, excitante y estremecedora del principio, por el sexo inicial, por la sensación de estar drogado. El problema es que la angustia va apoderándose de él según avanza el tiempo. Cada minuto que pasa le aproxima a la falta de placer, a esa “otra cosa” que no le interesa. Después del enamoramiento sólo hay dos opciones: asumir ese amor calmado que detesta o romper. Si rompes, te encuentras con una libertad y una soledad difíciles de asumir. Si sigues, estás renunciando al auténtico amor. No hay escapatoria para Beigbender, que cree que el amor- entendido como pasión- siempre acaba revelándonos su carácter ilusorio y perecedero.

Nuestra sociedad valora el deseo inicial y no pone trabas para separarse, así que puedes empezar todo el proceso de nuevo. Te puedes volver a enamorar, pero el fracaso se va a volver a repetir, una y otra vez. Un amor sustituye a otro, una decepción a la anterior, un error al siguiente:

“Con que la vida adulta era eso: construir castillos de arena y saltar encima con los pies juntos, y empezar la operación de nuevo, una y otra vez, cuando sabemos perfectamente que el océano los iba a borrar de todos modos”<sup>129</sup>

El amor actual parece condenado a buscar lo imposible: la pasión -cuya naturaleza es efímera- duradera. Es por eso que cuando estamos enamorados queremos parar el reloj, aunque sus agujas nunca hayan escuchado los deseos

---

<sup>128</sup> Ibid., pág. 49

<sup>129</sup> Ibid., pág. 52

humanos. El enamoramiento se irá, el espejismo de la unión desaparecerá y nos enfrentaremos otra vez con nuestro vacío. Todo es una ilusión, pero no tiene sentido sustraerse a ella. El amor hace que la vida valga la pena, es “una catástrofe espléndida: saber que te vas a estrellar contra una pared, y acelerar a pesar de todo: correr en pos de tu propio desastre con una sonrisa en los labios; esperar con curiosidad el momento en que todo se va a ir al carajo. El amor es la única decepción programada, la única desgracia previsible que deseamos repetir.”<sup>130</sup>

La pareja estable o el matrimonio aparecen retratados en las novelas como rutina, monotonía y exterminio del deseo, tal vez su punto más favorable sea que ofrece el encanto de lo extramatrimonial, que aumenta el placer con su componente clandestino, “en el mejor de los casos, el matrimonio es un estimulante seguro de las emociones del subterfugio libertino”<sup>131</sup>.

David Kepesh tiene claro que “el frenesí sobrecalentado remite en tranquilo cariño físico”<sup>132</sup>, pero el deseo intenso es el elixir que nunca le saciará. Trata de convencerse de que con el cariño y las caricias bastará, pero sabe que Claire acabará pareciéndole pesada, empalagosa, que la abandonará y luego se lamentará de lo que ha perdido, que su sino es no conocer lo duradero:

“Ay, inocente amada mía, no logras entenderlo y yo no puedo contártelo. No puedo decirlo, no esta noche, pero el caso es que dentro de un año mi pasión habrá muerto. Ya está muriendo, y me temo que no puedo hacer nada por salvarla. Ni tú tampoco. Estamos íntimamente unidos, estoy unido a ti como a ninguna otra persona, y no seré capaz de alzar una mano ni siquiera para tocarte... a no ser que previamente me recuerde que debo tocarte. Por esta carne que me ha sido injertada y de que me he nutrido para recuperar el control de mi propia vida, o algo semejante, no sentiré deseo alguno”<sup>133</sup>

---

<sup>130</sup> Ibid., pág.57

<sup>131</sup> Roth, Philip, *El animal moribundo*, pág. 89

<sup>132</sup> Roth, Philip, *El profesor del deseo*, pág. 194

<sup>133</sup> Ibid., pág. 251

David Kepesh considera el matrimonio una jaula y desde su divorcio busca el placer poniendo a su independencia el menor número de reservas. Ve un enemigo en el apego, quiere sexo puro, protegido emocionalmente, y huye del anhelo, de la posesión y del amor - aunque confiesa ansiar en secreto no ser libre-. Es esclavo de la pasión, aunque sabe bien que es pasajera y transitoria, que sus bríos desembocan en la calma y en el abrazo cariñoso:

“Ya no sucumbimos al deseo, ni nos tocamos por doquier, manoseando, agarrando, manipulando con la insaciable demencia que tan poco se corresponde con lo que ella y yo somos en todos los demás aspectos. Cierto que yo he dejado de ser un poco feroz, cierto que ella ha dejado de ser un poco golfa, que ninguno de los dos somos ya un loco lleno de ansiedad, ni un niño depravado, ni un violador hecho de acero, ni alguien que va a ser inevitablemente penetrado. Los dientes, antes cuchillas y tenazas, los dientes dañinos de gatos y perros pequeños, han vuelto a convertirse en meros dientes, y las lenguas son lenguas, y las extremidades son extremidades”<sup>134</sup>

Rinden culto al deseo y han dejado de amar a largo plazo. Ya hemos dicho que el deseo tiene fecha de caducidad y que, por eso, sus relaciones están destinadas al fracaso desde el principio:

“-Aprovecha. Un día se irá de putas con sus amigos y tú lo engañarás con un compañero de oficina en un hotel. Terminarás dejándolo y, entonces, ¿quién se quedará con la foto que os vais a hacer? Nadie. Es tirar película, va a acabar en una caja de zapatos al fondo del armario”<sup>135</sup>

## **5.2. La sexualidad**

El contenido sexual en la narrativa contemporánea no para de aumentar, este corpus de novelas es un buen ejemplo de ello. El sexo es uno de los ejes de estas narraciones cuyas páginas no escatiman en descripciones y reflexiones en torno a

---

<sup>134</sup> Ibid., págs. 194-195

<sup>135</sup> Beigbeder, F., *Windows on the world*, pág. 208

él. La posmodernidad siente fascinación por el sexo, que se ha convertido en una de las mercancías más deseables para los hombres y mujeres contemporáneos. Muchos de los protagonistas poseen una libido supersónica y conciben el sexo como la gran experiencia humana. El sexo da sentido a la vida de muchos de ellos, e incluso les ofrece lo más parecido a la realización, pues les aproxima a la felicidad, aunque sólo sea por unos instantes. El sexo supone para la mayoría una salida al hastío de sus vidas, un gozo que ayuda a sobrellevar las demás cargas. Para muchos de los protagonistas de estas novelas el deseo y el sexo ocupan el lugar primordial de sus existencias. El protagonista de *Plataforma* siente fascinación por el sexo – es asiduo de los *peep-shows*-, Valerie, su novia, también. Lo mismo puede decirse de Bruno en *Las partículas elementales*, del Señor Perverso, de Lorena y de la directora de la editorial en *Alrededor de Lorena*, de Octave en *13,99 euros* y en *Socorro, perdón*, de las protagonistas de Isa González, de Jeremy en *La isla de los perros*, de David Kepesh en *El profesor del deseo* y en *El animal moribundo*...

Citemos a dos personajes para ejemplificar su visión del sexo como experiencia hechizante. Escuchemos a Daniel 1 en primer lugar:

“Yo le había dado demasiada importancia a la sexualidad, era indiscutible; pero en el único lugar del mundo en el que me había sentido bien era acurrucado en los brazos de una mujer, acurrucado en el fondo de su vagina; y, a mi edad, no veía ningún motivo para que aquello cambiase”<sup>136</sup>

“Quizás en la sexualidad no había más que en una comida en Taillevent o en un Bentley Continental GT; nada que justificara tanta agitación.

Esa noche iba a demostrarme que estaba equivocado y me obligó a volver a una visión más elemental de las cosas”<sup>137</sup>

Jeremy, el protagonista de *La isla de los perros*, dice del sexo:

---

<sup>136</sup> Houellebecq, Michel, *La posibilidad de una isla*, pág. 98

<sup>137</sup> *Ibid.*, págs. 165-166

“Como para las ninfómanas, para mí el sexo es la fuente primordial del sentido de la existencia. Define toda mi vida. Por eso la vida sería intolerable sin el circuito: si tuviera que renunciar a él no sobreviviría”<sup>138</sup>

“No importa cuántas veces sienta ese hormigueo: nunca me canso de él. Hay muy pocos placeres humanos comparables”<sup>139</sup>

“Existen pocas situaciones más desgraciadas y desalentadoras – sin distinción de edad, raza, religión o ingresos- que tener pocas esperanzas sexuales de cara al futuro”<sup>140</sup>

Después de mantener relaciones sexuales con una pareja de extraños afirma:

“Al pasar bajo el cerezo, experimento una emoción agradable y a la vez conocida. No es una sensación de éxtasis, ni de dicha, ni siquiera de alegría. Es más sutil: más suave, más modulada. Una ausencia de necesidad. Una suspensión del deseo. La sensación de que nada te falta”<sup>141</sup>

La mayoría de los personajes de las novelas están encerrados en su intimidad con muy pocos lazos con el mundo exterior. Dentro de sus encapsuladas existencias cotidianas el sexo ocupa uno de los lugares fundamentales, pero muchas veces el sexo que practican es sexo sin carga afectiva y comunicativa. El encierro en el sexo es una forma de aislarse de un mundo exterior que desprecian y del que no quieren formar parte. Veamos algún ejemplo: al salir del psiquiátrico el señor Perverso se convertirá en corrector de estilo en una editorial, donde la directora hará que pase al papel de dominado. Consigue el permiso para dormir en uno de los despachos de la Editorial, y de esta forma apartarse del mundo, del caos:

“Donde estaré en contacto con los libros, donde no tendré que salir a la vida ya nunca más, ya nunca más tomar un colectivo, cruzar una calle, pagar la renta en una pensión, ya no deberé elegir qué comer cada día, (...) , y corregir, como corrijo, pruebas de

---

<sup>138</sup> Davies, Daniel, *La isla de los perros*, pág. 118

<sup>139</sup> *Ibid.*, pág. 42

<sup>140</sup> *Ibid.*, pág. 119

<sup>141</sup> *Ibid.*, pág. 45

imprensa, y estar en sus dominios, mi ama, cerca de Usted aunque Usted nunca vuelva a llamarme, para siempre”<sup>142</sup>

Algo similar ocurre en el cuento de Isa González *Porno star*, donde la protagonista es una decoradora embarazada que disfruta provocando miradas lascivas y viendo porno. Su deseo hace que arrincone su trabajo y que asuma deudas financieras en artículos eróticos más allá de sus posibilidades. Se convierte en actriz porno que ve una y otra vez sus propias películas. Su hijo nace, pero será un extraño para ella. Sólo su deseo le es propio. Se deshace de su vástago y su madre la ingresa en un centro. Ella consigue reconvertir su castigo- el encierro- en lascivia. Sólo vive en la mirada erótica de los demás, el resto del mundo no es valioso para ella.

Las obras seleccionadas diseccionan la visión del sexo que reina en el universo contemporáneo. El sexo se ha convertido en otra mercancía más regida por las leyes del mercado, y es que no hay ya espacio que escape de la mercantilización y de las leyes empresariales. Bruno habla de “sexualidad social-demócrata”, del sexo convertido en un contrato tranquilo y respetuoso. La asociación sexual debe ser una empresa que beneficie a ambos, un contrato que puede ser rescindido por las dos partes y que sólo se mantendrá si nos reporta intereses libidinosos:

“...en una sociedad de mercado, es decir, en un espacio de civilización donde el conjunto de las relaciones humanas, así como el conjunto de las relaciones del hombre con el mundo, está mediatizado por un cálculo numérico simple donde intervienen el atractivo, la novedad y la relación calidad-precio. Esta lógica, que abarca tanto las relaciones eróticas, amorosas o profesionales como los comportamientos de compra propiamente dichos, trata de facilitar la instauración múltiple de tratos relacionales renovados con rapidez (entre consumidores y productos, entre empleados y empresas, entre amantes), para así promover una fluidez consumista basada en una ética de la responsabilidad, de la transparencia y de la libertad de elección”<sup>143</sup>

---

<sup>142</sup> Paszkowski, Diego, *Alrededor de Lorena*, págs. 116-117

<sup>143</sup> Houellebecq, Michel, *El mundo como supermercado*, págs. 56-57

Los tabúes, como ya hemos visto, han ido disminuyendo en la posmodernidad, que ha entronizado el sexo y ha traído el imperativo del gozo: el sexo debe ser abundante, variado y de calidad. El mundo actual glorifica la libertad siempre que se cuente con el consentimiento de los adultos participantes, de forma que hay poco espacio para el escándalo:

“Lo que sorprende, a pesar de todo, es que actividades sexuales tan diversas, mucho más excitantes que cualquier película pornográfica, puedan tener lugar sin engendrar la menor violencia ni faltar en lo más mínimo a la cortesía”<sup>144</sup>

Las novelas describen minuciosamente y sin ningún pudor las más variadas prácticas sexuales, lo erótico se llena de creatividad, se exalta el componente lúdico y se convierte en un gran campo para la experimentación. En las novelas que estudiamos abundan los *ménage à trois*, los intercambios de parejas y los juegos sexuales más desinhibidos. Pensemos en el triángulo amoroso de David Kepesh en *El profesor del deseo*, en los interminables escauceos de Bruno en *Las partículas elementales* o en la forma en que el protagonista de *Plataforma*, Michel, desarrolla su vida sexual. Él y Valérie forman una pareja abierta y feliz. Su abundante vida sexual no excluye mantener relaciones sexuales con otros. Les gusta experimentar y probar cosas nuevas -un día, por ejemplo, prueban en un club sado, pero no logran gozar-. Su sexo es sin tabúes y da cabida a todo lo que dé placer, aunque sí parece existir el acuerdo de que ambos deben estar presentes en las relaciones sexuales. No se limitan a consumir imágenes sino que lo experimentan. Lo que antes sería considerado perverso, el autor lo describe como deseable y experiencia cotidiana. Los límites los ponen las voluntades de los participantes:

“Las relaciones entre los individuos están reguladas normalmente por el contrato. Cualquier contrato que exceda los derechos naturales de uno de los contratantes, o que no esté provisto de unas cláusulas de revocación claras, puede considerarse nulo”<sup>145</sup>

---

<sup>144</sup> Houellebecq, Michel, *Las partículas elementales*, pág. 222

<sup>145</sup> *Ibid.*, pág. 78

“El sexo en el que participo, por muy de mal gusto que pueda parecer a algunos – a vosotros- , tiene por estricta premisa el consentimiento mutuo. De lo contrario no querría saber nada”<sup>146</sup>

*Labios* es un relato de Isa González que bien puede servirnos de muestra de cómo los juegos eróticos son una presencia constante en la narrativa posmoderna. Nos cuenta la historia de una pareja, Inés y Ernesto, que hace una escapada a Europa. El viaje es planteado como un espacio para jugar a ser otros, para asumir una identidad ajena. En Madrid ven a una pareja de chicas que se besan. El marido dice sentirse excitado al ver a dos mujeres juntas. La pareja piensa en juegos sexuales con una de ellas. Ella siente curiosidad, pero también celos. La cosa no va más allá de un coqueteo, pero el deseo de la pareja se ha reanimado. Al día siguiente la pareja encuentra a la chica que les gusta y van a su hotel. El marido se convierte en *voyeur* que ordena caricias y besos entre las dos. La experiencia tiene consecuencias más allá de un juego. El deseo lleva a Inés a un punto de no retorno, le gusta demasiado lo que prueba. Ese día es un descubrimiento, una ruptura de su ser, no hay vuelta atrás, pues cuando el deseo aparece en los cuentos de la mejicana ya nada se puede hacer, sólo servirle.

Las novelas coinciden en presentar la revolución sexual como “un paréntesis mágico” a la vez que como una promesa de felicidad incumplida. Muchas de ellas ejemplifican a la perfección el proceso que ha experimentado la sexualidad: de reivindicación concienciada a banalización. La revolución implicaba lucha, rebelión contra el papel que la tradición les había asignado y entrega al placer sin temores. Los cambios sociales que se han producido en estas últimas décadas han llevado las esperanzas de la revolución sexual al fracaso y a la frustración. Las obras nos hablan de muchos padecimientos sexuales y de cómo el sexo, prometiendo el gozo, es capaz de provocar mucho dolor. Los anhelos de los sesenta fueron frenados por la mercantilización, el individualismo, la tiranía de la belleza, la aparición de enfermedades, el narcisismo y la falta de comunicación. Las obras nos hablan apasionadamente de este momento en el que las esperanzas

---

<sup>146</sup> Davies, Daniel, *La isla de los perros*, pág. 229

estaban intactas. David Kepesh dirá de estas mujeres en la avanzadilla de los sesenta que fueron las que democratizaron el derecho al placer:

“Ellas y sus partidarias muy bien pudieron haber sido, históricamente, la primera ola de muchachas norteamericanas entregadas plenamente a la satisfacción de sus deseos”<sup>147</sup>

“La audacia que adquirirían al darse cuenta de cuáles eran sus posibilidades, cuando comprendían que ya no las vigilaban, que ya no estaban subordinadas al antiguo sistema ni a ninguna clase de sistema, cuando se percataban de que podían hacer cualquier cosa”<sup>148</sup>

El problema de la utopía sexual de los sesenta es que rompe el amor tradicional y, sin embargo, no materializa el acceso al placer. El sexo, como todos los otros campos sociales, no escapa de la banalización mercantilista y convierte a las personas en cuerpos más o menos apetecibles. No es de extrañar que Annabelle, un personaje de *Las partículas elementales*, quien, en su juventud, sueña con vivir un gran amor, vea frustradas todas sus ilusiones. Su juventud coincide con una liberación sexual que a ella no le interesaba y que le hace sentir “ganado intercambiable”.

Los escritores sienten atracción y nostalgia por estos primeros momentos revolucionarios, algo que Houellebecq dice que ocurrió en la España de los ochenta, coincidiendo con la movida madrileña:

“Hay un período breve e ideal, durante la disolución de las sociedades con una moral religiosa fuerte, en el que los jóvenes tienen verdaderas ganas de llevar una vida libre, desenfadada, feliz; después se cansan, poco a poco la competencia narcisista puede más, y al final follan menos que en la época de moral religiosa fuerte; pero Esther seguía formando parte de ese período breve e ideal, más tardío en España”<sup>149</sup>

De esta concepción libre del amor se pasa progresivamente a otra despolitizada y deshumanizada. Y es que el sexo es placer genital, pero también narcisismo. El

---

<sup>147</sup> Roth, Philip, *El animal moribundo*, pág. 46

<sup>148</sup> Ibid., págs. 46-47

<sup>149</sup> Houellebecq, Michel, *La posibilidad de una isla*, pág. 188

valor-atractivo de nuestras parejas aumenta nuestro valor en el mercado, de forma que nuestra autoestima fluctúa:

“Y es que el objetivo mayoritario de la búsqueda sexual no es el placer, sino la gratificación narcisista, el homenaje que una pareja deseable rinde a la propia perfección erótica”<sup>150</sup>

Los parámetros eróticos posmodernos pierden la voluptuosidad y pureza de los sesenta y se aproximan a lo empresarial: transacciones, mercancías, oferta, demanda, devoluciones, máximo interés, beneficio... Pensemos en las protagonistas de *Yo era una chica moderna*. Las dos amigas desprecian el aburrimiento y buscan lo inolvidable e irreversible. Han sido criadas en la cultura del confort y del menor esfuerzo, pero ellas no se estancan en la conformidad. Mantienen una lucha la una con la otra por ver quién es más moderna. De día trabajan en empresas privatizadas, por la noche se evaden de lo que las asfixia. Se dedican a buscar a su príncipe azul:

“Si alguien nos hubiera preguntado qué necesidad teníamos de salir de noche, después de una larga jornada de trabajo, le habríamos dicho que buscábamos novio. ¿Qué chica no lo busca? Y no uno, sino varios, sucesivos, para elegir el mejor al final. Era parte de nuestra empresa espiritual-biológica, es decir, evolucionista, encontrar el novio perfecto”<sup>151</sup>

Otro ejemplo de fracaso de los augurios de felicidad de la revolución sexual podemos verlos en el pasaje que se desarrolla en el complejo naturista posmoderno Cap d'Agde, con su capacidad para diez mil personas y sus instalaciones dedicadas al sexo. Es un complejo con sus supermercados, sus tiendas de lencería y fetiches, su playa y discotecas. Es un lugar de ocio sexual no similar al ambiente tradicionalmente naturista, con yoga, comida orgánica y reivindicaciones. En este complejo ya no hay simulación de vuelta a la naturaleza, tantra y demás parafernalia. Es un centro vacacional al uso, con heladerías y tiendas, donde uno puede ir desnudo, con un ligero o una braguita

---

<sup>150</sup> Houellebecq, Michel, *El mundo como supermercado*, pág.37

<sup>151</sup> Aira, César, *Yo era una chica moderna*, pág. 30

de latex. Lo que le diferencia de otros complejos vacacionales es que el sexo está permitido y juega un papel importante. Hay relaciones sexuales en lugares públicos y los mirones son bien recibidos. A veces, después de una relación sexual la gente aplaude. Bruno acude a este centro con su pareja y mantiene relaciones con otra.

“Claro que tampoco allí había salida. Los hombres y mujeres que van a discotecas para parejas renuncian rápidamente a la búsqueda del placer (que pide delicadeza, sensibilidad, lentitud) en beneficio de una actividad sexual fantasmagórica, bastante poco sincera en el fondo, de hecho directamente clavada de las escenas del *gang bang* del porno “de moda” que emitía Canal+. En homenaje a Karl Marx, que colocó en el centro de su sistema, cual mortífera entelequia, el enigmático concepto de “baja tendencial del porcentaje del beneficio”, sería tentador postular, en el corazón del sistema libertino en el que Bruno y Christiane acababan de entrar, la existencia de un principio de baja tendencial del porcentaje del placer;(…)”<sup>152</sup>

Este sexo sin rodeos y sin sutilezas también será el tema central de *La isla de los perros*, cuyo protagonista es un ferviente defensor y practicante del cancaneo, práctica sexual que tiene lugar en lugares públicos y que consiste en mirar mientras otros practican sexo y viceversa. El protagonista se siente atraído por estos espacios donde se habla de sexo abiertamente y que se distinguen de los espacios de seducción y expresiones habituales del tipo: ¿Te apetece una copa en mi casa? David Kepesh, protagonista de varias novelas de Philip Roth, también detesta el arte francés del coqueteo y la seducción, le parece que no es más que una comedia que no puede competir con el enlace sin artificio que es la lujuria. Cree que este “velo” trata de convertir la lujuria en algo socialmente apropiado:

“Quiero follarme a esta chica, es cierto, tendré que aguantar cierta clase de velo, pero es un medio, no un fin”<sup>153</sup>

---

<sup>152</sup> Houellebecq, Michel, *Las partículas elementales*, pág. 247

<sup>153</sup> Roth, Philip, *El animal moribundo*, pág. 22

*La isla de los perros* trata de actividades proscritas por desarrollarse en lugares públicos. Es sexo directo, no afectivo, no hace falta ni saber el nombre de la otra persona:

“Antes de que pongan el coche en marcha y se vayan, intercambio unas palabras con la pareja. Nos comportamos con educación pero resulta al mismo tiempo violento mirarnos a los ojos”<sup>154</sup>

Habla de seres humanos deseosos de mantener relaciones sexuales en parkings rurales ingleses que buscan dejar atrás el mundo del dinero, la familia y el trabajo y entregarse a la gratificación.

El sexo es también una presencia constante en las obras de Beigbender, donde aparece como una energía salvaje y una alegría efímera. Cuando es sin afecto el cuerpo se convierte en un receptáculo de placer que sólo busca una cosa: el orgasmo. Este tipo de sexo no supone ningún impacto emocional. El intercambio carnal se trivializa, se busca gozar con plenitud el presente, disfrutar el aquí y ahora. Sus personajes frecuentan el mundo de la prostitución y practican el sexo sin apego emocional. Buscan placer, pero no son don juanes que gocen de la conquista y el juego amoroso. Quieren el contacto de los cuerpos, sin preámbulos ni prolegómenos. Eso sí, las bases de las relaciones están claras, no hay mentiras, ni promesas. Es sexo banal y variado, un acto despojado de emoción, frío, desapegado y sin apenas límites. Los límites son los menores y la explotación, pero este límite también es eliminado en sus novelas. Beigbender nos presenta la sexualidad actual como sublime y abyecta a la vez: se eleva con la libertad, pero desciende con la deshumanización. Sus novelas nos hablan del utilitarismo del sexo, del cuerpo como carne y materia vulgar.

El sexo en la actualidad se enfrenta, como ya hemos visto, con graves problemas. Uno de los más destacados es el individualismo, ya que podemos hablar de pavor ante la sospecha de la temible dependencia:

---

<sup>154</sup> Davies, Daniel, *La isla de los perros*, pág. 43

“Nos hemos vuelto fríos, racionales, extremadamente conscientes de nuestra existencia individual y de nuestros derechos; ante todo, queremos evitar la alienación y la dependencia; para colmo estamos obsesionados con la salud y con la higiene: esas no son las condiciones ideales para hacer el amor”<sup>155</sup>

“Lo que los occidentales ya no saben hacer es precisamente eso: ofrecer su cuerpo como objeto agradable, dar placer de manera gratuita. Han perdido por completo el sentido de la entrega. Por mucho que se esfuercen no consiguen que el sexo sea algo *natural*. No sólo se avergüenzan de su propio cuerpo, que no está a la altura de las exigencias del porno, sino que, por los mismos motivos, no sienten la menor atracción hacia el cuerpo de los demás. Es imposible hacer el amor sin un cierto abandono, sin la aceptación, al menos temporal, de un cierto estado de dependencia y de debilidad”<sup>156</sup>

Ya hemos dicho que las novelas se llenan de prácticas sexuales liberales, pero lo que resulta interesante es que gran parte de ellas fijan la atención en asuntos todavía polémicos o ilegales: *La isla de los perros* describe circuitos sexuales proscritos por tener lugar en espacios públicos, Roth pone el dedo en la llaga con las grandes diferencias de edad y el siempre polémico tema de profesor alumna, Houellebecq nos habla de turismo sexual, *Alrededor de Lorena* del sadomasoquismo, muchos de ellos de la prostitución...Son novelas que se mueven en los límites, que sugieren preguntas éticas y que todavía pueden provocar rechazo.

*Alrededor de Lorena* nos habla de perversión posmoderna en el seno de la vida burguesa, de la entrega secreta de Lorena, el Señor Perverso y la directora de la Editorial al placer menos convencional. La novela, e incluso el nombre del protagonista, nos habla de perversión, pero el masoquismo es una práctica que ya no forma parte de la inmundicia y del vicio. El perverso en la modernidad era un ser maldito y monstruoso que despertaba espanto y fascinación. Hoy, el masoquismo se convierte, en el peor de los casos, en una desviación, pero ya no perturba el orden del mundo, ha dejado el terreno de lo monstruoso. Es un juego sexual que se basa en la dominación y en la obediencia, que no ofende a nadie

---

<sup>155</sup> Houellebecq, Michel, *Plataforma*, pág. 216

<sup>156</sup> *Ibid.*, pág. 216

siempre que sea entre dos adultos que así lo deseen. Liberado de la religión, el individuo es libre de hacer lo que quiera y esta práctica es un contrato más, válido siempre que sea consentido por ambas partes. En nuestro mundo cada uno alcanza el orgasmo casi como quiere – ya hemos visto que sigue habiendo prácticas prohibidas-. En un mundo liberalizado el masoquista no es un ser descarriado y corrompido, sin autoridad divina no hay transgresión ni aspecto demoníaco. La novela aprovecha que la práctica no está auténticamente normalizada para presentarlo como perversión. De esta forma se convierte en más erótica.

El Estado se entromete menos y hay pocas prohibiciones. Las prácticas sadomasoquistas no están penadas y tampoco son especialmente objeto de críticas furibundas. Lo bueno y lo malo se han relativizado. Gozar con el sufrimiento parece una inversión de lo habitual, pero nada más, es una forma de lujuria no condenable. La flagelación y los tormentos de la carne ya no purifican nuestros pecados, pero pueden ser una forma válida de gozar. El dolor puede ser una forma de unir los fragmentos del individuo, según Jesús Ferrero:

“El efecto del dolor es casi siempre disgregador e introduce el caos. El cuerpo, que es un organismo y por lo tanto un orden, aborrece el dolor y lo teme por ser el emisario de un desajuste orgánico y de una disgregación, pero en el masoquismo el dolor lejos de ser una fragmentación es una conjunción. El yo no se siente ni roto ante el dolor ni descompuesto ante sus efectos, por más que parezca entregarse a juegos de destrucción”<sup>157</sup>

Estas prácticas fascinan porque subvierten el dolor, lo transforman en placer. Viven en la apariencia paradójica del gozo a través del sufrimiento, ya sea infligiéndolo o recibéndolo. Nos seducen porque hablan de dominación, de crueldad y de placeres intensos en una época de banalización del sexo.

Lorena siente su deseo de sumisión como una práctica prohibida y como una transgresión al orden natural de su vida burguesa. Vive su placer en el mutismo

---

<sup>157</sup> Ferrero, Jesús, *Las experiencias del deseo: Eros y Misos*, pág. 115

más absoluto porque para ella sí es una forma de deseo enfermo. Le parece inconfesable y transgresor, lo que lo vuelve más erótico.

Nuestro bien supremo es la libertad individual, cada uno puede elegir. El sumiso usa su libertad suprema para negársela, su soberana voluntad expresa que quiere ser servidumbre. En la auténtica libertad lo abyecto se convierte en otra opción.

Freud ayuda a desacralizar la práctica del sadomasoquismo pues la considera una pulsión universal. No lo ve como una tara o una anomalía:

“Con Freud, por el contrario, la disposición perversa se concibió como el paso obligado hacia la normalidad: una normalidad de contornos imprecisos, pues cada sujeto podría entonces definirse como un antiguo perverso devenido normal, tras haber integrado, como interdictos principales, los principios de la Ley.”<sup>158</sup>

Freud creía que formaban parte del ser humano la pulsión de muerte, el deseo de crueldad y el amor al odio. También decía que el ser humano a veces goza con la desdicha.

“La pulsión destructiva, decía Freud, constituye la condición primordial de toda sublimación, puesto que lo propio del hombre –si es que existe- no es otra cosa que la alianza, en sí mismo, de la más poderosa barbarie y el más alto grado de civilización (...)”<sup>159</sup>

La posmodernidad borra la idea del mal de estas prácticas, que son autorizadas y entran en el terreno de la indefinición o la definición individual: perversión, desviación o un contrato liberal válido más. Cada uno elige.

La posmodernidad siente atracción por la perversión porque supone la entrada en una libertad un tanto abyecta pero ilimitada. El perverso encarna la libertad suprema y el único ser que todavía puede hablar de auténtica subversión. El perverso no respeta límites y hace lo que desea por encima de lo social. Es, en cierta manera, un rebelde que disfruta más, pues infringe las reglas, y es que no hay nada más erótico que lo prohibido.

---

<sup>158</sup> Roudinesco, Élisabeth, *Nuestro lado oscuro: una historia de los perversos*, pág. 114

<sup>159</sup> *Ibid.*, pág. 111

Lorena siente que su deseo es perverso porque deja su voluntad en manos del otro:

“(…), pero el amor, el amor enfermizo que entonces yo sentía, no se alimentaba con más amor sino con desprecio, cuanto más él me despreciara -me despreciaba- más me haría -me hacía- necesitarlo, hay amores que son así, no todos los amores son iguales.”<sup>160</sup>

El Señor Perverso alcanza la idea de que el dolor es una fuente de conocimiento, de que a través de él uno logra saber quién es de verdad. Esta vez disfruta con la sumisión, con la entrada en el mundo de los obedientes. El placer consiste ahora en renunciar al deseo individual, en someterlo al de otro. Pasa de verdugo a víctima, de aniquilar voluntades a someter la suya:

“(…), el deseo de ser llamado al fin, una vez más, y otra, cómo había podido perder tanto tiempo, maldita Lorena, si el placer estaba en no pensar, en arrastrarse, en esforzarse por intentar satisfacer los siempre insatisfechos deseos del otro (…)”<sup>161</sup>

La prostitución también será otro de los temas tratados en las obras seleccionadas. Beigbender es, de hecho, uno de los escritores que encabezan el polémico y mediático manifiesto en defensa de la prostitución que recientemente se ha llevado a cabo en Francia. La prostitución es un tema controvertido que como hemos visto sigue levantando ampollas. Y es que se halla entre lo íntimo y lo comercial, depende ya del punto de vista de cada cual:

“La prostitución se desprecia porque vende una parcela íntima. La trivialización actual del sexo intenta romper esa relación”<sup>162</sup>

De esta forma Beigbender es liberal para unos y machista reaccionario para otros. No hay acuerdos en la posmodernidad.

Kepesh en *El profesor del deseo* usa los servicios de la prostitución, con los que lleva soñando desde los doce años:

---

<sup>160</sup> Paszkowski, Diego, *Alrededor de Lorena*, págs. 83-84

<sup>161</sup> *Ibid.*, pág. 124

<sup>162</sup> Marina, José Antonio, *El rompecabezas de la sexualidad*, pág. 45

“Así y todo, no concibo ningún otro sitio donde podría encontrarme más a gusto, tras la cena con el capitán y la señora del capitán, que metido en una habitación con una puta que hará todo lo que yo desee”<sup>163</sup>

El cuento *Piso ocho* de Isa González nos habla de una chica tímida de viaje de trabajo en un hotel que decide llamar por primera vez a un servicio de compañía masculina. La mujer entra también, de esta forma, en el espacio anteriormente masculino de comprar el deseo. Ella normalmente piensa en agradar, es decir, en el deseo del otro. Cree que pagando puede ser diferente, no va a tener que fingir, ella pone las reglas. Le contrata tres días. El primero le pide ser observada durante la jornada. Y es que los personajes de la mejicana disfrutaban siendo observados, pues la mirada del otro es una de las chispas que hace que arda el deseo. Tras la cena van al hotel, el sexo con él es fabuloso. Ella redescubre su cuerpo, un espacio que parecía tener olvidado y que no aceptaba, tal vez por una cicatriz. Ella se siente bien con él, saca a la luz nuevas facetas suyas, fantasea con que es el inicio de una historia de amor, pero no es así, la transacción ha acabado. Aun así, el deseo le ha dado seguridad y fuerza, no se deja llevar por la desilusión de comprobar que sin dinero él no aparece. Llama a otro.

Pero es, sin lugar a dudas, *Plataforma* la novela que más va a reflexionar sobre el lenocinio. Michel, el protagonista, viaja a Tailandia y allí se dedica a frecuentar los prostíbulos llenos a rebosar de jovencísimas tailandesas y a despotricar contra las guías que ven en el turismo sexual una lacra. Tailandia se convierte en una Sodoma y Gomorra posmodernas, un lugar donde todo el mundo puede alcanzar el placer a bajo coste: el futuro del mundo, según Michel, el protagonista, pues necesitamos el retorno de los afectos, aunque sea comprándolos. La obra nos toca porque nos introduce en la comercialización del sexo, uno de los pocos espacios que quedaban fuera del consumo. La prostitución siempre ha existido, pero sigue siendo un tema que genera acalorados debates. ¿Es una mercancía más? Tal vez lo sea cuando alguien lo ha decidido voluntariamente, pero no cuando hay abuso de poder. La novela nos habla de la tendencia a tratar a los otros seres humanos

---

<sup>163</sup> Roth, Philip, *El profesor del deseo*, pág. 12

como si de objetos de consumo se tratara, de disfrutar sin tener en cuenta el deseo de los demás, que necesitan el dinero. Las personas occidentales compran sexo y autoestima y dan dinero a los habitantes de las zonas desfavorecidas. La idea de pecado nos abandonó, pero ¿es ético su comportamiento?, ¿es realmente el sexo otra transacción más?

Michel y su novia, directiva de un fuerte grupo turístico, logran reflotan un grupo de hoteles gracias a ofrecer servicios sexuales con nativos. El proyecto empresarial y sexual que realizan con los hoteles de “Eldorado Afrodita” resulta todo un éxito. La gente quiere sexo y en los hoteles del grupo es fácil acceder a él. La prostitución es una de las formas en que la sexualidad entra en la economía de mercado. Es un método sencillo de acceder al sexo para los hombres solitarios que habitan las novelas del francés. ¿Es esta una forma de sumisión y esclavitud moderna?, ¿es una transacción comercial como cualquier otra? Sus personajes forman parte de la élite que viaja a países pobres, a resorts, a hoteles de cinco estrellas. El autor lleva esta idea de comprar experiencias al límite. El hombre acomodado todo lo compra, pues bien, compremos también sexo con nativos dentro de este circuito vacacional divertido, cómodo y, en principio, sin riesgo para el consumidor:

“(…); si uno quería provocar desplazamientos turísticos masivos, susceptibles de rentabilizar grandes inversiones, tenía que pensar en fuerzas de atracción más elementales”<sup>164</sup>

Michel dice que los occidentales tenemos de todo, menos satisfacción sexual, mientras que:

“Por otro lado tienes varios millones de individuos que no tienen nada, que se mueren de hambre, que mueren jóvenes, que viven en condiciones insalubres y que solo pueden vender sus cuerpos y su sexualidad intacta. Es muy sencillo, de lo más sencillo: es una situación de intercambio ideal”<sup>165</sup>

---

<sup>164</sup> Houellebecq, Michel, *Plataforma*, pág. 208

<sup>165</sup> *Ibid.*, pág. 214

La prostitución en el tercer mundo me recuerda a la forma de someter de los señores feudales. Antes el poder dependía de la sangre, hoy del dinero. Los países desarrollados pagan y consumen, y muchas veces utilizan a los otros como un medio de placer, no como un fin en sí mismos. La prostitución en los países subdesarrollados está a la orden del día. Montones de turistas viajan con fines libidinales dispuestos a pagar por sexo, caricias o afecto, que parece que son las hipermercancías que más necesitamos. Este tipo de compra no practica la empatía, no se pone en el lugar de la prostituta. Al cliente occidental no se le pasa por la cabeza qué sentirá, no piensa en sus necesidades. El protagonista muestra su escepticismo, el mundo tiene problemas, pero él no los puede solucionar. El turismo sexual supone explotación, es un acto ilegal en muchos países. Además, es muy probable que la concepción del sexo de esas personas no sea tan moderna como la del protagonista y le suponga un duro golpe a su autoestima, pues no lo haya liberado del orden moral.

El autor nos muestra el mundo convertido en un inmenso supermercado sexual en el que los consumidores posmodernos con dinero compran el amor, el sexo, las caricias y la autoestima que les falta.

### **5.3. La belleza y el componente voyeur del deseo**

La belleza aparece representada en las novelas como un poder ante el que es imposible resistirse. Los personajes rinden pleitesía a la hermosura y veneran la tersura y la juventud. Y es que en este universo erótico hipercompetitivo que es la posmodernidad, la belleza física es el gran tesoro. Muchos de los protagonistas son excesivamente vulnerables, se ciegan ante ella y se sienten indefensos. La visión de la belleza desencadena la violencia del deseo, es una respuesta automática, por lo que no es de extrañar que muchos personajes de Houellebecq y de Roth sientan pavor ante la idea de envejecer y terror ante el declive físico. Los libros del francés se pueblan de lolitas jóvenes y bellas que despiertan el

deseo, pero a las que no todo el mundo puede acceder. Sus obras insisten en que lo sexual se convierte en una gran frustración para muchos, pues según el autor lo erótico juega un papel primordial en la felicidad del individuo.

En *La posibilidad de una isla* plantea la versión posmoderna de la inmortalidad. La novela nos dice que la ciencia ganará a la finitud y que seremos eternos. El problema es que la eternidad tampoco nos hará felices. Conseguiremos que el cuerpo físico sea un ente reemplazable y clonable, pero eso no nos dará plenitud. En la novela, los neohumanos leen con asombro cómo los viejos quieren ser jóvenes, cómo los ancianos son seres que molestan y cómo el suicidio se va volviendo generalizado para no soportar la decadencia física. Realiza un retrato atroz del mundo en que vivimos, una superficie sin valores y desorientada en la que el individuo ha perdido el horizonte de sentido y la moralidad, y lucha por intentar cumplir sus sueños eróticos o sentir la ilusión del amor, pero la sociedad no les pone las cosas fáciles. Todo está lleno de egoísmo, también el placer. Si no eres joven y bello, lograrlo es complicado. Es entonces el momento de recurrir a la prostitución, o de suicidarte con las esperanzas puestas en la reencarnación, tal y como sucede en *La posibilidad de una isla*.

El protagonista de esta novela, Daniel 1, es islamófobo, egoísta y cínico. Un día conoce a Isabelle, la redactora jefe de una publicación frívola destinada a mujeres que luchan desesperadas por parecer jovencitas que se llama *Lolita*, se enamora de ella y se van a vivir juntos. Al principio la relación funciona, pero esta felicidad resulta muy efímera. Ella no puede soportar la decadencia física que experimenta y la convivencia hace que los pequeños detalles molestos crezcan: el deseo desaparece. Ella tiene pavor, siente que va a ser abandonada por alguna chica joven, se abandona, engorda, se da a la bebida. El deseo físico es un componente esencial del amor y nuestra sociedad lo relaciona con la belleza, la lozanía y la juventud, con la piel tersa. Isabelle lo siente así, de hecho, sus sospechas se ven confirmadas: él deja de desearla y, por tanto, de amarla.

Más tarde Daniel 1 conocerá a la jovencísima Esther, con la que vive la gran historia de amor de su vida. En este caso la situación es diametralmente opuesta.

Él se enamora locamente, siente la fuerza salvaje del amor: llega hasta a experimentar impulsos caritativos y amistosos. El amor le hace darse cuenta de que es muy vulnerable, a la vez que intuye que la diferencia de edad es insalvable a la larga. Él es una aventura para ella. Ella, todo para él. Ella no quiere exclusividad y dependencia, el sexo para ella es una mera diversión, sin implicaciones. Él sufre el rechazo, ella no está dispuesta a entregarse. Cuando la pierde, siente que le llega el final, que sólo le queda dolor. El deseo desaparece de él por completo, se convierte en un fantasma que espera la muerte. La vejez es mostrada como una maldición que separa del gran placer que supone el sexo. El cuerpo de los jóvenes es el gran deseo y el viejo no puede ya conseguirlo:

“Desvanecidas las promesas /De un cuerpo adolescente/ Pasamos a una media luz/  
Donde nada nos aguarda”<sup>166</sup>

Esto me recuerda a los versos de Cernuda en *Despedida*: “Mano de viejo mancha / El cuerpo juvenil si intenta acariciarlo / Con solitaria dignidad el viejo debe /Pasar de largo junto a la tentación tardía”.

Este es también el tema de *El animal moribundo* de Philip Roth: el amor entre un profesor de sesenta y dos años con una chica de veinticuatro. Él siente que su cuerpo ya no es deseable, que puede hasta provocar asco, que la relación no puede funcionar, que ella no encaja en su universo cultural. La solución a esta diferencia de edad vendrá cuando ella sea diagnosticada de cáncer, pues esto hará que se sincronicen sus percepciones temporales:

“Su sentido del tiempo es ahora el mismo que yo tengo, acelerado e incluso más desesperanzado que el mío”<sup>167</sup>

David Kepesh busca deslumbrar a sus estudiantes con sus conocimientos culturales para acceder a sus cuerpos, mientras se pregunta durante cuánto tiempo más podrá tener chicas a su alcance. La pasión que siente por la jovencísima Consuelo desordena su vida y siente que tal vez sea la última vez

---

<sup>166</sup> Houellebecq, Michel, *La posibilidad de una isla*, pág. 358

<sup>167</sup> Roth, Philip, *El animal moribundo*, pág. 115

que pueda aspirar a un cuerpo tan perfecto. Siente pánico ante la idea de ser abandonado, la vejez se convierte en un dolor, en un sentir el futuro limitado en contraste con ella. El problema es que el deseo no se apacigua con la edad. Aunque la manera preconcebida de ser viejo ha cambiado mucho – se acabaron la pipa y la mecedora-, el protagonista es consciente de las miles de trabas. La diferencia de edad también es uno de los temas de otra de sus novelas: *La humillación*. Esta obra habla de la vejez, de la decadencia y de la aparición del dolor, insistiendo en las dificultades con las que se tropieza el deseo en la senectud.

Las novelas de Houellebecq también nos hablan del sufrimiento de los rechazados en el amor, de los feos, de los que no consiguen ni ligar ni ser queridos porque no se ajustan a los cánones, del dolor que provoca no ser deseado, del tormento que supone vivir sin amor. Este tema será tratado especialmente en *Ampliación del campo de batalla* y en *Plataforma*, donde su protagonista y su amada llevarán a la práctica un plan amoral para poner fin a las frustraciones sexuales de muchos occidentales y de paso obtener beneficios económicos. La novia de Michel trabaja en el sector turístico, tiene un cargo absorbente y de responsabilidad en un grupo fuerte del sector. Se le asigna la tarea de reflotar los hoteles *Eldorado*, del grupo internacional *Aurore*. Debe concebir planes para que ciertos hoteles en crisis del grupo reporten beneficios. Michel la acompañará a los viajes y aportará nuevas ideas para atraer y satisfacer a nuevos clientes. La teoría de Michel es que hay muchos hombres frustrados en Occidente porque no responden a lo que desean las mujeres modernas. No son guapos, ni divertidos. Las tailandesas, en cambio, se conforman con un marido que lleve un sueldo a casa. En Tailandia se mantienen las formas familiares más tradicionales, sus mujeres son más sumisas, menos exigentes, no asustan a los hombres. Observa que ocurre lo mismo en Cuba. Las mujeres se sienten atraídas hacia hombres más despreocupados y no tan obsesionados con sus trabajos. Entonces se le ocurre un plan para sacar los hoteles *Eldorado* de la crisis: ofrecer servicios de prostitución que saciarán las carencias de todos estos fracasados occidentales y que, de paso, darán algo de dinero a las prostitutas y

prostitutos de países pobres. Y es que según Houellebecq el mundo es un lugar despiadado que margina a los que no son productivos o deseables, que se convierten en los nuevos desechos sociales. Hay montones de seres que no pueden acceder fácilmente al sexo, lo que provoca dolor y un fuerte golpe a su autoestima.

Ya hemos recalcado que la sociedad posmoderna idolatra el deseo y que lo ve un componente esencial del amor. El problema es que el deseo ya de por sí efímero, se vuelve aún más etéreo al basarse, como lo basan muchas novelas, en la belleza desbordante y explosiva. Esta marginación de los seres que no se ajustan a los cánones se da en todos los ambientes, incluso en los más liberales:

“En Cap d’Agde, como en cualquier otra parte, una mujer con un cuerpo joven y armonioso o un hombre seductor y viril se ven rodeados de proposiciones halagadoras. Y en Cap d’Agde, como en todas partes, un individuo obeso, viejo o poco agraciado está condenado a la masturbación, salvo que esta actividad, por lo general proscrita en lugares públicos, aquí se mira con amable condescendencia”<sup>168</sup>

En *Socorro, perdón* Beigbeder realizará un retrato despiadado del mundo de la moda y de su imposición de estándares imposibles. Octave, el protagonista, será en esta ocasión un cazatalentos en busca de jovencísimas modelos:

“A veces tenía la impresión de ser un parásito, un contrabandista o un proxeneta; una especie de carroñero que se nutriese de carne fresca;”<sup>169</sup>

La novela reflexiona sobre la tiranía de la belleza y sobre cómo nuestra sociedad castiga la diferencia – se sigue imponiendo el ideal de belleza blanca aria-. Nuestra sociedad está liberalizada, pero esta liberalización impone otros tipos de dictaduras:

“Me pregunto si el velo islámico no es menos facha que el jurado de un Fashion Contest o el controlador facial de una discoteca. Al menos, al disimular la cara, el velo deja alguna posibilidad a los adhesivos”<sup>170</sup>

---

<sup>168</sup> Houellebecq, Michel, *Las partículas elementales*, pág. 222

<sup>169</sup> Beigbeder, Frédéric, *Socorro, perdón*, pág. 15

En nuestro mundo ser bello según los cánones establecidos es un gran valor, no serlo puede ser una fuente de insatisfacción permanente. En la posmodernidad puedes hacer lo que se te antoje, pero hay que ser guapo, joven y delgado si quieres ser deseado. Los cuerpos se vuelven carne que busca parecerse a las imágenes de la revista de turno y los publicistas otra vez se dedican a provocar el deseo sin fronteras. La única utopía posible en un mundo desestructurado y en el que mandan las apariencias es la física. Octave afirma que la tiranía de la belleza le repulsa, pero la práctica - de hecho, sería un ejemplo perfecto de “fashista”, término que aparece en la novela y que sería algo así como un totalitarista de la moda y la belleza-.

El protagonista de *La isla de los perros* dice que “la pornografía es el sueño de la sexualidad humana purgada de la realidad humana”<sup>171</sup> y sostiene que el circuito en el que se mueve apuesta por el realismo sexual, opuesto a las realidades cinceladas de las películas pornográficas y que se opone a su artificiosidad. Aún así, Jeremy desea mujeres bellas también, aunque no hace ascos a las menos agraciadas o jóvenes. Y es que los personajes no pueden oponer resistencia ante el atractivo físico, ni evitar la angustia ante el declive. Así, por ejemplo, Helen, la esposa del profesor David Kepesh, a veces no es capaz siquiera de salir a la calle al ver el comienzo de su decadencia física, pues es muy consciente de que su poder surgía en los ojos que contemplaban su resplandeciente físico.

El componente *voyeur* en las novelas es una presencia habitual. Muchos personajes espían, observan, aman ser observados. El circuito de Jeremy consiste en practicar sexo y en observarlo a partes iguales, lo mismo puede decirse de los lugares destinados al intercambio de parejas. El deseo nace y aumenta con la mirada, y más en un mundo en el que se volatiliza el concepto de intimidad y se expande el exhibicionismo. Este gusto por contemplar y ser observado es analizado en *La isla de los perros*, donde la cámara de fotos se convierte en un juguete sexual que amplía el gozo de la carne y donde las

---

<sup>170</sup> Ibid., pág. 34

<sup>171</sup> Davies, Daniel, *La isla de los perros*, pág. 171

imágenes con los rostros pixelados se cuelgan en internet, pues el exhibicionismo puede ser castigado. Isa González es también muy consciente del juego de miradas que supone el deseo y de su componente fuertemente visual. *Clavel* es el cuento en el que una mujer, Alejandra, redescubre su deseo en la puerta de al lado. Tras cinco años de matrimonio y un bebé ha aparcado su deseo entre pañales y ollas. Su vida es pura rutina sin sensualidad hasta que llega una vecina, una joven prostituta desinhibida y charlatana que se hace llamar Clavel. La joven opina que el matrimonio solo es fuente de aburrimiento y frustración, que los hombres te engañan. Alejandra se dedica a espiar a su vecina, al *voyeurismo*. A través de lo que ve, Alejandra vuelve a ser consciente de su cuerpo, de todo a lo que ha renunciado. La rutina se le hace ahora insoportable, volverá a convertirse en cuerpo de deseo, a imagen y semejanza de su vecina.

#### **5. 4. Los personajes frente al deseo: entrega, resistencia y encubrimiento**

Los personajes son muy conscientes del poder desestabilizador de deseo, de la fuerza arrebatadora que les inyecta y que los expulsa del sonambulismo y sinsentido que acompaña sus vacías existencias. Gracias a él afloran los sentimientos y se sienten vivos, es el único momento en que pueden asumir sin apatía la cotidianidad. El problema es que cuando aparece el deseo en su variante más tórrida y fulgurante son conscientes de su fragilidad. Con el amor salen del cinismo y pragmatismo del que hacen gala, pues el amor va más allá de la satisfacción carnal, y esto los asusta, pues se asoman al precipicio que puede suponer ser rechazado, a lo incierto del porvenir. Sienten pavor ante la idea del fin, del retroceso del deseo, tiemblan imaginando el momento en el que la soledad y el hastío vuelvan a reinar. El amor hace que sean conscientes de que, del mismo modo que ellos rechazan a otros seres, ellos mismos también son una opción que puede ser descartada, se saben innecesarios. En el fondo, tienen miedo a sentir porque saben que detrás del amor se agazapa el sufrimiento. Huyen de las uniones que puedan suponer una carga, pero están

desesperadamente solos y faltos de afecto, necesitan con urgencia que alguien los quiera.

En un mundo que deja de lado lo político, lo trascendental, lo social y lo histórico, en un universo atroz y sinsentido, la única salida parece el amor, pero ya hemos dicho que este tampoco puede triunfar a largo plazo. Aún así, es el único momento en el que sienten la felicidad en su piel. Bruno, por ejemplo, vislumbrará esta quimera en Cap d'Agde, donde disfruta de placer sexual intenso y, por primera vez, atisba el amor junto a su compañera, Christiane. Es el único momento de su vida en el que piensa que antes de la vejez y de la muerte puede ser feliz.

Las obras que analizamos oscilan entre las que presentan seres que se entregan al deseo y aquellos que le ponen cortapisas. Los personajes de Isa González pertenecen sin duda al primer tipo. En su colección de relatos *De vez en cuando* Isa González se adentra en los recovecos del deseo. Para ella, el deseo es una pulsión que habita el cuerpo, todopoderosa, fulgurante, verdadera y, siempre, sin retorno. El deseo conquista el territorio de nuestro cuerpo y cuando nos invade no hay más salida que la capitulación. El deseo es el lenguaje del cuerpo y es un desconocido para la mente. Supone un riesgo que sus personajes no dudan en aceptar. El deseo se nos impone, pero al salir desde nuestro cuerpo, también nos pertenece y nos hace libres, convirtiéndose en una esclavitud vivificante que rompe, con sus astillas de acero y placer clavadas en nuestra piel, cualquier molde social. El deseo para Isa González es también una herramienta de conocimiento y autoexploración que dice a sus personajes que están vivos y que su cuerpo manda, que lo único que podemos hacer es seguir la mirada que siempre lo anuncia con convicción. Lo curioso de muchos de los personajes de los cuentos de Isa González es que se mueven en el territorio de lo prohibido. Muchos de sus personajes juegan al ocultamiento y se establecen en la simulación. Su vida es un juego de máscaras que oculta su rostro real, que no es otro que el deseo. Foucault dice que los individuos descubrimos en nuestro deseo la verdad de nuestro ser, algo parecido le ocurre a los personajes de la mejicana.

El deseo es lo más real. Este componente secreto de algunos cuentos de la mejicana dispara el voltaje erótico, que siempre arde con más intensidad en los brazos de lo prohibido. *Alas de Plata* es un cuento que nos habla de un ser escindido por el deseo. La protagonista es una religiosa que sueña con los besos húmedos del padre de una alumna. Su vida era simple y sin sobresaltos hasta que el deseo toma las riendas de su vida. Ella trata de olvidar los deseos de su carne, pero los ojos del hombre que desea le recuerdan que tiene piel, le vuelven consciente de que su cuerpo es más que un recipiente para el alma. El deseo es un latigazo del que nadie puede salir indemne, un golpe que se inicia en la mirada y, en este caso, un juego muy erótico que se adentra en territorios vedados y clandestinos. La protagonista lucha para ahuyentarlo, pero Andrés entra en sus ensoñaciones nocturnas. Las reglas de la obediencia son más débiles que la fuerza de su deseo. El deseo le hace experimentar el éxtasis, se apodera de ella como un nuevo Dios, que sólo será anestesiado con la luz del día y el tedio de las clases. Cuando Andrés aparece a buscar a su hija, ella pierde la noción de la realidad, todos sus referentes se desvanecen, se convierten en ensoñaciones. Su amo ya no es Dios, sino su cuerpo retorcido y anhelante de ser acariciado. El deseo es una voz desconocida que se apodera de ella. A pesar de su sentimiento de culpa, no logra deshacerse de su deseo, pero sólo dejará que sea el compañero clandestino de sus noches. Seguirá su vida religiosa con el cinismo como cómplice lujurioso.

Isa González nos muestra cómo el deseo goza con lo prohibido, pues sólo los límites nos regalan transgresión y obstáculo, lo que no hace sino incrementar el placer. Algo similar ocurre en *De dos en dos*, donde el argumento gira en torno a una mujer que se reencuentra con el hombre con el que se inició en la sexualidad. No fue una historia inocente entre niños, fue un juego de dominación que llevaron muy lejos. Él se ha convertido en un psicópata obsesionado, ha construido hasta un altar con sus fotos desnuda. Se siente traicionado porque ella dejó los juegos eróticos asustada, porque dejó de obedecerle e hizo su vida. Cuando lo ve en la casa de su infancia muchos años después, ella huye de él despavorida, siente miedo, pero también huye de ella misma, de los impulsos que

tiene dentro y que la controlan. Quiere borrar el pasado y olvidar, algo imposible. Las voces del deseo y de la culpa no pueden ser extirpadas. El componente de lo prohibido también está presente en *Cancha abierta*, que es otra historia de ocultamiento, la historia de dos adúlteras que pertenecen a distinta clase social: la Yoyis y Cecilia. La Yoyis se tocará con un hombre en presencia de su marido, borracho como una cuba. Cecilia, señorita bien con montones de amantes ocasionales, arderá de deseo al encontrarse con su ex acompañado, y es que nada es tan deseable como aquello que no tenemos.

*Antifaces*, es otro cuento de Isa González de juegos clandestinos. Nos habla de un matrimonio inserto en la rutina, en la falta de deseo aparente. Ella cada martes se va a un piso de lujo a practicar juegos eróticos con el Señor Portilla. Se pone un antifaz y juega a ser otra, a ser prostituta. Le gusta azotarle, oír sus gritos de súplica, pero luego volver a su vida. Lo curioso es que su marido tampoco vive sin deseo. Por las noches espía al vecino y siente erecciones ante la imagen de su cuerpo desnudo con otros hombres. La esposa descubrirá los juegos eróticos de su marido y se dará cuenta de que él también llevaba un antifaz, no era ella la única. Este juego de secretos habitual en los cuentos de Isa González aumenta el erotismo, pero apuesta también por la solución más clásica de quienes no han querido renunciar ni al deseo apasionado ni a la estabilidad a lo largo de la historia: el adulterio, a la vez que muestra que la falta de límites actual vuelve más difícil la experiencia erótica, que se nutre en gran parte de una transgresión que ya casi es mirada con nostalgia.

Este ingrediente de amor a lo prohibido lo vemos también en el deseo de Octave hacia una mujer casada. Él es muy consciente de que se enamora de ella porque representa lo no disponible. Y es que su deseo aumentó, como siempre lo hace, por los obstáculos, pero una vez conseguido no le lleva a ninguna parte, sólo al hastío. Y es que Octave, el protagonista de dos novelas de Beigbeder, simboliza la lucha del hombre contemporáneo entre la independencia y la entrega. Vive en la paradoja y la inmadurez. Abandonó a Sophie, su novia, cuando le dijo que esperaba un hijo suyo. El amor y la responsabilidad le asustaron, huye de las

decepciones y no asume riesgos. Se avergüenza de la ternura y se protege con una capa de escepticismo, pero aún así no es inmune, sufre, se siente culpable, siente que el amor es imposible. Él lo vive como una contradicción:

“Hay algo pero que estar contigo: estar sin ti”<sup>172</sup>

Algo muy similar es lo que vive David Kepesh en *El profesor del deseo*, quien destroza su matrimonio y luego lo echa de menos. Ve el amor como una cepa virulenta, que detesta y ansía, no puede vivir el amor como un sentimiento armonioso, pues se siente encerrado en las relaciones. Ya hemos visto que la naturaleza del deseo tiene un componente paradójico, pero en Octave y en David Kepesh esta contradicción está exacerbada. Octave siempre detesta lo que posee y desea lo que se le escapa:

“En cuanto me decían sí, trataba de quitármelas de encima, y si me decían no, me encaprichaba”<sup>173</sup>

Las novelas reflejan que cuando el deseo es muy intenso y toma la forma del enamoramiento no hay forma de protegerse, y es entonces cuando surgen los celos y los sueños de posesión, cuando el dolor se agazapa a la vuelta de la esquina y amenaza con destruirles el corazón. Cuando el deseo es ardiente, siempre salta las barreras de protección, por mucho empeño racional que hayan dedicado los personajes a su construcción. Esto es lo que le ocurre al protagonista de *Nocturno* de Andrés Barba, a Octave con Lena en *Socorro, perdón*, a Kepesh con Consuelo en *El animal moribundo*, a Daniel con Esther en *La posibilidad de una isla...*

Este amor arrebatador es el que experimenta Octave con Lena. Octave debe buscar la nueva cara para una gran empresa de cosméticos que pretende relanzar su imagen ecologista, a pesar de vender productos tóxicos. El pope con el que se confiesa le pone en contacto con una bella chica de catorce años: Lena. Octave se enamora locamente de ella, esta vez es un amor que le supera y le embriaga. Es

---

<sup>172</sup> Beigbeder, F., *13,99 euros*, pág. 145

<sup>173</sup> Beigbeder, F., *Socorro, perdón*, pág. 109

tan poderoso que no puede sustraerse a sus encantos, el cinismo y la frialdad esta vez no pueden ponerle a salvo. Con Lena el deseo es descontrolado y ansioso. Una noche lleva a Lena a una fiesta perversa en casa de Serguéi, dueño de un poderoso imperio basado en la tortura – centro productor de lágrimas humanas- y organizador de fiestas en las que las mujeres llevan su precio inscrito. En la fiesta Octave sufre un ataque de celos, lo que provoca que su trastorno llegue al colapso, que se inmole, lo que demuestra que sus barreras de protección han resultado inútiles ante la fuerza de su deseo.

En *Las partículas elementales* Houellebecq relata las peripecias de dos hermanos abandonados por sus padres cuya concepción del deseo les imposibilita para la felicidad: Michel y Bruno. Son dos hermanos complementarios, muy distintos. En uno de ellos prima su hemisferio cerebral derecho (emociones), en el otro el izquierdo (lenguaje, pensamiento). Son dos seres solitarios, dos partículas aisladas que son el ejemplo perfecto de polos opuestos en lo que al deseo se refiere. Michel Djerzinski es científico, un biólogo candidato al Nobel que no tiene confianza en el mundo, un hombre que ha renunciado al sexo y a los afectos:

“Se movería entre las emociones humanas y, a veces estaría muy cerca de ellas; otros conocerían la felicidad o la desesperación; pero nada de eso tendría que ver jamás con él, ni podría alcanzarle”<sup>174</sup>

“Se sentía separado del mundo por unos cuantos centímetros de vacío, que formaban en torno a él un caparazón o una armadura”<sup>175</sup>.

Es un ser extraño que sólo ha conocido el amor de su abuela y que siente el mundo como un lugar despiadado. Deja escapar a su único amor, Annabelle, no se digna a contestar a sus cartas. Muchos años después se encuentra con ella, pero sigue siendo incapaz de amar. Es muy inexperto en sentimientos humanos y apuesta por una vida sin riesgos ni dramas. La televisión es lo único que parece proporcionarle ciertas alegrías, y los libros, claro. No tiene una razón para vivir

---

<sup>174</sup> Houellebecq, Michel, *Las partículas elementales*, pág. 86

<sup>175</sup> Ibid., pág. 87

más allá del deseo de saber, ese apetito que ha hecho avanzar a la humanidad. Su hermano Bruno, en cambio, sólo encontrará el calor entre los brazos de las mujeres, será devorado por el deseo fugaz y sin sentido:

“La meta principal de su vida había sido sexual; ya no podía cambiarla, lo sabía. En esto, Bruno era un buen representante de su época”<sup>176</sup>

Bruno busca el placer, gratificación narcisista ligada al aprecio y a la admiración del prójimo. Es incapaz de establecer vínculos, ni con su propio hijo, con el que tiene una relación desastrosa. Bruno se dedica a frecuentar ambientes liberales y el mundo de la prostitución, a perseguir lolitas, a drogar a su hijo con pastillas para ir a casas de citas. El sexo y el deseo incontrolado son su único alivio. Es esclavo de su sexualidad, tiene una sed insaciable de gozar de cuerpos jóvenes y nuevos. De la bulimia que sufrió en su juventud, pasa al deseo sexual bulímico, descontrolado y sin barreras de protección. Hace suya la máxima de cuanto más, mejor, y deja de lado el universo ético.

Jed, el personaje principal de *El mapa y el territorio*, también es un buen ejemplo de ser sin deseo acuciante, en estado de suspensión, con muchas similitudes con Michel, el hermano científico de *Las partículas elementales* y con otros personajes de Houellebecq. Jed dedica la mayor parte de su tiempo al arte y su vida sentimental es apenas existente. Tuvo una amante, Geneviève, que se costó los estudios comerciando con su cuerpo, pero ella se casa y él se queda solo. En una exposición conoce a Olga Sheremoyova, una bella eslava que trabaja para Michelin, grupo que pretende ejercer el mecenazgo en el arte contemporáneo para mejorar su imagen en Rusia y en China. Jed siente deseo hacia ella desde el principio, pero ella se va y él es incapaz de luchar, deja que desaparezca y sigue con sus producciones artísticas, pierde su oportunidad. Y es que el deseo es una fuente de sufrimiento para Jed, quien ve en la agonía sedada de su padre un simulacro de vida placentera. El padre de Jed está en la recta final de su vida y consume sus horas bajo los efectos de la morfina. Ante esta situación, el padre

---

<sup>176</sup> Ibid., pág. 65

decidirá ir a Suiza para poner fin a su sufrimiento, no le interesa vivir así, Jed, en cambio, tendrá una opinión bien distinta:

“A decir verdad, Jed pensaba que sí, que era una vida especialmente envidiable, sin preocupaciones ni responsabilidades, sin deseos ni temores, cercana a la vida de las plantas, que pueden gozar de una caricia moderada del sol y la brisa”<sup>177</sup>

Jed no siente un apego muy fuerte a la vida, considera que su existencia es inútil. Su estado natural es no desear apenas. Su vida consiste en crear, en intentar dejar constancia de la realidad del mundo en el que vive, si es que esto es aprehensible. No es de extrañar que una de sus obras más laureadas sea *Bill Gates y Steve Jobs conversando sobre el futuro de la informática*.

Jeremy, ser entregado al deseo sexual, sentirá algo muy similar al final de su vida, cuando queda postrado en una cama de hospital por una paliza. Culpa al deseo de sus males y siente que vivir bajo los efectos de la morfina no es una mala solución a su sufrimiento, sólo que lo lleva al extremo, superando incluso la postura de *Los idiotas* de Lars Von Trier:

“Lo cierto es que la vida que llevo aquí me gusta; es un modelo de ascetismo. Puedo leer, escribir y pensar lo que quiera. No hay nada que comprar, ni que vender, ni que consumir. Me pregunto si no podría ingeniármelas para pasar aquí una larga temporada, a lo Yossarian. Quizá pudiera fingir que estoy más decrepito de lo que estoy en realidad, o simular una enfermedad mental grave”<sup>178</sup>

Lorena, la protagonista de *Alrededor de Lorena*, es un ser de deseo, pero cree que sus anhelos son anómalos. Lucha y opone resistencia, pero no puede controlarlo, será arrasada por su fuerza pese a la fallida intentona de casarse con un burgués, tratando de hacer lo que debe, que ella piensa que es extirpar de raíz su deseo. Acabará traicionando aquello que más ama- su supuestamente feliz matrimonio- para ser dominada otra vez. Lee un libro en el que bajo un falso nombre se publica la historia de su perversión juvenil y rompe con su apacible vida:

---

<sup>177</sup> Houellebecq, Michel, *El mapa y el territorio*, pág. 301

<sup>178</sup> Davies, Daniel, *La isla de los perros*, pág. 224

“Y entonces por qué me arriesgo así, por qué me arriesgo a perderlo todo, por qué visito cada semana a aquella mujer que, en la Editorial, no sólo dirige los destinos de la Editorial, sino el de mi vida al menos en las horas, y casi siempre son dos horas, que dura en cada semana cada uno de nuestros encuentros”<sup>179</sup>

De esta forma Lorena acota su deseo en el tiempo. Lo reduce a unas horas, las únicas que parecen reales para ella. El deseo es una fuerza todopoderosa, un huracán que te arrastra, una batalla perdida de antemano:

“Pero cada viernes, al final de la tarde, arriesgo mi estabilidad, mi felicidad, en busca de una forma de deseo que una vida corriente no podría contener”<sup>180</sup>

Es un deseo incontrolable, un deseo que ha permanecido intacto toda su vida, desea ser sometida, necesita seguir los caprichos de la voluntad de su ama:

“Los viernes, antes de que lleguen las últimas horas de la tarde, camino desconsolada por la casa, con la adicción que puede sentirse por las verdaderas drogas, y ni siquiera me gustan las mujeres. Camino por la casa, miro a la mujer que me mira en el espejo, desearía escupirla, humillarla, pero no soy yo quien puede hacer eso conmigo”<sup>181</sup>

“(…) pero salía sólo para volver, para volver con él, para volver a mirarlo tal como él, posesivo, me habrá mirado en el año en que sí estuvimos juntos, cuando me amordazaba y me ataba y me vendaba los ojos para tocarme, para que yo sintiera su poder sobre mí, para que me sometiera, para que él me sometiera, para que él me sometiera y yo me sometiera a él, (…)”<sup>182</sup>

Otro ejemplo de lucha contra el deseo lo vemos en una de las parejas *-freaks-* seleccionadas en el *reality* de *Objetos perdidos* y que está formada por un matrimonio que dice haber curado sus tendencias homosexuales en un programa llamado Redención. Son dos seres que se niegan su deseo, un matrimonio ridículo:

---

<sup>179</sup> Paszkowski, Diego, *Alrededor de Lorena*, pág. 258

<sup>180</sup> *Ibid.*, págs. 260-261

<sup>181</sup> *Ibid.*, pág. 258

<sup>182</sup> *Ibid.*, pág. 81

“Cuando conseguimos lo que nos proponemos -y siempre lo hacemos-, él se pone arriba, o me pongo yo, y nos movemos juntos, como una sola carne. Él no cierra los ojos, tal vez porque tiene miedo. Me mira a la cara todo el tiempo, y nos aferramos uno al otro como si estuviéramos luchando contra un viento feroz”<sup>183</sup>

El viento feroz no es otro que el deseo. No pueden reprimirlo, por mucho que patéticamente lo intenten. Él mantendrá relaciones con uno de los camarógrafos y será grabado. Obviamente, estas imágenes morbosas serán emitidas. El concurso para esta pareja no tiene el final feliz de película que esperaban, aunque al menos ella empieza a aceptar su deseo y a ver la farsa de su matrimonio. Se da cuenta de que su supuesta heterosexualidad es pura imposición y fingimiento:

“Nuestro matrimonio ha sido como un duelo de miradas, creo, o un juego de ver quién es más valiente: lo haré si tú lo haces. Y, si Justin hubiera sido capaz de hacerlo cincuenta años más, yo también lo habría hecho. Estoy completamente segura... la absurda tragedia de todo esto, la inutilidad...se me hacen de pronto muy claras. Pero hay un corolario, y me hace sentir como si me hubiera liberado de una terrible opresión: si él no puede hacerlo, quizá yo tampoco tenga que hacerlo”<sup>184</sup>

Este matrimonio lucha por vencer lo que ya sólo ellos consideran una perversión, se convierten en seres risibles en manos de morales caducas o de desaprensivos. Su postura es grotesca y estrafalaria en un mundo ateo que no pone trabas al deseo. Son ridículos porque quieren ver perversión donde no la hay, por eso resultan patéticos. Algo similar ocurre en *La humillación*, donde el actor trata de negar la homosexualidad de su pareja, de disfrazarla de heterosexual. Las novelas nos dicen que las máscaras siempre acaban rasgadas, que la fuerza del deseo se impone y asoma.

David Kepesh es un ejemplo paradigmático de ser que lucha contra los apegos y el enamoramiento. Ha vivido la revolución sexual de los sesenta y ha llevado una vida de relaciones sin compromiso de la que ha hecho bandera. Ya entrado en años, es azotado por la fuerza del amor: de repente siente celos, miedo e

---

<sup>183</sup> Parkwust, Carolyn, *Objetos perdidos*, pág. 48

<sup>184</sup> *Ibid.*, pág. 334

inseguridad, emociones que dice no haber sentido antes. La juventud y belleza de una de sus jóvenes alumnas le han sometido. Su deseo se convierte en una pasión devoradora, en una obsesión de la que quiere librarse. Los celos le consumen y le quitan el sueño, quiere librarse de ella, de ese anhelo que se le clava en el corazón. Un hombre convencido de las mieles de la libertad sexual se ve en la vejez invadido por el espíritu posesivo, sufriendo la herida de la edad y el tormento de los celos. Se siente humillado por saberse cautivo de su amor hacia Consuelo. Un hombre liberal que ha mantenido relaciones placenteras - él lo llama un hedonismo armonioso- y sin ataduras, se ve sorprendido por el amor, que ya sí implica la individualización y comunicación. Su amigo George ve la perdición en los vínculos amorosos:

“Con ella no te limitas a satisfacer una necesidad natural. Esto es la patología en su forma más pura. Mira, considéralo como crítico, desde un punto de vista profesional. Has violado la ley de la distancia estética. Has imbuido de sentimiento la experiencia estética con esta chica...la has personalizado, la has sentimentalizado, y has dejado de percibir la separación esencial para tu goce”<sup>185</sup>

“Estoy en contra porque eso significa enamorarte. La única obsesión que todo el mundo desea: “amor”. ¿La gente cree que al enamorarse se completa? ¿La unión platónica de las almas? Yo no lo creo así. Creo que estás completo antes de empezar y el amor te fractura. Estás completo, y luego estás partido. Ella es un cuerpo extraño introducido en tu totalidad. Y durante año y medio te esforzaste por asimilarlo. Pero nunca estarás completo hasta que lo expelas.”<sup>186</sup>

David Kepesh no entiende que una noche tras otra haya que dormir con la misma pareja, lo ve una “deferencia contra natura” cercana al masoquismo. Él ha sido un adalid de la libertad y de improviso se siente preso. En *El animal moribundo* la relación dura un año y medio, luego el viejo profesor sufre accesos depresivos durante tres, atormentado por haberla perdido. Cuando por fin siente que vuelve a ser el dueño de su vida sin sobresaltos, ella le telefona y le dice que tiene cáncer de pecho: la fuente de su belleza, para el profesor, va a ser amputada. Él la

---

<sup>185</sup> Roth, Philip, *El animal moribundo*, pág. 81

<sup>186</sup> *Ibid.*, pág. 81

acompaña al hospital, se implica con ella, pero en contra de lo que considera correcto, pues piensa que estar con ella significa ceder ante el amor.

*El profesor del deseo* nos narra los orígenes de este casanova, estudioso de día y disoluto de noche. David en su juventud es un ser entregado al deseo que huye del compromiso y del amor, de hecho, busca la frialdad y se compromete con lo liberal. Vivirá un triángulo amoroso que acabará en tragedia, pues dos de sus componentes lo hacen siguiendo lo que desean, pero Elisabeth, una chica sueca, lo hace sólo por complacerle, de forma que se hace daño a sí misma. Ella está enamorada de él y participa en el triángulo no por propio placer, sino por entrega, lo que le acarrea tanto dolor que intenta suicidarse. Birgitta, en cambio, es como él, le gusta probar sus límites, entregarse al placer. Es puro atrevimiento, lascivia sin sentimentalidad. David ha encontrado a su igual, pero no quiere que le acompañe a Estados Unidos. El profesor dice despreciar lo convencional y lo respetable, sin embargo, en América decide casarse, unión que se convertirá en un atroz juego de reproches que le llenará de destrozos emocionales. Su unión resulta un cataclismo en el que cada uno es el gran enemigo del otro, un pasatiempo infame que deja como resultado escombros de depresión, dolor y aislamiento.

*La Humillación* es otro ejemplo de resistencia-entrega al deseo. Simon Axler solo piensa en matarse tras haberse esfumado sus dotes interpretativas. Ha perdido su talento y es abandonado por su esposa, motivos por los que será internado veintiséis días en un centro psiquiátrico. Ya entrado en la vejez, establece una relación amorosa con Pegeen, la hija de unos amigos, quien ha vivido como lesbiana diecisiete años y que acaba de salir de una relación a causa de que su pareja quiere transformarse en hombre. Pegeen intenta convertirse en una mujer heterosexual, ser perfecta para él. Simon Axler siente la felicidad y deja de lado su soledad. Él derrocha mimos hacia ella, ella dice que su homosexualidad fue un error. La novedad y el placer son intensos, pero él siente miedo.

“-¿No sería tal vez buena idea que retrocediéramos antes de que llegue el desencanto?- replicó él.

- ¿No eres feliz?- inquirió Pegeen.

-Mi vida ha sido muy precaria en los últimos años. No creo tener la fortaleza necesaria para resistir si mis esperanzas se hacen trizas. He tenido mi cuota de sufrimiento conyugal, y antes de eso mi cuota de ruptura con mujeres. Siempre es doloroso, siempre es duro, y no quiero exponerme a ello a estas alturas de la vida”<sup>187</sup>

La relación se establece y ya es tarde para protegerse o retiradas indoloras. Corren el riesgo y pasan la línea de la aventura. El viejo Axler es consciente de que es muy probable que él acabe en una posición débil y que pagará con dolor el no haberse atrevido a cortar la relación antes. Intuye que el golpe será insoportable, pero la felicidad del momento le impide tomar decisiones. Mientras está con ella trata de agarrarse a la esperanza, de reivindicar la euforia, piensa que su vida puede comenzar de nuevo: sueña con volver a ser actor, tener un hijo y sentirse bien físicamente. La cuestión es que la homosexualidad de Pegeen vuelve a salir a flote tras un trío de apariencia de mero juego sexual divertido y excitante, y Simon se convierte en su nueva víctima amorosa, en un ser acabado sin remisión que pierde el deseo de vivir y se siente culpable por haberse dejado llevar, debatiéndose entre la ayuda psicológica y el suicidio por el que finalmente optará.

En *Nocturno* Andrés Barba analiza también la inutilidad de los escudos contra el deseo, narrando el amor de un hombre cincuentón hacia un chaval de veinte años. El protagonista es un hombre solo que se ha construido una coraza de frialdad y pequeños placeres. Es un hombre muy consciente de que el deseo es introductor de desorden y de que puede ser la puerta al sufrimiento. Esta intuición de que el deseo conduce al dolor y el miedo a sufrir le han llevado a una vida sin apenas relaciones, a jugar a la ironía, a no apostar para no perder. Su vida está exenta de grandes pasiones, pero protegida del desconsuelo. Se refugia en lo previsible, en lo que él denomina la felicidad razonable. Sigue el rumbo de la evitación, es

---

<sup>187</sup> Roth, Philip, *La humillación*, pág. 73

decir, el sujeto responde al estímulo antes de que este aparezca: huye de él. Está solo no por convencimiento, sino como forma de protección. Ve la soledad como un mal menor que tranquiliza:

“Recordaba los años pasados casi con nostalgia, pero no porque prefiriera la soledad, nadie en su sano juicio podía preferir la soledad, sino porque en la soledad sabía a qué atenerse”<sup>188</sup>

El amor, como a muchos personajes de otras obras de Barba, no le parece un hecho natural, universal y que se da por supuesto. Ser amado es una lucha que supone enfrentarse a miedos, es algo que nos vuelve vulnerables. En esta novela el miedo a sufrir ha paralizado al protagonista durante años. Un día, leyendo un anuncio en la sección de contactos de una revista, es súbitamente abofeteado por el deseo en la cara. Unas pocas palabras se convierten en su obsesión. Necesita llamar, conocer al tipo que hay detrás. Al principio trata de luchar contra su deseo, pero esta vez su potencia es grande y no lo puede vencer: llama. El protagonista tiene miedo, pero la relación, a pesar de la diferencia de edad, en un principio funciona. En ese momento es feliz, pero la plenitud no dura:

“Roberto no tardaría en darse cuenta de que aquel Edén, como todos los edenés, era un lugar cerrado, y que terminaría asfixiándolo lo que ahora le parecía luminoso”<sup>189</sup>

La historia acaba con la ruptura. El protagonista se queda con su dolor, se acabaron las pequeñas alegrías. Ahora dedicará su tiempo a olvidar. Cree que haberse resistido al deseo habría sido más inteligente. Desear es una apuesta demasiado arriesgada, él ha perdido y sufre las consecuencias: la aflicción. La puerta del deseo le ha conducido al dolor.

Esta misma lucha contra al deseo la vemos en *Luna creciente* de Isa González, que nos cuenta la historia de una mujer casada con una hija que decide salir una noche que está sola a una discoteca. Necesita salir de la rutina, del deseo aplacado por su matrimonio, sentirse deseada, recibir miradas de lascivia. La sensualidad ha entrado en ella, siente que seguirla es un acto de valentía, y

---

<sup>188</sup> Barba, Andrés, *La recta intención*, pág. 187

<sup>189</sup> *Ibid.*, pág. 162

vuelve a introducirse en ese espacio olvidado en su vida. Se cruza con una mirada- siempre los ojos son el espejo del deseo- y se deja llevar. Se siente mal, piensa que no debería, pero su cuerpo la arrastra. Después trata de continuar con su vida, de olvidar al hombre de la discoteca, pero sabe que su deseo es demasiado intenso, sabe que se rendirá ante él. Al igual que en el primer relato, Lucía guardará otro nombre para su ser en estado de deseo. Luna será el elegido, tal vez porque simboliza la noche que, en este y muchos otros relatos, es el tiempo del frenesí, el reino del deseo.

### **5.5. Análisis de la sociedad postindustrial: turismo, *realities* y publicidad**

Los novelistas seleccionados describen sin piedad la sociedad contemporánea, prestando especial atención a los fenómenos más representativos. Houellebecq encontrará en esta mimesis altamente verosímil una de las razones del rechazo que provoca, y es que es un escritor odiado y admirado a partes iguales, icono de la industria cultural, celebridad y personaje público. Se siente un cabeza de turco y considera que una de las fuentes del odio que suscita nace de la descripción sin anestesia que realiza de la realidad actual. Piensa que el inventario que hace de nuestro universo nos avergüenza, que preferimos mirar a otro lado.

“Lo que sucede es que quizás, como Lovecraft, lo único que he hecho es escribir *cuENTOS de terror materialistas*, dándoles, por añadidura, una credibilidad peligrosa”<sup>190</sup>

Sus novelas desmenuzan diferentes aspectos de nuestra cultura, y la verdad es que no salimos muy bien parados. En *Plataforma* introduce al lector en la cultura del ocio, más concretamente en la industria turística, una de las primeras actividades económicas mundiales. Todo comienza con el viaje que emprende el protagonista tras haber recibido dinero por la herencia de su padre.

“Me gustaban los catálogos de vacaciones, su abstracción, su manera de reducir los lugares del mundo a una secuencia limitada de placeres posibles y tarifas; apreciaba

---

<sup>190</sup> Houellebecq, Michel y Lévy, Bernard-Henri, *Enemigos públicos*, pág. 283

especialmente el sistema de estrellas para indicar la intensidad de la felicidad que uno tenía derecho a esperar”<sup>191</sup>

Se dirige a *Nouvelles Frontières*, la gran tour operadora, donde se decide por “Trópico Tailandés”, rechazando el exotismo político de “Ron y salsa” que ofrece Cuba, y entra de lleno en el mundo de los viajes organizados que convierten los países en tópicos, al estilo de “árabes: hospitalidad y té”. El turismo es la gran atracción posmoderna y las vacaciones el paréntesis a nuestras miserias, un intento de realización personal y de buscar autenticidad en un mundo hiperreal. El turismo ha sustituido al auténtico viaje y se ha convertido en un deseo generalizado. El viaje posmoderno es opuesto al viaje moderno, que era iniciático, de búsqueda de identidad, de mirar desde el otro lado, de buscar lo verdadero. Decimos viajar, pero poco tiene que ver ya con la idea del viaje como transformación, como toma de contactos con otras realidades, ha dejado de existir tal cosa. El viaje es otro objeto de consumo más, el espejismo de salir de una vida que nos agobia para llegar a un paraíso artificial creado por el sistema, un edén estetizante donde las ruinas del pasado son convertidas en monumento o en atracción turística, donde nos enfrentamos con un silencio que no nos habla de nosotros, pues hemos cerrado los expedientes que nos comprometían.

*Plataforma* es un retrato despiadado del turismo, la gran industria de la experiencia en la posmodernidad. El turismo convierte los lugares históricos en parques temáticos saturados de hordas de turistas que buscan autenticidad, pero que ya no pueden experimentar nada de primera mano. Hay demasiadas imágenes interpuestas por los medios, se trata de acomodar la realidad a lo que se espera de ella para que no nos decepcione. Nos habla de turistas que van a Tailandia a buscar la hiperrealidad tailandesa creada por las agencias de viajes, de personas solas que necesitan salir de sus insípidas vidas para que alguien les haga sentir algo, para olvidar sus miserias. Los consumidores ya no se conforman con sol y playa, buscan autenticidad, descubrimiento, pasión: llenar el vacío de su cotidianidad.

---

<sup>191</sup> Houellebecq, Michel, *Plataforma*, pág. 20

Beigbeder explorará implacablemente el mundo de la publicidad. *13,99 euros* es una novela que saca a la luz la inmundicia del universo publicitario y despelleja de forma clarividente la sociedad de consumo, por lo que no es de extrañar que la publicación de esta novela provocara el despido real de Beigbeder de la agencia donde trabajaba.

El protagonista, Octave Parango, trabaja como creativo en una agencia de publicidad. Es una especie de demiurgo que crea necesidades en la gente, un manipulador de deseos, un programador de vidas, un creador de tendencias:

“Soy publicista: eso es, contaminao el universo. Soy el tío que os vende mierda. Que os hace soñar con cosas que nunca tendréis. Cielo eternamente azul, tías que nunca son feas, una felicidad perfecta, retocada con el Photo Shop”<sup>192</sup>

El publicista es un embustero que crea imágenes que seducen a las masas de un mundo inestable en el que todo está en venta. Es un experto conocedor de las flaquezas y de los deseos íntimos de la muchedumbre, un creador de estampas excelsas de felicidad y de novedades, uno de los responsables de las encantadoras imágenes de lujo y belleza que se cuelan perpetuamente en todos nuestros hogares y que nos acompañan en las calles de nuestras ciudades. La publicidad debe revelarnos nuevas carencias, exhibir objetos que nos hagan soñar:

“En mi profesión, nadie desea vuestra felicidad, porque la gente feliz no consume”<sup>193</sup>

Pueden utilizar cualquier herramienta que les acerque a su objetivo: vender. Fomentan la insatisfacción, el miedo o la envidia. Todo está permitido para que dejemos de lado la razón y nos entreguemos al consumo:

“Vuestro sufrimiento estimula el comercio. En nuestra jerga, lo hemos bautizado “la depresión poscompra”. Necesitáis urgentemente un producto pero, inmediatamente después de haberlo adquirido, necesitáis otro. El hedonismo no es una forma de humanismo: es un simple flujo de caja. ¿Su lema? “Gasto, luego existo”. Para crear

---

<sup>192</sup> Beigbeder, F., *13,99 euros*, pág. 17

<sup>193</sup> *Ibid.*, pág. 17

necesidades, sin embargo, resulta imprescindible fomentar la envidia, el dolor, la insaciabilidad: estas son nuestras armas. Y vosotros sois mi blanco”<sup>194</sup>

Elabora campañas publicitarias que colman de contenido productos sin mucho significado y convierte logos en emociones valiéndose del humor, del cine o del erotismo. Ya hemos dicho que todo vale para vender. Se trata de convertir una mercancía en un valor y encubrir su auténtico rostro. Los signos que venden pierden contacto con su significado, muchas veces los anuncios apenas exhiben el producto que se vende. La mercancía se convierte en fetiche:

“Nuestro “fetichismo de la mercancía” nos oculta la verdadera naturaleza del intercambio y la explotación capitalistas. En la fragante taza de té es imposible discernir la miseria de la explotada familia brasileña de recolectores”<sup>195</sup>

La publicidad mueve muchísimo dinero, incluso hay empresas que gastan más en publicidad que en la fabricación de sus productos. La publicidad está en nuestros móviles, en la radio, en las sombrillas de la playa, en los estadios, en el metro, en las carreras populares. Vemos más de 2500 elementos publicitarios cada día, ¿cómo no nos va a afectar? La novela nos retrata como seres débiles y manipulables atrapados bajos las garras de los expertos en marketing:

“Creéis que gozáis de libre albedrío, pero el día menos pensado reconoceréis mi producto en la sección de un supermercado, y lo compraréis, así, sólo para probarlo, creedme, conozco mi trabajo”<sup>196</sup>

Los publicistas falsean la realidad de los productos que venden. Los convierten en fetiches y en valores. Añaden a las mercancías desencantadas el factor emocional, el e-factor, a través de anuncios cada vez más creativos, pues el hombre posmoderno ha sido criado en la cultura mediática y su sentido crítico rechaza la publicidad machacona. Somos consumidores sofisticados y originales, y necesitamos que nuestra publicidad también lo sea. La publicidad ya es un arte, para algunos. Los mejores cineastas del momento colaboran con ella y elevan la

---

<sup>194</sup> Ibid., pág. 18

<sup>195</sup> Lyon, David, *Postmodernidad*, pág. 62

<sup>196</sup> Beigbeder, Frédéric, *13,99 euros*, pág. 19

categoría de los *spots* a una esfera superior que ya cuenta con sus propios premios hasta en Cannes. La publicidad sabe de sofisticación y sutileza, se acabó el bueno, bonito y barato. Y es que el hombre posmoderno interpone una distancia irónica entre él y la sociedad de masas, es un avezado e infiel consumidor que no cae en cualquier trampa. Mantiene relaciones ambivalentes con un consumo que le esclaviza y le salva. De la misma manera que goza muchas veces con lo que dice detestar. Es entonces cuando surge la ironía.

Los publicistas crean mundos llenos de seducción y artificio, crean simulacros e hiperrealidades. Nos muestran en imágenes la vida que deseáramos llevar. Hay que ser guapo, joven y sonreír con los dientes muy blancos.

El protagonista juega con los consumidores, pero él es la gran víctima del sistema, el más decepcionado, porque es el que es más consciente de que es un juego de referentes vacíos, una gran mentira, una manipulación, otro totalitarismo más que aplasta las mentes. Nuestro deseo es falso, no lo imponen desde fuera:

“Vuestro deseo ya no os pertenece: os impongo el mío. Os prohíbo que deseéis al azar. Vuestro deseo es el resultado de una inversión cuyo importe está cifrado en miles de millones de euros. Soy yo quien decide hoy lo que os gustará mañana”<sup>197</sup>

Nuestra economía necesita cantidades ingentes de consumo, si no fuera así la rueda dejaría de girar. El sistema necesita que la gente se encapriche y gaste, que el dinero se mueva. La publicidad nos sobreexpone a lo superfluo, a las mil fruslerías sin las que podríamos estar perfectamente. El sistema necesita que deseemos cosas:

“La magia se ha producido: despertar en gente que no puede permitírsele el deseo de poseer algo que hace diez minutos no necesitaba.”<sup>198</sup>

La publicidad, dice el protagonista, es una forma de esclavitud, pero más sutil y discreta. Sus tentáculos alcanzan los inconscientes de todas las almas del planeta:

---

<sup>197</sup> Ibid., pág. 19

<sup>198</sup> Ibid., pág. 44

“Nada coloniza tanto como la publicidad mundial: en el más remoto lugar de la más pequeña choza al otro extremo del mundo, Nike, Coca-Cola, Gap y Calvin Klein han sustituido a Francia, Inglaterra, España y Bélgica”<sup>199</sup>

El mundo publicitario también será diseccionado por Houellebecq en *Plataforma*, que muestra la falta de escrúpulos y las mentiras de las que se nutren los anunciantes. Nos muestra el poder de la publicidad y el poder de atracción de lo erótico. Su exitoso lema para los hoteles será “porque todos tenemos derecho al placer”, eslogan acorde con la campaña publicitaria:

“-Sí...-Mordisqueó maquinalmente la pluma-. Eso estaría bien para un anuncio. “Costa de Marfil, costa de los aromas”, algo así. Con una chica sudorosa, un poco desgreñada, en taparrabos”<sup>200</sup>

La estadounidense Carolyn Parkwust en *Objetos perdidos* se centrará en el mundo de los *reality-shows*, tema que interesa a una literatura posmoderna que mira con suspicacia lo académico y que siente fascinación por lo popular, por lo feo y lo degradado. De esta forma podemos encuadrar la obra dentro del populismo estético del que nos habla Jameson. Los *reality-shows* son programas sin guión donde la vida se convierte en un espectáculo rocambolesco, espacios que remplazan la realidad y crea un microcosmos vigilado las veinticuatro horas, ofreciéndonos un lugar que pretende ser transparente para el espectador.

El mundo posmoderno es percibido, en muchas ocasiones, como irreal o hiperreal. En un mundo desestabilizado es normal el interés que despiertan estos programas, pues insisten en su carácter auténtico y en su realidad en mayúsculas. Estos programas convierten lo íntimo en consumo espectacular y derrumban las barreras que protegían el espacio de lo privado. Nos hablan de una época impúdica y sin recato que dice en público lo que durante siglos ha permanecido en el ámbito de lo íntimo, en el campo de lo secreto. Los programas se convierten en interminables peroratas y confesiones de un yo que, a pesar de su banalidad,

---

<sup>199</sup> Ibid., cit. pág. 141

<sup>200</sup> Houellebecq, Michel, *Plataforma*, pág. 224

pasa a ser el valor supremo. Estupideces totales son vestidas con ropajes dramáticos, lo más común es presentado como único.

En nuestra sociedad del ocio cualquier tema o práctica puede ser convertida en entretenimiento o espectáculo. En Inglaterra, por ejemplo, una concursante en estado terminal televisó su boda. Todo es válido si interesa a los espectadores, si aumenta el *rating*. En este caso el programa hará uso de su poder sin remilgos para aumentar su número de espectadores. Todo vale, aunque implique dolor, aunque sea hipócrita. El concurso de la novela es un territorio lleno de traición en el que hay que ir con pies de plomo y en el que la ética se subordina a las audiencias. La falta de valores reales se oculta bajo una falsa moral y una ilusoria protección a los concursantes:

“Dispondréis de una paga diaria y de entrevistas telefónicas con un psiquiatra si lo necesitáis; en ocasiones, a la gente le cuesta afrontar las consecuencias de participar en un programa como este”<sup>201</sup>

Los concursantes -protagonistas del libro- quieren vivir lo real de forma intensificada. Buscan notoriedad, quieren exhibirse y conseguir dinero fácilmente: “-Después de todo. Es mejor que trabajar” -dice uno de los participantes.

Estos programas son realidades ficcionadas que usan las técnicas del cine – acompañan los sentimientos de música-. Se busca lo espectacular real, no lo real en sí. La barrera entre lo real y lo irreal se vuelve aún más confusa. Tiene razón una de las participantes:

“Lo que es necesario entender es que los reality shows no muestran en absoluto la realidad. La realidad es aburrida; nadie quiere mirar a alguien que se cepilla los dientes o que paga su factura del teléfono. Todo es una cuestión de montaje; tiene cientos de horas de grabación, y tienen que reducirlas a algo que valga la pena observar. Lo que buscan son historias; hay que darles una historia, porque ellos quieren algo más”<sup>202</sup>

---

<sup>201</sup> Parkhurst, Carolyn, *Objetos perdidos*, pág. 146-147

<sup>202</sup> *Ibid.*, pág. 90

El concursante pierde la naturalidad, se convierte en personaje:

“Intento tomar parte del juego de la forma más grácil posible, mostrándome todo lo simpática y natural que puedo. Soy tan capaz como cualquiera de apuñalar a alguien por la espalda con tal de ganar, pero tengo que ser agradable mientras lo hago. Es con mucho el mayor trabajo de actuación que he hecho nunca.”<sup>203</sup>

El programa no quiere realidad, quiere dramatismo y audiencia. Para ello tiene que provocar conflictos y convertir lo anodino en entretenimiento. Se mueve por la falta de escrúpulos, hay que entretener, cueste lo que cueste. Para lograr sus objetivos selecciona a gente inmadura con tendencia a la convivencia infernal. Los concursantes se convierten así en una especie de antología de personas excéntricas y ridículas, en caricaturas que hacen reír a los espectadores. *Objetos perdidos* nos cuenta la historia de un programa de televisión en el que participa gente que piensa que ha sido elegida por ser extraordinaria. Poco a poco se irán dando cuenta de que efectivamente lo son, pero en el peor sentido. Los han elegido por ser seres risibles, ridículos, porque están llenos de secretos que los productores sabrán hacer estallar. Se convierten en víctimas de un público que quiere carnaza y consumir intimidades ajenas. De esta manera el objetivo del programa es sacar a la luz las historias personales e íntimas de los participantes, y es que la carroña es el material del programa, el sufrimiento y la desgracia de los concursantes la sal del concurso. Los productores no evitarán ninguna técnica, por poco ética que sea, para sacar a flote los dramas, como, por ejemplo, el abandono de un bebé:

“-Tendríamos que empezar a colocar bebés por todas partes-dice Eli-. Contratar gente para que luzca sus hijos cuando pase Cassie, hasta que se desmorone”<sup>204</sup>

*Objetos perdidos* supone una dura crítica contra este tipo de programas, que se caracterizan por la falta de valores y por la ridiculez de las pruebas:

“Sabemos que, en este punto del juego, vuestro peor enemigo es el cansancio. Así que vuestra prueba es la siguiente: os daremos una cama cálida y suave, un refugio bajo las

---

<sup>203</sup> Ibid., pág. 38

<sup>204</sup> Ibid., pág. 152

estrellas. Tendréis que ponerlos lo más cómodos posible. La única pega es que no podéis quedaros dormidos.”<sup>205</sup>

## 5.6. Las enfermedades del deseo

Ya hemos dicho que el sistema favorece que esperemos demasiado de la vida, nada más y nada menos que la plenitud, como si fuera baladí. La sociedad posmoderna favorece el pensamiento utópico individual, pero, obviamente, no cumple sus promesas. Vivimos en la opulencia, pero la tristeza sigue aquí. Si hablamos de naciones prozac es evidente que hay algo que no funciona bien. Las obras nos hablan con lucidez del sufrimiento actual, del dolor que hay tras la trivialización del sexo, de las podredumbres del mundo que se esconden tras la fachada de luces y abundancia, de la desorientación y contradicciones posmodernas. Las novelas de las que hablamos nos muestran la cara sombría del radiante edificio posmoderno. Los personajes sufren, y mucho. De hecho, la mayoría parecen padecer los males típicos de la época: la depresión y la ansiedad. Marina nos dice que en las sociedades posmodernas un 15 % de las bajas laborales se producen por enfermedades mentales y que son ya la segunda causa de enfermedad en Estados Unidos. Estos datos no son *peccata minuta*. El número de personas con insatisfacción aumenta y el consumo de antidepresivos y ansiolíticos se dispara, lo que parece indicar que no somos tan felices.

Damasio dice que los sentimientos son revelaciones del estado de la vida en el seno del organismo. Pues bien, yo creo que la venta disparada de antidepresivos y ansiolíticos, nos revela también mucho del estado de nuestra sociedad. Estas dos grandes enfermedades del deseo se manifiestan constantemente entre las páginas actuales. Hablemos un poco de ellas.

La depresión siempre ha existido, es lo que los clásicos llamaban melancolía. Es un estado de vacío, de repugnancia pasiva, de odio o indiferencia a la vida, de

---

<sup>205</sup> Ibid., págs. 211-212

apatía, de que todo da igual. El deprimido no tiene deseos o sólo el deseo de desaparecer para dejar de sufrir y de desear para siempre. Es una autodepreciación de uno mismo en la que a veces hay un gusto morboso. El deprimido pierde la capacidad de desear y se desvincula de la realidad y de sí mismo: las cosas no les conmueven.

Hablamos de crisis del deseo cuando perdemos la capacidad de desear. Sería algo así como que podríamos hacer muchas cosas pero no hacemos ninguna porque nos falta esa fuerza que es el deseo y que está muerta dentro de nosotros. De repente, todo pierde el sentido, nos sentimos mortales, innecesarios, perdidos, bromas de mal gusto. Claro que también hay que decir que en los momentos de gran depresión siempre hay un punto de lucidez. Creo que el deprimido muchas veces es el único que es consciente de toda la crudeza de la vida, el conocedor de lo absurdo e insustancial de la existencia. Sin embargo, el ser humano es de naturaleza optimista, algo que está reforzado por nuestro instinto de supervivencia, que nos lleva a perseverar en el ser y a buscar recompensas momentáneas. Es por eso que la depresión, por muy lúcida que pueda llegar ser, es una patología: va en contra de la felicidad del individuo.

Si hay tantas personas deprimidas, debemos suponer que, además de las causas genéticas, lo social favorece esta patología. Muchas veces la soledad está en la base de la depresión, y esta soledad es muy habitual en nuestra sociedad, pues los vínculos sociales son cada vez más pobres y volubles, como no paran de mostrar las páginas de las novelas. La apatía también es una respuesta emocional a la saturación, y la posmodernidad de esto sabe mucho. Muchos personajes de Houellebecq son magníficos representantes de esta dolencia, la depresión es casi su estado natural. Los únicos paréntesis a este desencanto son algunos ratos de amor, el sexo y alguna comida. Sus personajes no tienen ilusión y se mueven sin brío en un mundo que les hastía.

Nuestra sociedad insiste de forma machacona en que debemos ser felices, por lo que no serlo es vivido como algo atroz. Cuando el *coach*- especie de guía

espiritual posmoderna- no funciona, sólo nos queda el psiquiatra para quitarnos la decepción.

“Una vez que hemos llegado a la edad adulta, aspirar a la felicidad es mucho pedir; la satisfacción –o lo que e.e. cummings llamaba la “no infelicidad”- me parece mucho más realista”<sup>206</sup>

La ansiedad es la enfermedad de nuestra época, es agitación, miedo, angustia, no poder concentrarse, una disipación del yo. Es una respuesta a las inseguridades con las que nos enfrentamos, una réplica al mundo en que vivimos. Es angustia por no saber qué va a ser de nuestra vida e imaginar el cumplimiento de las peores expectativas. Las obras que hemos estudiado recogen este desorden. Creo que los personajes de Beigbender serían perfectos ejemplares de este desequilibrio. Su vida emocional es anárquica y desorganizada, una batalla entre deseos contradictorios. Sus personajes representan el deseo errático típico de nuestra época, desnortado y sin centro. Sienten que sus vidas han perdido el sentido, son frágiles y viven angustiados. No saben lo que quieren, ni dónde está el bien o el mal. El pecho les palpita en medio del desorden sin control que son sus vidas. Son excesivos, están desbocados, llenos de desórdenes mentales, de fracasos sentimentales, sin ninguna armonía. Siguen modelos de vida bulímicos, obsesivos o infantiles. Se mueven también en lo ciclotímico, en el vaivén, a saltos entre la esperanza y el desaliento, de la euforia caen en picado en el hundimiento. No saben lo que es la serenidad, pero son expertos en el desasosiego.

La ansiedad se relaciona con el miedo, y el miedo está también muy presente en la posmodernidad. Los personajes tienen miedo al terrorismo, a la indigencia, a la enfermedad, al compromiso, a no ser aceptados, a la soledad, a envejecer, a las guerras químicas, a la criminalidad, a ser despedidos...Se muestran ansiosos porque necesitan seguridad en un mundo en constante movimiento. No son los seres maduros capaces de asumir la libertad y la incertidumbre. Ya vimos que una de las contradicciones posmodernas era conjugar aventura y seguridad.

---

<sup>206</sup> Davies, Daniel, *La isla de los perros*, pág. 228

Aventura implica riesgo, nos puede traer ganancias, pero siempre hay un peligro. Muchos personajes viven así, en la lucha entre estos dos deseos. Seguir la rueda o hacer una apuesta que los introduzca en lo desconocido. Es el sueño del anuncio de Coca-Cola de montar un chiringuito en la playa. El miedo –forma parte de nuestro instinto de supervivencia- surge ante una amenaza y nos ayuda a ponernos a salvo. Hoy está extendido y muchas veces paraliza a los personajes, los acobarda: el miedo les protege, pero también coarta su libertad.

Muchos habitantes posmodernos conviven con la angustia, es decir, están alarmados ante lo que puede suceder. Beck nos muestra que muchas de estas amenazas son creadas. Y es que el miedo es un instrumento de control y un negocio. El miedo, además, muchas veces es perversamente transformado en miedo al otro, lo que genera muchas injusticias y violencia.

Muchos de los personajes llevan vidas materialmente muy confortables, pero su vida interior es caótica y desequilibrada. Tienen dinero, trabajo, sexo y diversiones, pero son desgraciados. No experimentan internamente la sensación de vivir bien. La felicidad les es vedada:

“Aumentar los deseos hasta lo insoportable y a la vez hacer que satisfacerlos resultara cada vez más difícil: ese era el principio único en el que se basaba la sociedad occidental”<sup>207</sup>

Viven en una sociedad que les incitan a gozar de la vida y a la plenitud emocional, lo que hace que sea más grande la brecha entre el objetivo social y la realidad de sus vidas. Sus protagonistas son urbanitas no reaccionarios apartados de la tradición. Viven sin inhibiciones y con desahogo económico, pero están insatisfechos y no llevan vidas emocionalmente plenas. Sufren la tiranía de la abundancia y se han quedado sin ideología. No parece que nunca hayan vislumbrado otro sistema, aceptan el que hay, con asco o con alegría, no ven otra posibilidad. Y es que el hombre posmoderno tiene entonces mucho de

---

<sup>207</sup> Houellebecq, Michel, *La posibilidad de una isla*, pág. 76

infantiloide y malcriado, de poco voluntarioso. Se deja llevar por los dictámenes sociales:

“Desde el nacimiento hasta la muerte, conectamos nuestra existencia a un piloto automático, y hace falta una valentía sobrehumana para cambiar de rumbo”<sup>208</sup>

Son seres inmaduros que se dejan arrastrar por los imperativos sociales, que no oponen auténtica resistencia. La mayoría de las personas tratamos de adaptarnos a los moldes oficiales, encauzamos nuestro deseo a través de lo que dice lo social que es lo deseable y nos tragamos lo que nos dicen sobre el amor o sobre el príncipe azul sin hacer demasiadas reflexiones. Queremos ser aceptados. Nuestra sociedad es liberal, pero eso no quiere decir que no imponga modelos, ni mucho menos:

“Jamás la opresión fue tan violenta como en esta época de falsa libertad”<sup>209</sup>

De hecho, como opina Houellebecq, la mayor imposición de nuestra sociedad tal vez consista en hacernos desear hasta el infinito:

“En el extremo opuesto, la sociedad erótico-publicitaria en la que vivimos se empeña en organizar el deseo, en aumentar el deseo en proporciones inauditas, mientras mantiene la satisfacción en el ámbito de lo privado. Para que la sociedad funcione, para que continúe la competencia, el deseo tiene que crecer, extenderse y devorar la vida de los hombres”<sup>210</sup>

Las obras nos muestran los trastornos que pasa el deseo como factura. Al señor Perverso su ruptura sentimental le ha costado una depresión severa y dos años de silencio. No consigue orientar nuevamente su deseo, sufre por amor en un tiempo en el que la gente ha dejado de creer en él. Y es que las obras se llenan de dolor, de pastillas y de psiquiatras. El protagonista de *Plataforma* tras la muerte de su amada también pasa unos meses en el psiquiátrico -es tan fuerte su pena que su duelo se vuelve patológico-. Después va a acabar sus días a Tailandia, a ver pasar el tiempo hasta que muera y sea olvidado. *Ampliación del campo de batalla* es

---

<sup>208</sup> Beigbeder, F., *El amor dura tres años*, pág. 39

<sup>209</sup> Ibid., pág. 42

<sup>210</sup> Houellebecq, Michel, *Las partículas elementales*, pág. 162

protagonizada por un ejecutivo de nivel medio sin mucho interés en el prójimo, con sensación de vacuidad y depresiones amables propias del tercer milenio. Este libro es también una muy buena ejemplificación del estado depresivo, de la amargura. Su protagonista es un hombre que no ve sentido ni a sus actos ni al mundo, no participa del mundo, sólo lo observa. Y es que muchos de los personajes del francés son seres inapetentes y desganados cuyos deseos se centran únicamente en el sexo y en el amor de pareja. Les cuesta mucho expresar sus sentimientos, son muy callados, apáticos y depresivos, reina en ellos el decaimiento, sentimiento de falta de energía que impide luchar para lograr lo que uno desea. El único atisbo de esperanza es el sexo y el amor, que nunca duran mucho.

La fuente de sus deseos son las emociones, no la razón, por lo que en ocasiones se produce en ellos una animalización: siguen sus instintos en una especie de vuelta a las cavernas del niño gourmet. Este es el caso, por ejemplo, de Bruno, profesor trastornado cuyo objetivo es seducir a sus estudiantes. Abusará de una chica de quince años y será internado seis meses en un centro psiquiátrico, lugar en el que acabará su existencia sin deseo, no esperando ya nada de una vida que ha terminado siendo otra decepción:

“No era desgraciado; los medicamentos hacían efecto, y el deseo había muerto en él”<sup>211</sup>

El protagonista de *El mapa y el territorio* es otro ejemplo de ser depresivo, sin apenas deseo, un observador del mundo, poco partícipe en él. Su estado natural es la apatía, carece de habilidades sociales, no acierta a comunicarse. Practica la adiaforia, que es la indiferencia ante los objetos o ante la imagen que el sujeto construye de ellos. Es lo que nos ocurre cuando no surge en nosotros el binomio atracción-repulsión. La adiforia es una constante en los personajes de Houellebecq: sienten poco, el mundo no les resulta un lugar estimulante. Jed tiene un único objetivo en la vida: crear. El arte para él no es un deseo, es simplemente una necesidad, es su esencia. No siente apego por el dinero, ni siquiera por la vida. Su existencia se reduce a crear, no hay más, pues Jed es

---

<sup>211</sup> Ibid., pág. 300

artista, y el arte una forma de sometimiento: “Sometido a mensajes misteriosos, imprevisibles, que a falta de algo mejor y en ausencia de toda creencia religiosa había que calificar de intuiciones”<sup>212</sup>

La protagonista del cuento de Isa González *A ojo y plomada* también ha perdido todo deseo o proyecto. Su vida es un letargo, un no hacer nada más que enseñar casas en venta como un muerto viviente. Un día, mostrando una, el cliente se lanza hacia ella. Ella responde maquinalmente a sus proposiciones sexuales. Se deja llevar, pero sin sentir, sin deseo, sin iniciativa. Más tarde beberá con los obreros que terminan los remates de la propiedad. Será poseída por ellos también cuando ella está casi inconsciente por el alcohol. Ella no reacciona, no disfruta, no huye: ya no siente.

“Al llegar a casa mi vecina está regando las plantas y pregunta si me ha pasado algo. “Nada”, le contesto.”<sup>213</sup>

Su vida es hastío absoluto, una sombra, la nada: su cuerpo es ya inerte a las delicias del sexo, su deseo ha muerto, ha capitulado.

De esta forma, las novelas se convierten en un catálogo de depresiones y ansiedades, un muestrario de sufridores a causa de su deseo. La vida es presentada como una experiencia que siempre acaba siendo decepcionante, llena de frustraciones y con pocos momentos de felicidad. Muchos personajes decidirán acabar con su vida o no lo harán por lo que consideran una falta de valentía. Isabelle, por ejemplo, como otros personajes de Houellebecq, cae enferma y se suicida. La vida sólo tiene valor en ciertas condiciones y siempre acaba siendo una aventura corta y decepcionante que suele terminar destrozándoles el corazón a todos. El padre de Jed, víctima de un cáncer de colon, también decide poner fin a su vida acudiendo a Dignitas, organización suiza que practica la eutanasia previo pago de cinco mil euros. Y es que el suicidio está muy presente en las novelas:

---

<sup>212</sup> Houellebecq, Michel, *El mapa y el territorio*, pág. 94

<sup>213</sup> González, Isa, *De vez en cuando*, pág. 15

“Nunca, en ninguna época y en ninguna otra civilización, se ha pensado tanto y tan constantemente en la edad: la gente tiene en la cabeza una idea muy simple del futuro: llegará un momento en que la suma de los placeres físicos que uno puede esperar de la vida sea inferior a la suma de los dolores (...) Este examen racional de placeres y dolores, que cada cual se ve empujado a hacer tarde o temprano, conduce inevitablemente a partir de cierta edad al suicidio. Es divertido observar que Deleuze y Debord, dos respetados intelectuales de fin de siglo, se suicidaron sin motivos concretos, sólo porque no soportaban la perspectiva de su decadencia física. Estos suicidios no despertaron ningún asombro, no provocaron ningún comentario; en general, los suicidios de la gente mayor, que son los más frecuentes, nos parecen hoy en día perfectamente lógicos”<sup>214</sup>

Poner fin a su vida es también el destino de Jeremy Sheperd, quien, tras sufrir un ataque, siente pánico ante la única actividad que llena su vida: el circuito del cancaneo. El miedo le impide volver a sus prácticas sexuales y sin el sexo la vida no vale la pena para él. El protagonista de *Humillación* piensa también constantemente en el suicidio y, como muchos otros personajes, pasará estancias en centro psiquiátricos. Simon es también un ejemplo del estado depresivo, se ha quedado sin confianza al perder su talento, ha perdido el espíritu de lucha:

“Paseo. Duermo. Me quedo mirando el vacío. Intento leer. Procuero olvidarme de mí mismo por lo menos un minuto de cada hora. Miro las noticias. Estoy bien informado de lo que ocurre”<sup>215</sup>

Si Houellebecq y Roth son expertos retratistas de la depresión, Beigbeder no lo es menos de la ansiedad. Sus personajes han perdido el equilibrio y su estado anímico es un frenético subir y bajar, de la euforia a la depresión, de la exaltación al desapego absoluto en cuestión de segundos. Octave es un magnífico representante de este estado. Siente que su vida y su mundo son una gran mentira, que el dinero que le seduce también le prostituye. Necesita escapar. Está harto y solo, sin valores más allá de la estética, necesita cambiar de vida. Sueña con morder la mano que le da de comer, porque odia el sistema al que pertenece

---

<sup>214</sup> Houellebecq, Michel, *Las partículas elementales*, pág.251

<sup>215</sup> Roth, Philip, *La humillación*, pág. 41

y del que se beneficia. Está muy desorientado y, encima, es adicto a la cocaína. La cocaína es una presencia habitual en sus novelas. Las drogas alteran la percepción de la realidad y sus personajes se refugian en ellas porque no están a gusto con sus vidas, para salir del yo, para luchar contra el aburrimiento y liberarse de la pesadez de sus vidas cotidianas. El uso de drogas se ha vuelto hedonista, ha perdido su sentido revolucionario. La fiesta es el consumo hedonista. Los hombres posmodernos consumen drogas para ser menos desinhibidos y relacionarse más fácilmente, para salir de la condena de ser uno mismo, para olvidarse un rato de sus vulnerabilidades, de su soledad. Las drogas ya no tienen que ver con lo social –léase político, transgresor-, sino con lo individual. Hay montones de *raves*, de fiestas multitudinarias llenas de jóvenes consumiendo drogas, pero no se busca cambiar nada, solo descansar un rato de ser uno mismo y divertirse. Las fiestas antaño regeneraban el orden del mundo y cohesionaban a los individuos, a los personajes de los libros solo les sirven como herramienta de búsqueda de su felicidad individual. La participación en una fiesta es un acto que responde a un deseo individual, no a un imperativo social o institucional.

Beigbeder explica la presencia en sus obras de esta sustancia:

“La cocaína no sale en mis libros para hacerme el moderno o escribir trash (de ser así, escogería una sustancia menos pasada de moda: ketamina, MDMA, GHB, 2CB, DMT, PCP, BZP...), sino porque condensa nuestra época: es la metáfora de un presente perpetuo, sin pasado ni futuro”<sup>216</sup>

Octave está enganchado a esta droga - uno de los medios artificiales de activación cerebral del placer- y está desquiciado. Sueña con irse a una isla desierta, con prostitutas y con seguir consumiendo narcóticos. Fantasea con ser despedido, con no correr sin saber adónde, por tener un objetivo. Su vida está al límite: consume cuatro gramos al día y está solo. Él, como el mundo, se mueve entre el ansia y el nihilismo, entre el hielo y la exaltación sentimental. Está absolutamente desequilibrado, su vida es un terremoto emocional. Desorientado

---

<sup>216</sup> Beigbeder, F., *Una novela francesa*, pág. 79

y descreído acude a confesarse con un pope ruso. Vuelve al refugio de la religión, sin creer, eso sí. Necesita vomitar sus obsesiones, maldecir, desahogarse. Se dedica a culpar a los demás, al mundo y a su familia por no haberle privado de nada. Sustituye el diván por la iglesia y desembucha sus frustraciones y opiniones sobre un mundo podrido y venenoso, un mundo que oculta bajo el escudo del hedonismo su falta de esperanza en lo humano, su corrupción.

Las novelas posmodernas exaltan lo irracional y también podemos hablar de literatura de lo estrafalario que lleva al extremo características propias de la posmodernidad como la pérdida de identidad o la imposibilidad de hacer de la vida un relato coherente. El loco es de esta forma un ser posmoderno exacerbado. El esquizofrénico divide su yo en voces que no reconoce como propias. Es un caso extremo de escisión de la personalidad que presenta semejanza con nuestra forma de vivir la identidad. Esta identidad desestabilizada será retratada por César Aira, quien opina que en la novela cabe cualquier cosa y donde dice moverse sin planes trazados de antemano. En estas líneas hablaremos de dos de sus novelas, *Cómo me hice monja* y *Yo era una chica moderna*, que llevan al extremo la ruptura de la identidad.

*Cómo me hice monja* es una novela que lleva a la práctica la teoría queer. Un niño se siente monja. Se acabaron las normas de género y la opresión de la racionalidad. El sujeto se convierte en un metarrelato incoherente en un mundo sin sentido, pero con Aira entramos en el terreno de la patología: “Gran parte de la patología de la identidad deriva de la incongruencia entre la imagen íntima y la pública”, nos dice Castilla del Pino<sup>217</sup>. La imagen de género del niño se enfrenta con su “yo”. El niño Cesítar Aira es una monja que desde pequeña se refiera a sí mismo/misma en femenino. Hay otro que reside en nosotros, una parte incognoscible que, en este caso, sale a la luz tras vomitar un helado, tras experimentar un tormento de la carne posmoderno. El cuerpo se separa del alma, no hay unidad: cuerpo de niño, alma de monja. Es la fragmentación del

---

<sup>217</sup> Castilla del Pino, Carlos, *Teoría de los sentimientos*, pág. 46

individuo, que puede re-crearse, recurrir al travestismo o a la transexualidad. Esto se relaciona también con el deseo de ser otro. El protagonista es un ser delirante que no asume su personalidad y se encarna en otros seres, se convierte así en quien desearía ser. La identidad no es una y nos viene dada, puede ser un juego, en este caso de carácter lúdico y gratificante. El niño se convierte muchas veces en quien desearía ser, sustituye una identidad por otra y actúa según el personaje creado. Es fragmentación en estado puro, mezcla de identidades y contaminación entre las partes.

“Empecé a dar instrucciones. Instrucciones de todo, de vida. Se las daba a nadie, a seres impalpables que había dentro de mi personalidad, que ni siquiera tomaba formas imaginarias. Eran nadie y eran todos”<sup>218</sup>

“Eso era yo. La niña que no era”<sup>219</sup>

El niño visita a su padre en la cárcel, se esconde y se siente un ángel. Vive la experiencia mística de ser el ángel de la guarda de los desesperados. Los deseos absurdos del loco se imponen, las fronteras desaparecen, el discurso racional no es capaz de explicar:

“En este caso, y quizás también en todos los otros, tuve el maravilloso consuelo de saberme un ángel. Eso transformaba la situación, la volvía un sueño, pero como realidad. Los crueles delirios que había vivido durante la fiebre eran una transformación, pero de signo opuesto. El sueño real era la forma de la realidad como felicidad, como paraíso. En el mismo momento la realidad se hacía delirio o sueño, pero el sueño también se hacía sueño, y eso era el ángel, o la realidad”<sup>220</sup>

La identidad con Aira se vuelve incomprensible y caótica, como también vemos en *Yo era una chica moderna*. Existe la leyenda de que una de las protagonistas es lesbiana, pero ella ni lo corrobora, ni lo desmiente. La identidad y el deseo son un misterio para el individuo:

---

<sup>218</sup> Aira, César, *Cómo me hice monja*, pág. 75

<sup>219</sup> Ibid., pág. 58

<sup>220</sup> Ibid., pág. 62

“Me pregunté si no habría un deseo homosexual oculto en mí, desconocido para mí misma. Quizás la leyenda de la que Porfiria se había hecho eco era el eco de una realidad en la que yo participaba sin saberlo. Como si alguien estuviera escribiendo mi vida, y le ocultara algunos datos a los lectores, y yo, aun siendo la protagonista, fuera también lector”<sup>221</sup>

### 5.7. La ética ligera, la asunción de la incoherencia y la violencia

Hace tiempo que dejamos de creer en los seres admirables y en la ética como guía de nuestros actos. La mayoría de los personajes, encapsulados en sus nimias existencias, no son seres llenos de valores que busquen cambiar el destino del mundo. Son seres egocéntricos centrados en buscar su propia felicidad y que no ocultan al lector sus miserias y contradicciones. En este universo hiperindividualista los personajes se mueven buscando su interés, criticando el mundo que les rodea y haciendo gala de fuertes dosis de cinismo y desesperanza. Transmiten la idea de que el mundo es un lugar podrido que gira en torno a oscuros intereses y muestran absoluta indiferencia por lo político y social. Esta falta de moralidad de la que casi puede decirse que hacen bandera es utilizada no sólo por los personajes, sino también por los propios escritores. Veamos un ejemplo: el propio Houellebecq se define como ser despreciable, como patán, y es que esta pose es una especie de *captatio benevolentiae* posmoderna. Es precisamente esta abyección y moralidad cuestionable la que hace que tenga tantos seguidores, esa pose de escritor maldito mediático posmoderno que busca desagradar. Nadie está libre de pecado, hay desconfianza hacia el escritor humanista, entre los que él no se encuentra.

“Sería hacerme un honor excesivo encasillarme en la poco apetitosa familia de los anarquistas de derecha;”<sup>222</sup>

---

<sup>221</sup> Aira, César, *Yo era una chica moderna*, pág. 15

<sup>222</sup> Houellebecq, Michel y Lévy, Bernard-Henri, *Enemigos públicos*, pág. 7

Houellebecq, al igual que sus personajes, no cree que la felicidad pase por lo social en este mundo del desencanto y del fin de las ideologías. La ilusión social yace inerte, el mundo es permanente cambio:

“Aceptar la ideología del cambio continuo es aceptar que la vida de un hombre se reduzca estrictamente a su existencia individual, y que las generaciones pasadas y futuras ya no tengan ninguna importancia para él”<sup>223</sup>

Reconoce el daño que le provocan las críticas vertidas sobre él. No es inmune. Es un ser deseoso de reconocimiento, como todos, aunque dice que no se siente dentro de lo social, solo un *usuario* del sistema, sin compromiso más allá de lo que le afecte a él y a sus seres próximos:

“(…) a convertirme en alguien que no se considera lo más mínimo un ciudadano. No exagero, por desgracia: me he acostumbrado poco a poco a ver el espacio público como un territorio hostil, marcado por prohibiciones absurdas y humillantes, que atravieso lo más rápido posible para desplazarme de un domicilio privado a otro también privado; un territorio, de todos modos, donde no soy bien recibido, donde no tengo cabida, donde no puede ocurrirme nada interesante ni agradable”<sup>224</sup>

Los personajes de Houellebecq, al igual que la mayoría del resto de autores, no poseen apenas vínculos sociales y desprecian el universo político. Su vida consiste en el desarrollo de su subjetividad, en el encarcelamiento en su individualidad. Las obras nos hablan de lo privado, de los intereses particulares, no de la colectividad.

Houellebecq presume de no entender el concepto de dignidad humana, no entiende que el ser humano es valioso por sí mismo y que merece ser respetado, tenido en consideración por el mero hecho de serlo y no sólo por sus actos realizados. Asume la degradación, al igual que sus personajes. Se considera “uno de los tipos a los que dejaría indiferentes la democracia, la Francia libre, Chechenia o el País Vasco; de los que ceden (De Gaulle estaba muy en lo cierto) al hipnotismo del “espantoso vacío de la renuncia”. Yo soy uno de esos. De esos

---

<sup>223</sup> Houellebecq, Michel, *Las partículas elementales*, pág. 169

<sup>224</sup> Houellebecq, Michel y Lévy, Bernard-Henri, *Enemigos públicos*, pág. 85

a los que no les mueve realmente ninguna causa general y universal (ni particular ni local). Esta vasta tropa que sufre la historia y en el fondo sólo se interesa por lo que le afecta directamente, a ella y a sus seres próximos”<sup>225</sup>

Las novelas muestran lo político como territorio en vías de extinción, y es que el mundo posmoderno ha subordinado lo político al mercado:

“Pronto los países serán sustituidos por empresas. Ya no seremos ciudadanos de una nación sino que viviremos en marcas: viviremos en Microsoftia o en MacDonalldlandia; seremos Calvin Kleinianos o Pradianos”<sup>226</sup>

Los personajes describen la realidad de forma amarga, pero han dejado de creer en las mejoras sociales, en los cambios con mayúsculas beneficiosos, como podemos ver en el marido proletario de Lorena, un hombre que trata de agarrarse a la política – las verdades peronistas- en un mundo que ya no cree en las grandes transformaciones:

“(…) la amargura de estos tiempos en que todo, como el mate, se va lavando, se va enfriando, se va amargando como los actos políticos, como las movilizaciones: ya no llenamos la plaza, ya no vivimos al General, en esta Unidad Básica ya no se afilia nadie, convocados los pocos que quedamos para sostener candidatos menores, punteros impresentables, actos políticos a los que le falta corazón, por más que resuenen los bombos, por más que nuestro recuerdo guarde el eco de aquellas movilizaciones populares”<sup>227</sup>

Las novelas muestran el universo político como un espacio deshonesto hacia el que sólo sienten indiferencia o desencanto. *Socorro, perdón* describe el Moscú de los oligarcas y mafiosos, de la tortura y de la corrupción. Una ciudad en la que las estatuas de Marx se cubren con toldos de Rolex. El mundo se convierte en un solo país y los individuos en habitantes de una aldea global que luchan por imponer sus deseos individuales a golpe de tarjeta:

---

<sup>225</sup> Ibid., pág. 89

<sup>226</sup> Beigbeder, F., *13,99 euros*, pág. 252

<sup>227</sup> Paszkowski, Diego, *Alrededor de Lorena*, pág. 214

“Para describir lo que domina ya el planeta, la palabra no debería ser ya “capitalismo”, sino “plutocracia deseísta”. Siglos de humanismo europeo han sido pulverizados por una utopía colectivista seguida de una utopía comercial”<sup>228</sup>

En un mundo descreído como el nuestro florecen las espiritualidades a medida. En *Las partículas elementales* Houellebecq nos habla del *New Age*, que no fue para él más que un intento fallido de búsqueda de espiritualidad y valores en un mundo descarriado en el que la moralidad y la ética son respuestas individuales elegidas a la carta. Habla de moralidad neutra, que me parece una gran definición para la de nuestra época y él, al igual que sus personajes, muestran mucha indiferencia hacia lo social, síntoma de que se consideran aislados. El centro *New Age* que aparece en su novela es dirigido por un gurú sin escrúpulos y satanista, Di Meola, conocido de Castaneda y Huxley:

“Las enseñanzas de Di Meola se basaban en la tradición brahmánica pero, según ella, sin fanatismos ni exclusiones. También tenían en cuenta los avances de la cibernética, de la psicolingüística y de las técnicas de desprogramación concebidas en Esalem”<sup>229</sup>

El *New Age* aparece como “una ideología bastarda y confusa”, “una mezcla repugnante”, pero que “respondía a un sufrimiento real provocado por una dislocación psicológica, ontológica y social”, “manifestaba una voluntad real de ruptura con el siglo XX, con su inmoralidad, su individualismo, sus aspectos libertarios y antisociales”<sup>230</sup>.

El *New Age* es el camino a través del cual busca la felicidad la madre de Bruno, pero a su hijo no le sirve. Los intentos de montar sociedades utópicas aparecen representados como una estafa. El espacio de lo posible, uno de estos lugares, acabará dando cursillos a empresas. Se acabaron la autogestión y los sueños: el desarrollo personal cuesta cinco mil francos. Los centros *New Age* dedicados al tantra, la vibración de cristales, los chakras, los masajes sensitivos, la madre

---

<sup>228</sup> Beigbeder, F., *Socorro, perdón*, pág. 68

<sup>229</sup> Houellebecq, Michel, *Las partículas elementales*, pág. 73

<sup>230</sup> Todas las citas del párrafo pertenecen a la página 315 de la obra citada anteriormente.

Tierra y el padre Sol son pura tontería para Bruno, que se convertirá en un frustrado profesor de letras, gran lector de Kafka.

En nuestro mundo lo político y lo espiritual se han subordinado a lo económico, el dinero se impone en todos los terrenos. El consumo llega con sus garras a todas las parcelas, se mercantiliza lo íntimo, e incluso el amor. En *Yo era una chica moderna* vemos cómo Lila, que planea casarse con su novio Roberto, no para de comprar objetos, y es que más que ciudadanos somos consumidores.

“Por distintos que sean los intereses que mueven a la gente, el dinero es el elemento que los unifica a todos. Todas las tramas que se entrelazan formando nudos de telaraña (en cada uno de sus “aspectos” o “niveles”) se explican a través del dinero. Ricos y pobres se mueven con la misma lógica”<sup>231</sup>

Prácticamente todos los personajes de las novelas asumen sin demasiados problemas el egoísmo y la falta de ética, y no son pocos los que entran en la falta de valores extrema. Así, por ejemplo, el sexo en el Tercer Mundo es la solución que encuentra el amoral protagonista de *Plataforma* para vender vacaciones:

“Como europeo acomodado, yo podía adquirir a un precio menor, en otros países, alimentos, servicios y mujeres; como europeo decadente, consciente de la cercanía de la muerte y en plena posesión de mi egoísmo, no veía el más mínimo motivo para privarme de todo eso. Sin embargo, era consciente de que una situación semejante era apenas sostenible, que la gente como yo era incapaz de garantizar la supervivencia de una sociedad, que era incluso, puro y simplemente, indigna de vivir”<sup>232</sup>

Los protagonistas no son ya los héroes inconformistas rebeldes, son personas contradictorias que viven en un mundo consumista del que disfrutan y al que desprecian. No tratan de liberarse de la sociedad de masas, han dejado de creer en lo político. Solo creen en llevarse unos buenos ratos, en el hoy. Viven en un universo en el que la conciencia política ha sido amputada, un mundo que solo les exige entregarse a su vida privada y a ser felices, a desear y desear hasta el infinito. El problema es que la sociedad que demanda la plenitud es la misma que

---

<sup>231</sup> Aira, César, *Yo era una chica moderna*, pág. 38

<sup>232</sup> Houellebecq, Michel, *Plataforma*, pág. 261

la imposibilita. Los personajes de Beigbender viven en una búsqueda frenética y condenada de antemano por el autor, que piensa que tratar de ser feliz es el método más seguro de autodestrucción.

Sus personajes son supuestos triunfadores en lo laboral, pero son muy críticos con el sistema del que forman parte y del que se benefician. Se rodean de la basura material que dicen despreciar, son *BoBos* que juegan a revolucionarios y que a ratos se sienten culpables de formar parte del sistema que les asquea y atrae a partes iguales. Sus novelas están habitadas por gente perdida que se cansa de todo demasiado rápido. Personajes que están muy desorientados, rozando la esquizofrenia posmoderna existencial. No tienen relatos morales a los que agarrarse más allá de los proporcionados por los medios de comunicación y han dejado atrás la ética, aunque les quedan restos de culpa. Sus existencias son agitadas carreras a ninguna parte, vidas sin proyecciones a largo plazo que se inscriben en la inmediatez y en lo insaciable. Beigbender nos muestra el desastre y el dolor que hay tras las sonrisas y la opulencia. Nos habla de existencias libres y vacías, de depresión y angustia en bares de diseño. Hemos perdido la capacidad de construir una vida con sentido y nos asaltan las dudas existenciales. Sus obras son un análisis magnífico del sentir posmoderno, del fin de la utopía capitalista, del asco y la necesidad que produce el dinero. Nos muestra incómodas verdades y paradojas posmodernas sin anestesia. Nos habla de seres aislados, desprotegidos y sin amarre, de vidas a la deriva. Son seres endebles e inseguros, con vínculos frágiles y escasos que se rompen en un abrir y cerrar de ojos. Son seres fragmentados y múltiples, carentes de un único relato coherente que cambian de piel, de valores, de paisaje humano y geográfico.

Destaca la presencia de rasgos inmaduros e infantiloides en muchísimos personajes, propia por otro lado de las habituales identidades posmodernas desestabilizadas. Esta inmadurez se mueve cómodamente y sin cortapisas entre el egoísmo y la incoherencia. Lo que no deja de sorprender es que transmitan la sensación de disfrutar exponiendo sus miserias y contradicciones.

Beigbeder dice saberse seguidor de los mandatos del capitalismo e incapaz de madurar. Se describe como un individualista amnésico infantiloides, yo creo que es un buen representante del hombre de hoy. Es un gran analista de las infelicidades y contradicciones posmodernas que nos habla de lo complicado que es asumir la libertad. La mayoría de sus personajes son seres mundanos, egoístas, sarcásticos, con muchas relaciones superficiales y apariencia rebelde. Usan la pose del degenerado, del hombre sin principios, del narcisista, del cobarde, del quejica, del hombre contradictorio que se deja engatusar por lo que dice despreciar. Viven en la queja perpetua, pero sienten que no tienen derecho a quejarse: supuestamente no les falta nada. Exigen, pero ellos no dan, son seres confundidos, faltos de claridad, con incongruencias constantes. Los personajes de Beigbeder, y muchos otros, no saben qué quieren en la vida, están realmente desorientados:

“Nuestra sociedad cree que puede prescindir de voluntad pero, bien mirado, es un problema bastante grave no saber lo que uno quiere. Todo el mundo necesita un objetivo preciso; ahora bien, el nuestro es cada vez más borroso. Sin sueños te transformas en un animal anodino, un paseante extraviado. Estás vacío o perdido”<sup>233</sup>

Las novelas presentan nuestro mundo como un lugar sin ideales y absolutamente imposibilitado para la utopía, un lugar en el que los sueños sólo pueden ser individuales. Las novelas nos hablan constantemente del hedonismo y de su inevitable frustración. De la lucha individual por momentos en los que se cristalice la felicidad que viene a través del espejismo del amor y del sexo. El único alivio al dolor está en el placer, en la novedad de los encuentros, en los ansiolíticos y en las prácticas espirituales, que cada cual elija. Bruno, por ejemplo, escoge el sexo y el psiquiatra, pero no es el único que sufre estos males:

“Por otra parte, su visión hedonista de la vida, los campos de fuerzas que estructuraban su conciencia y sus deseos pertenecían al conjunto de su generación”<sup>234</sup>

---

<sup>233</sup> Beigbeder, F., *Socorro, perdón*, pág. 29

<sup>234</sup> Houellebecq, Michel, *Las partículas elementales*, pág. 178

Bruno se convierte así en una especie de ejemplo histórico posmoderno, un animal frustrado al que se le impide alcanzar su objeto de deseo. Todos proclaman la sacralización del individuo por encima de lo social y de su moral hipócrita. Sólo importa el gozo del individuo.

Ya hemos comentado que la mayoría de los personajes poseen muchos rasgos de inmadurez y están faltos de responsabilidad. Son muy críticos con el sistema, pero no dedican su fuerza a intentar mejorarlo, despotrican contra él y tratan de ser felices, de sacarle todo el partido individual que puedan. La mayor parte detesta sus ocupaciones y son conscientes de su egoísmo. Piensan que no aportan nada positivo a lo social y que sus trabajos no hacen más que contribuir a aumentar la basura de mundo. Muchos de ellos consideran que, a escala microscópica, todos estamos involucrados en los horrores de nuestro tiempo, en los absurdos de una historia que gira por la rueda del vacío y de los intereses podridos. Es entonces cuando vemos algunos atisbos de culpa, pero es algo momentáneo y que no lleva a tomar ninguna decisión, pues sienten que los problemas les sobredimensionan, que hay poco que uno pueda hacer:

“¿Qué podía hacer yo si los niños guatemaltecos curran quince horas al día por una miseria y hacen el trabajo por mí?”<sup>235</sup>

“Los datos fundamentales de mi vida son éstos: soy vegetariano, no tengo hijos, no tengo coche, intento no tomar aviones, sólo compro lo que necesito y reciclo el vidrio y el papel que consumo. Ciertamente, no voy liberando animales de los laboratorios de investigación ni me encaramo a árboles para desafiar a empresas madereras, ni tampoco presiono a los gobiernos en lo relativo a la deuda de África. Pero si la comparamos con el ínfimo nivel moral de la sociedad en que nací, yo llevo una vida ética. Al menos, todo lo éticamente posible teniendo en cuenta las redes de explotación a partir de las que se configuran los estilos de vida occidentales. Quizá no tenga las manos limpias, pero sí más limpias que la mayoría”<sup>236</sup>

---

<sup>235</sup> Beigbeder, F., *Windows on the World*, pág. 295

<sup>236</sup> Davies, Daniel, *La isla de los perros*, pág. 229

La culpa y la responsabilidad olvidan lo social y se encierran en lo privado, especialmente en el universo familiar. Esto es lo que vemos en *Objetos perdidos* y en *El amor dura tres años*, obra que comienza con la celebración de un divorcio que en ciertos momentos hace sentir culpable al protagonista. A veces piensa que es un estafador porque le prometió amor eterno y sólo la amó tres años. Esto le provoca malestar, pero ya no hay posibilidad de un auténtico drama. Las miserias posmodernas son propias de niños mimados, han perdido el componente trágico, el mismo protagonista dice que lo más doloroso que le ha ocurrido en los últimos tiempos fue no ser invitado al desfile de John Galiano. La comodidad en la que hemos sido educados no nos prepara para el dolor. El mundo occidental vive sin guerras y sin desastres en mayúsculas, los accidentes de tráfico, los despidos y los divorcios son los que nos ayudan a convertirnos en hombres, dice el protagonista. El sufrimiento *light* del protagonista transcurre en lugares alegres, en el mundo de la abundancia. Sus problemas, típicos del hombre de hoy, son rabietas en medio de la opulencia, nada auténticamente grave.

La culpa, en general, se convierte en una especie de vocecilla que incordia a los personajes a ratos, pero que al no ser acompañada de una ética sólida, no les guía o ilumina. Los valores son ecos lejanos que en ocasiones provocan malestar, nada más. A veces ni siquiera eso, y presumen, como Daniel 1, de su abyección, quien ni siquiera muestra un gran dolor por el suicidio de su hijo.

Mención aparte merece el tratamiento de la culpa en *Némesis* de Philip Roth, novela protagonizada por el judío Bucky Cantor, joven que se siente frustrado por no haber podido ir a la guerra a causa de su deficiente visión. Es monitor de una escuela de verano cuando comienza una epidemia de polio. La aprensión y el miedo recorren la ciudad, a la vez que se buscan culpables entre los más débiles-deficientes, inmigrantes humildes-. La realidad es que no se sabe por qué se enferma y el pánico se va apoderando de todos. La novia de Bucky, asustada, le ofrece un trabajo fuera de la ciudad, en un territorio aparentemente a salvo de la enfermedad. Él siente que es necesario en su trabajo, que su deber es quedarse, que sus amigos luchan contra los nazis y él debe proteger a los niños. Sin

embargo, acaba apostando por la cobardía, por huir, por su felicidad individual y abandona su puesto de trabajo. Él, debido a la educación que recibió de sus abuelos, considera que es execrable rehuir sus responsabilidades, esfumarse hacia un territorio seguro, dejar a sus chavales. Es un buen chico, pero le falta la fortaleza y el valor necesarios para entablar una lucha tan atroz. El deber y los valores de valor y sacrificio se oponen a su deseo de huir, a sus ganas de ponerse a salvo, pero finalmente escapa, corre en pos de su seguridad y siente que ha traicionado a sus alumnos. Bucky se atormenta porque ha elegido la salvación individual y ha dejado de lado el deber, se siente feliz por estar a salvo, y un auténtico cobarde.

“Pero sí que había tenido una guerra en la que luchar, la guerra que se libraba en el campo de batalla del centro, la guerra a cuyas tropas él había abandonado para ir en busca de Marcia y la seguridad de Indian Hill”<sup>237</sup>

Se debate entre sentir que ha cometido un error, que se ha dejado vencer por el temor, que se ha traicionado a sí mismo, y la felicidad individual. El problema es que la polio llega al campamento, y Bucky descubre que él es el origen del brote de polio que se extiende, que es un portador infectado sano. Posteriormente sufrirá los estragos de la enfermedad y, aunque sobrevive, queda desfigurado y mutilado. La vergüenza se apodera de él, deja la enseñanza, pierde la seguridad y la virilidad. Su vida se convierte en castigo y desprecio hacia sí mismo. Siente que debe devolver la libertad a su prometida, que él es una carga, una pesada atadura, aunque ella quiere seguir adelante con el matrimonio.

“Pero la oposición de Bucky era invencible, porque su última oportunidad de ser un hombre íntegro consistía en evitar que la joven virtuosa a la que tanto amaba cometiera el irreflexivo acto de unir su vida a la de un paralítico. La única manera de salvar un resto de su honor era negarse a sí mismo todo lo que siempre había deseado y, si era lo bastante débil para actuar de otro modo, sufriría su derrota final”<sup>238</sup>

---

<sup>237</sup> Roth, Philip, *Némesis*, pág. 129

<sup>238</sup> *Ibid.*, págs. 193-194

Bucky no acepta que todo lo ocurrido es una tragedia inexplicable, y se rebela contra Dios. Se siente el culpable de los crímenes de la polio. Su vida se vuelve triste, solitaria y desoladora, se convierte en una especie de chivo expiatorio. Siente que actuó mal y que debe pagar sus equivocaciones, que los valores están por encima de lo individual.

“El sentimiento de culpa de un hombre como Bucky puede parecer absurdo, pero de hecho es inevitable. Una persona así está condenada. Nada de lo que haga estará a la altura de su ideal. Su responsabilidad no conoce límites. De hecho no confía en sus límites porque, cargado con una severa bondad natural que no le permite resignarse al sufrimiento del prójimo, nunca reconocerá que tiene límites sin sentirse culpable. El triunfo de semejante persona es librar a su amada de tener un marido inválido, y su heroísmo consiste en rechazar su deseo más profundo al renunciar a ella”<sup>239</sup>

La violencia es también una presencia habitual en las novelas. El mundo es presentado como un territorio hostil en el que la mayoría de las confortables burbujas en las que viven los personajes se ven amenazadas con facilidad. Houellebecq piensa que estamos más cerca de lo que pensamos del salvajismo original, que la civilización es sólo un barniz, que hay que desconfiar de las bondades del ser humano. Estas afirmaciones parecen verse reflejada en sus novelas y en las de otros escritores, que describen los peligros que acechan y condicionan las tranquilas existencias de los acomodados personajes.

Las novelas no se zambullen en la marginalidad, pero sí dejan sentir su presencia. Así, queda patente la dureza y la tensión que se respira en ciertos barrios franceses, la inseguridad ciudadana, el terrorismo, los grupos de extrema derecha, los mafiosos... Esto provoca miedo e inseguridad en los personajes:

“Y el miedo perpetuo es una emoción agotadora: ¿cuántas veces puedes estar sentado en el metro cagado de miedo fijándote en las mochilas ajenas?”<sup>240</sup>

El terrorismo sí se materializa en *Plataforma*. Cuando los hoteles están en funcionamiento, una pareja es secuestrada y brutalmente asesinada a manos de

---

<sup>239</sup> Ibid., pág. 201

<sup>240</sup> Davies, Daniel, *La isla de los perros*, pág. 21

unos terroristas islámicos. Posteriormente, estando ellos en uno de los hoteles tres hombres con turbante provocan una masacre, una bomba estalla y Valérie muere tiroteada. Es entonces cuando estalla la noticia en Francia del escándalo sexual: “Víctimas ambiguas” será uno de los titulares, “El retorno de la esclavitud” otro. Los islamistas en *Plataforma* y los grupos neonazis usan la violencia para acabar con las prácticas sexuales de ambas novelas.

En *La isla de los perros* aparecen los barrios bajos ingleses al estilo de las películas de Ken Loach, donde viven los inmigrantes y los desfavorecidos, y la violencia es un hecho que incluso golpea al protagonista. También aparecen grupos neonazis e islamófobos, jóvenes sin futuro y sin discurso que hacen de la violencia su forma de vida.

“Muchos de estos adolescentes pronto tendrán hijos propios (a raíz de encuentros sexuales en estado de embriaguez), y así se gestará la siguiente generación ( de adolescentes consumidores de grandes cantidades de alcohol). No tiene nada de sorprendente: hay muy pocas otras cosas que hacer en mi ciudad aparte de tener niños. Y comprar. Y pegarse. Y follar”<sup>241</sup>

La violencia juvenil aparece en *Las partículas elementales*. Los compañeros de Bruno abusan de él en su infancia, le someten a espantosas vejaciones en el internado al que acude tras el fallecimiento de su abuela. La descripción de estas escenas es absolutamente atroz. Al igual que la descripción de las barbaridades que lleva a cabo la secta en la que está integrado el hijo del gurú Di Meola, David. Este sueña con parecerse a Mick Jagger, pero no triunfa en la música y entra a formar parte de una secta satánica que realiza *snuff movies*. Las escenas que narra son extremas:

“Mientras él castraba al niño con un cuchillo de sierra, John di Giorno le arrancó los globos oculares y se los comió”<sup>242</sup>

---

<sup>241</sup> Ibid., pág. 162.

<sup>242</sup> Houellebecq, Michel, *Las partículas elementales*, pág. 210

Lo que nos interesa resaltar es que los integrantes de esta secta realmente no creen ni en Satán, ni en Dios. El descreimiento es generalizado, el placer entronizado y la violencia el futuro que asoma en el horizonte:

“De hecho, como su maestro el Marqués de Sade, todos eran materialistas absolutos, enamorados del placer en pos de sensaciones nerviosas cada vez más violentas. Según Daniel Macmillan, la progresiva destrucción de los valores morales en los años sesenta, setenta, ochenta y noventa era un proceso lógico e inexorable. Después de agotar los placeres sexuales, era normal que los individuos liberados de las obligaciones morales ordinarias se entregasen a los placeres, más intensos, de la crueldad; Sade había seguido una trayectoria análoga dos siglos antes. En este sentido, los *serial killers* de los años noventa eran los hijos bastardos de los hippies de los años sesenta; y sus antepasados comunes eran ciertos artistas vieneses de los años cincuenta”<sup>243</sup>

El asesinato también está presente en *13,99 euros*. El trastornado protagonista que se dedica a vender emociones ha convertido su vida en una espiral de drogas e insatisfacción, frustrado contra un sistema contra el que no sabe luchar, busca, en su locura, un chivo expiatorio. Ya sabemos que el mal en la posmodernidad pierde la cabeza visible, que se diluye. Como está en todas partes, todos somos culpables. El mal para el perturbado Octave toma la forma de una pensionista de Miami que deja sus ahorros a grupos financieros sin escrúpulos. La pobre señora es asesinada junto a su tapicería Versace. Mientras su cuerpo va enfriándose, Octave se divierte en el club Madonna. Ha perdido la cordura y matar significa poco para él, que ya no tiene rastros morales y que acabará aceptando un ascenso en la empresa en la que trabaja y a la que odia, de forma que el absurdo y la mentira continúan, y su insatisfacción también.

En *Socorro, perdón* Octave utiliza a chicas que viven en la pobreza y sueñan con salir de ella. Las humilla, las somete a sesiones pornográficas de fotos y les vende falsos sueños de triunfo. Las viola y se ríe de ellas escudándose en las tendencias sexuales artísticas de vanguardia. Usa a las chicas como mercancías para enviar a las fiestas que organizan los oligarcas, quienes cuentan con la

---

<sup>243</sup> Ibid., pág. 211

complicidad de la policía corrupta de Moscú, ciudad sin ley donde todo el mundo busca la salvación individual. Al final de la obra, harto del mundo y de sí mismo, se envuelve el abdomen con explosivos y vuela la catedral de Cristo Salvador en la que se confiesa. Antes de que estalle todo por los aires, se entera de que Lena es su hija, fruto de una de las muchas relaciones que tuvo Octave en su juventud. El resultado es una tragedia de quinientos veintiséis muertos.

### **5.8. La imposibilidad de la utopía y las perspectivas poco halagüeñas para el futuro**

*Plataforma*, *La isla de los perros* y *13,99 euros* nos hablan de paraísos posmodernos simulados y fingidos, edenes artificiales donde el sexo corre a raudales y el deseo circula libremente. Lo interesante es que los tres espacios idílicos que recrean las novelas acaban destrozados. El paraíso de Jeremy en el circuito sexual acaba con violencia –recibe una espantosa paliza- y los hoteles libidinosos de *Plataforma* acabarán estallando por los aires a manos de terroristas islámicos. *Plataforma* supone la creación de una jauja fraudulenta, degradada y posmoderna. Hasta el nombre remite a lo artificial. El paraíso divino es sustituido por un resort con acceso a las prostitutas y prostitutos locales, la tierra prometida de los hombres laicos, el único edén posible cuando todos los paraísos anteriormente soñados han sido derrotados. Para el protagonista de la obra solo el sexo y el amor valen la pena, no hay más. Y es que Houellebecq comprende como nadie los problemas de hoy, por eso tienen menos esperanzas y al final de la obra el paraíso decadente acaba estallando por los aires en medio del sarcasmo y la desesperanza. Los sueños libidinosos y afectivos en la posmodernidad acaban en desastre porque nuestra época se opone al amor y ni siquiera se permite este atisbo de paraíso de plástico y sumisión.

*13,99 euros* también trata sobre de la imposibilidad de la utopía. Sophie, la ex –mujer de Octave, hace creer a este que se ha suicidado, pero en realidad se ha

escapado con su nueva pareja, Marc, a las islas Caimán. Los dos intentan escapar de sus vidas y poder empezar de nuevo, para intentar convertir su vida en uno de los anuncios que fabrican:

“Han elegido terminar su vida en una de sus creaciones, parecerse a un estereotipo bronceado, a una portada de la revista Voici, a una campaña Delgadín, con la verenda de teca sobre fondo exótico, un anuncio del Club Med con su hermosa tipografía y un ribete blanco alrededor”<sup>244</sup>

Los dos, junto al hijo de Octave, se han ido a vivir- o tal vez no, tal vez sea otra ensoñación más de Octave- a Ghost Island, un paraíso en el que se ocultan otros falsos muertos como Elvis o Marilyn. El edén que presenta es una playa tropical en la que circulan libremente los estupefacientes y hay barra libre de cirugía estética. También abundan los esclavos sexuales y están presentes los libros y las películas. En cambio, la televisión, los teléfonos e internet están prohibidos. El problema del paraíso es que también cansa con sus sobredosis de cielo azul y de sexo. El hastío vuelve a llegar, les apetece leer periódicos, contaminarse:

“Todas esas calas cristalinas, esas lagunas rodeadas por una barrera de coral, sólo sirven para encerrarlos en un decorado azul”<sup>245</sup>

La conclusión parece clara: no hay paraíso para nosotros. El hombre posmoderno de todo se cansa, del éxtasis pasamos al fastidio, del gozo al aburrimiento, nunca estamos satisfechos.

En *La posibilidad de una isla* y en *Las partículas elementales* Houellebecq nos muestra el cumplimiento de las perspectivas de futuro menos halagüeñas. El autor imagina el futuro del mundo y realiza una descripción no exenta de cinismo, negatividad y nihilismo. De hecho, cuando le preguntan que cuál sería la unidad de su obra contesta:

---

<sup>244</sup> Beigbeder, F., *13,99 euros*, pág. 245

<sup>245</sup> *Ibid.*, pág. 263

“Ante todo, según creo, la intuición de que el universo se basa en la separación, el sufrimiento, el mal; la decisión de describir este estado de cosas y, quizás, de superarlo”<sup>246</sup>

Se le considera autor del “depressionismo”. Cree que la depresión es el estado de nuestras sociedades, aunque estas, a veces, no quieran reconocerlo.

“Cuando un país es fuerte y está seguro de sí mismo, acepta sin rechistar cualquier dosis de pesimismo administrado por sus escritores. La Francia de los años 50 soportaba sin rechistar a autores como Camus, Sartre, Ionesco o Beckett. A la Francia de la década de 2000 le cuesta ya tolerar a personas como yo”<sup>247</sup>

En las partículas elementales Michel, el gran científico, hará grandes aportaciones que cambiarán de forma decisiva el mundo tal y como lo conocemos:

“Cualquier especie animal, por evolucionada que estuviese, podía transformarse en una especie emparentada, reproducible mediante clonación, e inmortal”<sup>248</sup>

Sus teorías darán lugar al nacimiento de una nueva especie “asexuada e inmortal, que habría superado la individualidad, la separación y el devenir”<sup>249</sup>

Tras las hostilidades que provocan sus teorías en las religiones, a excepción del Budismo, el proyecto será financiado en el 2021 por la Unesco. Gracias a sus aportaciones se crearán seres nuevos, sin diferencias sexuales, que podrán gozar. Se acabará también con la individualidad humana, habrá identidad genética. De esta forma se restaura la colectividad, mientras se asiste a la muerte de las humanidades y al triunfo de la ciencia. En el 2029 nace el primer hombre nuevo. Los humanos, como nosotros, irán extinguiéndose.

Cree que el mundo cada vez se parece más al que imaginó Huxley en el 32:

---

<sup>246</sup> Houellebecq, Michel, *El mundo como supermercado*, pág. 35

<sup>247</sup> Houellebecq, Michel y Lévy, Bernard-Henri, *Enemigo públicos*, pág. 68

<sup>248</sup> Houellebecq, Michel, *Las partículas elementales*, pág. 312

<sup>249</sup> *Ibid.*, pág. 312

“Sé muy bien –continuó Bruno haciendo un gesto con la mano como para barrer una objeción que Michel no había hecho- que el universo de Huxley se suele describir como una pesadilla totalitaria, que se intenta hacer pasar ese libro por una denuncia virulenta; pura y simple hipocresía. En todos los aspectos, control genético, libertad sexual, lucha contra el envejecimiento, cultura del ocio, Brave New World es para nosotros un paraíso, es exactamente el mundo que estamos intentando alcanzar, hasta ahora sin éxito”<sup>250</sup>

En *La posibilidad de una isla* el francés seguirá elucubrando sobre nuestro devenir, de hecho puede considerarse una obra de ciencia ficción en la que imagina entornos poshumanos y vidas virtuales, proyecciones y auspicios de nuestra sociedad del espectáculo. Nos muestra el mundo tras el desastre ecológico y nuclear, escenifica el apocalipsis posmoderno. Parece una anticipación de la catástrofe a la que dice el autor que plácidamente nos dirigimos, casi con entusiasmo.

El avance de la ciencia nos sitúa en esta novela en la época de los nuevos humanos, en un futuro en el que Huxley y Orwell se han materializado. Nos muestra un mundo infeliz, el fracaso de otra nueva tentativa de vida plena, la distopía gélida hacia la que caminamos. Nos muestra el peor de los mundos que podemos alcanzar: un mundo de cubículos, con seres que ya no saben relacionarse más allá de lanzar mensajes en la red. Imagina el lugar al que nos dirige la sociedad postindustrial, un espacio en el que el individuo se ha convertido en una cápsula con la pantalla como única forma de acceder al mundo. Nos habla del desasosiego de la pérdida de identidad en la realidad virtual y de una sociedad deshumanizada regida por la tecnología. Lo real se convierte aún más en simulacro y el tiempo estalla. ¿Paranoia de alta tecnología o posibilidad futura?, ¿realismo futuro o visión apocalíptica?

Esta obra muestra la muerte de lo social que predijo Baudrillard, es la diseminación total, los individuos se convierten en terminales a los que llega información, y se mueven en el espacio de la simulación. Es la abolición de lo

---

<sup>250</sup> Ibid., pág. 158

real a través de lo hiperreal, la idea del vacío y del extravío digital, el estallar de lo social.

La naturaleza ya no sobrepasa nuestro espíritu, pero la tecnología sí. Internet, cuya gigantesca e invisible red podría ser el emblema de los tiempos que corren, hasta hace muy poco tiempo era de ciencia ficción. La tecnología ha superado la dimensión humana y nos abruma. Los cuentos de Borges se han hecho máquina, y no es exageración. Esta novela nos da una sensación cercana al espanto porque nos habla de la deshumanización extrema a la que podríamos dirigirnos. El mundo futuro que describe aún no existe, pero podría existir. El futuro que imagina Houellebecq es pesimista, sin duda, pero resulta muy creíble. Lleva nuestros problemas al extremo, es decir, no inventa de la nada. El polo se derrite, la temperatura de la tierra aumenta, las armas de destrucción son sofisticadas y las guerras continúan. El desastre ecológico o nuclear es una preocupación que casi convive con nosotros. Si ningún héroe americano viene a salvar el mundo y el capitalismo y la falta de ética siguen su ritmo salvaje, es probable que estos fantasmas que planean sobre nosotros se materialicen.

La novela plantea que el futuro del mundo llegará a través del triunfo de una secta: la secta elohimita. Este grupo cree que son los extraterrestres -seres materiales más avanzados- los creadores de la humanidad y esperan su regreso. Estos seres extraterrestres habrían vencido al envejecimiento y a la muerte. La secta acaba de comenzar el proyecto de realizar a los Elohim-estos seres- una embajada en Lanzarote. Los elohimitas no fuman, toman antirradicales libres y alientan la libertad y el sexo:

“El amor que enseñaba el profeta, y que recomendaba practicar, era el amor verdadero, el amor no posesivo: si uno amaba de verdad a una mujer, ¿no debía alegrarse de verla gozar con otros hombres? ¿Y no se alegraría ella también, sin reservas mentales, de ver al hombre que amaba gozar con otras mujeres?”<sup>251</sup>

---

<sup>251</sup> Houellebecq, Michel, *La posibilidad de una isla*, pág. 178

Es una secta muy *kitsch*, con túnicas blancas, ánforas griegas, profeta con Ferrari y demás parafernalia: “*una tribu india high-tech*”. El líder tiene diez novias, una de cada raza, y ama libremente, como los Elohim. Desaconseja reproducirse y fomenta las relaciones sociales a través de internet. El protagonista de la novela, Daniel, ateo convencido, siente curiosidad por la secta. La ve como un mero entretenimiento y participa en varias de sus reuniones. La secta promete la vida eterna. Daniel, absolutamente escéptico, deja que tomen una muestra de su ADN, el material necesario para poder otorgarle la inmortalidad en un futuro. La secta toma una muestra de piel de cada adepto para así poder volver a crearlos. La inmortalidad que propone la secta no parece ninguna locura, mucha gente pensará que sólo es cuestión de tiempo que la clonación llegue a los humanos, si es que no se ha experimentado ya. De todas formas, la clonación no es la inmortalidad perfecta. Supone la muerte de un clon y sus sustitución por otro:

“¿Cómo podía el clon heredar el recuerdo, por vago que fuera, del pasado de su antecesor? Y si la memoria no se conservaba, ¿cómo podía tener la sensación de ser la misma persona, reencarnada?”<sup>252</sup>

Daniel, desolado tras su ruptura sentimental, decide asistir a un curso a Lanzarote. Le parece que se puede entretener, que la secta es un espectáculo divertido y pintoresco. Cuando llega, los miembros de la secta están organizando conferencias y discutiendo sobre cómo mejorar las críticas pésimas que los medios de comunicación vierten sobre ella. Piensan en presentarse a los medios de forma menos racional. Deben buscar adeptos y despertar fascinación:

“Hay toda una corriente *new age*, ecologista, que tiene miedo de las tecnologías intrusivas porque ve con malos ojos el dominio del hombre sobre la naturaleza. Es gente que rechaza con fuerza la tradición cristiana, que suele estar cerca del paganismo o del budismo; ahí podríamos tener simpatizantes potenciales”<sup>253</sup>

Poco a poco consiguen más adeptos y se van extendiendo por el planeta. La conservación eterna de la juventud no es mal gancho publicitario: es el deseo de

---

<sup>252</sup> Ibid., pág. 120

<sup>253</sup> Ibid., págs. 243-244

la mayor parte de la población mundial. Cada vez más gente va entregando su ADN y su herencia, ni siquiera Bill Gates y Steve Jobs se resisten. Los elohimitas se convierten en la religión europea con más fieles. Compran muchas iglesias, a las que ya nadie acude, mientras que cada vez más gente se suicida con fe en su próxima reencarnación. La inmortalidad parece otra vez posible para el hombre, aunque esta vez la ofrezca la ciencia, y no Dios.

Tres siglos después, las investigaciones científicas avanzadas de la secta se plasman en la realidad. La información personal del ADN viaja a través de los siglos, la tecnología genética se impone y la clonación humana se vuelve habitual. El mundo es devastado y los elohimitas controlan lo que queda de la tierra.

*La posibilidad de una isla* es una historia polifónica y fragmentada en la que escuchamos las voces de los distintos clones de Daniel. Son fragmentos de un mismo ser separados por el tiempo. La obra mezcla así el futuro con el presente. El sujeto se ha desdoblado en diferentes voces, en versiones clonadas. Se ha dividido en muchas partes y ha entrado en lo virtual. El ser humano es convertido en un cyborg, es decir, en un organismo tecnológico. La novela está compuesta por las voces de estos seres, desde Daniel 1, el humano, hasta Daniel 24. Parte de la obra está presentada en forma de mail y contiene bellas poesías entre sus páginas. Nos mezcla las peripecias humanas de Daniel 1 con las muchas de sus sucesores post humanos, cada nuevo Daniel va añadiendo su relato al de sus predecesores. El relato humano de Daniel 1 es cada vez más incomprensible para sus clones.

Los neohumanos llegan a la conclusión de que el sufrimiento es consustancial a los humanos, y es que los neohumanos ya no sienten dolor. El neohumano no tiene objetivos:

“No conocemos las alegrías del ser humano; sus penas no nos perturban. Nuestras noches ya no vibran de terror o de éxtasis; sin embargo vivimos, pasamos por la vida sin alegría y sin misterio, el tiempo nos parece breve”<sup>254</sup>

No saben lo que son las lágrimas, la risa, la bondad, la compasión, el altruismo. Su vida se caracteriza por la falta de contacto físico con otros seres y por la indolencia. Los neohumanos son una nueva raza amoral que no tiene la mancha de tiempo. Creen que superarán a la humana porque han expulsado de ellos el deseo, fuente de todo sufrimiento:

“Según la Hermana Suprema, los celos, el deseo y el apetito de procreación tienen un mismo origen, que es el sufrimiento de ser. Es el sufrimiento de ser el que nos hace buscar al otro, como un paliativo; tenemos que superar esa fase para alcanzar el estado en el que el mero hecho de ser constituye en sí una ocasión permanente de júbilo;”<sup>255</sup>

Cuando muere un neohumano surge de la Ciudad Central otra nueva encarnación hecha a su imagen y semejanza que lee los comentarios hechos por sus reencarnaciones anteriores, de esta forma se van impregnando de las características de sus antecesores. La vida de esta forma se convierte en escritura e intertextualidad. Los neohumanos tienen que interpretar quiénes son a través de los fragmentos de escritura que les han dejado sus otros yoes a lo largo del tiempo. La identidad se convierte así en un acertijo que debe ser descifrado a partir de textos. Su información del mundo está limitada a contemplar la pantalla y a leer, su vida es pasividad y sumisión. Los neohumanos son seres que viven bajo el férreo control de la Hermana Suprema, que les manda conservar la distancia crítica hacia sus reencarnaciones anteriores. La Hermana Suprema también les trata de inducir el odio hacia lo humano, les anima a matar a los pocos que quedan, que se acercan hambrientos y exhaustos a las alambradas del complejo donde habitan estos cyborgs. El mundo ha sido devastado y los neohumanos se han hecho con el control, sólo quedan hordas de humanos que viven entre las ruinas de la civilización, entre los cascotes y amasijos de hierros en que se han convertido las grandes ciudades como Nueva York. Los humanos

---

<sup>254</sup> Ibid., pág. 11

<sup>255</sup> Ibid., pág. 339

que han sobrevivido viven como salvajes, no controlan la técnica y han vuelto a luchar por la supervivencia como los cavernícolas. El mundo postindustrial acaba destruido y los seres humanos vuelven a lo primitivo. Es el *UrPop* del que habla Fernández-Porta: la aparición de lo primitivo en el territorio ultramoderno. Mientras los neohumanos están protegidos en sus celdas asépticas, los humanos deben volver a aprender a cazar y buscar una caverna que les proteja del frío.

Las reencarnaciones de Daniel tienen contactos en la red-los únicos que son permitidos por la Hermana Suprema- con otros seres reencarnados. Los neohumanos no conocen el deseo y pasan sus vidas encerrados, comentando la vida de sus antecesores. Son seres concebidos de forma totalmente artificial, auténticos *cyborgs*. Sólo algunos sentirán que necesitan una vida más real, como Daniel 25, que se aventurará a salir al exterior. Dejará la seguridad de su celda para enfrentarse con los salvajes y con las ruinas de nuestra civilización. Sale de la eternidad y de las vidas sustituibles porque siente curiosidad y atracción por la existencia humana. Conoce muy bien la vida de Daniel 1, la ha leído muchas veces, y sabe que, aunque la vida humana es trágica, es la única que regala instantes de plenitud. Los clones no conocen el deseo, no practican sexo, no son amados. Daniel 25 renunciará a su rutina segura y solitaria, se escapará y se enfrentará a una existencia única e irrepetible. Tratará de encontrar nuevamente el deseo y la felicidad, esas sensaciones que tanto nos hacen sufrir, pero que hacen que la vida valga la pena. La Hermana Suprema no ha conseguido su propósito: el deseo no ha sido amputado de todos los neohumanos. Daniel 25, a través de las lecturas que hace de la vida de Daniel 1 y de sus otros sucesores, ha entendido que la vida humana es trágica y violenta, pero que también nos regala instantes de amor, emociones fuertes, deliciosas y atroces.

### **5.9. El trabajo como vacío y lo material como insuficiente**

La mayoría de los personajes es muy crítica con una sociedad de consumo que detesta y de la que se beneficia. Aunque en varias obras aparecen las clases más

desfavorecidas, los protagonistas pertenecen a clases acomodadas con acceso a muchos bienes y un confort alto. Las novelas que analizamos no parecen muy interesadas en denunciar la pobreza contemporánea material de muchos ciudadanos del mundo actual o la injusticia social. La mayoría se centran en carencias de otro tipo, sobre todo afectivas. Disfrutan de los placeres del consumo, pero con la convicción de que es insuficiente, de que hasta, de que en lo alto de sus intereses no está tanto el dinero como el amor, el sexo o la consideración de los demás.

La visión del trabajo de la mayoría de los personajes es altamente negativa. Lo consideran una pérdida de tiempo, un mal necesario para acceder al dinero. Este es el caso de, por ejemplo, el protagonista de *Ampliación del campo de batalla*:

“No me gusta este mundo. Definitivamente, no me gusta. La sociedad en la que vivo me disgusta; la publicidad me asquea; la información me hace vomitar. Todo mi trabajo informático consiste en multiplicar las referencias, los recortes, los criterios de decisión racional. No tiene ningún sentido. Hablando claro: es más bien negativo; un estorbo inútil para las neuronas. A este mundo le falta de todo menos información suplementaria”<sup>256</sup>

El trabajo es una fuente de dinero en las novelas y no de realización, algo esperable en un mundo que ha dejado atrás la ética y en el que todo vale con tal de vender. Muchos sienten que su trabajo es inútil, que no aportan nada interesante, que se mueven entre la mentira y el absurdo:

“No digas: “Soy abogado, periodista, arquitecto, funcionario, trabajo en publicidad, en ventas, en tecnología informática, en el mundo de la edición.”Di : “Hablo por teléfono, parpadeo delante de una pantalla, muevo y clickeo un ratón, envío e-mails y respondo a los que me envían, abro y clasifico documentos, espero delante de las impresoras hasta que salen los papeles, hago té y café, sueño despierto durante las reuniones.”<sup>257</sup>

---

<sup>256</sup>Houellebecq, Michel, *Ampliación del campo de batalla*, pág. 94

<sup>257</sup> Davies, Daniel, *La isla de los perros*, págs. 59-60

El trabajo aparece reflejado en la mayoría de las novelas como una carga que hay que asumir para comprar horas de placer, como la suma de horas inútiles para el individuo:

“Mis antepasados europeos habían trabajado duro durante varios siglos; se habían propuesto dominar y luego transformar el mundo, y en cierta medida lo habían conseguido. Lo habían hecho por intereses económicos y por amor al trabajo, pero también porque creían en la superioridad de su civilización: habían inventado el sueño, el progreso, la utopía, el futuro. Esa conciencia de misión civilizadora se había evaporado a lo largo del siglo XX. Los europeos, o por lo menos algunos de ellos, seguían trabajando, y a veces trabajando duro; pero lo hacían por interés o por apego neurótico a su trabajo; la conciencia inocente de su derecho natural a gobernar el mundo y a dirigir su historia había desaparecido. Como consecuencia de los esfuerzos acumulados, Europa seguía siendo un continente rico; pero ya estaba claro que yo había perdido esas cualidades de inteligencia y obstinación que caracterizaban a mis antepasados”<sup>258</sup>

La mayoría de los personajes no creen en lo que hacen, y mucho menos en que reporte beneficios a la sociedad. La mayoría buscar definirse fuera de su trabajo, aunque lo profesional sea una parte importante de nuestra identidad, como bien sabe Jed, el artista de *El mapa y el territorio*, quien realizará una serie en óleo sobre las distintas profesiones:

“-¿Qué es lo que define a un hombre? ¿Cuál es la primera pregunta que se le hace a un hombre cuando quieres informarte de su estado? En algunas sociedades le preguntas primero si está casado, si tiene hijos; en las nuestras, se le pregunta en primer lugar la profesión. Lo que define ante todo al hombre occidental es el puesto que ocupa en el proceso de producción, y no su estatuto de reproductor”<sup>259</sup>

Jed dedica una gran parte de su carrera artística a fotografiar objetos manufacturados. En muchas novelas de Houellebecq se transmite admiración por los trabajos manuales y por el saber técnico, por la gente que sabe hacer cosas útiles. Ya hemos visto que muchos trabajos posmodernos provocan frustración, y

---

<sup>258</sup> Houellebecq, Michel, *Plataforma*, pág. 261

<sup>259</sup> Houellebecq, Michel, *El mapa y el territorio*, pág. 138

que gran parte de ellos crean la sensación de trabajar con humo. Vivimos en sociedades de tecnología sofisticada y sentimos que no comprendemos nada, que sólo somos una parte minúscula de un engranaje total que nos resulta desconocido. La tecnología se nos escapa y lo artesanal también. ¿Sabemos hacer cosas útiles realmente? Muchos no.

Jed quiere hacer una descripción objetiva del mundo, describir los engranajes sobre los que gira la sociedad y se centra en el mundo del trabajo, en las profesiones representativas. En las sociedades globales las ideas se conciben en un sitio y se ejecutan en otro, de forma que muchas veces no creamos unidades sino fragmentos. Los saberes se dispersan, se tornan inestables y muy especializados. El hombre posmoderno no recibe autoestima por su saber, que tiene un tiempo de duración. A su vez, el trabajo inseguro absorbe gran parte de su vida.

El trabajo también aparece retratado en las novelas como una forma de aislarse del mundo, como un escondite que ayuda a los personajes a olvidar sus miserias personales. El mundo del arte, la literatura y la ciencia son los mundos paralelos en los que viven algunos de los personajes. Michel trabaja en un laboratorio que no es un espacio humanista y que demanda aplicaciones industriales inmediatas, pero nuestro personaje encuentra alivio en la ciencia y en las matemáticas, donde tras los problemas puedes hallar la luz y la serenidad. Algo similar le ocurre al Señor Perverso, un hombre de memoria prodigiosa, que se refugia en el estudio del Diccionario de la Lengua Española. Sin relatos firmes a los que recurrir el diccionario -o la ciencia- parece una promesa de orden. Zambullirse entre sus términos y acepciones bien clasificadas le ayuda a superar su dolor y a olvidar su derrota, le protege contra el caos que supone la vida:

“Leer el diccionario, palabra a palabra, letra a letra. Qué ordenado era todo allí, qué sistemático” (...) “Cada acepción en su lugar correspondiente, todo tan claro, tan preciso, sin sobresaltos, sin mujeres que te digan de un día para otro que ya no te

quieren, que no compartirán, como compartirían, como habían prometido compartir, su vida contigo”<sup>260</sup>

Muchos personajes son muy críticos con las labores que realizan, como por ejemplo Daniel 1 u Octave, pero eso no impide que tratan de rentabilizar lo que consideran abyecto. De esta forma Daniel 1 se gana la vida como humorista cáustico que destripa los males contemporáneos:

“Como el revolucionario, el humorista asume la brutalidad del mundo y le responde con mayor brutalidad. Sin embargo, el resultado de su acción no es transformar el mundo, sino hacerlo aceptable convirtiendo la violencia, necesaria para cualquier acción revolucionaria, en *risa*; y de paso, también ganado bastante pasta”<sup>261</sup>

Mientras, Octave, asqueado del mundo publicitario, sueña con vengarse confesando las bajezas del sector podrido en el que trabaja. Quiere dismantelar el mundo de la publicidad, mostrar el veneno que le corroe. Se siente el engranaje reemplazable de un absurdo sistema. El problema es que ese sistema contra el que quiere enfrentarse es todopoderoso, es un enemigo invencible. Tal vez lo único que puede hacer es desaparecer y dejar constancia de la excrecencia a través de este libro. “La verdadera revolución es la desaparición”, dice en otra de sus novelas, no hay otra forma de salir victorioso.

El protagonista de *La isla de los perros*, Jeremy Sheperd, renuncia a lo material y se busca una vida alternativa. Con treinta y nueve años se va a vivir con sus padres. No quiere ser definido por su trabajo sino por sus actividades de ocio. Deja su BMW, su jornada de doce horas, su existencia urbana y adinerada. Siente que su trabajo es inútil, que la revista que dirige no aporta nada, que vive en la superabundancia superflua. Regala sus trajes, vende su dúplex y cambia de vida. Cree que sus logros han sido pura vanidad. Y es que saborear los deleites del consumo para muchos personajes es insuficiente:

---

<sup>260</sup> Paszkowski, Diego, *Alrededor de Lorena*, pág. 19

<sup>261</sup> Houellebecq, Michel, *La posibilidad de una isla*, pág. 143

“Yo había consumido alegremente, sobre todo zapatos; después, poco a poco, me cansé, y comprendí que mi vida, sin ese apoyo cotidiano de placeres elementales y renovados a la vez, ya no iba a ser simple”<sup>262</sup>

Octave también es consumidor habitual de productos de alta gama y vive en una casa exquisita. Tiene éxito profesional y prestigio, podría considerarse que ha triunfado. Sus logros despertarían la envidia de muchos, sin embargo, él no es feliz, está insatisfecho, cansado y sin vitalidad. La vida que lleva le agota, su trabajo le machaca. Está al borde del abismo:

“Con todas estas cosas que te pertenecen, y la vida confortable que llevas, lógicamente estás obligado a ser feliz. ¿Por qué no lo eres? ¿Por qué hundes sin cesar tu nariz en la farlopa? ¿Cómo se puede ser infeliz con 2 millones de euros en la cuenta bancaria?”<sup>263</sup>

Jeremy quiere un trabajo poco exigente para poderse dedicarse al sexo. Rechaza ascensos y se despide de los lujos londinenses que no le aportan felicidad. Al igual que Jed, quien llega a ser un celeberrimo artista. Carlos Slim, François Pinault y Roman Abramovich se interesan por sus cuadros. Consigue quince millones de euros y montones de encargos que no acepta. Tiene mucho dinero, pero pocos deseos materiales y escasa felicidad. Jed se hace famoso, pero esto no le ayuda a socializar ni le aporta felicidad. Pasa muchas temporadas aislado, los únicos placeres que tiene en estos períodos son algún atracón de comida y la compañía muy ocasional de alguna *scort*. El desinterés de Jed hacia la celebridad es opuesto al deseo de fama de los concursantes de *Objetos perdidos*, quienes no son muy conscientes de que su fama no será más que unas horas de entretenimiento en los hogares de los espectadores, serán estrellas de usar y tirar:

“Estoy segura de que, cuando editen el programa, van a tratar de pintarnos como el equipo estúpido, las estrellas infantiles que crecieron en medio de la frivolidad, y nunca fueron a la escuela de verdad, y no querría que me encasillaran así. Lo que más me importa es la impresión que doy. La mayoría de la gente no volverá a aparecer en televisión, una vez que se haya emitido el programa y que se haya acabado el frenesí

---

<sup>262</sup> Ibid., pág. 28

<sup>263</sup> Beigbeder, F., *13,99 euros*, pág. 105

inicial de entrevistas. Pero yo ciertamente espero hacerlo; es la única razón por la que estoy aquí”<sup>264</sup>

El triunfo y la fama –deseos intensos en la posmodernidad y que parece en otras novelas como el gran imán para atraer pareja- pueden no llegar ya a través del esfuerzo, el *reality* es otra vía para alcanzar la notoriedad, para conseguir fácilmente celebridad y dinero. Miles de personas hacen el casting para poder ser participantes de *Gran Hermano*, para lograr ser conocidas y mejorar su situación económica. Se trata de destacar y ser conocido, aunque sea por lo malo o ridículo. La televisión convierte sus experiencias en un suceso de interés. Los participantes pasan a ser personajes, la mayoría *trash*, cuyo comportamiento y palabras serán analizados con lupa. De esta forma ascienden al *star system* y viven la apoteosis durante un breve tiempo, pero no reciben las mismas consideraciones que otras estrellas, con ellos hay más saña. Son las estrellas basura que existen mientras salen en la pantalla.

### **5.10. Aislamiento y soledad**

La mayoría de las vidas de los personajes está llena de libertad. No tienen ataduras, pero tampoco lazos sólidos. Son seres faltos de afecto y, por lo tanto, no tienen autoestima, pues la valoración positiva de uno mismo se edifica sobre el cariño y consideración que nos ofrecen los demás. Los textos se centran en las carencias afectivas en una época individualista que dificulta las relaciones afectuosas:

“El mundo se uniformiza ante nuestros ojos; los medios de comunicación progresan; el interior de los apartamentos se enriquece con nuevos equipamientos. Las relaciones humanas se vuelven progresivamente imposibles (...)”<sup>265</sup>

---

<sup>264</sup> Parkhurst, Carolyn, *Objetos perdidos*, pág. 38

<sup>265</sup> Houellebecq, Michel, *Ampliación del campo de batalla*, pág. 21

Los personajes no tienen apenas amigos y pocas veces muestran a otras personas sus angustias y pensamientos más recónditos, en general, son muy herméticos. También carecen de la sensación de pertenencia a un grupo, ni siquiera la reciben cuando están con sus familias. La familia en estas novelas suele ser una fuente de conflictos, la suma de seres aislados que se mueven de forma egoísta o un mero fingimiento, como es el caso de una de las parejas participantes de *Objetos perdidos*, que nos cuenta cómo a una madre le ha pasado desapercibido el embarazo de su hija con la que convive. Esta falta de confianza y falta de “familiaridad” dentro de la familia se da también en el caso de Jeremy, quien dice parecerse “más a un inquilino que a un hijo”<sup>266</sup>. Las novelas reflejan también la ruptura del modelo de familia tradicional y la apuesta por otros modelos, algo que Aira llevará al extremo en *Yo era una chica moderna* cuando dos amigas, ebrias de alcohol y venganza, deciden reparar una infidelidad tradicional a través del crimen para salvar el noviazgo de una de ellas. Su deseo esa noche es saborear el asesinato que llevan a cabo al extraer el feto del cuerpo de la amante en el baño de una discoteca. El embrión es un monstruito humanoide al que llaman El Gauchito. Es un ser que parece una mascota y que está dotado de poderes especiales. Con él han formado una extraña familia:

“Sin quererlo, habíamos constituido una familia nuclear, padre, madre, hijo. ¿Pero cuál era la madre, y cuál el padre?”<sup>267</sup>

La mayoría de los personajes de las novelas no desea tener hijos, pues los niños implican muchas renunciaciones al deseo individual y este mundo no es un sitio que prometa mucha felicidad. Los hijos son demasiada responsabilidad. Los vínculos son muy frágiles, las promesas vacías, las páginas se llenan de personajes que se largan a las primeras de cambio, cuando encuentran algo que les gusta más. Las obras también nos muestran cómo las niñas desgraciadas dan como fruto adultos infelices y cómo el abandono y el egoísmo pasan factura.

---

<sup>266</sup> Davies, Daniel, *La isla de los perros*, pág. 19

<sup>267</sup> Aira, César, *Yo era una chica moderna*, págs. 84-85

“Como indica la bonita palabra francesa *ménage*, la pareja y la familia eran el último islote de comunismo primitivo en el seno de la sociedad liberal. La liberación sexual provocó la destrucción de esas comunidades intermedias, las últimas que separaban al individuo del mercado”<sup>268</sup>

Houellebecq y Beigbeder parecen creer que las condiciones de nuestra época liberal van en contra del amor, que nuestra época es desdichada, que favorece la soledad y la amargura, que el individualismo ha aplastado los afectos:

“Los sentimientos de amor, ternura y fraternidad humana habían desaparecido en gran medida; en sus relaciones mutuas, sus contemporáneos casi siempre daban muestras de indiferencia, e incluso de crueldad”<sup>269</sup>

Además, nuestra época narcisista que todo lo convierte en mercancía no parece favorecer mucho los vínculos y no está dispuesta a sacrificar ni a renunciar a nada que atañe al yo:

“En otros tiempos los matrimonios resistían este tipo de malos tragos. La sociedad en la que hemos nacido se fundamenta en el egoísmo. Los sociólogos lo llaman individualismo, aunque existe una palabra más simple: vivimos en la sociedad de la soledad. Ya no hay familias, ya no hay pueblos, ya no hay Dios. Nuestros antepasados nos han librado de todas estas opresiones y en lugar de eso han encendido la televisión. Estamos abandonados a nosotros mismos, incapaces de interesarnos por nada excepto nuestro propio ombligo”<sup>270</sup>

Las novelas nos hablan también de las consecuencias de seguir esta concepción del amor que ya hemos explicado: familias rotas, divorcios, frialdades y padres que se sienten culpables por no asumir la responsabilidad. La sociedad fomenta esta visión: “Nos han engatusado con demasiadas imágenes de hombres libres, seductores y poéticos, moldeados por el placer, tipos *rock 'n' roll* que huyen de las

---

<sup>268</sup> Houellebecq, Michel, *Las partículas elementales*, pág. 116

<sup>269</sup> *Ibid.*, pág. 7

<sup>270</sup> Beigbeder, F., *El amor dura tres años*, pág. 129

responsabilidades en brazos de criaturas con biquinis triangulares.”<sup>271</sup> – dice uno de los personajes de *Windows on the World*.

La mercantilización de todos los espacios y el egoísmo han aislado a los individuos, los ha dejado solos frente a relaciones frías y sin compromiso. Algo que detestan y potencian a la vez. Los propios personajes son conscientes de las dificultades con las que se enfrentan las relaciones, así, cuando Bruno se rencuentra con Annabelle percibe que ya no tendrá ninguna relación que valga la pena, que sea real:

“Tanto el uno como el otro sabían que estaban viviendo su última relación humana de verdad, y esta sensación hacía que cada uno de sus minutos fuera, en cierto modo, desgarrador”<sup>272</sup>

El protagonista de *Ampliación del campo de batalla* es hospitalizado y no tiene a quien llamar, sólo le queda escuchar la línea de SOS Amistad, que comunica. Exactamente lo mismo le ocurrirá a Tariq y al protagonista *Humillación*. El protagonista de *Plataforma*, *Octave* y el Señor Perverso también están solos. No tienen planes a largo plazo, han perdido el asidero de los grandes relatos y su identidad está desestabilizada, no es un continuo. Los libros también hablan de los fracasos sentimentales y de las penurias familiares. Muchos llevan dolorosas rupturas a sus espaldas y varios tienen familiares que se han suicidado-el hijo de Daniel 1, la madre de Jed-. Las novelas nos hablan de familias rotas y desconectadas, de padres que abandonan a sus hijos, de deprimentes aislamientos. Un buen ejemplo de aislamiento es Jed, quien acabará sus días en una enorme finca con una verja de tres metros de altura, solo, saliendo únicamente al supermercado y grabando objetos industriales que parecen ahogarse en el magma vegetal, una reflexión sobre el carácter percedero de las industrias humanas. Su vida es la de un ser solitario y un observador agudo que vive muy lejos de la felicidad y de las emociones. Se lleva bien con Houellebecq, que aparece en esta novela como personaje, son muy parecidos. Su mundo son

---

<sup>271</sup> Beigbeder, F., *Windows on the world*, pág. 113

<sup>272</sup> Houellebecq, Michel, *Las partículas elementales*, pág. 241

cuatro personas: su padre, Olga, Houellebecq y Franz, su galerista. Su vida es hermética, no cuenta lo que hace o siente prácticamente a nadie:

“Nunca le había hablado a Olga de su padre ni a su padre de Olga, tampoco le había hablado de ellos a Houellebecq ni a Franz, había mantenido ciertamente un residuo de vida social, pero esta no recordaba en nada a una red o a un tejido orgánico ni a ninguna cosa viva, tenía que ver con una gráfica elemental y mínima, no ramificada, con ramas independientes y secas”<sup>273</sup> (221)

El padre de Jed pasa el final de su vida en una deprimente residencia. Jed le quiere, a pesar de que le ve poco más que en navidades. Su relación con él es muy hermética. Aun así, es con uno de los pocos con los que, en ocasiones, habla. El padre es un arquitecto frustrado que quiso cambiar los conceptos arquitectónicos y acabó haciendo balnearios horribles para turistas. Un hombre que ganó dinero, pero que tampoco logró realizar sus sueños.

Octave Parango lleva dos divorcios a sus espaldas y no sabe cómo enfrentarse al amor. Está solo y desequilibrado. Se agarra al placer para ocultar su desesperanza, compra para engañar a su soledad, huye de su realidad y del compromiso. Es un hombre sin valores que roza la locura. Beigbeder vuelve a enfrentarnos con el vacío y con la soledad que se esconden tras el colorido y la abundancia, nos vuelve a hablar de la falsedad de nuestras ilusiones y de la imposibilidad del amor más allá de un rato. Octave reflexiona sobre el deseo y sobre la libertad. Para él, la libertad que nos venden se convierte en una quimera, en otra mentira más cuyo reverso es la soledad narcisista:

“Quizás aquí en Rusia todavía no os dais cuenta: nuestra civilización ya no descansa en el deseo, al abusar de él lo ha destruido. Durante mucho tiempo tomé por una forma de libertad lo que llamamos individualismo. Pero ahora ya lo sé: la libertad sólo conduce a la impotencia delante de la pantalla plana, al suicidio en un cuarto de baño provisto de espejos.”<sup>274</sup>

---

<sup>273</sup> Houellebecq, Michel, *El mapa y el territorio*, pág. 221

<sup>274</sup> Beigbeder, F., *Socorro, perdón*, pág. 198

Los trabajos también son un impedimento para el amor. Sus largas jornadas recortan el tiempo dedicado a relacionarse con los demás, lo que hace que vuelva incluso a aparecer la figura de la casamentera profesional en *El animal moribundo*. Esto es una muestra de los escollos con los que se enfrenta el hombre contemporáneo para entablar nuevas relaciones. Y es que las novelas insisten en los problemas para relacionarse y en los problemas sexuales, como dice Michel en *Plataforma*:

“Desde luego, algo pasa para que los occidentales ya no consigan acostarse juntos; quizás tenga algo que ver con el narcisismo, con el individualismo, con el culto al rendimiento, poco importa. El caso es que a partir de los veinticinco o treinta años a la gente no le resultan nada fáciles los encuentros sexuales nuevos; y sin embargo siguen necesiéndolos, es una necesidad que se desvanece muy despacio. Así que pasan treinta años de su vida, casi toda la edad adulta, en un estado de carencia permanente”<sup>275</sup>

Los textos se llenan de seres necesitados de afecto, deseosos de caricias. Es el caso de Laura, la madre de Cassie, quien conoce a un tal Curtis en una página de contactos y se casa con él sin convicción, porque él le ha dicho que la quiere, porque la envía dos postales electrónicas al día:

“No recordaba la última vez que alguien me había cogido los pies, la última vez que alguien había tratado mi cuerpo como un objeto digno de ser examinado”<sup>276</sup>

David Kepesh también conoce de cerca los conflictos familiares. Vive la revolución sexual de los sesenta y abandona a su esposa. Tiene muy mala relación con su hijo, que no entiende los escarceos amorosos constantes de su padre, le ve un anciano lujurioso que seduce a muchachas indefensas, pero él comete el mismo error que recrimina a su padre: el adulterio. El padre considera que su hijo es un mojigato. El hijo tiene pavor a ser un egoísta, siente que debe asumir su responsabilidad. Es infiel, pero siente que no puede abandonar a su familia, aunque comienza a sentirla internamente como una prisión. Ha visto a su madre sufrir y no quiere repetir el modelo. Quiere ser responsable donde el padre

---

<sup>275</sup> Houellebecq, Michel, *Plataforma*, pág. 213

<sup>276</sup> Parkhurst, Carolyn, *Objetos perdidos*, pág. 57

fue negligente, aunque tenga que asumir la derrota de su deseo sexual. El hijo lucha por no ser como su padre, pero la batalla es compleja, puesto que nuestra sociedad coloca los deseos del individuo por encima de todo. Somos hombres libres que debemos vivir la pasión- el auténtico deseo-. Entonces:

“(…) ¿para qué sirve el amor en la civilización del deseo? ¿Por qué cargar con una familia si defiendes la libertad como valor supremo? ¿Qué pinta la moral en esta sociedad hedonista? Si Dios ha muerto, todo el universo es una casa de putas, y hay que aprovecharse hasta caer redondo. Si el individuo es rey, el egoísmo es nuestro único horizonte. Y si el padre ya no es la única autoridad, entonces, en la democracia materialista, el único límite a la violencia es la policía”<sup>277</sup>

### **5.11. El componente irracional del deseo: la ridícula voluntad en Andrés Barba y el deseo delirante en César Aira**

Dos de los relatos o *nouvelles* que componen *La recta intención* examinan la férrea voluntad que a veces es necesaria para cumplir nuestros deseos. Lo curioso es que en varios relatos de esta obra el cumplimiento de los deseos sólo conduce al dolor y los sueños del individuo le acaban destrozando. Andrés Barba se convierte aquí en el hábil artesano que disecciona con sus palabras el sufrimiento que puede ocultarse tras la puerta del deseo. Nos muestra cómo, en ocasiones, somos nosotros mismos nuestros peores verdugos y cómo el deseo, prometiendo el paraíso, nos puede conducir al infierno. Nos habla de deseos desmedidos e inmensos que suponen privaciones, de seres que concentran todas sus energías y anhelos en un único punto y que desatienden lo demás. Estos relatos nos muestran que el deseo también nos conduce al dolor y a lo aciago, que el paso del deseo a la obsesión puede ser diminuto, que el averno puede ser un destino al que nos empeñamos en ir.

---

<sup>277</sup> Beigbeder, F., *Windows on the world*, pág. 149

*Debilidad* es un relato sobre una chica anoréxica. Sara es hija de padres divorciados y vive con su madre, que todavía no ha superado la separación. Se siente sola, aislada, perdida, no se relaciona apenas. Necesita tomar el control de la deriva que supone su vida, hacerse con las riendas. Absolutamente desorientada, es seducida por la idea de la vacuidad, de la invisibilidad y de la ingravidez. Concentra sus fuerzas y su voluntad en la idea de superar el hambre y el dolor de las heridas que se provoca con un abrecartas:

“Cuando dejó de apretar y puso de nuevo el abrecartas sobre el escritorio sintió un leve desvanecimiento. Después sonrió; había vencido, no sabía a quién.”<sup>278</sup>

La vida de Sara es puro descontrol, pero su relación con la comida es disciplina absoluta. La anorexia es una enfermedad que pasa por someter el cuerpo, una forma de control cuando la vida es desorden y el timón se ha partido. Es un discurso desviado que pervierte el cuerpo y que piensa que los tormentos de la carne pueden acercarte al éxtasis. La anorexia posee muchos ingredientes masoquistas y de mortificación. La descripción del estado de Sara tiene muchos puntos en común con lo místico, con salir de la cárcel del cuerpo. La diferencia son los valores, la búsqueda de Dios y la delgadez. Lo interesante de la anorexia es que supone la lucha contra un deseo natural, un instinto. Esto provoca dolor, pero el anoréxico cree que el sufrimiento y la degradación de lo físico conducen a lo supremo. Hacen de la destrucción del cuerpo su objetivo vital. Deben soportar los tormentos de la carne y purificarse como las santas de antaño, volviendo lo abyecto sublime. El cuerpo de Sara se convierte en anormal y raquítrico. Es la víctima de su fe en la delgadez y en la grasa como fuente de miserias. Se introduce en una espiral de pensamientos negativos, en una encarnizada batalla contra su imagen y contra ella misma.

El placer le llega a Sara a través de la idea de control, de su fuerte voluntad. Le gusta probar sus límites y hacerse daño. Aguantando tormentos se ve victoriosa. Siente que el ayuno la vuelve ingrávida y que su fuerza de voluntad es grande. El control de alimentos le ayuda a sentir control en un mundo caótico que cada vez

---

<sup>278</sup> Barba, Andrés, *La recta intención*, pág. 77

toma más tintes fantasmagóricos. Sólo parece disfrutar cuando controla el hambre, cuando suprime su deseo, ahí se centra su autoestima. Sienta que levita, como los místicos, y odia, al igual que ellos, su propio cuerpo.

“La anorexia es sufrimiento, pero también es deleite, y exige un riguroso aprendizaje que de nuevo es el aprendizaje de hacer placentero el dolor, operación donde la anorexia desvela su componente masoquista sin el cual no podría convertirse jamás en un placer ni tendría el carácter adictivo que tiene” <sup>279</sup>

Sara es ingresada en un centro de rehabilitación. Sus compañeras siguen el tratamiento, mejoran y vuelven a sus vidas. Ella permanece ahí, su recta intención y su deseo no le permiten tomar otro camino, aunque su paraíso implica la disolución de los lazos familiares y consista en esconderse en un parque con su amiga:

“¿Te imaginas las dos allí, sin comer nada, sin nadie que te diga que tienes que comer, las dos sentadas en el lago?” <sup>280</sup>

Su deseo desorientado y su recta intención no son buenos compañeros de viaje.

En *Maratón* el deseo se convierte en obsesión y vuelve a ser el pasadizo que lleva al infierno. Correr, controlar el cansancio, ese el gran placer que sirve el relato. Un hombre se obsesiona con la idea de vencer a otro en una maratón, esa es la idea que lo llena todo, que lo saca del tedio, de su vida, de su matrimonio en crisis. Correr es lo único real, lo único que vale la pena, ganar, vencer, salirse de uno mismo, escuchar las pisadas liberadoras en el parque: “¿Y si no parara nunca de correr?”, se pregunta el protagonista. Otra vez nos encontramos con un ser voluntarioso al que su recta intención deja en la extenuación.

Con la obsesión el mundo se desvanece, sólo existe el objeto que llama: la maratón, la victoria sobre el rival. El deseo del protagonista anula el resto del mundo. La maratón resulta un fracaso, empuja a su rival y además se entera de

---

<sup>279</sup> Ferrero, Jesús, *Las experiencias del deseo: Eros y Misos*, pág. 119

<sup>280</sup> Barba, Andrés, *La recta intención*, pág. 130

que se estaba dejando ganar. Su vida naufraga, pero su deseo continúa: puede salir a correr.

Si Andrés Barba nos muestra la férrea voluntad que asiste al deseo enfermo y nos muestra cómo el deseo y la razón pueden ser opuestos, Aira se centrará en el componente irracional del deseo, pero siempre asumido desde la irreverencia y desde la diversión. *Cómo me hice monja* y *Yo era una chica moderna* son relatos que sienten fascinación por el loco. Creo que a la posmodernidad lo que le interesa del loco es que es un ser de excepción y diferenciado de la masa. En la aldea global uniformada el loco, más que ninguno, encarna la individualización: no hay dos locuras iguales.

El romanticismo invirtió los valores, los guardianes de la verdad dejaron de ser los poderosos para pasar a serlo los niños, los locos, los marginados. El niño representa al ser aún no colonizado, simboliza la diversión, la inmadurez y lo impulsivo, valores a los que rinde culto nuestra época. Ya la teoría contracultural idealizó la enfermedad mental, que vio a los locos como a inconformistas reprimidos por el sistema, seres rodeados de un aura de libertad, de rebeldía, de inconformismo, de rechazo a los convencionalismos. Los locos no están sujetos a ninguna norma, y tampoco a las del lenguaje.

Su figura nos interesa porque encarna la libertad absoluta, la salida de lo racional y de los discursos impuestos. La locura es también vista como un camino al placer: Foucault decía que la locura es la que nos lleva al gozo.

Nos adentramos en libros plagados de humor y habitados por seres delirantes que sacan a la superficie sus deseos más instintivos sin censuras. Estos personajes se mueven a sus anchas, sin respetar unas normas sociales que nos constriñen. Sus mentes dejan lo racional para regirse por el principio del placer y olvidar el tabú. Freud decía que la cultura esconde lo instintivo, sin embargo, los personajes de estos libros no son frenados por la sociedad, no están sometidos al control de las reglas, nada coarta que hagan lo que les venga en gana. Vivimos en una sociedad muy sofisticada en la que hay que cumplir bastantes normas sociales, el loco es,

por definición, el que no las acata, el que no reprime sus instintos. En un sistema en el que impera la razón, lo irracional se convierte en lo rebelde, en lo subversivo. Los personajes son seres problemáticos para el sistema, personas que se niegan a pensar como la mayoría.

Ya no hay ejes que ordenen la realidad. La indefinición del mundo y del individuo es permanente. En estas novelas de Aira el deseo fluye libre, sin constricciones. Son libros que reflejan la sima contemporánea y que se mueven en el delirio y el disparate continuo. En un mundo sin seguridades, el narrador pierde credibilidad y la veracidad de lo que escuchamos es estimativa. El lector no sabe ya qué es verdad y qué es mentira, todo se convierte en un simulacro, en disfraz, en perplejidad. Estos libros nos interesan porque nos muestran el deseo como puro desorden, como mero apetecer irracional. Es el deseo porque sí, sin justificación lógica y sin límite. Es la distorsión de la realidad que favorece la realización de los deseos del sujeto. Y es que el loco, como el ser posmoderno, es una figura del desarraigo, pues no puede leer el sentido de la realidad. Está liberado y abierto a lo múltiple. Sólo sigue la pulsión irracional de su deseo.

*Cómo me hice monja* comienza con la ingesta de un helado. El helado es un sueño para el niño, que ha crecido en un pueblito pequeño sin heladerías. Su padre no para de hablar de los helados, que alcanzan así en su imaginación el estatus casi de mito. Cuando lo prueba siente una repugnancia atroz, su cara una mueca de asco. No quiere decepcionar a su padre, pero el sabor es nauseabundo. “Le gusta a todo el mundo menos a vos, que sos un tarado”-le dice su padre. El niño siente arcadas y el padre se desespera por la rareza de su hijo. Finalmente lo prueba y, efectivamente, el helado es nauseabundo. Se enfada con el heladero y en una pelea lo mata. El niño cae enfermo por una intoxicación y pasa un mes delirando. Cuando despierta, se dedica a mentir compulsivamente a los médicos, no sabe por qué, es lo que tiene el ser descentrado, su comportamiento es inexplicable. Decide que las arcadas tienen un carácter sagrado:

“Ahí ha estado desde entonces, para mí, la esencia de lo sagrado; mi vocación surgió de esa fuente”<sup>281</sup>

Los personajes descentrados de Aira reivindican el componente irracional del deseo y lo asumen desde el convencimiento de que la realidad es múltiple y plástica. En vez de enfrentarse con la realidad se dejan intoxicar por su imaginación y se zambullen con placidez en el caos del mundo y en su percepción.

---

<sup>281</sup> Aira, César, *Cómo me hice monja*, pág. 36



## 6. CONCLUSIONES

El deseo es el motor del ser humano, es una fuerza que forma parte de nuestra esencia y que nos empuja a actuar. Deseamos porque notamos ausencias, porque estamos programados para anhelar, para percibir déficits y tratar de colmarlos. Hemos visto que los instintos son hermanos del deseo, que ambos luchan por las succulentas recompensas de nuestro sistema biológico de incentivos. La peculiaridad del deseo es la sofisticación que adquiere al pasar por el lenguaje y por lo social. También nos hemos detenido a estudiar su parentesco con los sentimientos. Y es que deseos y emociones se fusionan y se provocan mutuamente: el deseo se anexiona lo afectivo.

Muchos deseos son comunes a todos los seres humanos, pero en este trabajo hemos tratado de analizar las formas específicamente actuales. Lo social nos ofrece modelos de felicidad y nos dice qué valores son los que deben regir nuestra vida. Las personas estamos bajo el influjo de sus patrones más de lo que estamos dispuestos a reconocer. Aunque nuestra sociedad dice poner por encima de todo la libertad, también nos impone sus visiones de cómo hacer uso de ella o de qué es lo deseable.

La gran novedad es que la posmodernidad supone una revalorización absoluta del deseo, que pasa de ser un sospechoso histórico a una deidad. Nuestra civilización rinde culto al deseo individual y libera al individuo de las antiguas barreras de contención. El gran cambio es que el deseo, voraz por naturaleza, será agitado y estimulado a perpetuidad. Ya no hay que evitarlo sino entregarse al él. El deseo en épocas anteriores era concebido como una fuerza antisocial, una suerte de energía peligrosa de la que había que desconfiar. Hoy la situación es opuesta: se nos incita al capricho, al gozo sexual, a los gastos irracionales... Hay que caer en la tentación, nada de resistirse. Es este nuevo estatus del deseo y su reflejo en la literatura lo que hemos tratado de analizar en este trabajo.

Las novelas que hemos estudiado hablan del hedonismo y de su frustración, de los sótanos sombríos del edén de la abundancia. También llevan a cabo un análisis pormenorizado de nuestra época, tiempo de cambios que deja al individuo sin el cobijo que le ofrecían los grandes relatos. Los personajes han contemplado cómo los sueños de la razón acabaron produciendo monstruos y no creen que la ciencia les hará libres. De los grandes metarrelatos se ha pasado a pequeñas narraciones puestas en entredicho. Ya no hay ningún discurso mítico que les haga soñar, ningún libro o ideología que les conmueva tanto como para derramar sangre. Los sueños les decepcionaron y la cultura se ha aliado con el mercado. Además, muchos tienen confort y desconfían de futuros edénicos poblados por personas ejemplares. Entonces, sólo les queda un camino: asirse con fuerza a su deseo individual.

La posmodernidad, como cualquier otra época, tiene sus claroscuros. Ha desenmascarado muchas supuestas verdades, pero nos ha dejado muy solos y sumidos en el caos. Las épocas de liberación de tradiciones son muy buenas para reconstruir, así que de nosotros depende celebrar el vacío o hacer algo de él. Si seguimos el discurso del desencanto y de lo inexorable, si negamos los ideales de emancipación, entonces sólo nos queda asumir la dominación.

Sin herramientas totalizadoras, la mayoría de los personajes cuenta con una ética ligera, que seguirá siempre y cuando no suponga grandes sacrificios al yo. En lo social reinan la desilusión, el conformismo y la apatía, también la ironía y el humor, que se convierten en la válvula de escape.

El hombre actual desea seguridad, pero vive en la incertidumbre de un sistema capitalista salvaje que no atiende a razones. Lo político es sustituido por lo económico, que se convierte en un sistema todopoderoso, global y descentralizado. El hombre actual está a merced de las leyes de una economía que se le escapa y en la que nadie sabe qué receta funcionará. Los estados cada vez son menos protectores y asumen un papel menor. Hoy las decisiones de un lugar influyen en otros: los problemas y las auténticas soluciones deberían ser globales.

La desconfianza hacia lo social es uno de los motivos que hace que el deseo se repliegue hacia lo individual y la novela hacia lo cotidiano. Todas las obras muestran desconfianza hacia la política, hacia lo público. Hay una huida hacia la intimidad y lo personal. Los personajes están bloqueados dentro de su mundo privado, con escasísimos vínculos con el afuera. La novela hace un recorrido por sus claustrofóbicas existencias y deja de lado las intensidades de una historia en mayúscula que les es desconocida. Las novelas estudiadas nos cuentan hasta la extenuación los pequeños episodios de la vida del individuo, a la vez que desaparecen las grandes acciones y los grandes discursos, pues serían ininteligibles para los hombres actuales. Las páginas de estos relatos nos narran historias de la banalidad, de la intrascendencia y del amor, protagonizadas por seres encapsulados en su individualidad. Hablan del deseo del individuo insignificante y prescindible, de sus incertidumbres y preocupaciones, pues la historia se ha vuelto incomprensible en esta realidad estallada que gira con una temporalidad desprendida de sentido. Se han despedido del pasado, lo que vuelve incomprensible el viaje hacia el futuro.

La posmodernidad no cree que sea posible aprehender el mundo y arreglarlo a través de la razón. El mundo se vuelve caótico, es decir, prevalece la visión nietzscheana frente a la socrática. Los personajes sienten que la realidad es ciega, múltiple y sin objetivo último. Se han quedado solos frente a su deseo en la aldea global, que se convierte en un territorio hiperreal con los medios de comunicación y sus pantallas como mediadoras.

La mayoría de los personajes que habita estas novelas hace gala de un nihilismo que recela de la razón y da esquinazo a la ética. Actúan movidos por su deseo e interés individual, de forma que su actitud vuelve imposible el progreso social. Esta ausencia de un fuerte deseo social es muy sintomática. Sólo la fuerza de un deseo puede someter a otro, es decir, sólo si deseamos con más intensidad que haya una sociedad más justa podremos someter nuestro deseo individual. El problema es que nuestra época no entiende que hay cosas que deberíamos hacer por deber y no sólo por satisfacción. Con estas ideas es normal que aumenten los

márgenes de excluidos en las supuestas sociedades del bienestar y que la miseria del homo sacer del que habla Agamben se multiplique.

También se ha impuesto la visión del individuo nietzschiana, su concepción del sujeto: el yo no es estable y forma parte de un flujo. Hoy la identidad no nos es dada sino que hay que construirla. La finalidad de tu vida la debes buscar tú mismo, que debes montar el ensamblaje siguiendo tus propias instrucciones. Esta libertad muchas veces provoca miedo. Uno debe elegir qué camino seguir sin tener una autoridad fiable a la que recurrir en momentos de desorientación. Cada uno tiene que decidir qué pautas son válidas para él. Y es que cada uno somos un modelo absoluto con nosotros mismos como única ley. Al empezar de cero tantas veces perdemos el horizonte del sentido.

Sin guía que oriente a los personajes, estos deben usar la libertad, su bien máspreciado. Elegir libremente no es fácil, de hecho, Deleuze nos dice que desear es muy complicado, que muchos deseos realmente no nacen de nosotros sino de identidades mantenidas. Los deseos aparecen en nosotros, muchos salen de nuestro inconsciente - Bertrand Russell dice que desconocemos nuestros motivos para actuar- y los asumimos sin más o tratamos de justificarlos con la razón a posteriori.

El deseo busca la felicidad, pero saber qué nos hace felices o qué es lo correcto es una labor mucho más compleja de lo que parece a simple vista, como queda demostrado al ver la frecuencia de nuestras equivocaciones. A pesar de las pautas sociales que nos imponen, es cierto que el individuo tiene libertad. Lo que ocurre es que la mayoría nos dejamos llevar por los modelos sociales impuestos y no reflexionamos demasiado. Hay que ser muy fuerte para ir en contra de lo mayoritario. El sistema nos seduce con sus propuestas y nos vende libertad. Ya hemos visto que la cultura, la crítica y las poses rebeldes son una parte necesaria del sistema y que contribuyen a su funcionamiento, así que es difícil escapar de él, a no ser que nos vayamos a vivir a una isla desierta.

El individuo se enfrenta a la tarea de crear sus propios códigos y debe asumir el coste de la inseguridad: ya no está claro lo que hay que hacer. La vida se convierte en un espectáculo impredecible, bueno o malo, según lo dirija cada cual. Sin un horizonte claro y con la divinidad enterrada el mundo se ha desencantado y ha perdido la trascendencia. Las personas la sustituimos a través de terapias espirituales a medida, es decir, consumo pseudotrascendental. El individuo debe decidir y argumentárselo a su conciencia, él legitima sus deseos en una realidad que rinde culto a lo subjetivo, tal y como vemos en todas las novelas.

El deseo de seguridad y el deseo de libertad se enfrentan. Si no queremos amarres hemos de aprender a vivir sin certezas. Se han producido liberaciones inmensas en todos los ámbitos, el hombre puede seguir sus deseos. Pero, ¿qué deseamos? No es fácil tenerlo claro: los medios de comunicación nos muestran los destinos diversos de millones de humanos en el planeta, internet nos acerca a lo antes lejano. Sentimos que hay millones de opciones. Elegir entre muchas posibilidades nunca ha sido fácil, genera ansiedad y deja, en ocasiones, un sabor amargo. Es como el experimento llevado a cabo en un supermercado: entre tres mermeladas, la gente compra, porque está segura de que su decisión es la mejor, entre treinta, es difícil saber si hemos elegido bien, de hecho, mucha gente se abstiene de comprar la confitura. En la vida, como en este experimento, uno siempre tiene la sensación de estar perdiéndose algo, de no haber explorado todo bien, de que hay posibilidades mejores a nuestro alcance. Ante tanta oferta muchas veces el deseo navega a la deriva, fluctúa y no se centra. Son tantas las opciones que es fácil estar insatisfecho con el destino de uno, y más teniendo en cuenta la tendencia humana a desear e idealizar lo que no se tiene. El deseo es infinito, pero las posibilidades humanas limitadas. La ambición es el la meta que el deseo nos ha impuesto, nosotros debemos colocar el listón. Queremos ser felices y tener éxito, tal vez la reflexión o la filosofía puedan llevarnos a redefinir conceptos como el éxito o lo deseable; creo que podrían ser de gran utilidad.

Ya hemos dicho que el deseo es insaciable en el ser humano y que tenemos una tendencia biológica a compararnos con lo ideal. Nuestro mundo de pantallas y de publicidad agita nuestros deseos y nos sobreexpone a imágenes de Disneylandias utópicas, rebosantes de felicidad. Estas imágenes nos muestran la vida con la que soñamos y que no tenemos. Deseamos y deseamos, pero la realidad unas veces nos gratifica y otras no. El excesivo deseo nos lleva en muchas ocasiones a la frustración y a la tristeza, pues no vemos lo que tenemos, sino de lo que carecemos. Nos hacemos muy rápido al confort y dejamos de valorarlo; es la esencia del hombre: siempre desear más y nunca estar saciado. Además, idealizamos lo que no tenemos. Y es que el deseo es especialista en fijarse en lo nuevo y en añorar los carteles del paraíso y la euforia que vemos a diario. En el mundo hiperreal la frontera entre realidad e irrealidad se ha difuminado, y esto hace que seamos más fantasiosos deseando. A esto debemos sumarle que el sistema capitalista no está muy interesado en que nos mantengamos firmes en un principio de realidad, pues los sueños cuestan dinero.

Erramos con frecuencia cuando predecimos la felicidad o infelicidad que nos provocarán los objetos y acontecimientos, también dirigimos nuestro deseo hacia cosas que no nos van a conducir a la plenitud, que no nos van a hacer tan felices como pensábamos. Vivimos nuestros deseos como libres y puros, creemos que han salido de forma espontánea de nuestro yo más profundo, pero la realidad, a poco que nos paremos a reflexionar, es que muchos son orientados por lo social. Es lógico también que sigamos los patrones mayoritarios, pues, aunque mucha gente diga que le da igual, necesitamos la aprobación de los otros.

La peculiaridad de nuestra época es que no se vale de la fuerza o del panfleto para orientarnos, sino que hace suyo el discurso de la seducción. La mayoría somos conscientes del artificio de estos discursos culturales y de la subjetividad, pero nos dejamos seducir. Y es que mantenemos una relación ambivalente con el sistema: nos atrae y lo rechazamos, lo detestamos y nos embriagamos con él.

La sociedad posmoderna, según nuestros escritores, no es un terreno muy fértil para que florezca el amor. Ya no creemos en el compromiso y consumimos

experiencias amorosas como consumimos otros objetos. Hay un mercado sentimental, compramos- hay quien de forma compulsiva y quien piensa más en su elección- y si no nos gusta lo devolvemos otra vez al escaparate amoroso. El amor es fusión, pero hay que conjugarlo con libertad e independencia, por eso muchas veces entramos en el espacio de los deseos enfrentados: queremos libertad absoluta y que nos prometan amor eterno. Necesitamos que el amor permanezca, pero que no suponga una atadura o un sacrificio. Volvemos a caer en la contradicción: queremos libertad e independencia, pero necesitamos el refugio de un compromiso que ya no es posible.

Hoy en día la pareja es algo transitorio. Nuestra sociedad entroniza el enamoramiento y la pasión sexual, de forma que mantener el amor en el tiempo se vuelve complicado. El amor sin un deseo desenfrenado no nos parece muy interesante, es como si fuese amor, pero en minúscula. ¿Qué hacer entonces cuando se pase?, ¿empezar todo el proceso de nuevo?, ¿asumir un amor sin deseo fuerte y reconocer la derrota frente al modelo imperante?

Conviven dos ideas de amor, pero la que vende es la romántica (con deseo desenfrenado). Si buscamos esta serie de valores, es lógico que los amores no duren demasiado. El deseo se convierte así en el principal obstáculo para que dure el amor.

Las páginas actuales también se llenan de sexo, que se vende como una forma de autorrealización. La sexualidad no debe ser contenida, sino variada y abundante. El sexo no necesita al amor, pero el amor sin sexo no es válido en la actualidad. De esta forma el agotamiento, comprobado por los científicos, de la pasión sexual del principio muchas veces supone el fin del amor.

Los personajes de las novelas, confinados en su minúsculo cosmos particular, solo se sienten dichosos cuando aman y son amados. Nos cuentan sus sufrimientos y sus éxtasis en un mundo en el que no hay seguros. Viven en sociedades urbanas y cosmopolitas y no tienen apenas vínculos con otros seres. Se acabó aquello de vivir toda la vida en una misma comunidad, hoy se cortan

las raíces y se aligera el sentimiento de permanencia. Sus vidas son flexibles y son independientes, pero están solos. No son necesarios, ni en la pareja, ni el trabajo.

La tecnología también ha cambiado la forma de relacionarnos. La comunicación se ha expandido, pero muchas veces se sustituye el contacto directo por relaciones abundantes que carecen de profundidad y sin compromiso de permanencia. Epicuro ya decía que la amistad es clave para la felicidad, es curioso que los científicos lleguen siglos más tarde a la misma conclusión. Para ser felices necesitamos amor, autoestima y reconocimiento social. El amor es el material del que se construye la seguridad y la autoestima. La confianza en uno se nutre del idílico retrato que hace de nosotros la persona que nos ama, que nos ve como seres gloriosos. Cada nuevo amor es una nueva oportunidad de inventarnos, de mostrar nuestro lado más amable, de regalarnos los oídos. La posmodernidad endiosa al yo; es normal que no le guste el amor pausado en el que los retratos de los miembros de la pareja aterrizan en lo real.

Las novelas que hemos estudiado muestran estas carencias afectivas. La mayoría de los personajes está muy sola. Rezuman deseo de afectividad, necesitan ser tocados y queridos. Se han quedado casi sin vínculos con el afuera, con el mundo hostil al que se asoman, pero del que no se sienten integrantes.

El sistema postcapitalista en el que vivimos no se sostiene con una vida sencilla. Este deseo insaciable de bienes materiales hace que no ahorremos y que el endeudamiento sea nuestra forma de vida habitual. Consumimos demasiado, dilapidamos. No podemos seguir a este ritmo de consumo, la deforestación y el cambio climático no son un cuento chino. El crecimiento como lo concibe la sociedad postindustrial no es sostenible, es un eje disparatado de civilización. Ya no estamos educados para renunciar y ahorrar, vivimos con un crédito que ha supuesto la destrucción del tiempo de espera entre el deseo y la realización. Lo antes lejano ahora es automático para muchos. Antes, al tener que recorrer un camino para conseguir algo, el objetivo era más deseado, pues sigue la ley del

deseo de aumentar con la espera. Ahora convertimos el futuro en urgencia y esta precipitación, a veces, nos impide ser felices

La hipertrofia del sistema capitalista produce insatisfacción porque crea deseos cuyo cumplimiento no nos satisface más que por unos instantes y porque nos muestra muchos placeres que idealizamos y a los que no podemos acceder. La publicidad sabe mucho de esto, de cómo funciona el deseo y de cómo ese producto o esa experiencia que compramos y a la que trasferimos emociones es rápidamente sustituida por otra nueva, que es la que vuelve a estar cargada de la magia que promete la felicidad. Estamos muy expuestos a sus imágenes, que hacen que queramos una cosa y la contraria al día siguiente.

Desear y desear y no alcanzar la plenitud para, quizás, el día que, como decía el poeta, la nieve cubra la hermosa cumbre darnos cuenta de que hemos desperdiciado nuestra vida y de que podríamos haber vivido con una cierta plenitud aquí, que estaba a la vuelta de la esquina. A lo mejor se trata de intentar mejorar, pero también de sentirse afortunados por vivir la vida que tenemos, de asumir que el mundo no es un camino de rosas.



## 7. RESUMEN EN INGLÉS: DESIRE IN POSTMODERN NOVEL

### **Introduction**

This thesis explores the concept of *desire* and seeks to analyze its literary expression in postmodern novels, focusing on its current forms and implications. Our perception of *desire* has radically changed in contemporary times, expanding its boundaries to comprise new cultural and antropological nuances. The aim of this thesis is to highlight the fact that postmodern mentality has brought about a far-reaching reevaluation of *desire*, which is clearly mirrored in postmodern literature.

### **Summary: goals and results**

The first chapter is devoted to analyze what *desire* is. I understand desire is a driving force for human beings (Spinoza) but also a measure of our incompleteness (Plato). I have also explored the close association between *desire* and utopian system, which form part of our brains (Semir Zeki). In addition, this thesis examines the relationship between *desire* and human instincts, focusing on the complex biological system of incentives. This chapter contains a section dedicated to studying the goals and origins of *desire*. The following section reflects on the relationship between emotions, feelings and *desire*, which frequently fuse together and provoke each other. Furthermore, this research paper analyzes the sophistication *desire* acquires when it intertwines with language and social structure. Besides, it delves into the differences between needs and desires, and studies the complex interconnections that exist between

*desire* and reason. The last section carries out a brief historical overview of *desire* with a view to examine what some philosophers and religions have said about it.

The second chapter studies postmodernity itself and pays special attention to society as a fundamental determinant. Although our times enthrone freedom, the social environment offers us various models of happiness and establishes values which determine what is or not desirable. This chapter insists on the new contemporary perceptions of desire, on its new status. Following the most recent studies by authoritative sources, this thesis examines various aspects of today's world, paying special attention to contemporary moral, ethics, politics and the media. This thesis assumes contemporary conceptions such as the hyperreal space, globalization or consumerism. It reflects on how various factors such as atheism, advertising or science affect our understanding of *desire*, just to name but a few. Additionally, this chapter concentrates on new conceptions of leisure and work, and it analyzes contemporary individualism, the current complexity of individual identity, contemporary lack of human bonds and new forms of communication. This section focuses on contemporary conceptions of the body and the changes that privacy and intimacy have undergone. It also analyzes new family structures and roles, the contemporary couple and current visions of love and sex, which have radically changed.

The third chapter consists of an overview of the main characteristics of postmodern novel, and the fourth is devoted to study how all the previous research is shown in contemporary novels of different authors such as Michel Houellebecq, Frédéric Beigbeder, Daniel Davies or Philip Roth. This section shows how literature is a perfect mirror where we can study contemporary conceptions about desire, and it provides us with clear examples.

The results of this thesis are the detailed analysis of current conceptions of desire and its reflection on contemporary novels. The main change is that desire is not frowned upon anymore. Our society worships individual desire and relieves it of moral obstacles and barriers. The big change is that the insatiable

voraciousness of desire will be stimulated into perpetuity, we do not have to refrain ourselves, we should embrace desire instead. Society encourages us to indulge, pushes us into irrational consumption and entices us into sexual pleasure.

The main subject of these novels seems to be personal hedonism and its frustration. The novels explore the curses and blessings of contemporary world, the powerful seduction and the perversion of our global system. The novels this thesis studies focuses on peculiar current industries such as the media, tourism or advertising and they reflect on how our desires are manipulated. As we can see, mistrust of the social, economic and political system makes desire retreat into the private sphere. In a depoliticized and unsafe world run by a global economy, most characters do not have social but individual dreams and a few values which do not entail a big sacrifice.

Without a moral guide which provides us with security, characters must themselves build their own identity, use their freedom and take their personal decisions. Without having a clear horizon of the future and without divinity, the world has lost its significance, so characters have to legitimize their desires and their subjectivity.

Most characters are independent and flexible, but they suffer from loneliness and have few social ties. These novels pay special attention to new and superficial forms of communication, which are greater in number but shallower. Most of them need love and self-esteem desperately, but they do not know how to achieve it. They are apathetic and they lack solid ethics or the great tales of modernity. Many times they demonstrate enormous selfishness and show total inconsistency and incoherence. Novels become a collection of nowadays mental disorders, many characters suffer from depression or anxiety. The world is presented with no certainties and there is pessimism about the future. Postmodern novels are about everyday personal and intimate experiences. Novels thoroughly relate little incidents of individual life, while big actions and speeches disappear. The pages of the novels are filled with stories of day- to- day

existence, tales of the irrelevance and of personal love. These novels are about insignificant personal desire, since History has become incomprehensible.

This cult to individual desire seems to be the goal of most characters. However, it does not mean they lead a meaningful life. These novels present work as a burden and an obstacle to self-fulfillment, which blurs real identity. Work is presented as a tool that provides us with money. Although most characters love money, they are aware that money and material life is not enough for human happiness, they know they need to be loved. The novels dissect the hypertrophy of our capitalist system, which creates desires whose fulfillment is ephemeral.

Contemporary cult of desire has led to many new problems, actually, *desire* itself is the main obstacle for love, which is only worthy in current novels when it is expressed with full passion and desire. As scientists say passion towards the same person only affect us during a limited time, after this period we would have to face a complicated fact: love without desire. Media idealizes this first period of romanticism which encourages spending. Our society also renders worship to beauty and youth, so novels explore these values and how they affect our lives. Sexuality is also very present in postmodern novels and sex is presented as a form of realization which must be praised. Sexuality must be diverse and abundant. According to these novels, love needs passionate sex, so after a period of time, many relationships are not worthy anymore.

Novels show how our society is not a fertile ground to love, because we do not believe in commitment and consumerism has entered in love's traditional space. The couple is now a temporary joint-venture which threatens to undermine self freedom. However, characters only feel happy when they love and are loved. The problem is that this postmodern era does not feel fascination towards the ideal of love understood as the cult of a unique human being but instead it has enthroned *desire* itself and its experimentation in various human beings.

This thesis also analyzes the different attitudes characters assume when they face *desire*: surrender, resistance or concealment. However, *desire* is so powerful that it seems to be a lost battle.



## 8. BIBLIOGRAFÍA

### a) Textos primarios

- AIRA, CÉSAR (1998), *Cómo me hice monja*, Barcelona: Mondadori.
- 
- AIRA, CÉSAR (2004), *Yo era una chica moderna*, Buenos Aires: Interzona.
- BARBA, ANDRÉS (2002), *La recta intención*, Barcelona: Anagrama.
- BEIGBEDER, FRÉDÉRIC (2000), *13,99 euros*, Barcelona: Anagrama, 2003.
- BEIGBEDER, FRÉDÉRIC (2004), *Windows on the World*, Barcelona: Compactos Anagrama, 2006.
- BEIGBEDER, FRÉDÉRIC (2005), *El amor dura tres años*, Barcelona: Anagrama Quinteto.
- BEIGBEDER, FRÉDÉRIC (2008), *Socorro, perdón*, Barcelona: Anagrama.
- BEIGBEDER, FRÉDÉRIC (2011), *Una novela francesa*, Barcelona: Anagrama.
- CERNUDA, LUIS (1994), *Poesía completa*, Vols. I y II, Barcelona: Siruela.
- DAVIES, DANIEL (2009), *La isla de los perros*, Barcelona: Anagrama.
- GONZÁLEZ, ISA (2008), *De vez en cuando*, Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- HOUELLEBECQ, MICHEL (1999), *Ampliación del campo de batalla*, Barcelona: Compactos Anagrama, 2001.
- HOUELLEBECQ, MICHEL (1999), *Las partículas elementales*, Barcelona: Compactos Anagrama, 2008.

- HOUELLEBECQ, MICHEL (2000), *El mundo como supermercado*, Barcelona: Anagrama, 2005.
- HOUELLEBECQ, MICHEL (2000), *Lanzarote*, Barcelona: Anagrama.
- HOUELLEBECQ, MICHEL (2002), *Plataforma*, Barcelona: Anagrama, 2007.
- HOUELLEBECQ, MICHEL (2005), *La posibilidad de una isla*, Madrid: Alfaguara.
- HOUELLEBECQ, MICHEL –LÉVY, BERNARD-HENRI (2010), *Enemigos públicos*, Barcelona: Anagrama.
- HOUELLEBECQ, MICHEL (2011), *El mapa y el territorio*, Barcelona: Anagrama.
- HOUELLEBECQ, MICHEL (2012), *Poesías*, Barcelona: Anagrama.
- IRVING, JOHN (2001), *La cuarta mano*, Barcelona: Tusquets.
- PARKWUS, CAROLYN (2007), *Objetos perdidos*, Madrid: Alfaguara.
- PASZKOWSKI, DIEGO (1999), *Tesis sobre un homicidio*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- PASZKOWSKI, DIEGO (2006), *Alrededor de Lorena*, Buenos Aires: Mondadori.
- ROTH, PHILIP (1977), *El profesor del deseo*, Barcelona: Mondadori, 2008.
- ROTH, PHILIP (2001), *El animal moribundo*, Barcelona: Mondadori, 2013.
- ROTH, PHILIP (2009), *La humillación*, Barcelona: Mondadori, 2012.
- ROTH, PHILIP (2010), *Némesis*, Barcelona: Mondadori, 2012.

## b) Textos secundarios

- ARANA, JUAN (2002), “Identidad profesional e identidad personal”, en José Luis González Quirós (ed): *El buscador de oro: Identidad personal en la nueva sociedad*, Madrid: Lengua de trapo.
- ARIELY, DAN (2008), *Las trampas del deseo: cómo controlar los impulsos irracionales que nos llevan al error*, Barcelona: Ariel.
- ARISTÓTELES (2001), *Ética a Nicómaco*, Madrid: Alianza Editorial.
- AUGÉ, MARC (1993), *Los no lugares. Espacios del anonimato*, Barcelona: Gedisa.
- BADOT, OLIVIER y DUPUIS, MARC (2000), *El encanto de un mundo desencantado*, Barcelona: Ariel.
- BARBA, ANDRÉS / MONTES, JAVIER (2007), *La ceremonia del porno*, Barcelona: Anagrama.
- BATAILLE, GEORGES (1979), *El erotismo*, Barcelona: Fábula Tusquets, 2007.
- BAUDRILLARD, JEAN (1978), *Cultura y simulacro*, Barcelona: Kairós, 1998.
- BAUDRILLARD, JEAN (1982), “El éxtasis de la comunicación”, en Hal Foster (ed): *La posmodernidad*. Barcelona: Kairós, 2008.
- BAUMAN, ZYGMUNT (2005), *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Madrid: Fondo de Cultura Económica de España, 2008.
- BAUMAN, ZYGMUNT (2005), *Ética posmoderna*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- BAUMAN, ZYGMUNT (2009), *El arte de la vida*, Barcelona: Paidós.
- BECK, ULRICH (2008), *La sociedad de riesgo mundial*, Barcelona: Paidós.
- BÉGOUT, BRUCE (2008), *Lugar común: el motel americano*, Barcelona: Anagrama.

- BENEYTO, JOSÉ MARÍA (2002), “La ciudad y su anamnesis”, en González Quirós (ed): *El buscador de oro: Identidad personal en la nueva sociedad*, Madrid: Lengua de trapo.
- BOURDIEU, PIERRE (1997), *Sobre la televisión*, Barcelona: Anagrama compactos, 2007.
- BRUCKNER, PASCAL (1996), *La tentación de la inocencia*, Barcelona: Anagrama, 2005.
- BRUCKNER, PASCAL (2001), *La euforia perpetua: sobre el deber de ser feliz*, Barcelona: Tusquets.
- BUSS, DAVID M. (1996), *La evolución del deseo*, Madrid: Alianza Editorial.
- CAPELLE, WILHELM (1954), *Historia de la filosofía griega*, Madrid: Gredos.
- CASTELLS, MANUEL (2009), *Comunicación y poder*, Madrid: Alianza Editorial.
- CASTILLA DEL PINO, CARLOS (2000), *Teoría de los sentimientos*, Barcelona: Fábula Tusquets, 2009.
- CASTORIADIS, CORNELIUS (1998), *El ascenso de la insignificancia*, Madrid: Cátedra.
- CRIMP, DOUGLAS (1982), “Sobre las ruinas del museo”, en Hal Foster (ed): *La posmodernidad*, Barcelona: Kairós, 2008.
- DALAI LAMA (1998), *The path to tranquillity: daily meditations*, New Delhi: Penguin books.
- DALAI LAMA (1995), *The way to freedom*, New Delhi: Harper Collins, 2002.
- DAMASIO, ANTONIO (1996), *El error de Descartes*, Barcelona: Crítica.
- DAMASIO, ANTONIO (2003), *En busca de Spinoza*, Barcelona: Crítica.
- DEBORD, GUY (1999), *La sociedad del espectáculo*, Valencia: Pre-textos, 2007.
- DE BOTTON, ALAIN (2001), *Las consolaciones de la filosofía*, Madrid: Taurus.

- DE BOTTON, ALAIN (2002), *The art of travel*, Londres: Penguin.
- DE BOTTON, ALAIN (2004), *Ansiedad por el estatus*, Madrid: Taurus.
- DELEUZE, G., y GUATTARI, F. (1985), *El anti-Edipo*, Barcelona: Paidós.
- DÍAZ, ESTHER (2007), *Entre la tecnociencia y el deseo: La construcción de una epistemología ampliada*, Buenos Aires: Biblos.
- DOMÍNGUEZ, CARLOS (2001), *Los registros del deseo. Del afecto, el amor y otras pasiones*, Bilbao: Desclee de Brouwer.
- ECO, U. (1965), *Apocalípticos e integrados*, Barcelona: Tusquets, 2001.
- EIBL EIBESFELDT (1987), *El hombre preprogramado*, Madrid: Alianza.
- EPICTETO (1993), *Manual*, Madrid: Civitas.
- ESPINOSA, BARUCH DE (1975), *Ética*, Madrid: Editora nacional.
- FERNÁNDEZ PORTA, ELOY (2008), *Homo sampler: tiempo y consumo en la Era Afterpop*, Barcelona: Anagrama.
- FERRERO, JESÚS (2009), *Las experiencias del deseo: Eros y Misos*, Barcelona: Anagrama.
- FERRERO, JESÚS (2002), “Perdidos en el espacio”, en González Quirós (ed): *El buscador de oro: Identidad personal en la nueva sociedad*, Madrid: Lengua de trapo.
- FEYERABEND, PAUL K. (1974), *Contra el método*, Barcelona: Ariel, 1989.
- FORSTER, RICARDO (2003), *Crítica y sospecha: los claroscuros de la cultura moderna*, Buenos Aires: Paidós.
- FOSTER, HALL (ed.) (1982), *La posmodernidad*, Barcelona: Kairós, 2008.
- FOSTER, HALL (1982), “Introducción al posmodernismo”, en *La posmodernidad*, Barcelona: Kairós.
- FOUCAULT, MICHEL (1976), *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, Madrid: Siglo XXI.

- FRAMPTON, KENNETH (1982), “Hacia un regionalismo crítico: Seis puntos para una arquitectura de resistencia”, en Hal Foster (ed): *La posmodernidad*, Barcelona: Kairós, 2008.
- FRANKFURT, HARRY G. (2006), *La importancia de lo que nos preocupa*, Buenos Aires: Katz.
- FREIRE, ESPIDO (2008), *La generación de las mil emociones*, Barcelona: Ariel.
- FROMM, ERICH (1941), *El miedo la libertad*, Buenos Aires: Paidós, 2006.
- FROMM, ERICH (1956), *El arte de amar*, Buenos Aires: Paidós, 1992.
- GÁNDARA, ALEJANDRO (2002), “El relato en la vida cotidiana”, en González Quirós (ed): *El buscador de oro: Identidad personal en la nueva sociedad*, Madrid: Lengua de trapo.
- GARAY, JESÚS DE (2002), “El individuo ante el mercado. Deseo y poder”, en González Quirós (ed): *El buscador de oro: Identidad personal en la nueva sociedad*, Madrid: Lengua de trapo.
- GARRIDO DOMÍNGUEZ, ANTONIO (1996), *El texto narrativo*, Madrid: Síntesis.
- GARRIDO DOMÍNGUEZ, ANTONIO (1997), *Teorías de la ficción literaria*, Madrid: Arco/ Libros
- GARRIDO DOMÍNGUEZ, ANTONIO (2011), *Narración y ficción*, Madrid: Iberoamericana.
- GARRIDO DOMÍNGUEZ, ANTONIO (2012), “La pretendida resurrección del autor en la narrativa contemporánea”, en *Hesperia. Anuario de filología hispánica XV-2*.
- GIRARD, RENÉ (2012), *Geometrías del deseo*, Barcelona: Sexto piso.
- GIRARD, RENÉ (1983) *La violencia y lo sagrado*, Barcelona: Anagrama.
- GOLEMAN, DANIEL (1995), *Inteligencia emocional*, Barcelona: Kairós.
- GONZÁLEZ QUIRÓS, JOSÉ LUIS (ed) (2002): *El buscador de oro: Identidad personal en la nueva sociedad*, Madrid: Lengua de trapo.

- HABERMAS, JÜRGEN (1982), “La modernidad, un proyecto incompleto”, en Hal Foster (ed): *La posmodernidad*, Barcelona: Kairós, 2008.
- HEATH, JOSEPH y POTTER, ANDREW (2005), *Rebelarse vende: el negocio de la contracultura*, Madrid: Taurus.
- ILLOUZ, EVA (2009), *El consumo de la utopía romántica: El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*, Buenos Aires: Katz.
- IRVING, WILLIAM B. (2006), *Sobre el deseo: Por qué queremos lo que queremos*, Barcelona: Paidós Ibérica, 2006.
- IRWIN, WILLIAM/ CONARD, MARK T. / SKOBLE, AEON J. (2009), *Los Simpson y la filosofía*, Barcelona: Blackie books.
- JAMESON, FREDRIC (1982), “Posmodernismo y sociedad de consumo”, en Hal Foster (ed): *La posmodernidad*, Barcelona: Kairós, 2008.
- JAMESON, FREDRIC (1984), *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona: Paidós, 1991.
- KLEIN, NAOMI (2001), *No logo: el poder de las marcas*, Barcelona: Paidós.
- KRAUSS, ROSALIND (1982), “La escultura en el campo expandido”, en Hal Foster (ed): *La posmodernidad*, Barcelona: Kairós, 2008.
- LIPOVETSKY, GILLES (1983), *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama compactos, 2000.
- LIPOVETSKY, GILLES (2006), *La felicidad paradójica: ensayo sobre la sociedad del hiperconsumo*, Barcelona: Anagrama, 2007.
- LIPOVETSKY, GILLES / SERROY, JEAN (2007), *La pantalla global. Cultura mediática y cine en la era hipermoderna*, Barcelona: Anagrama, 2009.
- LÓPEZ PENAS, MARISA (1999), *Diccionario de los sentimientos*, Barcelona: Anagrama compactos, 2007.
- LOZANO MIJARES, MARÍA DEL PILAR (2007), *La novela española posmoderna*, Madrid: Arco/ Libros.

- LYON, DAVID (1994), *Postmodernidad*, Madrid: Alianza Editorial, 1996.
- LYOTARD, JEAN FRANÇOIS (1979), *La condición posmoderna*, Madrid : Cátedra, 2001.
- MARINA, JOSÉ ANTONIO (1999), *Diccionario de los sentimientos*, Barcelona: Anagrama compactos, 2007.
- MARINA, JOSÉ ANTONIO (2002), *El rompecabezas de la sexualidad*, Barcelona: Anagrama compactos, 2006.
- MARINA, JOSÉ ANTONIO (2007), *Las arquitecturas del deseo: Una investigación sobre los placeres del espíritu*, Barcelona: Anagrama.
- MARZANO, MICHELA (2006), *La pornografía o el agotamiento del deseo*, Buenos Aires: Manantial.
- MILLÁN ALBA, JOSÉ ANTONIO (2002), “Símbolos de la feminidad. El sueño de la mujer”, en González Quirós (ed): *El buscador de oro: Identidad personal en la nueva sociedad*, Madrid: Lengua de trapo.
- ONFRAY, MICHEL (2006), *La fuerza de existir*, Barcelona: Anagrama, 2008.
- OWENS, CRAIG (1982), “El discurso de los otros: Las feministas y el posmodernismo”, en Hal Foster (ed): *La posmodernidad*, Barcelona: Kairós, 2008.
- PARDO, JOSÉ LUIS (2002), “El vientre de la ballena. Carta abierta a Richard Sennett a propósito de *La corrosión del carácter*”, en González Quirós (ed): *El buscador de oro: Identidad personal en la nueva sociedad*, Madrid: Lengua de trapo.
- PHILLIPS, ADAM (2001), *La bestia en la guardería: sobre la curiosidad y otros apetitos*, Barcelona: Anagrama.
- PUNSET, EDUARDO (2005), *El viaje a la felicidad: las nuevas claves científicas*, Barcelona: Destino, 2010.
- PUNSET, EDUARDO (2007), *El viaje al amor: las nuevas claves científicas*, Barcelona: Destino, 2009.

- R. PARRONDO, JUAN MANUEL (2002), “La digitalización de la experiencia”, en Gonzáles Quirós (ed): *El buscador de oro: Identidad personal en la nueva sociedad*, Madrid: Lengua de trapo.
- RITZER, GEORGE (2006), *La globalización de la nada*, Madrid: Editorial Popular.
- RODRÍGUEZ, RAMÓN (2002), “La dimensión temporal de la identidad”, en González Quirós (ed): *El buscador de oro: Identidad personal en la nueva sociedad*, Madrid: Lengua de trapo.
- ROJAS, ENRIQUE (2004), *Los lenguajes del deseo: claves para orientarse en el laberinto de las pasiones*, Madrid: Temas de hoy.
- ROUDINESCO, ELISABETH (2007), *Nuestro lado oscuro: Una historia de los perversos*, Barcelona: Anagrama, 2009.
- RUSH, MICHAEL (1999), *Nuevas expresiones artísticas a finales del siglo XX*, Barcelona: Destino, 2002.
- RUSSELL HOCHSCHILD, ARLIE (2003), *La mercantilización de la vida íntima*, Buenos Aires: Katz, 2008.
- SAID, EDWARD (1982), “Antagonistas, públicos, seguidores y comunidad”, en Hal Foster (ed): *La posmodernidad*, Barcelona: Kairós, 2008.
- SCHWARTZ, BARRY (2004), *La tiranía de la abundancia*, Madrid: Taurus.
- SÉNECA, LUCIO ANNEO (2006), *Diálogos*, Madrid: Tecnos.
- SENNETT, RICHARD (1998), *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo del nuevo capitalismo*, Barcelona: Anagrama, 2000.
- SIBILIA, PAULA (2008), *La intimidad como espectáculo*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- SPARGO, TAMSIN (2000), *Foucault y la teoría queer*, Barcelona: Gedisa, 2004.
- ULMER, GREGORY L. (1982), “El objeto de la poscrítica”, en Hal Foster (ed): *La posmodernidad*, Barcelona: Kairós, 2008.

- VARGAS LLOSA, MARIO (1990), *La verdad de las mentiras*, Barcelona: Seix Barral.
- VARGAS LLOSA, MARIO (2012), *La civilización del espectáculo*, Madrid: Alfaguara.
- VERDÚ, VICENTE (2008), *Passé composé*, Madrid : Alfaguara.
- VERDÚ, VICENTE (2003), *El estilo del mundo: La vida en el capitalismo de ficción*, Anagrama compactos, 2006.
- VINCENT, JEAN-DIDIER (1988), *Biología de las pasiones*, Barcelona: Anagrama.
- ZEKI, SEMIR (2000), “Esplendores y miserias del cerebro”, Universidad de Londres: Departamento Wellcome de Neurología Cognitiva.
- ŽI ŽEC, SLAVOJ (2008), *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*, Barcelona: Paidós, 2009.



